
SANTIAGO MAZARRO
LOS MUERTOS DE RÍO GRANDE
1820.
Un crimen sin resolver
en la frontera norte
de Nueva España
Pàmies

SANTIAGO MAZARRO

LOS MUERTOS DE RÍO GRANDE



Pàmies

Primera edición: junio de 2024

© de esta edición: 2024, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
editor@edicionespamies.com

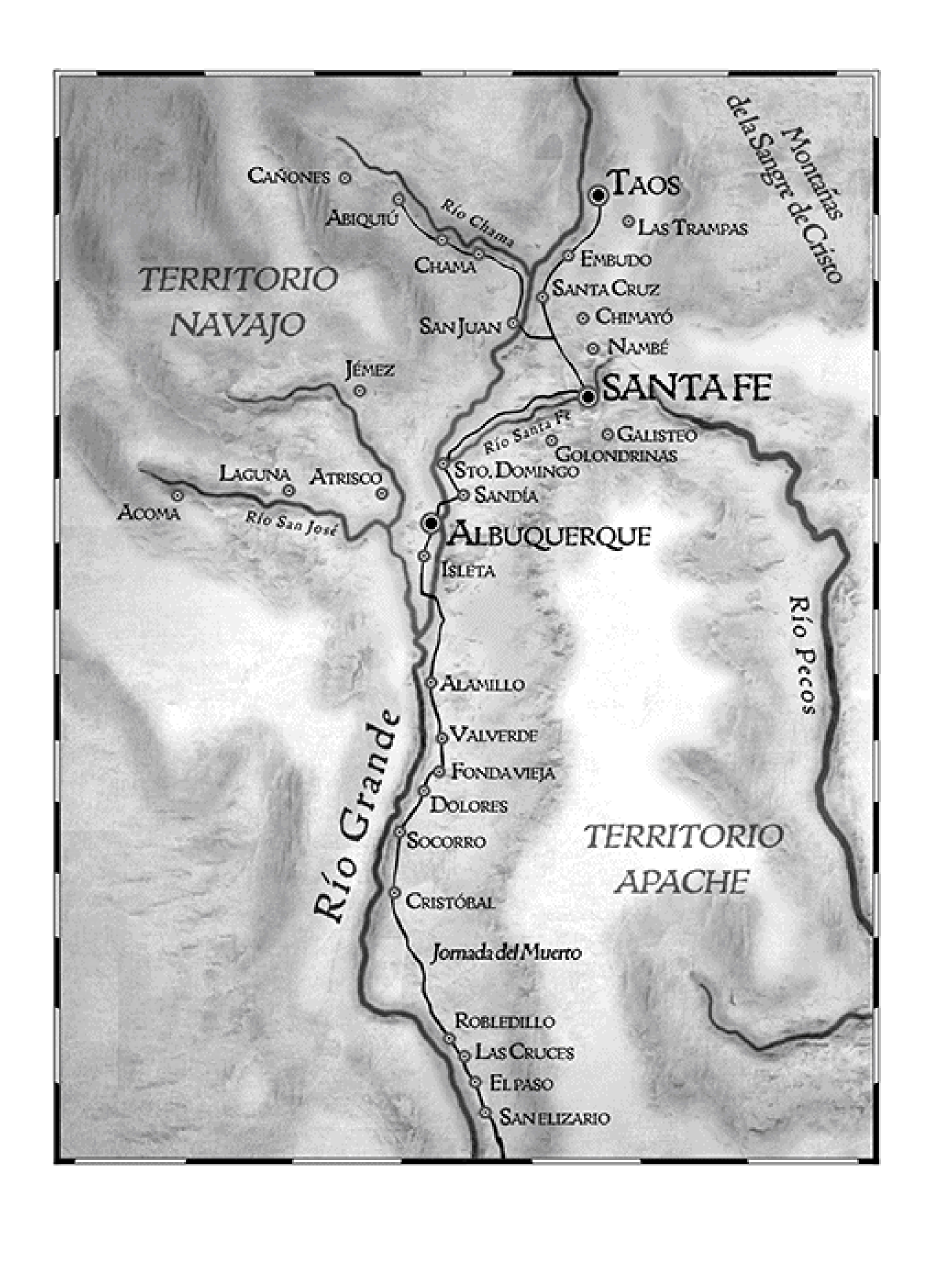
ISBN: 978-84-10070-19-6
BIC: FV

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®
Fotografías de cubierta: Camrocker/ Wilsilver77/Depositphotos.com
Diseño e ilustración de mapas: CalderónSTUDIO®

Índice

A Sandra, que se leerá este libro en dos días,
y a Chávez, que no se lo leerá, pero sabrá recomendarlo.
Sin ellos no lo habría terminado.


A Taos
Capilla del Rosario
Cementerio
Cerro Gordo
Posada
La Cuevita
Campos de maíz
Antiguo Patio de Armas
Campos de maíz
Cárcel
Palacio del Gobernador
Plaza Mayor
Iglesia de San Francisco
Capilla de la Luz
Mercado
La Fonda
Río de Santa Fe
La Alameda
Ermita de Guadalupe
Campos de maíz
Calle de Vargas
Genízaros
Barrio de Analco
Parroquia de San Miguel
Caballerizas
Camino Real de Tierra Adentro
A Galisteo
Santa Fe,
capital de la provincia de
Nuevo México
1820



Montañas de la Sangre de Cristo
Cañones
Taos
Abiquiú
Río Chama
Las Trampas
Chama
Embudo
Territorio Navajo
Santa Cruz
Chimayó
San Juan
Nambé
Jémez
Santa Fe
Río Santa Fe
Galisteo
Golondrinas
Laguna
Atrisco
Sto. Domingo
Sandía
Acoma
Río San José
Albuquerque
Isleta
Río Pecos
Alamillo
Valverde
Río Grande
Fonda vieja
Dolores
Socorro
Territorio Apache
Cristóbal
Jornada del Muerto
Robledillo
Las Cruces
El paso
San elizario

Parte primera: pecado

Agosto – octubre de 1820

«Como la corriente del río, como los conductores que pasaban por la carretera, como los trenes amarillos que bajaban por los raíles de Santa Fe, el drama de los acontecimientos excepcionales nunca se había detenido allí».

***A sangre fría,* Truman Capote**

1

Esta pesadilla comienza en el momento exacto en que Carlota Pino, sobrina del diputado Pedro Pino, decide asistir en secreto a las fiestas patronales que se celebran en Santa Fe. Por supuesto, la joven no imagina el funesto destino que le aguarda en la capital provincial. Es incapaz de prever el trágico evento en que se verán inmersas tanto ella como su pobre hermana de aquí a unas pocas horas. Tan espeluznante. Tan desgarrador. Tan horrible y enigmático. Su muerte tendrá en vilo durante meses al territorio más septentrional de cuantos conserva España en las Américas: Nuevo México. Y ya es decir, porque en esta tierra montañosa, desértica y aislada hasta el más atroz de los crímenes es susceptible de pasar inadvertido.

Son las ocho de la tarde del 19 de agosto de 1820. Sábado caluroso para despedir una soporífera semana. El sol, inclemente y despiadado en esta época del año, ha caído ya tras las torretas de madera que se elevan sobre la mina de Cerrillos. Una vez que han salido los mineros de la tierra, la quietud más absoluta se adueña del valle. El silencio lo rompe tan solo el bramido de un coyote que perdió a su madre a primera hora de la mañana. Aúlla una vez. Y otra. Su premonitorio lamento, sin embargo, apenas alcanza la gruesa tapia de adobe que pone límite a la hacienda de la familia Pino.

Frente al tocador de su pequeña alcoba, y ajena al mal que la rodea, Carlota se acicala para el esperado encuentro. Mientras lo hace, tararea para sí un fandanguillo travieso, de los que dejan caer una rima picante entre verso y verso. Una canción popular que roza la desvergüenza y que, en palabras del padre Cadalso, la ponen a una caminito del mismo infierno. El farolillo que ha encendido apenas le permite ver si la trenza que hilvana en su cabellera oscura lleva visos de convertirse en algo presentable. Mejor así, piensa luego. Demasiada luz alertaría a sus padres, que no han de enterarse jamás de sus intenciones.

Naturalmente, Carlota pretende acudir al festejo del único modo en que una niña de quince años puede hacerlo dadas las circunstancias: sin el permiso de sus mayores, escabulléndose de la cama en plena noche y, por todo ello, hecha un manojo de nervios. Tal vez por eso, unas horas antes de que ocurra la desgracia, la pequeña, que no tiene un pelo de tonta, acude a Dolores, su hermana mayor y confidente,

con indicaciones precisas sobre el modo en que pretende acudir a la verbena.

—Dolores, escucha —susurra—. Dolores…

Abre un ojo la hermana, malhumorada.

—En esta casa no puede una descansar tranquila —se lamenta—. ¿Qué quieres ahora?

—Perdóname, no sabía que dormías.

En la oscuridad, el incesante titileo de la llama dibuja formas irregulares en el papel pintado y arranca, de paso, destellos sobre el perchero cobrizo, la loza y los artilugios metálicos que decoran el tocador de la alcoba.

—Ya no duermo —se incorpora, despacio—. Dime qué buscas.

—Nada. Marcho a Santa Fe.

—¿Cómo?

—Son las fiestas de la santa patrona —explica la pequeña—. Pero descuida, que estoy aquí antes de que cante el gallo.

—¿Estás loca, Carlota? —le espeta la hermana—. ¿Vas sola?

—Me he citado a las diez con Ignacio Losada, el hijo de Baldomero.

—¿Ese desgraciado?

—¿Quieres venir?

Arquea las cejas Dolores Pino, sorprendida con el ofrecimiento. Luego pone una mueca extraña, niega con la cabeza y responde:

—Ni en broma.

La pequeña se sienta entonces en la cama de la mayor, e interpone el candil entre ambas.

—Pero son las fiestas…

—Precisamente.

—No tengas miedo.

—¿Que no tenga miedo? ¡Santa Virgen! ¿En qué estás pensando? ¿Y si se entera padre? —trata de advertirle la hermana, somnolienta, mientras se quita de encima las sábanas amarillentas y hace un esfuerzo ímprobo por agarrar la mano de su hermana en la penumbra —. ¿Que no has oído lo peligrosa que se pone la ciudad con toda esa gente que anda tomada y así?

—Me vale madre, Dolores. Si no voy hoy, no iré nunca —le interrumpe la pequeña, henchida de valor y con media sonrisa dibujada en el rostro—. Si no quieres venir, no pasa nada; solo te pido que no se lo cuentes a padre.

—No me vengas con esas —responde la mayor, ofendida—. No soy una chivata.

—¿Sabes qué? —pregunta Carlota, picando a la otra con un tonito burlón.

—Qué.

—A Ignacio y a mí nos lleva hasta allá su hermano.

—¿Enrique?

—El mismo.

Se pone roja Dolores, suelta la mano de Carlota y aprieta muy fuerte los puños. Es sabido por todo Galisteo que Enrique Losada —un chico de buenísima planta, aunque más tonto que una piedra— anduvo detrás de ella todo el invierno pasado. Tanto que la familia acabó por prohibirle a la muchacha cartearse con el primogénito del famosísimo maestro armero. No vayan a decir esto. No vayan a pensar lo otro.

—¿Cómo lo sabes? —inquiere la mayor, algo tímida, pero deseosa de saber más acerca del susodicho.

—¡Anda! Como que así lo hemos arreglado —responde la pequeña —. Venga, hermanita, anímate. No habrá otra igual hasta el año que viene. ¿Que acaso es pecado divertirse de vez en cuando?

Como cada verano, la capital de Nuevo México reúne en una sola noche todos los elementos de los que carece a lo largo del año. Música, hogueras, procesiones, feriantes, cómicos ambulantes. «De chile, mole y pozole», que dicen por allá. Un poco de todo. Hasta un circo itinerante repleto de bestias sureñas ha venido este año a la ciudad, o eso tiene entendido Carlota. Todo un despliegue jaranero regado con pulque y licor de maguey que, como manda la tradición, inunda las calles del centenario presidio al llegar el fin del verano.

Dolores tuerce el gesto, disgustada. No es la primera vez que su hermana menor le viene con esta cantinela. De hecho, recuerda que Ignacio y Enrique, hijos del maestro Baldomero Losada y sempiternos pretendientes de las hermanas Pino, ya insistieron meses atrás con el asunto de las fiestas patronales. Esos dos sinvergüenzas. No se darán por vencidos.

Duda un rato Dolores Pino. Mientras lo hace, se muerde el labio, indecisa. *«¿Que acaso es pecado divertirse de vez en cuando?».* Aunque no lo dice, siente envidia del coraje de su hermana.

Pasados unos minutos, Carlota se pone en pie de un brinco, cansada de tanta espera. Apoya el candil en el alféizar —mala idea, la luz se ve desde la calle— y mira por la ventana. Se muestra preparada para su imprudente aventura nocturna. Va ataviada con vestido camisero, sin corsé, y con las zapatillas de suela plana que le regaló hace unas semanas el bueno de Alvarito Pino, hermano mayor de las dos. Sobre el vestido, comprueba Dolores, la más pequeña de las hermanas luce la antigua casaca del padre.

—Si no voy —empieza la mayor, dudosa—, ¿vas a ir tú sola con esos dos?

—Eso parece.

Agarra las sábanas Dolores, temblando. Primero cierra los ojos y susurra algo para sus adentros. Luego, en un gesto de arrojo, sale de la

cama y sentencia su propia suerte con un claro y rotundo:

—Voy contigo.

Sonríe Carlota, satisfecha. Se suceden entonces los gestos cómplices. Las miradas nerviosas. Una mano al hombro. Un déjame tu basquiña. Un no hagas ruido o padre nos mata aquí mismo. El caso es que, pese al miedo a lo desconocido, la noche trae consigo un destello de rebeldía. Una bocanada de aire fresco tan comprensible como inoportuna.

Al rato, desde el puente que cruza el cauce seco del arroyo de Galisteo, la luz de un farol se enciende para volver a apagarse al instante. Brilla de ese modo una vez, advierten las hermanas. Dos. Tres.

—Son ellos.

Dolores y Carlota salen a toda prisa por la puerta que comunica el patio trasero de la hacienda de los Pino con el caminito que va al cementerio. Mal presagio. Desagradable y trágica la imagen para el que conoce a fondo esta historia.

Una figura estática acecha desde lo lejos, vigilante. Se oculta tras los árboles que crecen junto a la cerca, intentando que la respiración agitada no delate su posición. Alguien es testigo, por lo tanto, del correteo nervioso de las hermanas Pino, que avanzan como dos ratoncillos ingenuos, en plena noche, directas a la boca del lobo. Al fin, las muchachas se encuentran con los hermanos Losada, que las esperan en el lugar previsto, junto al puente que sortea el arroyo.

—Buenas noches —dice Ignacio, el más joven, desde la parte delantera del carro—. Vaya, está usted bien guapa, Carlota.

Enrique, por su parte, se limita a gruñir mientras mantiene calmadas a las dos mulas que forman la recua del padre. Las dos chicas se acomodan en la parte trasera del coche y saludan con entusiasmo comedido, que ni el apellido ni la situación dan para más aspavientos.

Un hilito le falta a la luna para estar llena del todo. Luz más que de sobra para que las casi dos horas de ruta que hay hasta la capital provincial transcurran sin incidentes.

A partir de aquí, la historia se torna de lo más confusa.

Según algunos testigos, las dos hermanas llegan a salvo a Santa Fe, disfrutan de una verbena apacible y se mantienen discretas, tranquilas: la actitud que cabe esperar de las hijas de don Anselmo Pino. Se divierten un poco con la representación teatral de una compañía de cómicos ambulantes, sí, pero se alejan después del jolgorio principal, de los fuegos de artificio, de las danzas regionales, las castañuelas y el vino. A petición de la mayor, se apartan también de las proclamas soflameras que, una vez el alcohol ha hecho mella en los hombres, reciben vítores y abucheos por parte de comerciantes,

artesanos y soldados de la provincia. Ándate con ojo, le dice Dolores a Carlota. No vaya a aparecer de pronto un cliente de padre, un amigo de tu hermano o un vecino de la parroquia.

No obstante, hay quien afirma que, a partir de cierta hora, Carlota Pino e Ignacio Losada beben más de la cuenta. Ríen, gritan, se cuentan chismes. Luego bailan una especie de mazurca, más arrimados de lo convenido. Pasada la medianoche, ella le propone a él ir a la famosa capilla del Rosario, al norte de la ciudad, con la excusa de presentar sus respetos a la celebradísima Virgen de la Conquista.

—¿Dónde vais? —pregunta Dolores, angustiada, al ver cómo su hermana pequeña se marcha calle arriba, medio curda, con el pánfilo de Ignacio cogiéndola por la cintura.

—Al Rosario —responde Carlota—. Donde la virgen. A rezar un avemaría.

—Vamos con vosotros.

—Que no, mujer. Ya quédate tranquila. Enseguida regresamos.

Al verlos marchar arrimados, el uno caído sobre el otro, Dolores lamenta estar allí y no en Galisteo, en su cama, a salvo de tanta penuria, de tanto pecado nocturno. Presa del miedo, la joven no hace más que rezar padrenuestros y apretar con fuerza el cristo de nácar que le regaló su abuela Sinforosa hace ya más de una década.

Para más inri, Enrique Losada, el acompañante de Dolores, yace en el suelo desde hace un buen tato. El muchacho lleva una turca de escándalo, y, en sus propias palabras, le valen madre las chingadas que pasen ahí fuera. Solo quiere dormir la mona.

Pasa una hora, tal vez dos. *«Por favor, que vuelvan ya»,* repite una y otra vez la mayor de las hermanas Pino. *«Es tarde. Por favor».*

Pero por más que Dolores le ruega al Altísimo, su hermana no regresa. Decide entonces tomar cartas en el asunto. Pone rumbo a la capilla del Rosario para detener de una vez por todas la majadería en que se ha tornado la velada. Pasa bajo los soportales del mercado, repletos de ristras de chile rojo. Bordea luego los viejos cuarteles y encara enérgica el caminito empedrado que conduce a la villa de Taos. Manolito, el dueño de la posada que se levanta en dicho sendero, un indio genízaro al que no se le escapa ni una, es el último en verla con vida.

—¡No están! —grita histérica el aya de ambas hermanas al alba de la mañana siguiente—. ¡Se fueron, se fueron!

Tiembla, desconsolada, y se lleva las dos manos a la boca por no emitir un chillido nervioso.

—Explíquese mejor, Mariela, se lo ruego —responde el padre de las criaturas, don Anselmo Pino, mientras agarra del armario cuchillo,

escopeta y silla de montar con la intención de salir cuanto antes en busca de sus hijas.

—Sentí ruido —trata de explicarse la anciana—. Sentí ruido ayer a la noche, como si alguien saliera por la puerta trasera, pero pensé que sería usted, señor. ¡Pensé que sería usted!

Rompe a llorar Mariela, su llanto despierta a la madre, y la casa se cubre enseguida con un manto de desconsuelo.

Escopeta en mano, el padre entra en la alcoba de su primogénito, el señorito Álvaro.

—¿Qué haces en cama a estas horas? —exclama Anselmo mientras descorre las cortinas con tanta fuerza que por poco las arranca de sus rieles.

—No me siento bien —responde el chico.

—Me trae sin cuidado. No quiero quejas ni lamentos —le advierte —. Vístete y sal enseguida. Tus hermanas no están en la casa.

Al cabo de un rato, padre e hijo dejan atrás la aldea de Galisteo a lomos de sendas monturas. Toman el camino del arroyo, no sin antes preguntar a los rancheros que pueblan el valle.

—Dos chamaquitas morenas. De quince y dieciséis años —empieza don Anselmo, nervioso—. La una más altita, tal que así, y la otra menuda. No pudieron ir muy lejos.

Uno tras otro, los ganaderos se encogen de hombros y tuercen el gesto. Algunos reaccionan a la defensiva, más incómodos que preocupados, por eso de que no se les relacione de forma alguna con un caso tan escabroso. *«A esas horas yo ya me había ido a* durmir, *señor Pino».* En las tierras altas de Nuevo México, tan remotas y olvidadas, cada palo aguanta su vela, y son pocos los que se atreven a dar un paso al frente o a decir esta boca es mía. El miedo al qué dirán, a la infamia del vecino, a las repercusiones cainitas. *«Somos gente de fe, don Anselmo; rezamos por que encuentre pronto a sus dos hijitas».*

A la tarde, padre e hijo acuden al rancho de las Golondrinas. Desesperados, se ven obligados a interrumpir la tertulia con tal de alertar a la clientela de don Jaime, el dueño de la famosa posta. Parte del público niega con la cabeza. La gran mayoría, por supuesto, clava la mirada en el suelo y finge no oír bien al padre con tal de regresar cuanto antes al trasiego de la taberna.

—Que Dios nos asista —murmura don Anselmo al volver a subirse al caballo—. ¿Dónde han ido tus hermanas, Álvaro?

—No lo sé —responde el muchacho, pálido como la cera, aunque tratando de mostrar entereza—. Tal vez sea mejor que nos dividamos.

Así hacen. El hijo se dirige al pueblito de Santo Domingo por ver si el alcalde sabe algo. El padre, ya de noche, llega a la capital provincial y recorre con ahínco las tienditas y ventas de Santa Fe. La resaca del día festivo se palpa en el ambiente. Hay orines, vómitos y boñigas del

caballar esparcidas por el terreno.

—¿Han visto a mis dos hijas? Carlota y Dolores, no son más que…

—¡A sus chamaquitas las vimos anoche con los dos hijos de Baldomero Losada, don Anselmo! —interrumpe el soldado Alfonso Sepúlveda, de la cárcel provincial—. Iban de tapado, pero vaya que si eran ellas.

—¿En la verbena? —inquiere don Anselmo, extrañado.

—Pregunte donde la taberna del Santero, que la nieta de Pedrito las vio también. Ya verá, pregunte usted, señor Pino, que le van a *dicir* que aquí mismo estuvieron.

Las tropas presidiales no tardan ni un día en encerrar bajo llave a Enrique y a Ignacio Losada. Por supuesto, ambos alegan una y otra vez no tener nada que ver con la desaparición de las dos muchachas. El mayor repite hasta la saciedad que iba borracho como una cuba y que no recuerda nada de cuanto sucedió la noche en cuestión. *«No sé de lo que me habla»,* jadea, con miedo a ser ajusticiado, en la hora en que van a buscarlo. *«Lo juro por lo más* sagrao*».* Ignacio, el más joven, si bien reconoce haberse arrimado con la más pequeña de los Pino junto a la acequia de la capilla del Rosario, niega en redondo tener nada que ver con la ausencia de la zagala. *«Desapareció de mi* lao*, capitán, se lo prometo. Como si se la hubiese llevado el diablo».*

—Dele un buen escarmiento, que cante —le dice el alférez Cardoso a uno de los milicianos que se ha ofrecido voluntario para interrogar al muchacho—. Pero no lo mate, hágame el favor, que su padre es buen amigo de la tropa.

El 26 de agosto, una semana después del incidente, las hijas del señor Pino siguen en paradero desconocido. Ese día, los hermanos Losada, corridos a trompazos día sí y día también —siguen vivos de puro milagro— se unen a las tareas de búsqueda que encabeza el gobernador Melgares. Lo hacen por petición expresa de Manuela Estrada, madre de las muchachas.

—Si estos pendejos no saben dónde están nuestras hijitas, que ayuden a encontrarlas. Que hagan algo, si en tanta estima las tenían. De nada nos sirven muertos —sentencia entre sollozos el día que los hermanos salen del calabozo.

«Se las tragó la tierra», se oye en la cantina de Nambé al cabo de otra semana. *«Lo anda diciendo el fraile de Abiquiú, y ese no se equivoca, que es medio santo».* Responden voces no tan críticas como chismosas, que no hacen sino ahondar en fantasías y dislates: *«Me vale un reverendo cacahuate lo que diga ese pelón. Si no las raptaron los salvajes, se las llevó Satanás».* Lo cierto es que ni las autoridades de Santa Fe de Nuevo México —con sus efectivos militares combatiendo en el sur a

los insurgentes que pretenden independizarse de la Corona— ni la familia Pino —quebrada desde hace días por el dolor más espantoso— logran dar con el paradero de las hermanas.

Las labores de búsqueda son cada día menos intensas, y los hermanos Losada son aprehendidos de nuevo, por si acaso. *«¡Les está bien empleado, por pecadoras! ¡Anda que escaparse de la casa en plena noche…!»,* espetan con vileza las malas lenguas de la provincia. Son respondidas casi siempre por aquellos que se las dan de entendidos: *«Ya no volveremos a verlas, eso es seguro».* Por supuesto, se equivocan.

Una tormenta parte en dos el cielo la tarde del 6 de septiembre. El aguacero que cae a continuación desborda las acequias, inunda los campos y arrastra la tierra de media provincia.

Al día siguiente, 7 de septiembre de 1820, Carlota y Dolores Pino son halladas muertas frente a la casa de sus padres. Al alba, un arriero las halla flotando a la deriva en las aguas embarradas del arroyo Galisteo. A las pocas horas, el capitán del presidio describe la escena de un modo tan crudo y mordaz que el gobernador Melgares prohíbe a la familia acercarse al lugar en cuestión. Según redacta en una carta al regresar con la tropa a Santa Fe, *«el cuerpo de una de las chiquillas presenta una pierna descoyuntada y tiene un montón de astillas clavadas en la palma de la mano».*

No es más sutil describiendo el horror que le provoca el cadáver de la otra hermana: *«La muchacha permanece atada a un tronco de madera maciza. Tiene tantas marcas en la frente y sobre la nuca que, así mezclada con el lodazal, su rostro más parece un amasijo de carne que la cara de una persona».*

La imagen, tan macabra y salvaje, colma a los pocos días de miedos y supersticiones —más, si cabe— a las gentes del territorio. Los rancheros que habitan entre la capital y los pueblitos de Río Grande pasan las tardes contando historias terribles. En los mentideros, las mujeres cuchichean y se santiguan entre rezos asustados. Las más temerosas de Dios, vestidas de riguroso luto, se arrodillan entre lamentos y piden clemencia al Señor todopoderoso. De cuando en cuando, algún mozo bravucón alza la voz para culpar del asesinato a un indio salvaje, a un conocido bandido o a un insurgente de los de «Viva México» y navaja sureña en el cinturón, que los hay. El ímpetu le dura, no obstante, el tiempo exacto en que termina de pasársele la curda. Entonces todo vuelve a la quietud mezquina y fantasmagórica que representa el día a día en el extremo septentrional de la Nueva España, donde se ha producido la tragedia.

A mediados del mes de septiembre, medio valle asegura ya que a las

dos niñas de Anselmo Pino se las quitó de en medio el demonio. La otra mitad, por supuesto, manifiesta que fue la Llorona, cuando no un espíritu de los salvajes. Para desgracia de las dos víctimas, y para desesperación de sus pobres padres, los oficiales de los cuarteles provinciales se conforman con esos cuentos. Bastante tienen con vigilar la frontera norte, amenazada en esos días por invasores gringos, utes, comanches y bandidos de toda clase.

Los hermanos Losada, que de puro milagro han evitado la horca, se someten, sin embargo, a un encierro voluntario. Temen la represalia de la familia. La cólera de los paisanos. Prefieren esperar a que el responsable haya dado la cara, ya que nadie en la provincia parece tener el tiempo ni las ganas de dar con el asesino.

Así pues, ha de ser el que fuera diputado por Nuevo México en las famosísimas Cortes de Cádiz de 1812, Pedro Bautista Pino —tío de las difuntas—, el que solicite al gobernador Melgares los servicios de dos hombres capaces de investigar el caso.

> *«Dos tipos de fuera del territorio, si es que queda alguno con vida, especialistas en lo suyo. Que vengan acá sin la mirada emponzoñada y maliciosa que presentan las gentes de esta tierra embrutecida, pecaminosa, desprovista de humanidad».*

Con ellos dos empieza esta historia.

Por cierto, los tipos son —curioso en los tiempos que corren— un español y un mexicano: el bachiller Juan Orviz, asturiano, y el capitán Leandro Cuervo, sonorense. Apenas se conocen. *«Ni falta que nos hace»,* hubiera dicho el segundo. No obstante, Orviz y Cuervo están condenados a entenderse si quieren resolver el fúnebre entuerto que, hace apenas unas semanas, acabó con la vida de Carlota y Dolores Pino, sobrinas del señor diputado.

2

El 16 de octubre de 1820 Juan Orviz y Leandro Cuervo van medio dormidos en el interior de un coche de caballos. El primero, curioso, apoya la frente en la ventana del carruaje y trata de abrir los párpados en un intento infructuoso por divisar el cauce del río Grande. El segundo, impasible, permanece recostado en su lado de la cabina, las botas apoyadas en el asiento de enfrente. Como de costumbre, Cuervo se ha colocado el sombrero de tal manera que el ala ancha le tapa media cara. Ambos cuerpos, no obstante, se mecen al vaivén de los cantos, zanjas y demás lindezas que el Camino Real de Tierra Adentro colecciona en aquel tramo desangelado. Pasan el nuevo desvío de Pecos y continúan hacia Santa Fe por el trazado original. Pese a lo incómodo de la ruta, los dos hombres disfrutan, al fin, y por primera vez desde que salieran de El Paso, de los lujos de un cochero. Angelito, para ser más exactos. Un apache cristianizado que conoce bien los atajos —y mejor los peligros— del sendero.

—Escuche, Juan… ¿Va dormido? —dice de pronto Leandro Cuervo, el más veterano de los dos militares.

—No —responde el asturiano Juan Orviz, mientras levanta las cejas y contempla al oficial mexicano. Intenta disimular la cara de sueño y se frota para ello el rostro imberbe con las mangas de la camisa.

—¿Qué hace?

Orviz abre bien los ojos, sorprendido de que su nuevo compañero quiera al fin entablar conversación; no ha abierto la boca desde que dejaran atrás el paso de Sandía. El asturiano aprovecha la oportunidad y le enseña al capitán Cuervo una libreta marrón de piel curtida, algo raída por los bordes.

—Repaso las notas que tomé en El Paso sobre el asesinato de las dos hermanas.

—Mmm —gruñe el otro.

—Es terrible, ¿no cree?

—¿El qué?

—El crimen. Cada vez que leo la carta del señor Pino encuentro el caso más sobrecogedor.

Se encoge de hombros Leandro Cuervo.

—Nos dirigimos a una tierra terrible, muchacho —susurra el capitán esbozando una sonrisa cruel—. ¿Le molesta si pongo aquí los

pies?

—¿Cómo dice?

—Si le molestan los pies.

—No —responde confuso el joven.

—Mejor.

De nuevo, silencio. Una cabezadita, bien acompasada por el incesante traqueteo que hacen las ruedas al pasar sobre el sendero, les hace perder la cuenta de los minutos transcurridos. Sobrepasan un rancho abandonado, así como el antiguo mesón de Chacales, a las afueras de Bernalillo. Siguen dormidos al alcanzar la venta de Peralta, otrora conocida por un enorme establo de adobe en el que hoy apenas hay caballos. Así transcurren un par de horas. Tal vez tres. Tiempo de sobra para que el azar seleccione sus sueños y los aleje un buen rato de las tierras baldías que conforman el paisaje de Santa Fe de Nuevo México.

Juan Orviz sueña con su Asturias natal. Con los montes y los valles infinitos de su infancia. Neveros en plena primavera que brillan con la luz de los picos de Europa. En el sueño aparece su hermana Elena. Y su madre. Los tres ríen, alegres, mientras aguardan en Ponga la llegada de su tío, el ingeniero encargado de la reconstrucción del Camino del Beyo. Casi puede tocar los pastos verdes con la mano.

La modorra de Leandro Cuervo es algo menos bucólica, pero igual de tangible. Con una mano sostiene los senos de una mujer mucho más joven que él. Es invierno, y llueve fuera, pero el calor de la lumbre hace de su pequeño rancho un lugar acogedor. *«Se está bien aquí»,* le murmura a la zagala mientras extiende hacia ella un par de monedas de cobre. *«Tal vez hoy prefieras quedarte».*

De pronto, y justo en el momento en que el sol roza el inmenso horizonte de aquel país lejano, el coche detiene su marcha. Los forasteros no tardan en volver a este mundo. Cuervo abre un ojo, extrañado. Orviz se incorpora. El ambiente es fresco, más de lo esperado, y el español nota cómo un escalofrío recorre su cuerpo. Echa mano del frac. Mientras se lo pone sobre los hombros, pregunta:

—¿Por qué nos detenemos?

—Eso mismo me andaba preguntando yo. Hablamos de hacer noche en la fonda de Santo Domingo. —Se estira el sonorense, gruñe, y no puede evitar poner una mueca extraña cuando se palpa las rodillas, adormiladas por la postura—. ¡Angelito! ¿Por qué carajo nos detenemos? ¿Ya se mea usted de nuevo?

—No, señor Cuervo —responde una voz débil desde el asiento del cochero.

El indio, que, preso de su timidez, no ha sido capaz de alertar con anterioridad a sus atípicos pasajeros, lleva un buen rato oliéndose lo peor. Traga saliva, inseguro, e intercepta unas voces esquivas desde la

alameda que envuelve el camino. Sabe lo que toca. Está habituado desde hace años a los imprevistos e inseguridades de la ruta. En más de una ocasión, de hecho, ha recibido descargas de balazos de las que por fortuna quedan en amenaza. Pero nunca se sabe. Por tanto, pone un pie en el garrote y susurra a los dos caballos que tiran del carro para que no bajen la guardia.

—¿Y entonces por qué paramos? —insiste el capitán, impaciente.

Juan Orviz mira por la ventanita lateral de la cabina. Más allá de los álamos apiñados, el río Grande sigue fluyendo, silencioso. A su juicio, el brillo anaranjado que devuelve en la quietud del ocaso no desvela peligro alguno.

—No veo nada —indica Orviz, y le dirige a su compañero un gesto despreocupado.

Pero los temores del pobre Angelito, conocedor no solo de los habituales peligros, sino también de los sujetos que pueblan los caminos desde que estallara la guerra de independencia, no tardan en hacerse realidad. De entre las rocas que salpican la vereda emerge de pronto un tipo menudo de bigote poblado, viste poncho marrón y sombrero de charro con copa de piloncillo.

—¿Quién va? —exclama el cochero.

—El fantasma de Morelos —bromea el que les corta el paso.

No tardan en acompañarlo cuatro zagales, lo suficientemente jóvenes como para no haber conocido siglo anterior al presente. Media cara cubierta con un pañuelo anudado al cuello. Todos ellos portan retaco o pistola, si no ambas.

—Problemas —musita Leandro Cuervo nada más oír las risas de los bandoleros.

—¿Qué quieren? —pregunta Orviz, inquieto, y se apresura a tomar la carabina que guardó esa misma mañana bajo el asiento del carruaje.

—No salga —responde muy serio Leandro Cuervo, y echa la cabeza hacia atrás con el ánimo de comunicarse con su cochero—: Angelito, ¿cuántos son?

—Cinco.

—¿Armados?

—Sí, señor.

—Pregúnteles qué quieren.

—Ya les pregunté.

—Insista.

El repentino diálogo entre conductor y pasajero molesta al hombre del sombrero charro, que saca una navaja del bolsillo al tiempo que susurra rápido y mordaz a los muchachos que le guardan las espaldas:

—A darle, muchachos, que es mole de olla. —Luego dirige otra vez la mirada hacia el coche de caballos e interrumpe la conversación—: ¡Ya bájense del carro!

En el interior del coche, Orviz y Cuervo se miran preocupados. Ahora sí, el sonorense echa mano del cinturón para preparar pistola, polvorín y machete.

—¿Qué andan buscando? —inquiere el cochero, enojado, y toma de nuevo las riendas con brío.

—Calla, indio, y levanta las manos si no quieres riña.

El acento local tiene un deje de lo más extraño.

—¿Saben de quién es este carro? —insiste Angelito—. Pertenece a la familia del diputado Pedro Pino, de Galisteo. No les recomiendo que…

—Mantén la boca cerrada, apache cabrón, ¿que no ves que lo tienes complicado? —Escupe al suelo el líder de la banda y alza la navaja—. Saquen las manos fuera del carro los de ahí dentro. Sin prisa, pero que podamos verlas.

Se vuelven a mirar el bachiller Juan Orviz y el capitán Leandro Cuervo. No es la primera vez que les dan un alto en un camino. La primera vez de Orviz fue años atrás, en la península. La banda de Zoilo Mozos dio caza al español cerca de Puertollano. De aquella perdió el equipaje, dos armas, un baúl con munición y cien reales con los que viajaban él y su amigo Rafael del Riego camino a La Carolina. El mexicano Leandro Cuervo está, si cabe, mucho más acostumbrado. Desde que los insurgentes comenzaran a dar problemas al sur de la Nueva España, los caminos del norte se han convertido en un constante goteo de revolucionarios, bandidos, paganos y demás rapaces dispuestos, como siempre, a medrar a costa de lo ajeno. Tal vez por eso mismo resopla ahora el sonorense, hastiado, y asiente con mueca seria.

—Permítame hablar a mí… —le susurra a su compañero.

Los dos hombres dejan a un lado carabina y pistola. Abren las ventanas laterales y sacan las manos como buenamente pueden.

—Veo cuatro manos —empieza el asaltante—. ¿Que solo viajan dos en tan opulento carro?

—Solo dos —responde Angelito, enojado.

—¡Ya cállate, indio, no lo repito más veces!

Interviene al fin el capitán Leandro Cuervo, y alza su voz áspera todo lo que puede para que las paredes acolchadas del interior del carruaje no tamicen sus palabras.

—Somos solo dos. Mi nombre es Leandro Cuervo, de Arizpe. Me acompaña el bachiller Juan Orviz. Salimos hace unos días del presidio de El Paso, nos recogieron en Albuquerque, y vamos para Santa Fe.

El líder de la banda escucha atento mientras hace que sus hombres se aproximen al coche, muy despacio, retaco y cuchillo en ristre. Obligan a Angelito a soltar las riendas y a bajarse con cuidado. Uno de los dos caballos piafa, desconcertado, y eso hace que el carruaje se

tambalee.

—¿Son soldados del rey? —inquiere entonces el del sombrero charro.

—Pregunta tramposa en los tiempos que corren —responde Cuervo, inteligente, pues no descarta que los asaltantes tengan relación con los insurgentes independentistas—. Tal vez sean ustedes el grupo rebelde que semanas atrás incendió y saqueó el pinche puerto de Guaymas.

—¿Guaymas? —se burla el asaltante—. Está usted muy al norte, sonorense.

—Nos dirigimos a la capital de Nuevo México por petición expresa del gobernador Facundo Melgares —interviene Juan Orviz, nervioso, pero seguro de sus dotes negociadoras—. Nos esperan en Santo Domingo esta misma noche. Llevamos, de hecho, una carta firmada por el propio Melgares. Un salvoconducto.

A Leandro parece no haberle gustado la intervención de su acompañante, y suelta un gruñido de desaprobación.

—¿Un salvoconducto? —pregunta de nuevo el bandido con una risa atravesada—. ¿Qué diantres es eso? ¿De dónde es el acento?

Antes de que el propio Orviz pueda dar explicaciones, Cuervo retoma la plática.

—Mi compañero es asturiano.

—¿Español?

—Sí.

—¿Español de España o de los de acá?

—De España.

—¿Chapetón?

—Así es.

—¡Le cagaron! ¿Y qué hace un gachupín tan al norte en estos tiempos de miseria?

La simple duda remueve al bachiller Juan Orviz, que, para ser sinceros, se pregunta lo mismo desde que, hace más de cuatro meses, saliera del puerto de Cádiz. Se limita, por tanto, a guardar silencio.

—El deber —sentencia Cuervo.

—Bien respondido, soldado —se burla el asaltante—. El deber. Cada uno tiene su cada una.

Orviz se cambia de asiento, inquieto, y observa cómo, por la alameda, aparecen a ritmo calmado otros dos enmascarados. Cuando se quiere dar cuenta, les apuntan varias pistolas. Intenta alertar a Cuervo, pero la puerta del coche se abre desde fuera con brusquedad.

—*Pabajo* —les dice el chico que la ha abierto.

—¡Con mucho cuidado, español, que a mis muchachos les tiembla la mano! —exclama ahora el líder de la banda. Luego pone una mueca extraña y se rasca la frente con la hoja de la navaja. Un movimiento rápido basta al capitán Cuervo para, en secreto, arrancarse el crucifijo

de plata que cuelga de su cuello e introducírselo en la entrepierna, por debajo del calzón de tripe.

—Que el de arriba me perdone —susurra luego.

En un abrir y cerrar de ojos, Leandro Cuervo y Juan Orviz se ven de rodillas en el terreno arenoso y polvoriento que se extiende junto al camino.

—Allá vamos de nuevo —dice Juan Orviz.

Es el tercer atraco que vive el asturiano desde que desembarcara en el puerto de Galveston, hace ahora cinco semanas. En el primero, los filibusteros de Jean Lafitte se contentaron con los cien pesos que llevaban encima los militares españoles que acababan de cruzar el océano. En el segundo, cuatro comanches terminaron con la vida de un muchacho joven, navarro, que se negó a entregarles armamento y munición, tal y como hicieron el resto de soldados. En esta ocasión, los asaltantes parecen decididos a tomar para sí todo aquello que brille, pese o sea susceptible de ser intercambiado.

Primero despojan a Juan Orviz de su frac. Luego meten la mano en los bolsillos del capitán Cuervo, su nuevo y peculiar compañero. Se hacen con munición, pólvora, algunos reales de a ocho, un peine y un pequeño estilete. No prestan demasiada atención a la libreta con tapas de cuero que lleva Orviz en el abrigo. Tampoco al estuche en el que guarda un botecito de tinta y una pluma de ave. Es más, al cabo de un rato deciden descartar todo aquello. Uno de los muchachos arroja el cuaderno con desdén más allá del sendero sin saber que contiene las primeras pistas para la resolución del crimen que atañe a los dos soldados. Todo lo demás lo echan al interior del coche de caballos, que, por supuesto, representa la parte más suculenta del botín.

Frente a los dos militares, Angelito, el cochero, sigue con el ceño fruncido y cara de pocos amigos. Sabe que su amo, el señor Pino, no perdonará nunca que no haya dado la vida con tal de salvar el vehículo, de modo que se revuelve una última vez, encorajinado.

—¡No saben lo que están haciendo! ¡Estos dos señores se dirigen a Santa Fe por orden del mismo gobernador Melgares y del diputado Pedro Pino, de Galisteo!

—Y sigue la mata dando —le interrumpe el del sombrero charro.

—¡Son los encargados de encontrar al responsable del doble asesinato que acabó el mes pasado con las sobrinas del señor Pino! ¿No tienen ustedes piedad? ¿Que no saben lo que ha sufrido esa familia?

Uno de los asaltantes, un tipo de mediana edad, moreno y de facciones redondeadas que porta pañuelo rojo sobre la calva, gira sobre sí mismo en ese preciso instante y clava la mirada en los ojos asustados del asturiano Juan Orviz. Tanto Cuervo como el propio Orviz notan entonces la atención que reciben sus dos rostros alicaídos.

Irritado ante los alaridos del tipo, el líder de la banda da tres pasos decididos en dirección al pobre Angelito. Luego, con un movimiento certero de muñeca, hunde su navaja en la garganta del hombre apache. La sangre corre a borbotones y empapa en escasos segundos la camisa blanquecina del cochero. Se desploma luego, agonizante, sobre el charco rojizo que se acaba de formar en el suelo. Orviz contiene una pequeña arcada y contempla el suelo agrietado. Leandro Cuervo, por su parte, mueve la cabeza con desaprobación y se evita espetar el inoportuno insulto que le haría ser el siguiente. Angelito muere al cabo de unos segundos, allí mismo, frente a los dos soldados.

—¿Han oído al indio? —se oye desde lo alto—. Esos dos zorimbos van para Santa Fe a investigar lo de las niñas a las que dio muerte el diablo.

—Me vale madre ese cuento, vayámonos —le responde otro, nervioso.

—¿No los matamos? —pregunta el de las facciones redondeadas y el pañuelo colorado.

—No será necesario —dice el líder de la banda mientras se acerca a toda prisa al lugar en que permanecen arrodillados los dos soldados. La nariz aguileña sobresale por encima del bigote, muy poblado. Luego, se dirige a Juan Orviz—: Usted, español. Sepa que hoy le ha perdonado la vida un hombre libre. Uno que estuvo en Chihuahua el día que mataron a Hidalgo. No queremos chapetones. Vuelva usted a su tierra, que no es esta.

Tras pronunciar su discurso, el bandolero saca de nuevo la navaja con la que ha asesinado al cochero y la desliza con malicia sobre el rostro del asturiano. Emite un gemido Orviz, y se lleva las manos a la cara en un acto reflejo. No tardan en llenársele de sangre los dedos y las mangas de la camisa.

—Vámonos, Peludo —insiste el que vigila desde lo alto del camino.

El líder hace caso al centinela; gira sobre sí mismo, da dos zancadas certeras y se sube con brío al carro de la familia Pino, conducido ahora por otro de los bandoleros. El resto hace lo propio, escopeta al hombro y ahuecando el ala, no anden merodeando por ahí los milicianos de Santo Domingo, los dragones encuerados o, peor aún, los apaches jicarillas de la ribera sur, carroñeros muy listos y atentos como nadie a las oportunidades que ofrece el desierto.

Leandro Cuervo no pierde de vista al hombre calvo que tanto ha insistido en acabar con su vida. Lo nota intranquilo, azorado, aun cuando los otros ya se han ido. Esconde tras los ojos oscuros, o eso percibe el sonorense, el deseo inequívoco de bajarse de la burra y meterle a cada uno una bala en la cabeza. Se lo piensa una vez, y otra, y por cada pensada da media vuelta a lomos del animal. Los dientes bien apretados. El sudor empapándole el pañuelo rojo. Al fin, al verse

solo en la vereda, saca trabuco del cinto y tira de percutor.

—Cuidado —advierte Orviz.

—¡Al suelo! —responde Cuervo.

El trabucazo por poco los deja sordos, pero para cuando el proyectil sale de la boca del arma, Juan Orviz y Leandro Cuervo ya son uno con el pasto. Esquivan la bala asesina; ruedan más allá de unos matorrales; reptan entre las rocas y tropiezan de forma caótica mientras se alejan de la vereda.

Rebuzna la burra, quejumbrosa, y un segundo disparo deja su eco en la ribera. Pom.

A Juan Orviz le da tiempo a echar la mirada atrás. Sobre las hierbas altas alcanza a ver el rostro nervioso del hombre que se queja ahora, sudoroso, mientras trata de seguir con la vista el rumbo desordenado de sus dos pobres presas. Refunfuña. Está molesto por haber errado ambos disparos. Echa mano a su talega por tercera y última vez, pero no le queda pólvora.

—¡Escúchenme! —exclama, enojado—. ¡Ya han oído al Peludo! Váyanse de Nuevo México si no quieren más disgustos.

Juan Orviz permanece tumbado sobre el terreno, con la cara medio abierta y el corazón latiéndole tan rápido que parece a punto de salírsele del pecho. Sigue vivo de puro milagro. No se acostumbrará nunca a esa sensación, por mucha guerrilla y mucho plomo que cargue en sus espaldas.

Una vez se ha marchado el hombre que los ha disparado, el silencio se apodera de la ribera del río Grande —o río Bravo, como lo llaman los arrieros sureños—.

—Déjeme ver esa herida —dice de pronto Leandro Cuervo.

—Estoy bien —miente Orviz, que no quiere dar muestra alguna de debilidad ante su compañero en el primer encontronazo que han tenido desde que salieran de El Paso.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Ayúdeme entonces a esconder el cuerpo del cochero.

—¿Cómo dice?

—Lo que ha oído. Habrá que ocultar a este pobre antes de que lo encuentren los coyotes.

El capitán mantiene un tono sereno para el susto que acaban de llevarse.

—¿Lo abandonamos aquí? —inquiere el asturiano, que no ha logrado aún recuperar el aliento.

—¿Qué propone si no? ¿Cargar con él a puro pulso hasta que lleguemos a Santo Domingo? —Pone una mueca irónica el sonorense —. No. Iremos nosotros, a pie, y daremos el aviso a los monaguillos del padre Rubí para que se apiaden de su alma.

—Está bien… —empieza Juan Orviz, dolorido.

—¿Pero?

—Ninguno.

Los dos hombres arrastran el cuerpo ensangrentado del que hasta hace un rato fuera su cochero. Pesa más de lo que uno hubiese imaginado, se permite pensar Orviz. La sangre ajena le corre por la muñeca. ¿O es la propia? Muy pronto empieza a gotearle sobre las botas, y sobre el calzón de tripe azul. Suspira, afligido, pero intenta mantener la calma.

Acaban escondiendo el cadáver en el hueco que conforman dos enormes rocas rojizas que, de no ser por su remoto enclave, parecerían esculpidas para la ocasión. Luego, repara Cuervo, Juan Orviz regresa tembloroso al sendero en que ha sucedido el asalto. Una mano sobre el rostro herido, la otra apartando los hierbajos que crecen junto a la vereda. Tose durante un buen rato, y recorre unas varas en dirección sur. Después repite el mismo camino, pero esta vez encarando el norte, a gachas, tanteando el suelo con las manos.

—No hemos hecho más que llegar y el gachupín ya ha perdido la cabeza —dice para sí el de Sonora. Lo cierto, observa Cuervo, es que, aún con el rostro ensangrentado, el gesto de Juan Orviz apunta a buena familia. Corte de hombre sensible, de modales refinados, cuidadoso hasta decir basta.

—La tengo —susurra al fin el asturiano—. Tengo la libreta. Y mi estuche. ¡Y la carta del señor Pino!

Sonríe Leandro Cuervo, incrédulo, mientras saca de su entrepierna el crucifijo que se ha escondido y vuelve a colgárselo del cuello. Luego enciende el último cigarro que le queda con la cerilla de inmersión que lleva escondida en la bota. Le da una calada larga. Al rato niega con la cabeza. Ha retornado al lugar del mundo del que prometió irse para siempre. Tierra de muertos, misal y rosario. Polvo y arena.

3

Dos días después del trágico incidente, la tarde del miércoles 18 de octubre de 1820, Leandro Cuervo y Juan Orviz llegan exhaustos a Santa Fe, centenaria capital de la provincia de Nuevo México. Lo hacen a pie, cubiertos de arena, muertos de hambre y de sed.

—Al fin —murmura Juan Orviz.

Durante el largo viaje que ha hecho en el último mes —atravesando Texas desde el puerto de Galveston, viajando junto a una caravana de militares y comerciantes que fue parando en La Bahía, San Antonio, Aguaverde o La Junta de los Ríos— el asturiano ha adquirido cierta destreza a la hora de aguantar sus necesidades más básicas. Se ha curtido en eso de tener el agua racionada durante días. Sabe de la importancia de hervirla para evitar caer enfermo. Ha experimentado lo que es dormir al raso en pleno desierto, vigilar la tienda, ahuyentar a los coyotes y comer de higos a brevas, nunca mejor dicho. Sin embargo, ha sido este último tramo, tras el atraco en Santo Domingo, y con su nuevo compañero blasfemando a cada paso, lo que ha podido con su ánimo. Ahora que llegan a Santa Fe, el bachiller tiene regusto de fiebre en la boca y preocupantes conatos de vértigo. Es cierto que no han tenido ocasión de llevarse algo a la boca desde que salieran, esa misma mañana, del pequeño puesto de La Bajada. Allí, el padre Rubí —que ha tenido a bien hospedarlos y servirles un chocolate caliente— les ha negado, sin embargo, el préstamo de dos caballos.

—Cura malnacido, tacaño, gazmoño cabrón —va blasfemando Cuervo, entre dientes—. No se le caerá encima el santo de oro que guarda en la sacristía.

—¿Es por aquí? —le interrumpe Orviz, hastiado de las quejas casi tanto como del camino.

—Allá, al fondo de la calle. Del otro lado del campanario.

Una espadaña de adobe se alza serena sobre los tejados cobrizos de la capital. El asturiano asiente y aprieta el paso. A esa hora del día, la ciudad se torna sombría. De no ser por los quinqués que cuelgan de los soportales e iluminan los zaguanes, piensa Orviz, la oscuridad total se cerniría sobre sus calles polvorientas y malolientes.

El muchacho no pierde detalle de cuanto lo rodea. A las afueras, una vez pasados los establos, las casitas bajas de adobe, cruzadas en su mayoría por travesaños de madera, se apiñan en torno a mercadillos

improvisados. En ellos, llega a ver, cierran ya los puestitos que han sacado el género por la mañana. Abren, sin embargo, las tabernas, interesadas en la clientela de feligreses que está a punto de salir de misa dispuesta a cambiar el sermón por el vino. Adelantan a una mujer con cofia y mandil y a un par de indios muy jóvenes que se los quedan mirando con cara de pocos amigos. No hay demasiada gente en la empobrecida villa de Santa Fe. Aun así, a Orviz le impresiona ver rostros humanos en medio de aquel páramo endiablado. Le llama la atención que hayan tenido a bien agruparse cuatro o cinco mil personas en un lugar tan inhóspito, remoto y desprovisto de comodidades.

A medida que descienden por el camino, una nubecita de polvo se eleva sobre sus talones. Las calles están secas, observa Leandro. No le sorprende. El verano ha sido especialmente seco, y el lecho del río luce cuarteado, sin agua alguna que trasladar hasta los canalillos que genízaros y criollos han excavado a ambos lados de la calle De Vargas.

De este modo pasan Leandro Cuervo y Juan Orviz junto a la finca de Urrisola, el que fuera gobernador del territorio, y bordean la capilla de Nuestra Señora de la Luz, que extiende su ábside a lo largo de la alameda. Desde la escalinata trasera del templo una vieja enlutada los mira con el único ojo que conserva en la cara. Leandro Cuervo cree reconocerla de los tiempos en que sirvió en la capital, pero torna la mirada al frente. Ya en la plaza Mayor, frente a los soportales del palacio de los Gobernadores, se detienen junto a una garita pequeña, construida de adobe, como casi todos los edificios de la ciudad. Dos golpecitos en la puerta bastan para que el morador del cuartucho, un chico jovencísimo, imberbe y vestido de militar, les dé la bienvenida.

—¿Quién va? —pregunta.

—Leandro Cuervo, del presidio de El Paso. Me acompaña Juan Orviz, recién destinado allí mismo.

Juan Orviz atisba por el hueco de la ventana lo humilde del cuartelillo; de sus paredes cuelgan una cazuela, dos cuencos de estaño y un par de bayonetas.

—¿Qué desean? —inquiere de nuevo el zagal.

—Denunciar el robo de un carruaje y el asesinato de un indio. También solicitamos audiencia con el gobernador Facundo Melgares. Nos espera. Que estemos aquí es cosa suya.

—No está acá el gobernador —responde el chico, extrañado.

—¿A qué se refiere?

—Que no está en la ciudad. —Ante la cara de circunstancia de Leandro Cuervo, el chaval aprovecha para rematar la buena nueva—. Y eso del muerto y el carruaje debe decirlo usted al alférez Cardoso, o bien al señor intendente, pero ya mañana, que hoy marchó a casa y vive lejitos, donde la finca del Sapo.

Sin mediar palabra, tuerce el gesto Cuervo, hastiado, e inclina la cabeza para despedirse del muchacho. Juan Orviz, aunque repleto de dudas, se abstiene de preguntar. En su lugar, se limita a seguir a Cuervo por el camino que lleva a la taberna de Pedro el Santero.

—¿Nos hospedamos aquí? —pregunta, ahora sí, el asturiano.

—En la planta de arriba. La hija del Santero guardó un par de habitaciones a nombre de la familia Pino.

—Parece una taberna.

—Y lo es —sonríe Cuervo—. Taberna y posada. Me recuerdo buenas gachas acá dentro, y tengo un hambre que me caigo. Ya habrá tiempo de dormir. Lo primero es lo primero.

Asiente Orviz, que también necesita saciar el apetito. Luego sigue a su compañero y sube con cuidado los escalones de madera que separan la calle del umbral de la cantina.

En la capital provincial se reparten la clientela tres modestas posadas. Una es conocida como La Fonda. A otra le dicen el Descansito, con cierta sorna, por cierto, pues está ubicada a pocas varas del cementerio. La tercera en cuestión es, precisamente, la del Santero, que hace también de taberna, almacén y tienda de comestibles. *«El Santero»,* reza el cartel; *«prohibida la entrada a usureros, asesinos, navajos y utes».*

La entrada de los dos hombres, si bien genera un pequeño murmullo entre una cuadrilla de muchachos uniformados que juega al conquián sobre una mesita de madera, pasa desapercibida para la mayor parte de parroquianos. En lo que Cuervo se quita el sombrero, Orviz echa un vistazo y arruga la nariz. El Santero, tugurio oscuro donde los haya, huele a orines, a licor y a frijoles recién hechos. Un escalofrío recorre la nuca del asturiano cuando recuerda el motivo que los ha llevado hasta allí. El asesino de las dos hijas de Anselmo Pino. Bien puede estar sentado entre la multitud de comensales que pueblan la taberna, tan tranquilo, o peor aún, vigilante ante la llegada de dos forasteros entrometidos. Orviz traga saliva y frunce el ceño, agitado.

—De seguro en España frecuentaba usted tabernas con mejor aspecto —susurra Cuervo con tal de sacarlo de sus tribulaciones—. Pero esta es la mejor de por acá, créame.

Sin mediar palabra, los dos hombres se encaraman a la barra.

—¿El agua? —pregunta el capitán.

—Buena, recién sacada del pozo —responde la tabernera.

—Pues pónganos tantito y un par de tragos de vino, haga el favor.

—Ya marchan.

La joven, que no sobrepasa la veintena y tiene ojos verdes pese a sus evidentes rasgos nativos, colma dos vasos de vidrio sin perder de vista la herida fea que tiene en la cara el asturiano.

—¿Su nombre es? —pregunta Cuervo.

—Ángeles. Ángeles Vallejo.

—Es usted la hija de Pedro Vallejo, el Santero.

—La nieta. Me confunde usted con mi tía.

Sonríe Leandro Cuervo, que conoce bien al abuelo.

—Negocio familiar, por lo que veo.

—Qué remedio.

—Escuche, Ángeles, mi amigo y yo tenemos habitación guardada —dice el sonorense.

—¿Para hoy? —inquiere ella.

—Debimos llegar hace dos o tres días —interviene Juan Orviz—. Pero se complicó la cosa por el camino.

Cambia el gesto la muchacha, y por poco derrama el vino.

—¡Son ustedes los hombres de fuera! Los del sur —empieza con mueca inquieta—. Los soldados de El Paso que vienen a resolver el crimen de Galisteo. Me dijo mi papá que vendrían.

Ante el silencio de Orviz y Cuervo, que ni quieren que se corra la voz antes de tiempo ni se sienten cómodos hablando del asunto, la moza les tiende un par de llaves. Al hacerlo entiende lo delicado de la situación, y se limita a asentir con rostro serio. Luego pregunta si quieren algo de comer. Cuervo, que desde hace un rato hubiese vendido a su madre con tal de calmar el rugir de tripas que esconde bajo los botones de la camisa, asiente entusiasmado.

No pasan ni cinco minutos cuando la mestiza de ojos claros regresa de la cocina con un platillo de carne de cerdo adobado y otro de frijoles negros.

—Cuídense, que vienen del fuego —advierte.

Acto seguido coloca junto a la carne un par de tortillas calientes, se inclina con gesto amable y sale de la barra para atender al resto de comensales. Habrá veinte o treinta clientes, observa el asturiano. Difícil de decir. Solo unos pocos se agrupan bajo las lámparas de aceite que iluminan la taberna. Del resto no se intuye más que poncho, camisa y sombrero.

—¿Está bueno? —pregunta Juan Orviz al ver que su compañero ya hunde el diente en la carne de cerdo.

Arruga el gesto el sonorense, conforme, y compone una mueca indiferente.

—A buena hambre no hay mal pan, gachupín.

Orviz llena la cuchara de frijoles y deja que el caldo especiado le caliente la barriga. Sobre la barra, advierte el español, hay un ejemplar de la *Gazeta del gobierno de México* con fecha de 15 de agosto de 1820. Aguza la vista. En la tercera columna, y pese a que las letras están amontonadas a más no poder, logra leer las primeras líneas de una de las noticias que engalanan la portada:

«La expedición Libertadora del Perú, liderada por el traidor José de San Martín, desembarca en Pisco con el propósito de acabar con el orden virreinal».

—¿Lee los folletos, Orviz? —inquiere de pronto Leandro Cuervo, e interrumpe así la lectura del bachiller.

—¿Cómo dice?

—Allá en Europa. Me apuesto a que lee a menudo las cuartillas ilegales. Las hojas volanderas. Parece de esos.

—Los periódicos —sonríe Juan Orviz, que no hace ni tres meses, antes de poner un pie en América, colaboró en el primer número de *El Censor*—. No son ilegales. Ya no. En las calles de Madrid los puede comprar usted por cinco reales de vellón. Algo más caros en Cádiz.

Suelta una risotada Leandro Cuervo. Luego se mete en la boca media tortilla de trigo colmada de frijoles. Con la boca llena, farfulla:

—Ya me han dicho, ya. Lo han obligado ustedes, los liberales gachupines, al rey a envainársela con eso de la censura.

Traga saliva Juan Orviz, incómodo con la burla y con la etiqueta que le coloca el compañero, pero satisfecho, al menos, de haber logrado entablar conversación.

—¿No hay prensa libre aquí, en América?

—¿Acá? —vuelve a sonreír Leandro.

—La Constitución no hace distinción. La nueva libertad de prensa ha de ser igual en todas las Españas…

—Qué sé yo —interrumpe Cuervo riendo entre dientes—. Tal vez en el sur. Los señoritos de la ciudad de México y los criollos ricos de las minas de Zacatecas. ¿Pero acá? ¿Que no ve dónde estamos, asturiano? ¿Cree que alguno de estos desgraciados sabe leer?

Juan Orviz señala el ejemplar impreso y duda un instante.

—Alguien ha traído este hasta aquí.

—Lo reparten los hombres del gobernador. Es el semanario oficial del virreinato, que a estas tierras llega como con un mes de retraso —explica Leandro Cuervo—. Diez páginas en las que se condena al infierno a los insurgentes independentistas que no quieren acogerse a la amnistía e insisten en seguir dando plomazos de acá para allá como pollo sin cabeza.

—Entiendo… —Juan asiente, y vuelve la mirada al plato.

—No ponga esa cara, gachupín. No pasa nada. —Se encoge de hombros Cuervo—. No todos tenemos que andar por ahí leyendo folletos y platicando de leyes, de libertades y de cosas así. Algunos tenemos otras preocupaciones.

Niega con la cabeza Orviz, presuponiendo en su interlocutor una preocupante falta de miras.

—Por suerte, las libertades son para todos —dice luego—. Para los que se ocupan de traerlas al mundo y para los que no.

—Pues más vale que les deje usted a otros lidiar con ellas mientras estemos ocupados acá. No quiero juergas, ni revoluciones ni pronunciamientos de esos que tanto le gustan. —Levanta el dedo índice el veterano y lo coloca con cuidado sobre la camisa sucia del asturiano, manchada aún con la sangre seca del cochero—. ¿Me entiende? Estamos acá para investigar la muerte de dos pobres niñas. No quiero líos.

—¿A qué se refiere? —interrumpe incómodo el bachiller.

—No se haga el tonto conmigo, Juan. Viene muy recomendado, y no dudo de su pericia, pero si cree que puede hacer borrón y cuenta nueva en este lado del mundo, lo lleva crudo. Lo sé todo sobre usted.

Se revuelve en el asiento Juan Orviz y se prepara para afrontar una conversación que, por el tono empleado, ronda la cabeza de Cuervo desde hace días.

—¿Qué le han contado? —inquiere entonces.

Bebe un trago de vino Cuervo y, sin levantar la mirada del vaso, le espeta con malicia:

—Varias cosas. Por un lado, que es usted un hombre enfermo. Esa tos ronca lo delata; no sirvió nunca para el trabajo de campo.

Traga saliva el asturiano. Por un instante es capaz de verse postrado en la cama de su alcoba infantil, rodeado de sábanas sudorosas, paños húmedos y ungüentos medicinales. Una infancia enfermiza, un padre ausente y los fantasmas de una familia arruinada. Esas fueron las cruces con las que Juanito, como lo llamaban entonces, tuvo que crecer en la casa solariega de los Orviz. *«No podrá seguir los pasos del padre. Que se olvide de hacer carrera en lo militar. Mucho esfuerzo físico. Demasiado. El crío tiene los pulmones muy débiles. Lo mejor, por ahora, doña Matilde, es que guarde cama. ¿Rezan ustedes? Si son gente religiosa, por favor, recen todas las noches»,* le dijo a su madre un día el único médico de la villa de Cangas; un matasanos beato y asustadizo con más años que la tos, nunca mejor dicho.

—Eso fue hace mucho —sentencia Juan Orviz.

—Pues aparece en la carta que me entregaron en comandancia —insiste Cuervo—. Y no es lo único que consta.

—¿Qué más dice?

—Sé por qué lo han destinado acá arriba, tan lejos de su tierra.

Aprieta los labios el asturiano.

—¿Y por qué ha sido, si se puede saber?

—Formaba usted parte del Ejército de la Isla. Sus amigos, liderados por ese tal Rafael del Riego, son bien conocidos allá en España por sublevarse a la Corona, agitar las calles y ponerlo todo patas arriba.

Arquea las cejas el asturiano. Se muestra sorprendido por la información de la que dispone su compañero, pero asiente acto seguido, con más orgullo que vergüenza.

—Hemos devuelto al pueblo su Constitución. Y el rey ha jurado acatarla.

—Eso he oído. Pero no lo habrá hecho de muy buena gana cuando lo primero que hace Su Majestad es disolver el famoso ejército y mandar a sus cabecillas a la otra punta del mundo.

Agacha la cabeza el asturiano, dolido por lo certero del comentario.

Todo se ha desmoronado. Sus antiguos compañeros. Sus amigos. Cada uno de los miembros del pelotón que protagonizó meses atrás la sublevación liberal en Las Cabezas de San Juan se halla ahora destinado en el rincón recóndito de un imperio caduco. Un destierro encubierto. Un exilio cruel que, azares del destino, ha llevado al bachiller Juan Orviz hasta la barra de una taberna oscura y maloliente en el extremo opuesto del mundo.

Alza el gesto el muchacho, no obstante, y fija la mirada en el rostro apagado del sonorense.

—Yo también sé cosas sobre usted, Cuervo.

—¡Fíjese! —responde con sorna el capitán—. ¿Que acaso ha ido preguntando?

—No hizo falta. Me contaron algo en El Paso. Según me encomendaron acompañarlo en esta misión, los muchachos del presidio me advirtieron de cómo era usted.

—Hablan mucho esos chachalacos de mala madre —sonríe el capitán mientras le da un trago a la copa y se seca los labios con la manga de la camisa—. Y bien, ¿cómo soy?

—Me hablaron de sus métodos.

—¿Mis métodos?

Juan Orviz se incorpora, y no se lo piensa dos veces antes de responder a su compañero.

—Dijeron que es usted un torturador. Un asesino de indios.

Sin levantar la mirada, pero claramente afectado por la acusación de Orviz, Leandro Cuervo borra la sonrisa de su cara. Luego, susurra amenazante:

—Cálmese, gachupín.

—O cree que no sé que ya no forma parte de la tropa —insiste Juan Orviz, alzando el tono de tal modo que la tabernera de ojos verdes y un par de clientes curiosos vuelven los ojos hacia la barra—. Que, de no ser por la petición expresa de su amigo, el gobernador Melgares, no le habrían dado ni esta misión ni ninguna otra.

—No se lo repito más veces, Juan. —Ahora sí, Leandro Cuervo clava las pupilas en los ojos de su compañero, que le sostiene la mirada un buen rato—. Manténgase sentado y afloje un poco.

Obedece el asturiano al ver que los parroquianos de Pedro el Santero murmuran algo a sus espaldas. Luego le da el último trago al vaso de vino y lo apoya en la madera, vacío. Se maldice a sí mismo

por haber entrado en la provocación del capitán Cuervo, y trata de desquitarse de los pensamientos melancólicos que le hacen echar de menos su tierra natal. A su prometida. A su madre. A su hermana, Elena, que, con suerte, quiere creer Juan, está estos días en la casa familiar, en Cangas de Onís, muy lejos de los peligros, las traiciones y la inquina que lo acompañan a él en tierras americanas.

—Me voy a dormir —dice finalmente.

—¿No se toma otro vino, gachupín?

—Estoy cansado.

—Se le nota.

—Usted también debería dormir, Leandro. Mañana empieza el trabajo.

—Luego voy, descuide —dice el capitán—. Que el trabajo ya ha empezado, y está acá dentro, esperando ser encontrado.

Juan Orviz observa su alrededor. Dirige un último vistazo a los clientes que pueblan la taberna. Después se encoge de hombros, toma una de las dos llaves que hay sobre la barra y, dándole la espalda a su compañero, encara las escaleras de madera que ascienden hasta los dormitorios.

—Una cosa más —dice de pronto Orviz, pensativo, y voltea la cabeza en dirección al capitán Cuervo—. Si tan malo es el informe que le enviaron sobre mí desde comandancia, ¿por qué insistió en elegirme de compañero?

—El informe no es malo si uno sabe leer entre líneas —responde el sonorense con un susurro misterioso—. También dice que es usted el más observador de los soldados de la Corona. Asegura que ha resuelto varios casos como el que nos atañe. Sin embargo, no revela cuáles. —Se sirve un vaso de vino y se lo bebe de un trago. Luego, señala con el dedo a su compañero—. Los soldados que llegaron con usted desde España dijeron, directamente, que lo avalan años como miembro del servicio secreto.

—No es cierto.

—Pues claro. Qué va a decir usted. Pero me da en la nariz que sí lo es. Habla idiomas, ha viajado, es minucioso, detallista… —Suelta una risotada el sonorense—. Además, a cuento de qué iban a quererlo tan lejos, si no.

—Si usted lo dice… —responde el bachiller, y gira sobre sí mismo.

A medida que asciende por las escaleras, Juan Orviz va pensando en las palabras del capitán Cuervo. A sus treinta años, el asturiano ha tenido la suerte de servir en dos de los cuerpos militares más distinguidos de la España liberal; la España del nuevo siglo. Sin embargo, ambas instituciones son radicalmente opuestas, hasta el punto de que solo una de ellas, el llamado Ejército de la Isla, consta en su hoja de servicio. La otra institución para la que ha rendido cuentas

es bien distinta. No es que no sea tan famosa y celebrada como sin duda lo es el mencionado ejército. Es que, directamente, no existe. Al menos no en las cartas y documentos oficiales. Menos aún desde que Fernando VII es rey.

Pero eso ya es historia, murmura Orviz para sí mismo, e introduce la llave en la cerradura oxidada. Accede entonces a un cuartucho austero y polvoriento que dispone, sin embargo, de lavabo de loza, escritorio, mesita de noche y camastro de madera. Deja sobre la mesita la pistola de chispa con sello de Placencia que le ha donado el padre Rubí en la iglesia de Santo Domingo. Luego se queda un buen rato mirando por la ventana, pensativo. *Nos toca empezar de cero.*

4

Un disparo resuena con violencia en el interior de la vieja taberna. El estruendo, fruto de una riña cotidiana que ni deja víctimas ni tiene mayor trascendencia, asusta sobremanera al bachiller Orviz, que por poco se infarta bajo las sábanas.

Se pone en pie de un brinco, agitado. La herida del rostro se ha abierto de nuevo, y la sangre le chorrea por el cuello, creando un líquido rosáceo al mezclarse con el sudor que mana de cada uno de sus poros. La voz del bandido que se la hizo resuena ahora en la cabeza del asturiano, como queriendo advertirlo de los peligros que entraña su intromisión en tierras americanas: *«No queremos chapetones. Vuelva usted a su tierra, que no es esta».*

Poco a poco, Juan Orviz siente cómo las paredes del cuarto se estrechan, constriñendo el lugar hasta que el aire se hace denso, irrespirable, y apenas es capaz de llenar de oxígeno los pulmones. Los pensamientos que el bachiller ha pasado días tratando de reprimir se ponen de golpe en su contra. *Imposible empezar de cero aquí. En la otra esquina del mundo. Tengo que volver a casa. A casa. Con María.*

En la soledad de su penosa alcoba, el joven sufre ahora un ataque de pánico que le impide razonar con claridad. Es consciente, al fin, tras varias semanas aguantándose las ganas de rebelarse y ceder ante sus miedos, de la serie de trágicos infortunios que lo han llevado al septentrión novohispano. Quién sabe durante cuánto tiempo habrá de permanecer allí, sin más compañía que la del misterioso capitán Cuervo.

Algo mareado, Juan Orviz se aferra con ganas al lavabo de loza que hay junto a la cama. Pasan unos minutos lentos y pesados, que le sirven, no obstante, para recuperar el aliento y pensar en sus opciones. Su principal esperanza de regresar a casa pasa ahora por el buen hacer de dos amigos y compatriotas asturianos: Rafael del Riego y Evaristo San Miguel. Este segundo, sabe Orviz, ocupa un puesto de relevancia en el Ministerio de Guerra. No en vano dirige el Batallón de Patriotas y, por ende, la Milicia Nacional.

—Lo traeremos, Juan —llegó a decir San Miguel el mismo día en que partía Orviz hacia el puerto de Cádiz—. Cuando se hayan calmado un poco las aguas, que aún hemos de fortalecer nuestra posición en Madrid.

Riego, al que Orviz quiere como a un hermano, se mostró igualmente optimista, si bien le recordó al bachiller los mayores escollos que franquear antes de su regreso:

—Hemos de acallar todo rumor acerca de tu implicación en el servicio secreto, así como limpiar tus vínculos con Ricart y los oficiales de la Conspiración del Triángulo. No hables con nadie de ese asunto, desmiéntelo todo, y te prometo que antes de que pase el año estarás de vuelta en navío de línea.

Juan Orviz recuerda entonces sus encuentros con su mentor y amigo, don Domingo Badía y Leblich, líder del servicio secreto en el exilio. De no haber sido por él, el asturiano hubiese pasado los días postrado en su vieja cama, abatido, estudiando libros antiguos y compadeciéndose de sí mismo. Fue el propio Badía quien, sin embargo, le encomendó su primer recado. Y el segundo. Y el tercero. Y así hasta que los servicios pudieron contarse por decenas.

Suspira Orviz, melancólico. Todo parece ahora tan lejano… Tan ajeno y extraño… Empapa su rostro con la escasa agua de la que dispone el barreño que hay junto a la cómoda, y se dice a sí mismo: *Puedes con esto, Juan. Has pasado por cosas peores.* Después se limpia la herida, se seca sus ojos llorosos con la manga de la camisa, saca papel y pluma y empieza a escribirle una carta a María, su prometida.

> *«María, te escribo estas líneas desde otra ciudad americana. Ya no estoy en El Paso, donde, sin embargo, se han quedado el resto de compatriotas que vinieron conmigo a la Nueva España. Tal y como te dije en la anterior carta, he sido elegido para acompañar al capitán Leandro Cuervo en una tarea distinta. Me hallo, pues, en Santa Fe, la capital de esta provincia lejana y baldía.*
>
> *Escribo aún sin saber si el correo se reparte en este lado del mundo. A fin de cuentas, han hecho falta catorce días a caballo para alcanzar este nuevo sitio, y los caminos aquí son malísimos. Pese a todo, estoy bien, descuida. Ejerzo esta nueva tarea con arrojo y valentía a sabiendas de que Evaristo y Rafael hacen todo lo posible en Madrid por solicitar mi regreso a casa.*
>
> *Abraza, por favor, a mi madre. También a mi hermana. Hazles saber que muy pronto estaré de vuelta…».*

Orviz escribe con entereza. El pulso firme, la mente serena. Sabe que pronto retornará al lado de los suyos. No han de distraerle ni el griterío de la planta de abajo, ni el arrastrar furioso de las sillas ni el golpeteo de vasos vacíos chocando contra la barra. Tampoco el miedo a no volver a ver a María, que de nada sirve llegados a este punto, y solo ha de traerle dolor, rabia y tristeza.

Abajo, en la taberna, muy ajeno a los pesares del asturiano, permanece bien despierto su compañero, Leandro Cuervo. En este rato de soledad, el capitán ha logrado convencer de un par de cosas a

Ángeles Vallejo, la muchacha de ojos verdes que regenta el tugurio. Por un lado, y esto no ha sido difícil, de poner los gastos de la cena y el vino a nombre de Anselmo Pino. En segundo lugar, y para esto sí ha tenido que tirar Cuervo de sus dotes negociadoras, le ha pedido prestados un par de reales de vellón que la muchacha ha acabado apuntando, también, en la cuenta del señor Pino.

—¿Que no le da vergüenza aprovecharse del pobre padre de las dos criaturas asesinadas? —dice finalmente la chiquilla, harta de las formas cortantes y bruscas del sonorense.

Le tiende, sin embargo, las dos monedas de cobre.

Ante la intromisión, y con el dinero en la mano, cierra la boca Cuervo. Luego se pone el sombrero, coge la botella de vino —aún a medias— y gira sobre sus talones. Como un fantasma solitario y meditabundo, se pierde en la lobreguez de la vieja taberna.

—Amigos —dice de pronto su voz áspera y calmada—. ¿Les importa si me uno?

Tres muchachos jóvenes que juegan al conquián en una de las mesas cuadradas del lugar levantan la cabeza y permanecen en silencio. Leandro Cuervo se halla frente a ellos. De pie. Botella en mano. Mientras se lo piensan, se sirve una copita de vino en un vaso de cristal. Al fin, uno de los hombres, que en apariencia, edad y galones sobre el uniforme pinta ser el líder de la cuadrilla, da el visto bueno a la propuesta y señala la silla vacía que hay al otro lado del tablero.

—Mucho gusto. Leandro Cuervo.

—El placer es nuestro, Leandro —responde el chiquillo imberbe que baraja los naipes—. Javier Urquijo. Y me acompañan Salvador Quesada y nuestro alférez, el señor Cardoso.

Este último, el alférez Cardoso, un tipo castaño, espigado y entrado en años, tuerce el gesto y pone una mueca extraña. *«Leandro Cuervo»,* parece decir para sí mismo mientras escudriña el rostro del recién llegado. Le suena el nombre, y no para bien, pero no dice nada por prudencia adquirida y respeto a la partida.

Una vez se han repartido las cartas, el sonorense mira las propias. Identifica una tercia de ases y entiende que está a un cinco de tener corrida completa. Buena mano. Echa sobre la mesa las dos monedas que le ha sacado a la tabernera y, como el que no quiere la cosa, inicia el verdadero juego por el que se ha sentado a la mesa:

—Ese uniforme que llevan —señala con voz ronca— ¿no será del presidio de San Elizario? ¿Son de la compañía de dragones?

—Así es —responde el soldado lampiño, y descarta dos naipes con gesto dubitativo.

—¿Los manda el capitán Leguina?

Arquea las cejas el alférez, más intrigado que confuso tras oír el

nombre del que años atrás fuera su capitán. Luego roba un par de cartas de la baraja y responde con temple al sonorense:

—El capitán pasó a mejor vida hará un par de años.

—¡Újule! —levanta la voz Leandro Cuervo—. No sabía yo eso.

—¿Lo conocía? —se interesa Cardoso, vacilante.

—Serví con él hace tiempo.

—Lamento darle la noticia, entonces.

—¿Que están destinados acá en la capital?

—Eso es.

—¿Y quién manda ahora a las tropas?

—Ernesto Moraga —responde el soldado Quesada, un treintañero orondo y de mostacho negro como el tizón que de la curda que tiene a duras penas logra mantener el trasero pegado a la silla.

—No lo conozco —responde Cuervo.

Sonríe con aire pánfilo el tal Quesada, y le da un traguito tímido al vaso que sostiene con la mano derecha. Luego responde:

—Nosotros tampoco, si le somos sinceros.

Leandro Cuervo levanta la mirada, extrañado.

—¿Que no conocen a su nuevo capitán? —inquiere.

—Hará tantito que lo nombraron, pero aún no ha hecho acto de presencia. Dicen que tiene que venir desde Chihuahua. —Hace una pausa el soldado orondo y continúa susurrante tras adivinar en el rostro de Leandro Cuervo una mueca de desconcierto—: Con todo esto de la guerra y así, han enviado a muchos de los nuestros a luchar contra los insurgentes. En el sur.

El único regimiento de dragones de cuera de todo Nuevo México, con sede en Santa Fe, debiera disponer de un millar de efectivos repartidos por la provincia. La guerra, sumada a los traslados y deserciones de la última década, ha reducido la cifra a menos de la mitad.

—¿Guanajuato? —se interesa Cuervo.

—Michoacán —le responde el alférez—. Han muerto muchos. Los caminos ya no son lo que eran, se han puesto peligrosos.

—Qué me van a contar. —Se lleva una mano a la cara Leandro Cuervo y resopla con impostada amargura—. A mi compañero y a mí nos asaltó un grupo de hombres armados. Hará un par de días. Entre Santo Domingo y la hacienda de Los Gallos.

Abre los ojos el alférez, deja la copa de brandy junto al montoncito de naipes descartados y se coloca bien la camisa.

—¿Les robaron?

—Todo lo que teníamos. Y nuestro carro. A puro balazo. Mataron para ello al cochero, que se opuso con valentía.

—¿Quién era el cochero?

—Angelito, le decían. Un apache. Trabajaba para la familia Pino.

—Santa madre —suelta el lampiño, y se santigua dos veces con la mano derecha—. Esa familia está maldita.

—¿De dónde dice que vienen? —inquiere ahora el alférez, que, pese al sutil estado de embriaguez y a lo precipitado de la conversación, empieza a atar cabos.

—De El Paso.

—Vengan mañana al cuartel. Daremos parte del asalto.

—No será necesario —responde Cuervo, y observa cómo el lampiño roba la carta que acaba de descartar el alférez.

—¿Y eso?

—Ya dimos el aviso en el cuartelillo. Además, el padre Rubí, de Santo Domingo, prometió esta mañana escribir a todos los alcaldes y denunciar por nosotros ante el comandante general, el señor García Conde. Mañana nos ocupa una tarea bien distinta —aprovecha para añadir Cuervo—. Al alba partimos para Galisteo.

—¿Galisteo? —Apenas si suelta un hilito de voz el alférez, pues recuerda ahora la carta por la que le hicieron saber que el mismísimo Leandro Cuervo, de eso le suena el nombre, sería el encargado de indagar los misteriosos crímenes que rodean a la familia Pino—. Son ustedes los dos hombres a los que manda el gobernador para investigar los asesinatos.

—Los mismos —responde Cuervo, y, sin alzar un ápice la cabeza, tira un par de naipes sobre los demás descartes para robar dos cartas más de la baraja que se alza sobre la mesa. Ahora sí, corrido de cinco números. Está a un cuatro de cantar victoria.

Los dos soldados le dirigen al alférez Cardoso una mirada inquieta, pero el más veterano aguanta el tipo, sabedor de la reputación que acompaña al hombre que tienen sentado a la mesa.

El silencio que sigue, entre incómodo y fascinante, hace hablar al soldado orondo:

—Extraño asunto el de la muerte de las hijas de Pino.

—¿En qué sentido extraño? —inquiere rápido Leandro Cuervo.

—En todos. Primero desaparecen las dos niñas como por arte de magia. —Toma el vaso de nuevo el muchacho y le da un trago considerable al brandy antes de secarse la boca y continuar con el relato—. Y mira que les dimos bien a los hermanos Losada, pero no soltaron prenda…

—Ya basta, Quesada —le interrumpe el alférez, e intenta seguir con la partida—. Ponemos burlote, teje usted.

—Y qué casualidad —continúa el soldado mientras baraja las cartas —. Al cabo de unos días aparecen muertas las dos chiquillas.

Hace el ademán Leandro Cuervo de pedirle a Juan Orviz que saque libreta, plumín de ganso y tintero de peltre cuando recuerda que su acompañante ya guarda cama en el piso de arriba.

—¿Llegaron a ver los cuerpos, alguno de ustedes? —pregunta Cuervo, muy serio.

—No, ninguno —trata de zanjar el alférez.

No obstante, el muchacho lampiño, algo tímido, traga saliva e inicia al instante una descripción detallada:

—Pero según nos dijeron, fue un espectáculo grotesco. Una carnicería. Una obra propia del diablo… o de la Llorona. Ya me entiende.

La Llorona. Un ser que atemoriza desde hace años a los habitantes de la provincia. El espíritu de una mujer india que, mientras trataba de proteger a sus hijos de la cólera de su marido, los terminó ahogando en las oscuras aguas de Río Grande. Por supuesto, sabe el capitán, como en toda buena leyenda, el fantasma arrepentido de aquella mujer india no dejó nunca de merodear entre las frondas de la vereda. Acecha en la noche, entre los juncos, con el único objeto de secuestrar tanto a chamacos como a chamacas perdidos y arrastrar su cuerpo inocente hasta lo más profundo del río.

—¿Las conocían ustedes? —inquiere Cuervo.

—¿A las niñas? —interviene otra vez el alférez Cardoso—. No, señor Cuervo; conocíamos a la familia, eso claro, pero a las niñas no.

Quesada parece discrepar con su superior. Da otro trago al brandy, se descarta de una sola carta y se seca el sudor, nervioso. Luego susurra:

—Muchos dicen por ahí, eso lo he oído yo, que algún castigo les debía el altísimo a esas dos, pero no sé si tanto…

—Quesada, ya está bien —corta de nuevo el alférez—. Al señor Cuervo no le interesan esas habladurías.

—¿Algún castigo? —insiste, sin embargo, el de Sonora—. ¿Es que habían hecho daño a alguien?

—No, daño no —responde el soldado—. Ya me entiende.

No cambia el gesto Leandro Cuervo. Se limita a sonreír y a levantar las cejas mientras musita:

—Explíquemelo.

—Qué sé yo, habladurías —se desdice rápido el chico—. La pequeña era muy vivaracha, muy alegre. Eso dicen, vamos. Pero en el año que llevamos acá arriba yo nunca tuve trato con las hijas de Anselmo Pino.

—¿Cree que abusaron de ellas? —inquiere Cuervo, consciente de la tensión que se ha ido acumulando, pero manteniendo el tipo con aplomo.

—Eso pensaba yo —responde el soldado—. Quiero decir, que eso dijo todo el mundo. Que a las muchachas las forzaron.

—¿Y ya no lo piensa?

—Ya no.

—Ya basta, muchachos —ordena el alférez, y suelta sobre la mesa un par de tercias, indicando a sus contendientes que está próximo a ganar la partida—. Juguemos.

El silencio no dura más que de dos o tres minutos. El soldado joven y lampiño, que no hace más que santiguarse y negar con la cabeza, pone las cartas sobre la mesa, se seca las manos con la casaca azul del uniforme y le confiesa a Leandro Cuervo por lo bajini:

—Hay algo con esa familia. Los Pino. Algún espíritu de los salvajes los ha maldecido para siempre. Algún demonio.

—¿Qué le hace pensar eso? —pregunta Cuervo.

—Lo iban diciendo todos mientras hacíamos batidas por el monte en busca de las muchachas. ¿Que no se da cuenta? Primero ocurre el macabro asesinato de las hijas, Dios las tenga en su gloria, luego la tragedia del hijo, y ahora, incluso, lo que nos cuenta usted del cochero…

—¿El hijo? —interrumpe Cuervo, extrañado, y levanta la mirada para buscar una respuesta en los ojos de sus acompañantes.

—¿No sabe lo del hijo? —pregunta esta vez el alférez, sorprendido.

—Sé que al señor Pino le queda un hijo, ahora que han muerto las dos pequeñas.

—Le quedaba. —Se encoge de hombros el alférez Cardoso—. Desapareció.

—¿Cómo dice?

—Se esfumó sin dejar rastro hará cosa de una semana, al igual que las crías —explica con tono calmado el oficial—. Nadie sabe dónde está, ni si va a volver. Como puede imaginar, toda la provincia teme que regrese en el mismo estado en que lo hicieron sus hermanas.

La noticia cae como un jarro de agua fría sobre el capitán Leandro Cuervo, de Sonora. El caso para el que han sido requeridos sus servicios no hace más que complicarse. Roba una carta de la baraja y comprueba, sin rastro alguno de euforia, que es un cuatro de oros. Ha ganado la partida. Sin embargo, se guarda el triunfo para sí mismo. En su lugar, deja que la ronda siga. Apenas le llega el turno al alférez, escucha complacido cómo este canta victoria.

—Le creía mejor jugador, Cuervo —se atreve a decir el oficial mientras rebaña a toda prisa las monedas que se hallan dispersas sobre la mesa—. Al igual que le hacía mejor informado.

Leandro Cuervo sonríe muy despacio, con la mirada fría y los ojos cansados. Después agarra la botella de vino, ya vacía, y se levanta de la silla con ella en la mano. Permanece así un rato, departiendo con el alférez. Finalmente, se retira del lugar dando tumbos, tosiendo con ganas y susurrando para sí mismo una sarta de improperios hasta haberse hecho uno con la oscuridad de la taberna. Las cinco horas diarias que dormirá esa noche, a pierna suelta, servirán al capitán

para apaciguar el aliento a pulque y a tabaco que tanto lo caracterizan. Nunca ha sido de desvelarse. Ni de contar corderitos con tal de conciliar el sueño. Duerme poco, eso es todo.

5

Sale el sol sin demasiadas ganas de calentar el pasto la mañana del 19 de octubre. Juan Orviz, novato, se deja engañar por el brillo inmaculado del astro, que se eleva anaranjado y redondo sobre un cielo azul sin nubes. Abandona en la posada de Pedro el Santero el abrigo negro abotonado que le ha ofrecido la posadera. En su camino a Galisteo tendrá que conformarse con camisa y chaleco para soportar el viento mañanero que azota las lomas de Los Encinos.

Mientras se moja los labios con café mezclado con chocolate caliente, y aprovechando la privacidad que le brindan los soportales de la taberna, saca del bolsillo interior del chaleco su diario de piel curtida. En él tiene recogidas todas las notas del caso.

«Día 24 del mes de septiembre de 1820», reza la tinta negra en la primera hoja del cuaderno.

> *«Apenas he deshecho el equipaje cuando me informan del asesinato de dos hermanas al norte de la provincia de Santa Fe de Nuevo México».*

La fecha le hace reflexionar por un instante. Ni una semana llevaba en El Paso el día que le advirtieron del trágico suceso. Sigue leyendo.

> *«El capitán en funciones solicita un ayudante con experiencia en estos asuntos para don Leandro Cuervo, al que también dicen capitán pese a haber abandonado la tropa».*

Un par de garabatos confusos conducen a la retahíla de información que, dos días después, obtuvo de los labios del propio Cuervo.

> *«El gobernador Facundo Melgares demanda los servicios de don Leandro a través de una petición de Pedro Pino, diputado de esta provincia y tío de las difuntas. El caso es el siguiente: dos muchachas, Carlota Pino, de quince años, y Dolores Pino, de dieciséis, abandonan la casa familiar en plena noche. Son vistas por última vez con los hermanos Losada. Las niñas no aparecen al día siguiente. Su padre, el empresario Anselmo Pino, inicia junto a su primogénito, Álvaro Pino, una búsqueda que no obtiene resultados. Se corre la voz por toda la capital provincial. Al cabo de dos semanas, sus cadáveres son hallados junto al riachuelo de Galisteo, cerca de su casa».*

En este punto concreto de la narración toma aire el asturiano y le da otro sorbito a su taza de café con chocolate. Se prepara así para lo que viene.

«Las dos presentan mutilaciones y señales por todo el cuerpo. Se interroga a los caudillos de las principales tribus nómadas, a saber: apaches, comanches, navajos y utes. Ninguno de los pueblos indios de la provincia parece responsable del asesinato».

Avanza un par de páginas el bachiller Juan Orviz hasta encontrar la última anotación del cuaderno.

«El cochero de la familia Pino, un indio que responde al nombre de Angelito, nos espera en la fonda de Albuquerque. Le pregunto por su percepción, pero no aporta mucha novedad. Insiste en que hablemos con el padre de las chiquillas, don Anselmo».

A cincuenta varas del zaguán en que desayuna y relee sus notas el bachiller Juan Orviz, su compañero, Leandro Cuervo, hace las gestiones oportunas para arrendar un par de monturas. A esa hora, cabe destacar, ya ha conseguido ropa, munición y provisiones para él y para su nuevo ayudante.

—No tenemos nada más por el monto que me ofrece, capitán —le anda respondiendo el encargado de las caballerizas—. Lo lamento.

—Nunca me gustaron las yeguas.

—Le prometo que estas no se amilanan. Y se las dejo a buen precio porque me dice usted que es amigo del alférez Cardoso. Que de normal valen el doble.

Esboza una sonrisa impostada el capitán Cuervo.

—Usted gana, amigo.

Mientras ensillan las monturas, Leandro se dirige al pequeño patio trasero que tiene la famosa cuadra. Allí hay una botija, un par de toneles a rebosar de agua y un arrimadero de madera salpicado de forraje. Sin pensárselo, apoya la pistola Harper's Ferry donada por el padre Rubí sobre un poyete de madera y mete las manos en una de las cubas. Se limpia la cara con brusquedad. Suspira. El agua estancada en la segunda barrica, situada a media vara de la suya, le devuelve al capitán el reflejo del que lleva años huyendo. La mueca inequívoca de un tipo cansado, desaliñado, con más canas en el pelo que cicatrices sobre el torso, que ya es decir. No hay tras sus ojos negros ni rastro del niño que, a los quince años, solicitó un puesto en el ejército por seguir los pasos de su padre. Hace demasiado tiempo de aquello. Los años al servicio de los virreyes de Nueva España en las tierras fronterizas del norte han sembrado de heridas el cuerpo de un humilde soldado que,

sin demasiadas explicaciones, dejó el servicio apenas le ofrecieron el ascenso a capitán. Antes de eso, pasó seis años sirviendo en el presidio de su Arizpe natal. A esos seis años siguieron ocho en Tucson y siete más en Santa Fe, de los que no guarda buenos recuerdos. Fue tras su estancia en la capital, de hecho, cuando decidió abandonar el ejército y dedicar sus días a alquilar cuchillo y pistola al mejor postor del norte de México. Pasó entonces a ser un soldado de fortuna. Un contratista al servicio del mismo ejército que había auspiciado su fama. Incapaz de abandonar el Lejano Norte, como llaman los chilangos de la capital a todo pedazo de tierra que se alza sobre Chihuahua, Leandro Cuervo acabó por hacer del cuartel de El Paso su permanente base de operaciones. Allí, permitió que el polvo del desierto, el exceso de nochocle y los aprietos del destino le brindaran más penas que glorias, digan lo que digan las medallas, las consignas y los informes oficiales. A pesar de su edad, claro está, y con semejante trayectoria, fueron varios los que pensaron que, a sus cincuenta y un años, el capitán Cuervo estaba más que cualificado para encarar el asunto de las dos hijas de Pino. *«Un caso tan brutal e implacable como falto de motivo aparente debe resolverlo alguien de su calibre»,* decía el gobernador en la nota.

Suspira de nuevo Leandro, y golpea con fuerza el agua que llena la barrica. *Una última cabalgada,* se dice, *por el viejo Melgares. Le debes una bien cabrona.*

Un silbido agudo saca al asturiano Juan Orviz de su lectura. Cierra el cuaderno en un instinto nervioso. Alza la cabeza, y no puede creer lo que ve. Leandro Cuervo dobla la esquina con un par de monturas relucientes, recién ensilladas.

—¿Qué andas, gachupín, tramando una revuelta? —bromea el sonorense.

Orviz, que hacía a su compañero en cama tras la curda del día anterior, arquea las cejas sorprendido al verlo vestido de pies a cabeza con botas altas, pantalón ajustado y poncho rayado del mismo tono ocre que su habitual sombrero norteño.

—Leandro…

Lo interrumpe Cuervo después de carraspear un largo rato y escupir al suelo con energía:

—Apure el café. Son casi dos horas hasta la hacienda de los Pino, y no debiéramos llegar tarde.

—¿De dónde han salido los animales? —inquiere el bachiller.

—Del vientre de dos yeguas, eso seguro.

—¿Los ha robado?

—¿Robado? —se carcajea Cuervo, desconcertado—. Por quién me

toma, gachupín. ¿Piensa usted así de todos los mexicanos? No, mi buen amigo: nos los alquila a buen precio un amigo del alférez Cardoso.

—¿De quién?

—Fue útil trasnochar ayer.

—Ya veo…

—Conoce uno al personal, se deja ganar al conquián, invita a un par de tragos… —prosigue Cuervo—. Ya sabe. Hablando se entienden las personas.

Ya sobre sus monturas, los dos hombres abandonan Santa Fe dejando a mano derecha el camino ancho y bien señalizado que lleva al rancho de las Golondrinas.

Atraviesan el pestilente corral de Los Jimeno, un lugar repleto de gallinas cuyas plumas caídas han hecho del suelo un terreno inmundo y grisáceo. Llegan después a la Bodega de la Tía Mercedes, en Analco, un antro miserable hasta para los criterios de la provincia. En su cripta, repleta de tinajas de vinagre, conviven hacinadas unas treinta personas que lo perdieron todo años atrás durante un corrimiento de tierras. Luego sobrepasan la bodega y encuentran, ya a las afueras de la ciudad, un paso angosto que los sitúa frente al camino.

—Si se pierde, bachiller, y desea volver a la ciudad, procure cabalgar hacia el norte.

—Me oriento bien, descuide —dice Orviz, y hace gala en su respuesta de una seguridad tan falsa como impostada, pues, en realidad, no sale de su asombro al contemplar el paisaje neomexicano.

La vereda zigzaguea entre cantos rodados y colinas yermas apenas salpicadas por pequeños cactus y artemisas. En cualquier dirección, sin excepciones, hay montículos rojizos cortados en surcos de arenisca. Son idénticos. Todos ellos. Colinas que parecen embadurnadas de polvo de ladrillo. Formas redondeadas tan homogéneas y continuas que, de no ser por las vallas que de cuando en cuando limitan un corral o un rancho determinado, se perderían en el horizonte hasta el mismísimo límite del mundo. En ese momento, y aunque no se atreve a verbalizarlo, Orviz agradece ir en compañía de Leandro Cuervo. Un veterano como el capitán, conocedor no solo del terreno, sino de las virtudes necesarias para sobrevivir a su intemperie, se hace imprescindible en un lugar como ese, pese a las formas rudas que lo caracterizan, o, tal vez, gracias a ellas.

Dos horas a caballo en línea recta separan la capital de la vieja casa de los Pino, en Galisteo. Tiempo más que suficiente para que Cuervo ponga a Orviz al día de todo cuanto pudo sonsacarles, baraja de naipes mediante, a los tres dragones de cuera que departían sobre todo y nada en la taberna de Pedro el Santero.

Por supuesto, el dato que acapara enseguida la atención del joven

es el relativo a la desaparición de otro miembro de la familia Pino.

—¿El hijo? ¿Cómo que ha desaparecido? —pregunta el asturiano, y siente al instante un escalofrío que, aunque achaca al frío, tiene más que ver con lo misterioso de aquel asunto.

—Eso me dijeron.

—¿De la noche a la mañana?

—Ni rastro de él. Al igual que pasó con las hermanas días antes de aparecer muertas.

—¿Qué edad tiene el chico? —inquiere Orviz, y trata de echar mano de la libreta en la que lleva anotada toda la información relativa al caso—. Es el mayor, ¿no es así?

—El primogénito de los Pino, exacto. Las chicas rondaban los quince, si no recuerdo mal.

—Así es.

—Pues este llegará a la veintena…, si es que sigue con vida.

—Santo Dios —susurra el asturiano, muy a pesar de su conocida falta de fe.

El silencio se apodera al rato de aquel páramo desolador, y el repiquetear constante de los caballos trotando sobre la tierra inerte vuelve a ser la única cantinela que se escucha a lo largo de la vereda. Pasado el alto de los Álamos, no obstante, apenas resta una legua hasta Galisteo, y Juan Orviz decide verbalizar la cuestión que viene rumiando desde hace un buen rato.

—¿Usted también cree que su desaparición guarda relación con la muerte de las hermanas?

—No sabría decirle. —Se encoge de hombros Cuervo y se rasca la sien por debajo del sombrero—. Lo que está claro es que algo está acorralando a esa familia y acabando con ella.

—¿Algo?

Sonríe el sonorense.

—El diablo, me dijeron anoche. Una maldición, piensan algunos. Un espíritu vengativo de los salvajes. También mencionaron a la Llorona…

—¿La llorona? ¿Quién es?

—Una india joven y hermosa que ahogó a sus hijos en el Río Grande mientras intentaba esconderlos de su marido.

—¿Cómo dice? —pregunta de nuevo Juan Orviz, atónito—. ¿Cuándo ocurrió?

—No se sabe. Hace tiempo. —Duda un instante el capitán Cuervo, sonríe y acaricia su bigote antes de seguir con la historia—. Las malas lenguas dicen que el alma en pena de esa mujer merodea aún por las riberas de los ríos, secuestrando a los niñitos que se portan mal y arrastrándolos con ella al fondo de las aguas.

Asiente el bachiller, y concluye:

—Un cuento.

A lo que responde Cuervo:

—Usted lo ha dicho. No crea que mis compadres americanos se andan con remilgos a la hora de inventar mitotes, gachupín. ¡Vea! —Cambia el tono de pronto el sonorense y eleva la mirada para señalar en el horizonte una aldea diminuta sobre la que se alzan, sin embargo, una iglesia de adobe y una casa de tres alturas—. Galisteo, y la hacienda de los Pino, que ya supondrá cuál es.

La campana de la iglesia, obligada a tocar a muerto en las últimas semanas, resuena con brío en el preciso instante en que Juan Orviz y Leandro Cuervo conducen sus monturas por las calles vacías del pueblo. El eco de los campanazos señala la hora con rigor. Las doce del mediodía. Un cuervo grazna luego desde lo alto de la espadaña. Se trata de un sonido cruel, macabro, que parece querer advertir a los forasteros del principal peligro de la provincia: todo crimen es susceptible de pasar inadvertido.

—¿Quién va? —inquiere de pronto una voz nasal, amenazante.

Los dos soldados detienen sus yeguas y echan la vista atrás. No ven a nadie. Sin embargo, no demasiado lejos, oyen un silbidito. Una cadencia aguda que, a ritmo de chacona, acecha a los recién llegados.

—¿Qué demonios? —pregunta Cuervo, extrañado—. ¿Quién pregunta?

—Acá arriba.

Desde el tejado de una de las pequeñas casitas de adobe asoma un hombre mestizo, delgaducho y mal vestido. El anciano, que sostiene un pico con la mano derecha, se quita el sombrero con la izquierda y hace con él un aspaviento.

—Buenas tardes —dice Orviz, sorprendido.

—¿Se han perdido? —pregunta el hombre.

—En realidad no —responde el asturiano.

—¿Y a qué han venido a Galisteo? ¿Que no saben que el pueblo está maldito?

—Ya métase en sus asuntos, buen hombre —interviene Cuervo, cortante—. No tenemos tiempo de escondidillas.

—Óigame, hermanito, pues si es un *dicir* —se ofende el viejo—. Que nomás tenía curiosidad este humilde borreguero…

—¿Qué quiere decir con eso de que está maldito? —le interrumpe de pronto Juan Orviz, con la sospecha de que el viejo puede tener información útil para el caso que les atañe.

Se lo piensa dos veces el hombre antes de responder.

—No son de por aquí, desde luego. Ya lo sabrían si no.

—Cuéntenos —insiste el joven, y dirige una mirada paciente a Leandro Cuervo, tratando de hacerle ver la idoneidad de una breve charla.

El hombre agradece la invitación y se toma su tiempo. Primero se seca el sudor de la frente, luego desciende por una escalera de madera y acaba por apoyar la espalda en uno de los pilares que sostienen el porche de maderas gastadas. La barba canosa brota en torno a las cicatrices de su rostro. El cabello, blanquecino, cae grasiento y alborotado sobre la frente empapada.

—Nadie viene por este vallecito nuestro ya —sentencia, y espera unos segundos antes de soltar la que calcula que es una noticia inesperada—: El viejo Anselmo, de la hacienda de los Pino, perdió a sus dos hijitas este verano.

—¿Las perdió?

—Bueno, no quisiera mentar al chamuco, pero ya me entienden, y, si no, me van a entender. —Se inclina sobre la baranda el anciano, y susurra ahora—. A las chamaquitas se las llevó de este mundo el mismísimo diablo. Desaparecieron, y para cuando regresaron del otro lado les habían arrancado de cuajo los brazos. Y los dientes. Estaban todo chupadas, esqueléticas. Tenían heriditas bien feas hasta en el cuello, y, por supuesto, ahí abajo, ya sabe usted dónde, les había brotado un rabo.

—¿Un rabo?

—Lo que oye. Igualito que el de una cabra. Todo negro y peludo.

Juan Orviz disimula su sorpresa con la frialdad que requiere el oficio.

—¿Las vio usted, acaso?

—¡El primero! Pero de lejos, que no quise acercarme. Allá aparecieron. Donde el arroyo.

El asturiano inclina el cuerpo para observar con perspectiva el cauce medio seco en que, según el viejo, fueron halladas las hermanas.

—Vaya, es terrible —murmura—. ¿Y dice usted que fue el diablo quien lo hizo?

—Quién si no. No hay salvajes que puedan obrar tal hechizo, ni siquiera en los tiempos que corren. Ni navajos, ni comanches…

—¿Seguro que nadie vio nada? —interviene Leandro, pensativo—. Algún vecino acaso, algún rumor…

—La gente no sabe qué pensar. ¡Ahora les falta otro hijito, agárrese! Nadie ve al muchacho desde hace días. Ni tampoco al cochero, un indio enorme y testarudo que solía llevarlos de acá para allá. —Suspira el borreguero y se encoge de hombros antes de concluir —. Esa familia no es normal, en cualquier caso.

—Ah, ¿no? —insiste Cuervo.

—No se juntan nunca con la otra gente del pueblo. Ni en fiestas ni por los santos, ni siquiera el día de muertos. A misa sí van, pero rápido y mal. No se sabe bien en qué andan. Y créame, acá somos bien pocos. Nos conocemos todos. Pero, claro, a ellos no. A esos no hay

quien los conozca.

—¿No vio nunca usted a las niñas?

Se para un momento el anciano. Ahora sí, sospecha, por las formas inquisitivas del capitán, que los forasteros saben más de lo que dicen. Vuelve a apoyar la espalda en la columna, visiblemente arrepentido por alguna de las cosas que ha dicho. El chisme puede con él, en cualquier caso, y, al fin, responde:

—A las hijas sí. Las niñitas andaban de acá para allá todo el día. No las culpo. Cualquiera hubiese querido salir de esa casa. Entre la madre, el hermano…

—¿A qué se refiere?

—Ya saben.

—No crea.

—Bueno, pues a buen entendedor… —musita nervioso el viejo—. Tengan buen día, caballeros.

No hay opción a que el diálogo se alargue demasiado cuando, tras alzar la mano con un ademán cansado, el hombre se retira, da la espalda a los dos forasteros y cierra tras de sí la puertecita principal de su guarida.

Retoman la marcha Juan Orviz y Leandro Cuervo. Un par de minutos después, sin mayor dificultad, los animales sortean el lecho cuarteado de un segundo arroyo que bordea las tierras de la familia Pino.

—Habrá que preguntar por el hermano —señala el más joven de los dos.

—Qué remedio —responde el otro.

Orviz sigue de cerca a Cuervo. Tal y como acostumbra a hacer, no pierde detalle de cuanto le rodea. En el exterior de la enorme casa, observa, hay un par de caminitos que delimitan una plantación de sandías y se internan en el jardín de la vivienda. Este, a su vez, tiene un enorme árbol frutal bajo cuya sombra descansa un caballo viejo. Ambos elementos explican, por supuesto, que el terreno luzca salpicado de manzanas marchitas y pequeñas montañas de heno.

Al ver el ángel tallado en piedra que adorna los escalones de la entrada principal, Juan Orviz entiende que la casa de los Pino, pese a estar vieja y carcomida por el irrefrenable paso del tiempo, es el orgullo de una familia que ha sabido hacer fortuna en los confines del mundo civilizado. En Europa, cabría esperar de una vivienda de semejantes proporciones que tuviera toda una colección de espejos, relojes y tapices bordados a mano. En Nuevo México, no obstante, bastante es ya si los señores disponen de patio, pozo propio y una estancia bien decorada en la que poder recibir a las visitas.

Una vez han amarrado a los animales en la argolla que se alza frente a la entrada principal, Orviz y Cuervo se aproximan a la puerta

con paso decidido. El segundo deja que sea el primero el que toque la aldaba con fuerza.

Al cabo de un rato escuchan un ruido de pasos acercándose desde el interior. Al fin, al otro lado del umbral, tras un correr certero de cerrojos, aparece una criada india, muy anciana, el rostro arrugado y las manos temblorosas.

—Buenas tardes —saluda Cuervo.

La anciana permanece inmóvil, con los ojos llorosos y los labios bien cerrados.

—Soy el capitán Cuervo, al servicio de la tropa de El Paso —se presenta Leandro—. Me acompaña el bachiller Juan Orviz. Quisiéramos ver al señor Anselmo Pino, por favor.

—¿Son los soldados que manda el gobernador Melgares? —dice al fin la vieja con un ademán inquisitivo.

—Los mismos.

—Pasen.

6

Orviz y Cuervo se quitan sombreros y chalecos y se los entregan a la criada. Luego dan unos pasitos cortos hasta hallarse en el recibidor oscuro de la casa. El crujir de las tablas bajo el peso de la mujer los guía al cabo de un rato hasta una estancia mayor, presidida por una mesita de roble y una chimenea de barro. Orviz dirige una mirada curiosa al entorno. Las paredes están decoradas con un papel pintado añil algo raído sobre el que se perfilan dibujos florales plateados. El techo está sujeto por vigas de cedro de alburas rojizas, aún visibles, sobre las que se entrecruzan cada dos palmos enormes palos de pino. Hay también una gruesa manta india alfombrando el suelo de madera.

—Esperen aquí —susurra la mujer.

El lugar en cuestión parece el corazón de la hacienda; no solo por la enorme ventana que ofrece vistas al patio trasero, sino también por las sillas tapizadas en tonos dorados que, de no haber sido por el polvo, hubiesen hecho juego con una mesita de café y con las cuerdas de un reloj de pared que se ve que hace tiempo que no da la hora.

Al fondo, se da cuenta Orviz, un pasillo mal iluminado recorta la silueta de una mujer menuda.

—Leandro… —musita Juan al observar que la dama se acerca con cautela. Tendrá cuarenta años. Ni eso. Bata gris, ojeras y el pelo oscuro, muy enmarañado.

—¿Manuela Estrada? —pregunta Leandro—. ¿La señora de Pino?

Asiente levemente la mujer. Luego, cuando parece que va a abrir la boca para saludar a los recién llegados, se arrepiente y echa la vista al suelo. El gesto esquivo sorprende sobremanera a los dos hombres. Dubitativos, se miran entre sí sin saber bien qué hacer o decir.

—Lamentamos profundamente su pérdida —dice finalmente Orviz.

Nadie responde. Pasan así unos segundos incómodos en los que los hombres no son capaces más que de contemplar el rostro abatido de la señora. No tardan en oír unos pasitos a sus espaldas.

—Disculpen la demora —murmura la anciana que los recibió hace un rato—. Don Anselmo los verá en la biblioteca. Acompáñenme, por favor.

Antes de abandonar el salón, Juan Orviz se mece sobre sus talones para dirigir un último vistazo a la madre de las muchachas asesinadas. Esta le corresponde con una mirada tan enigmática como penetrante.

Una mirada rota, piensa el asturiano, pero cargada de rabia y coraje.

Anselmo Pino los espera frente a una biblioteca modesta pero bien ordenada que hace las veces de salón para invitados. Es un hombre alto, delgado y muy vigoroso. Mantiene el pelo negro, aunque tanto la prominente calvicie como las arrugas de su frente se encargan de delatar su medio siglo de vida. El padre de las dos chiquillas, piensa Ortiz, se conserva en una forma física envidiable. Muy serio, don Anselmo se sacude las mangas del frac y se aproxima a saludar a los recién llegados. Se arrepiente Leandro Cuervo, al estrecharle la mano, de no haber ido más elegantemente ataviado a la reunión con el empresario. Juan Orviz, por el contrario, parece vestido a juego con la estancia elegante en que se produce el encuentro.

—Encantado de saludarle, señor Pino —empieza el sonorense—. Le acompaño en el sentimiento.

—Usted debe de ser Leandro Cuervo —responde con su voz grave y solemne el padre de las difuntas.

—Tanto que sí, señor.

—Mi hermano me ha hablado mucho de usted.

—Ah, ¿sí? Qué puedo decir. —Se encoge de hombros Cuervo, incómodo con tanto formalismo—. Don Pedro es muy amable.

—No sea modesto. Me contó todo. Lo salvó usted de más de una en su periplo a través de las provincias orientales.

Asiente Leandro Cuervo mientras se amontonan en su cabeza los recuerdos de aquel viaje inédito y peligroso como escolta de Pedro Pino, el que fuera diputado por Nuevo México en las constitutivas Cortes de Cádiz. Ocho años han pasado desde entonces.

—No hice más que acompañarlo hasta el presidio de La Bahía, a decir verdad. El viaje a través del océano fue cosa suya. —Se gira Cuervo, con un ademán de elegancia torpe e impostado—. Permítame que le presente al bachiller Juan Orviz, una incorporación reciente, pero el mejor rastreador con el que tiene el honor de contar el viejo presidio de El Paso.

Se sorprende de la pomposa presentación el asturiano, pero sonríe al instante y estrecha la mano del señor Pino. No es capaz de decir nada, y lo achaca al estupor que siente aún tras haber visto el rostro de Manuela Estrada en el salón de la vieja hacienda.

—Tomen asiento, por favor —indica don Anselmo con un gesto amable antes de sentarse de nuevo en su sillón escarlata y señalar a la puerta por la que acaba de marcharse la sirvienta—. Disculpen si Mariela se ha mostrado algo callada al recibirlos. Está muy afectada por la muerte de Angelito, nuestro cochero. Eran hermanos.

—También lamentamos su pérdida. —Enarca los hombros Leandro Cuervo y dibuja una mueca incrédula—. Es un milagro que nosotros no corriésemos la misma suerte. Defendió el carro con valentía…

—Lo sé. Descuide. El padre Rubí me informó ayer mismo —asevera Anselmo Pino, y, con un leve cabeceo al aire, señala el envoltorio de una carta recién abierta—. Angelito fue enterrado en el cementerio de Los Gallos.

—Dios lo tenga en su gloria —sentencia el capitán.

—Una tragedia más. El destino se burla de mi familia.

—No diga eso, don Anselmo.

—Es cierto. La ha tomado con esta casa. Hay rumores que afirman que estamos malditos. Los habrán escuchado, sin duda.

—Algo hemos oído —se atreve a intervenir Orviz.

Don Anselmo Pino fija la mirada en el joven y se seca las lágrimas con disimulo.

—Y viene usted de España, entonces.

—Así es —responde Juan sin elevar mucho la voz por cortedad y cortesía—. Llevo poco tiempo en América.

—¿Y planea quedarse mucho por acá?

—Eso espero —miente el asturiano—. Es una hermosa tierra la suya.

—Es usted muy joven. ¿Tiene experiencia investigando tragedias como la nuestra? —inquiere ahora el anfitrión, severo.

—Alguna, señor.

—No sea modesto, Orviz —le interrumpe el sonorense, y echa el cuerpo hacia delante, impostado, buscando un destello de camaradería tras el semblante serio del señor Pino—. En comandancia señalan que el chico tiene una medalla por los servicios prestados al Consejo de Regencia, por no hablar de que es bachiller… y miembro distinguido del famoso Ejército de la Isla. Habrá oído hablar de él.

Levanta las cejas don Anselmo Pino, sorprendido, pues no hay en todo Nuevo México más de mil hombres que sepan leer y escribir con propiedad, menos aún en los tiempos que corren, donde la formación universitaria es poco más que una quimera destinada a los vecinos hidalgos de las florecientes provincias del sur.

—¿Y qué hace un joven con semejante trayectoria en estas montañas, si se puede saber? —se interesa el señor Pino—. ¿Que no le han dicho que son tierras abandonadas estas, Juan, barrancos malditos en los que bestias sin corazón se atreven a robarle a uno lo más preciado?

Se hace un silencio tan plomizo que ni Leandro Cuervo sabe quebrarlo con uno de sus chascarrillos. Acaba por ser Juan Orviz el que tire de ingenio y corrección para encauzar la situación con el mayor tacto posible:

—Para eso estamos aquí, don Anselmo. Para averiguar quién está detrás del terrible crimen que acabó con la vida de sus hijas.

Se miran Cuervo y Orviz, y este segundo saca del bolsillo de su

talega su vieja libreta de cuero.

—Antes que nada, don Anselmo: hemos sabido que su hijo mayor lleva días desaparecido. ¿Es eso cierto? —pregunta el capitán.

—¿Desaparecido?

—Eso nos han dicho.

—Habladurías. El muchacho está empeñado en encontrar al asesino de sus hermanas, eso es todo. Marchó en dirección a Santa Cruz hará cosa de una semana —responde el señor Pino, conmovido—. Llegado el momento, espero que puedan ustedes ayudarme a traerlo de vuelta. Por nada del mundo querría yo que el chico cometiese una locura. Confío en su buen hacer. No puedo perder al mayor.

Respiran aliviados Cuervo y Orviz al saber que la ausencia de Álvaro Pino responde a una causa tangible.

Mariela, la criada, entra en la sala al cabo de un rato. Sirve tres chalupitas de carne de cerdo en una modesta mesa ubicada al pie de la única ventana de la que dispone la estancia. Después abandona el lugar, y los soldados aceptan de buen grado el ofrecimiento. Como siempre, Cuervo es el primero en llevarse la cuchara a la boca.

—Quisiera que tuvieran esto —dice entonces el empresario, y les tiende a los dos soldados una especie de libreta minúscula, impoluta, de la que pende un señalador azul—. Es el diario de mi hija Dolores, la mayor. Nos tomamos la molestia de leerlo, no crean, y ya les adelanto que no contiene nada de utilidad. Chiquilladas. Anotaciones vagas sobre esto y lo otro, se pueden imaginar.

—Bueno… —responde Orviz—. Nunca se sabe. —Luego toma en su mano el diario y lo hojea con cuidado. Son unas memorias a dos años vista. Tal y como cabría pensar, en ellas se recoge una descripción detallada, algo pueril, del día a día de la muchacha. La letra es infantil, redondeada, muy meticulosa. La primera página tiene anotada la fecha del 17 de enero de 1818.

> *«Padre me regaló este diario por sorpresa. Se lo he enseñado a Carlota y le ha dado mucha envidia, como siempre. Mañana mismo, al salir de misa, pretendo escribir en él mis plegarias. Doy gracias a Dios por la vida que tenemos».*

—Con el debido respeto, señor Pino —dice entonces el asturiano—; ¿le importa si le hago unas preguntas acerca de sus dos hijas?

Asiente don Anselmo, que no tarda en servir tres vasitos de vino tinto. Acaba para ello con una de sus botellas de la vega de Metztitlán.

—¿Por dónde quiere empezar?

—Tal vez por el final. El día de la fiesta, si le parece bien.

Traga saliva el padre, pálido, descompuesto.

—Adelante.

Se acomoda Orviz en la silla, dispuesto a hacer las primeras

preguntas.

—¿Cree que sus hijas acudieron a Santa Fe por iniciativa propia?

—¿A qué se refiere?

—¿Hasta qué punto no las presionaron los hijos de su proveedor, el señor Baldomero Losada?

Durante más de una hora los dos soldados y el terrateniente intercambian toda la información relativa a las amistades, aficiones y costumbres de las dos muchachas. Orviz, pese al intento de no juzgar el duelo de su interlocutor, se muestra inquieto por el tono distante y serio con el que el padre se refiere a veces a las pequeñas. Aun así, anota en su cuaderno todo aquello que considera relevante. Carlota, la pequeña, era mucho más inquieta, más irresponsable. *«Respondona»,* subraya el asturiano. Dolores, la mayor, se solía mostrar atenta a las ocurrencias de su hermana. Ambas estaban muy unidas. Lo estuvieron siempre, de eso no cabe duda. Unidas en su afición por la lectura. Unidas en su gusto por la música y el baile. Unidas, incluso, en el trágico final que tiñó de rojo el arroyo de Galisteo y llenó de duelo y tristeza la hacienda de la familia Pino.

—Mis hijas eran dos buenas cristianas. No se metían en líos, créame. Eran tímidas en casa, poco habladoras. —Duda un instante don Anselmo—. Deseosas, por decir algo, de conocer otras partes de la provincia, o eso le dijeron en más de una ocasión a su madre.

—¿Con su mujer podríamos hablar? —pregunta Cuervo de inmediato.

—Preferiría no importunar a mi Manuela con este tipo de trámites burocráticos —responde don Anselmo.

Se sorprende el asturiano ante la negativa del empresario e intercambia una mirada sutil a su compañero, que mantiene el gesto impasible. Este prueba una vez más, a su manera:

—Son más que trámites, señor Pino. Conocer su versión podría sernos de mucha utilidad. A menudo las madres desarrollan un vínculo con sus hijas…

—No lo soportaría —le corta don Anselmo, elevando el tono—. Está muy dolida. Muerta en vida. Por el momento se comunicarán ustedes conmigo.

Asiente Juan Orviz, disimulando su disconformidad con ello.

—¿Qué hay de su entorno? —pregunta, cambiando de tema—. ¿Familiares? ¿Amistades?

—En la familia somos pocos. A mi mujer no le quedan hermanos, que la mayoría son sureños y murieron peleando en la guerra. A mí me queda uno. —Mira a Leandro Cuervo—. Pedro. Ya sabe usted, capitán. Y un sobrino. Pero mis hijas apenas si tenían trato con él.

—Entiendo… —susurra Juan Orviz mientras llena de tinta negra las páginas de su libreta.

—Se tenían la una a la otra —prosigue el padre—. Aunque se carteaban de vez en cuando, o eso tiene entendido la madre, con… esos dos. Ya saben.

—Enrique e Ignacio. Los hijos de Baldomero Losada.

—Así es.

—¿Siguen presos los hermanos?

—A medias. Los tienen en un cuartito del que entran y salen a voluntad.

—¿Y eso?

Se encoge de hombros don Anselmo. Luego dice:

—No hay prueba ni evidencia que los incriminen.

—¿Y por qué no regresan a casa? —pregunta ahora Cuervo.

—No se atreven. Se han aficionado a la protección que confiere la celda.

Vuelve a intervenir el bachiller Juan Orviz:

—¿Qué relación guardaban sus hijas con ellos, más allá de las cartas?

—Ninguna —responde, cortante, el empresario, y medita luego el modo de matizar sus palabras—. Lea el diario de mi hija; verá que ni tan siquiera los menciona. Una amistad lejana, en todo caso.

—Sin embargo, decidieron pasar con ellos una noche de verbena —sigue Orviz—. Ocultándoles a ustedes la marcha…

—Esos idiotas tienen su misma edad —interrumpe el señor Pino—. A veces con eso basta. No crea que es fácil hacer amistades acá, bachiller. Su amigo Leandro le puede contar.

Un silencio incómodo se adueña de la sala.

—Dígame, don Anselmo —dice de pronto Cuervo—: ¿qué hay de usted?

—¿Cómo dice?

—Bueno, ya sabe. ¿Tiene algún enemigo? ¿Alguien que busque hacerle daño?

—¿A qué se refiere? —Se remueve el anfitrión, molesto, aunque la pregunta del sonorense, piensa Orviz, es de lo más oportuno, a tenor de los acontecimientos.

—Ya me entiende —insiste Cuervo, a sabiendas de que está entrando en terreno resbaladizo—. Alguna riña pasada. Algún desencuentro reciente que destacar. Es usted un comerciante envidiado, señor Pino; seguro que tiene rivales dentro y fuera de la provincia.

—¿Qué tiene eso que ver?

—En mi experiencia, mucho.

—¿Pretende responsabilizarme de la muerte de mis hijitas, capitán?

—No es eso, don Anselmo…

—A las primeras de cambio sale usted con esas. ¿Es esa su forma de

investigar la muerte de las pequeñas?

—Tan solo intento comprender mejor…

—Los de acá ya me vinieron con ese cuento —se queja don Anselmo—. Por eso le llamamos a usted. Le tenemos por un reputado rastreador, por un hombre conocedor de la frontera, no por un chismoso.

—Hemos tocado hueso —se lamenta Leandro Cuervo, mordiéndose la lengua—. No volverá a ocurrir.

—Cíñase a lo suyo —murmura el señor Pino, ofendido—. Y no se olvide de quién le paga.

Juan Orviz arquea las cejas, sorprendido por el tono abrupto del empresario. Luego repasa las notas que ha ido tomando en días anteriores.

«Al cabo de dos semanas, sus cadáveres son hallados junto al torrente de Galisteo, cerca de su casa. Las dos presentan mutilaciones y señales por todo el cuerpo».

El de Cangas de Onís está, sin saberlo, a punto de tirar por la borda la poca templanza que le queda al coloquio:

—¿Cree que es posible desenterrar el cuerpo de sus dos hijas para que podamos examinar los cadáveres?

Leandro lamenta la ocurrencia de su compañero. Si bien dichas prácticas —necropsia, disección anatómica, diagnóstico *post mortem*— son habituales en Madrid, Londres o Bruselas, por citar algunas ciudades, en la religiosa y empobrecida aldea de Galisteo, al otro lado del mundo, son poco menos que una herejía. Un ultraje a la memoria de las difuntas.

—Haré como que no le he oído bien, bachiller —concluye don Anselmo al cabo de unos segundos, tan afligido como incómodo con la inesperada deriva que ha tomado la conversación.

No añaden muchas palabras después de aquello. Se levantan, se estrechan la mano, intercambian alguna que otra cortesía con tal de zanjar el primer encuentro de un modo civilizado y se despiden apremiándose los unos a los otros a resolver el entuerto más pronto que tarde.

Luego, Anselmo Pino da varios golpecitos sobre la mesa y espera a que la criada india, ataviada ahora con cofia y mandil largo, haga acto de presencia.

—Mariela, los señores ya se marchan.

Obediente, es de nuevo la anciana la que los guía por los pasadizos oscuros y estrechos de la mansión. Esta vez sí, a Juan Orviz le da tiempo a volver la cabeza para buscar con la mirada a la señora de la casa. En su lugar, sin embargo, capta los dos cuadros alargados que presiden el corredor. De un lado, un bodegón oscuro repleto de pavos,

faisanes y conejos muertos. Frente a él, un Cristo flagelado, apenas iluminado por dos velas que, de tan bien pintadas, parecen estar apoyadas sobre el marco cobrizo que abraza los bordes del lienzo. Un último escalofrío recorre el cuerpo del asturiano. Se siente abrumado, perdido y a todas luces desorientado ante lo extraño del encuentro. Las dudas se amontonan en su cabeza de tal modo que lo hace todo por acto reflejo: ponerse el chaleco, ahuecar el sombrero, despedirse amablemente de la criada. Luego sigue a Leandro Cuervo con precaución y desciende por los escaloncitos que dan acceso al jardín apagado y marchito de la desdichada familia Pino.

7

El sol se acerca a la cresta ondulada de la sierra de Cerrillos, donde la mina de turquesas propiedad del Facundo Estévez echa ya el cierre para alivio de los mineros. Orviz y Cuervo dejan atrás la casa de los Pino con más dudas que certezas. El segundo, en concreto, camina en dirección al establo con un paso errático, somnoliento. A su preocupación por hallarse ante un caso repleto de aristas infranqueables se suman ahora las dificultades de establecer una relación cordial con el dichoso padre de las dos víctimas.

De repente, un sonido les hace detenerse en seco. Algo ha quebrado las ramitas secas que se amontonan en el sendero. Miran hacia delante y, allí, junto al establo, los sorprende una vez más la figura enteca de doña Manuela Estrada, esposa del señor Pino.

—Tomen esto —dice ella, de pronto, sin darles tiempo siquiera a descubrirse.

Los dos soldados intercambian una mirada confusa y se adentran en la pequeña cuadra.

—¿Disculpe? —pregunta Cuervo.

—Tomen esto, digo —repite la dama, y les tiende un pequeño sobre. El sello, rasgado, indica que ha sido abierto—. Rápido. Si se entera mi marido de que he hablado con ustedes…

—¿Qué ocurriría? —inquiere Orviz.

—¿Cómo dice? —inquiere ella.

—Si se entera su marido de que nos ha dado usted esta carta —se explica el asturiano, y mientras lo hace le da tiempo a contemplar los ojos cansados de la mujer, acristalados, rotos—, ¿qué ocurriría?

—Se enfadaría muchísimo.

—¿Le pegaría? —pregunta Leandro Cuervo.

—¡Por supuesto que no! No es un animal mi Anselmo —responde cortante la mujer justo antes de volver el rostro al suelo—. Pero no se fía. No le gusta que hable con desconocidos… Menos aún de los líos en que anda metido. Créanme que no les diría nada si no hubiese involucrado en ellos a nuestro hijo.

—¿Qué clase de líos? —vuelve a intervenir Leandro Cuervo.

—Supongo que no les ha contado el asunto de los gringos.

—¿Gringos?

—Mi Álvaro ayuda a mi marido con la parte menos conocida del

negocio —susurra la mujer—. Trabajan con gente peligrosa. Luteranos, cuando no salvajes, directamente. Gente despiadada. Dios nos pille confesados.

Cuervo le da la vuelta al pequeño sobre siguiendo la indicación de doña Manuela Estrada. Bajo el sello de cera se lee con nitidez:

«Compañía de Piel de Misuri».

—Misuri… —empieza Cuervo—. ¿Qué más sabe de esto?

—A mí no me cuentan nada. Pero veo que las cosas van mal. No soy tonta. Sé que mi Anselmo anda cerrando acuerdos con gente violenta.

Se echa a llorar la mujer, y Cuervo la agarra por el brazo con la intención de ocultarse aún más tras las paredes del pequeño establo.

—¿Sabría decirnos qué tipo de negocios son esos? —murmura el capitán, nervioso.

—No sé nada, de verdad. Solo que son grandes cantidades de plata. Muy grandes. —Doña Manuela se acerca a Cuervo y lo agarra de la camisa en un arrebato desesperado—. Una vez vino a casa un agente gringo. Mi esposo y él se encerraron en su despacho hasta altas horas de la madrugada, echando grito a todo lo que da.

Asiente Juan Orviz. A estas alturas, el asturiano conoce tanto la estricta política arancelaria de la provincia de Nuevo México como la prohibición expresa de comerciar con los cada vez más atrevidos colonos estadounidenses. Enarca las cejas el de Sonora. Luego se quita a la mujer de encima, abrumado, pero sin soltarle las manos heladas.

—¿Cómo era el agente, lo recuerda?

—No lo vi.

—¿Y pudo oír algo de lo que hablaron?

—Nada. Pero tuvieron que ponerse serios, se lo aseguro, porque el tono que traían era de lo más salvaje —responde la mujer entre sollozos, con la mirada perdida y el rostro descompuesto—. Ay, mi pequeño…

—¿Sabe si hubo amenazas?

—Diría que sí.

Asiente el capitán Cuervo, temeroso de que la mujer eleve la voz en cualquier momento y delate su posición.

—Está bien. Le echaremos un vistazo a esta carta —dice Cuervo, y le tiende el sobre a su compañero—. Puede estar tranquila, que no le diremos nada a don Anselmo.

—Se lo ruego. Por favor. No le avienten este asunto, tan solo encuentren a mi hijo…

—Pensábamos que el joven estaba en Santa Cruz, buscando al asesino de sus hermanas.

—El chico está metido en un lío. —Se echa a llorar la mujer—. Por favor se lo pido. Por favor. Encuentren al pequeño.

—Eso haremos, señora. Se lo prometo.

Doña Manuela Estrada se retira a toda prisa, angustiada por el desafortunado espectáculo que cree estar dando en el establo de su propia casa. No obstante, con una voz hecha pedazos, tan quebrada como su alma, se detiene en el caminito, gira sobre sí misma y añade:

—Que el Cristo de las Esquipulas esté siempre de su lado. Rezo por ustedes. Por que traigan de vuelta a mi hijo y den con el canalla que arrebató la vida a mis dos hijitas.

Los soldados se disponen a salir a pie de la hacienda de los Pino cuando, bajo un árbol enorme, hallan dos lápidas de piedra oscura. La que está más a la izquierda, observa Juan Orviz, pertenece a la mayor de las hermanas.

«María Dolores Pino Estrada.
Santa Fe, 18 de febrero de 1804 –
Galisteo, 7 de septiembre de 1820».

A la segunda, que está más retirada del camino que da acceso a la finca, le llega ahora un rayito de luz anaranjado, como si el sol quisiera mostrar el lugar exacto en que yace la pequeña de las dos hijas de Anselmo Pino y Manuela Estrada.

«Carlota Pino Estrada.
Santa Fe, 1 de junio de 1805 –
Galisteo, 7 de septiembre de 1820».

Mirar las fechas de nacimiento y defunción de las dos hermanas es tan injusto y doloroso que uno no llega a entender la tragedia que supone. Todo ejercicio de empatía es inútil, insuficiente. En completo silencio, Orviz y Cuervo pasan sobre el arroyo en que aparecieron muertas las dos chiquillas. Después ajustan cinchas, colocan estribos y se alzan sobre los animales para emprender el camino de vuelta.

Al regusto amargo que les ha dejado su entrevista con el señor Pino se suma ahora el enigmático encuentro con la madre de las dos hermanas. Murmura para sí mismo Leandro, confuso, pero no da pistas de su opinión. *«¿Acaso nos ha mentido el padre?»,* parece susurrar el capitán. *«¿Qué jaleo se trae usted con los gringos, don Anselmo?».*

El regreso a la capital lo hacen por otro sendero. Atraviesan primero una loma sembrada de maíz, luego otra de tabaco y pasan cerca de un campo frutal en el que unos jóvenes llenan de albaricoques unos cestos de mimbre. Tan solo se cruzan, en las dos horas que dura la marcha, con una carreta tirada por dos mulas. En

ella viajan un anciano y dos chicas jóvenes que, por el aspecto —mismas cejas, mismos labios, mismo gesto bobalicón—, bien pudieran ser sus hijas. Sus nietas, incluso. Un cartel repleto de faltas de ortografía anuncia que la familia vende lujos tales como café o azúcar, y que admite el trueque como forma de pago.

—Ave María Purísima —dice una de las mujeres en el momento en que cruzan miradas con los soldados.

—Con Dios —responde Cuervo.

Juan Orviz, por su parte, se limita a espetar un *«Buenas tardes»* escueto, seglar.

8

El sol cae en el instante en que el bachiller Orviz y el capitán Cuervo divisan, a lo lejos, las casitas de adobe que componen la pequeña ciudad de Santa Fe. La forma rectangular de la capital se intuye desde lo lejos. Viviendas rojizas salpicadas de enebros verdes y rodeadas por un semicírculo de montes color de sangre. De lado a lado apenas tendrá tres leguas, piensa Juan Orviz. Cuatro, como mucho. Intuye ya a esas alturas que muchas de las casas bajas, de techos planos y apariencia modesta, ocultan, sin embargo, una rica decoración a base de alfombras indias, platería española y vajillas de porcelana.

El frescor de la brisa zigzaguea a su antojo a través de los campos de maíz que abrazan la capital provincial. Un niño corretea por la alameda que crece junto al canal de riego. Va riendo, observa el asturiano, y emite soniditos agudos para que otro zagal, que lleva los ojos vendados, tenga la opción de darle caza en la espesura del pequeño bosque. La felicidad de los dos chiquillos, tan ajena al mal que los rodea, conmueve al bachiller. Los años inocentes quedaron atrás. Las travesuras despreocupadas, el juego como único idioma, la feliz ignorancia del infante. Juan Orviz guarda buenos recuerdos de esa etapa, muy a pesar de enfermedades y asperezas. Sabe bien que esos momentos se fueron hace mucho, pero, de vez en cuando, es capaz de traerlos de vuelta. A voluntad. Cuando la ocasión lo requiere. La casa de su tía Angustias, en Maraña, con el balcón repleto de flores y las vistas del macizo de Mampodre. El caballito de madera que le regaló su madre una víspera de Navidad. La risa contagiosa de su hermana, tan dulce, tan llena de buenos augurios. La suma de esos recuerdos conforma hoy día un paraíso propio que le sirve al asturiano de ancla y de sostén. Un jardín privado que ni la responsabilidad, ni el desasosiego ni los miedos de la vida adulta pueden perturbar con facilidad. Su pequeña patria. Tan necesaria en estas semanas en las que se ve a sí mismo solo, medio abandonado, perdido en la esquina contraria del mundo.

Los soldados amarran sus yeguas en la parte trasera de las caballerizas. Como es costumbre en la localidad, Cuervo deposita una moneda en el alféizar de la garita de madera que se alza junto al establo. Después saluda al chiquillo indio que guarda la caballada. Toma el niño el medio real desgastado, apenas perceptible sobre la

plata el busto estampado del rey Fernando VII. Asiente y sonríe. Sabe que es monto suficiente como para asegurarse de que, al regresar el capitán a por su montura, esta haya sido cepillada y debidamente alimentada.

Las cosas acaban por torcerse para Orviz y para Cuervo —más, si cabe— en el cruce de la calle De Vargas. Una vez han dejado atrás el humilde barrio de Analco, una visión incómoda sobrecoge a los dos militares. Un mensaje breve, enigmático, pintado en el propio puente que cruza el río de la ciudad. Seis palabras escritas con cal que hielan la sangre al bachiller e inquietan sobremanera al sonorense:

«Dejen en paz a los muertos».

Se acerca Cuervo al propio puente, pensativo, y pasa la mano sobre las letras. La pintura sigue fresca. Se trata de un mensaje reciente, tal vez hecho ese mismo día. Merodea un rato por la zona el bachiller Orviz, buscando pistas, huellas o nuevas manchas blanquecinas que le permitan conocer la identidad del responsable. Entre tanto, y pese a que las calles del presidio empiezan a vaciarse a esas horas, el español cruza varias miradas inquisitivas con paseantes y curiosos.

—¿Cree que se refiere a…? —empieza Juan Orviz.

—Qué sé yo —le responde el sonorense, incómodo.

—Parece.

—Parece, sí.

En ese instante, las campanas tocan a misa. La fe en Dios y el ritual diario que dicha fe requiere constituyen una parte esencial de la rutina en la capital, que hace honor a su nombre desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, Orviz y Cuervo prescinden de acudir a la iglesia. En su lugar, avanzan a paso ligero hasta la misma taberna de Pedro el Santero y, tras vaciar la vejiga en el excusado que hay dispuesto junto a la entrada, entran en el sitio. Son varios los rostros que acechan en el interior de la posada. Leandro Cuervo cree identificar a un par de viajeros californianos, a un trampero del norte y a media docena de nativos occidentales, de los que dicen de Acoma, a tenor de las mantas blancas con las que se cubren las espaldas. También hay cinco o seis parroquianos locales, jugando, como es habitual, la partida de conquián a poca distancia del fuego. Juan Orviz siente las miradas de todos ellos clavarse en su propio rostro. *«Dejen en paz a los muertos»,* parecen decir en la penumbra. Pese a ello, no se amilana el asturiano. Todo lo contrario. Hace un esfuerzo por mantenerse impasible, tranquilo, y sigue al capitán Cuervo hasta una mesa de madera cerca de la escalerita de adobe que conduce a las habitaciones. Una vez se ha acomodado, se dispone a disfrutar de la cena tempranera que esa misma tarde sirve la tabernera india que

atiende en el Santero.

—Alubias machacadas con calabaza —anuncia la muchacha, y deposita sobre la mesa dos platos humeantes.

—Que aproveche —dice Cuervo, y hunde la cuchara en el cuenco.

El bachiller, por su parte, y al sentirse observado por los parroquianos que quedan en la taberna, se aguanta las ganas de sacar de la talega la carta que les ha confiado la mujer de don Anselmo.

—Igualmente.

Acabadas las alubias, un tipo saca una guitarra y comienza a amenizar la velada en el saloncito de la cantina. Entona una canción popular, que se saben muchos de los presentes. Una canción que habla de una dama de Abiquiú incapaz de perdonar una infidelidad y que vive atormentada por ello el resto de su corta vida. Durante dos largas horas, los dos militares permanecen callados, cinturón desabrochado y rostro impasible. Los envuelve el humo del tabaco —provocado en gran parte por el cigarro del propio Cuervo—.

Una conversación cercana llama de pronto la atención de este.

—¿Qué tiene eso que ver con el asesinato de las chamaquitas? —pregunta la voz de una de las señoritas que acompañan esa noche al trampero barbudo y entrado en años que, arropado con pieles de bisonte, lleva varios días medio curda y montando bulla en el interior de la taberna.

—Nada, mujer —ríe el viejo—. A esas dos pobres niñitas se las llevó la serpiente con cuernos, y poco se puede hacer.

—Pensaba que habían sido los dos hermanos Losada —dice ella, obviando el comentario relativo a la supuesta sierpe astada.

Bebe un trago de licor el hombre, y se limpia con la manga el líquido que le gotea por la barba.

—Ya, bueno. Y otros dicen que fue la Llorona. Me vale madre, están bajo tierra. Es al muchacho al que dicen mis compadres que han visto. Al hermano.

—No sabía que tuviesen un hermano —asegura la mujer india.

—El primogénito del señor Pino. Muchos creen que ha corrido la suerte de las hermanas, pero se ve que no es así.

Hace un amago de levantarse Juan Orviz, pero lo detiene Cuervo mientras niega con la cabeza. El asturiano echa mano entonces a la talega que cuelga de su silla y extrae de ella su vieja libreta de tapas encueradas.

—¿Y dónde lo han visto? —insiste ahora ella.

—Al norte, por el rancho de Tierra Amarilla.

—¿En los cañones del Pájaro del Trueno?

—Eso es —confirma el hombre, y muestra los dientes negruzcos tras una sonrisa inoportuna.

—¿Hace cuánto? —pregunta la joven, tratando de sacar algo en

claro de los dislates del anciano.

El destello de la chimenea provoca en el cazador una sombra maliciosa. Hace memoria, muy callado. Tras una breve pausa, responde:

—Hará dos semanas.

El asturiano anota el dato a toda prisa. Cuervo se limita a darle una calada al cigarro, muy serio. La muchacha, que no tiene la menor idea de estar tan cerca de los dos tipos que investigan el caso, sonríe a su cliente y le pega un trago al vasito de pulque que tiene el viejo sobre la mesa.

—¿Y lo vieron sus compadres directamente?

—Qué va… —responde el viejo—. A ellos se lo contaron.

—¿Y quién se lo contó?

—La Mujer Búho.

Orviz intuye una sonrisa irónica en el rostro de Leandro Cuervo.

—¿La Mujer Búho?

—Eso es.

—Pensé que era una leyenda de los navajo.

—Qué sé yo —dice el viejo, y agarra con brío la pierna turgente de la muchacha—. Eso me dijeron.

No tarda en quedarse dormido el trampero, y Juan Orviz revisa sus notas.

«Alguien vio al hermano. Hace dos semanas. En el rancho de Tierra Amarilla. La Mujer Búho».

No alberga demasiadas esperanzas de sacar algo en claro de aquello.

Varios tragos después, y a medida que se va vaciando la taberna, al capitán Leandro Cuervo le va haciendo efecto el vino. Al fin, suelta en un susurro:

—Leamos esa nota. La carta de la señora Estrada.

—¿Ahora? —pregunta Orviz, que sospecha aún de las miradas indiscretas.

—Saque el sobre, gachupín.

Juan Orviz hace de su cuaderno un pequeño parapeto. Luego se lleva la mano al bolsillo de la talega y extrae de ella el pequeño sobre. El sello almendrado ha sido rasgado días atrás, y se deshace nada más abren el envoltorio. La cubierta le queda holgada a la cuartilla, que sale del interior con facilidad. Se trata de una epístola breve, directa, escrita con pluma de ave y tinta negra. Tal y como les ha adelantado la mujer hace apenas unas horas, va dirigida a don Anselmo Pino.

«San Luis, 2 de julio de 1820.

Muy estimado Anselmo:

Para no dejar dudas, acuso el recibo de la carta del 17 del pasado mes en la que exponía usted su versión de los hechos.

Las excusas que pone ante nuestra justa demanda de un pago que no se ha producido son insuficientes. Son ya dos años de impagos en los que nuestra gente ha sido comprensiva con su situación. Nuestra paciencia, no obstante, ha llegado a su fin. Le sigue debiendo usted a la Compañía de Piel de Misuri más de novecientos pesos.

Puesto que la autoridad no permite el comercio entre nuestros territorios, y debido a que no hay ley en la que podernos amparar, entenderá que sean mis hombres los que, a partir de ahora, tomen cartas en este asunto. Recuperaremos lo que es nuestro. Dígale a su hijo que no se moleste en acudir al ratón para solicitar más demoras. Se terminaron las negociaciones.

Muy pronto tendrá noticias nuestras.

Atentamente

Manuel Lisa».

Espera Juan Orviz a que haya terminado de leer Leandro Cuervo, que va más lento, como a trompicones. Luego dobla la nota y la mete con mimo entre los lomos de su cuaderno. Allí pasará unas horas hasta ser copiada y conservada en sus páginas. *«Entenderá que sean mis hombres los que, a partir de ahora, tomen cartas en este asunto»,* repite para sí mismo el asturiano.

—«No se moleste en acudir al ratón» —susurra Cuervo, confundido.

—¿A qué puede referirse?

—No tengo la menor idea.

—La carta lleva sello de San Luis. En la Luisiana.

El grupito que juega al conquián junto a la chimenea se levanta en ese instante, haciendo para ello un ruido considerable. Los dos militares guardan silencio entonces, por precaución, y el bachiller posa su mano sobre el cuadernito de tapas de cuero. Una vez se han despedido los unos de los otros, abandonan la taberna entre risas y jadeos.

—Vaya con don Anselmo —musita el capitán al rato, con impostada sorna—. Parece que debe una cifra considerable

—Curioso que no nos haya hablado del tema —señala Orviz.

—Más que curioso.

—Por no mencionar…

—… cómo se puso en la casa cuando le pregunté por esto mismo —concluye Cuervo, sabiendo por dónde va su ayudante—. Lo único que pretendía saber, muy precisamente, era si la familia se había labrado algún enemigo reseñable.

—Cierto —susurra también el asturiano, pensativo—. ¿Le suena el nombre?

—Manuel Lisa… No me dice nada —responde el otro, y se encoge

de hombros mientras remata el contenido del vaso de vino—. Pero averiguaremos de quién se trata, descuide.

Vuelve a desdoblar la misiva Juan Orviz, y la relee de forma minuciosa.

—La carta menciona al hermano, pero no a las niñas —dice al cabo de un rato.

—Así es.

—Luego esta información podría no tener nada que ver con la muerte de las pequeñas —se permite añadir el asturiano. Apenas lo ha dicho repasa en su mente el mensaje que acaba de leer en la pared del puente De Vargas: *«Dejen en paz a los muertos».*

Pone una mueca extraña Leandro. Son muchos años aprendiendo el modo en que se las gastan en esa parte del mundo y sabe bien cómo se cobra la deuda, dónde acaban los negocios, por qué empiezan los problemas y cuánto vale un peine.

—Si la señora Estrada nos ha dado esa carta a riesgo de comprometer a su marido es que algo feo sospecha —sentencia al fin el capitán—. ¿Reza usted, gachupín?

—No.

—Pues rece, hágame el favor. Rece por que esto no tenga que ver con la muerte de las chiquillas. O rece, si no es mucho pedir, por que nos dé pistas sobre la desaparición de su pobre hermano, no vaya a correr la misma suerte.

9

Día de Muertos de 1820. Santa Fe, la centenaria capital de Nuevo México, ha amanecido salpicada de altares coloridos decorados a base de flores, velas y panecillos dulces capaces de bañar la ciudad con su aroma inconfundible. No hay zaguán sin su retablo. Un cristo plateado por aquí, dos vasitos de tequila por allá y toda la parafernalia que requiere el festejo. La heterogénea mezcla de vírgenes de madera y calaveras indígenas representa, piensa Juan Orviz, la médula del sincretismo. Una mezcla extraña y fascinante.

En Galisteo, sin embargo, la familia Pino no ha sido capaz por el momento de bajar al viejo cementerio familiar a rendir homenaje a sus dos pequeñas. La hacienda permanece cerrada a cal y canto. Aunque no lo dice, don Anselmo lleva días preocupado por el paradero de su primogénito. Doña Manuela, su mujer, ya teme lo peor. Tanto que pasa las noches rezando para que los dos hombres venidos desde el presidio de El Paso tengan a bien seguir la pista que les confió hace unos pocos días. Ha de recuperar a su hijo. Cueste lo que cueste.

El de Muertos es un día de recuerdo. Un día de oración. Pero también de homenajes: ración y media de frijol negro regada con vino de California ha bastado para saciar el hambre del capitán Cuervo. La media restante, por cierto, ha ido a parar al estómago del bachiller Orviz. El asturiano, que no está tan acostumbrado como el sonorense a llenar el buche a base de alubia mexicana y panceta, se ha saciado mucho antes para regocijo de su compañero.

—Hemos comido como reyes —suelta Leandro, satisfecho.

Se encoge de hombros Orviz, y dice, sonriente:

—He de decir que tiene usted razón, capitán. —Luego añade—: Sin ser yo muy de reyes.

—Otra vez a vueltas con el asunto —se queja Cuervo—. ¿Pues qué le han hecho a usted los reyes, si se puede saber?

Podría enumerar el bachiller Juan Orviz la larga lista de agravios que Fernando VII ha intentado contra los liberales en la península, pero, consciente del poco interés que suscita la política en su compañero americano, se limita a responder:

—Nada, capitán.

—¿Y entonces? —insiste el otro.

—No es cuestión de que le hayan hecho algo a uno —explica ahora Juan Orviz—. Es solo que las luces de este mundo no permiten ya que las naciones sean gobernadas como posesiones absolutas de los reyes.

—¿Las luces?

—Las leyes, si así lo entiende mejor.

—Mire a su alrededor, Orviz —se burla el capitán Cuervo—. Aquí no hay leyes que valgan.

—Por supuesto que sí —responde el asturiano, orgulloso como lo está de haberle restituido a España su legítima constitución—. Las nuevas leyes son para el pueblo. Las luces han vuelto.

—Las luces no han vuelto acá, gachupín, porque jamás se encendieron. —La carcajada que sigue por parte de Leandro Cuervo es correspondida con una sonrisa amable de un complaciente Juan Orviz —. ¿Que no se ha dado cuenta aún?

Los cuatro últimos días los han pasado Orviz y Cuervo hablando con paisanos del valle de Río Grande. Han viajado desde las Golondrinas a Nambé, sin olvidar los ranchos de Calaveras y Cabeza de Puerco. En todos esos lugares, sin excepción, el asturiano ha podido conocer algo mejor la idiosincrasia de las gentes de la provincia. *«A esas niñas se las llevó la Llorona, chapetón. Por san Judas Tadeo que fue ella la que les hizo esas heridas tan feas»,* le dijo ayer mismo una viuda en la hacienda de Tesuque. La curiosa mezcla entre creencias nativas y liturgia cristiana ha hecho de Nuevo México una tierra única en el mundo. Un lugar abandonado y mísero en el que la superstición vence siempre a la razón, lo quiera aceptar o no el liberal que ahora reposa la comida de tan señalado día en el patio trasero de la taberna.

—¿Puedo preguntarle algo? —inquiere al rato el bachiller. Menea la cabeza el capitán Cuervo al tiempo que bufa despreocupado. Orviz lo interpreta como un sí—. Usted no cree en esos cuentos, ¿verdad?

—A qué se refiere —responde el sonorense.

—Ya sabe. Habladurías, supersticiones, monstruos, maldiciones… Por lo que veo, son moneda común en esta zona del mundo —empieza Orviz—. Es difícil encontrar a alguien por aquí que no eche la culpa de sus males a la Llorona, a los demonios o al chupacabras.

—¿Por quién me toma, gachupín? —se defiende Leandro Cuervo al tiempo que esputa sobre el suelo—. ¿Cree que solo los estudiosos europeos como usted están a salvo de creer en pendejadas? ¿Que acaso no hay supersticiones en su tierra?

Guarda silencio por un minuto Juan Orviz. Se acuerda entonces del Cuélebre. Del *Home del sacu*. Del Pesadiellu. Seres mágicos todos ellos con cuya presencia amenazante crecieron y siguen creciendo los zagales de la montaña leonesa y de los valles asturianos, incluida su Cangas natal.

—En mi tierra hay historias para niños, y cuentos populares, como

en todas partes —se defiende Orviz—. Pero no es ningún cuento lo que investigamos aquí, capitán. Entiéndame. Han muerto asesinadas dos niñas de la forma más horrible que uno pueda imaginar. Y la información relativa a la desaparición del hermano de las víctimas es, cuando menos, sospechosa. Se nos ha encomendado dar con el culpable, y tal vez me equivoque…

—Pero…

—… pero no creo que debamos perder el tiempo prestando atención a cuentos de niños, si usted me entiende.

—Puede estar tranquilo, gachupín. Encontraremos al culpable. Y ya le adelanto que no será una bruja, ni una serpiente gigante —susurra el sonorense—. Ahora, un palo al candil y todo el mundo a dormir.

—¿Cómo dice? —inquiere Orviz.

—Hágame el favor, Juan —se explica Leandro Cuervo mientras deja caer el peso de la espalda contra el respaldo, alza las botas sobre la mesa y se coloca el sombrero sobre los ojos—. No me despierte en una horita o así. Ya luego nos afanamos en ir a la pinche cárcel, en interrogar a los hijos de Baldomero y en eso de arreglar el mundo.

Asiente Juan Orviz, se pone en pie y abandona a su compañero a la sombra de los soportales de la taberna de Pedro el Santero. A fin de cuentas, piensa el asturiano, Leandro y él tienen aún un par de horas antes de verse con los hermanos Losada en la cárcel provincial. Decide, por lo tanto, pasear un rato entre los altares de flores naranjas, rojas y blancas que se amontonan azarosas en esa parte de la ciudad.

Tres campanazos marcan la hora. Hace más de diez días que los dos soldados intercambiaran palabras con don Anselmo Pino y con Manuela Estrada, padres de Alvarito, Carlota y Dolores; el señorito desaparecido y las dos muchachas asesinadas, respectivamente. Poco se ha movido en la capital neomexicana desde entonces. A juzgar por la posición de las dos banderas —la borgoñona y la rojigualda, esta última, distintiva de la Milicia Nacional— sobre el balcón del palacio de los Gobernadores, el gobernador Melgares sigue fuera de la ciudad. Algunos lo ubican en Chihuahua. Otros tantos, en Arizpe. A la mayor parte, por supuesto, ni le va ni le viene. Bastante tiene el pueblo de la provincia con doblar el lomo en los campos de chile y pacana que crecen a orillas del Río Grande, o con pastorear los cada vez más flacos y desnutridos rebaños de reses que salpican el inmenso paisaje del territorio.

Allí, en plena plaza, un aguatero entrado en años recoge tinajas vacías que le traen los vecinos. A toda velocidad, los llena de nuevo abriendo el grifo de una barrica enorme y se los devuelve repletos de agua.

—Dos reales —dice luego—. Que tenga buena tarde. Feliz Día de

Muertos para usted y los suyos.

—¡A medio peso el ramito de cempasúchil! ¡No escatimen en ofrendar bien a los suyos! —exclama una mujer muy morena que, sentada sobre los barriles de mercancías, se protege del sol con un enorme sombrero de paja—. ¡No se dejen embaucar por mitotes, las flores más bonitas de la provincia las coge mi marido en el campito de Cristóbal! ¡Bien baratas!

Juan Orviz le dirige una sonrisa cordial a la señora y, acto seguido, se abre hueco entre los toldos y soportales polvorientos de la calle del mercado, cerrados en su mayoría al tratarse de un día festivo. Mientras camina, repasa por lo bajini los entresijos del caso que le atañe y que, para bien o para mal, lo mantienen distraído de su destierro, de su derrota, de su propia y trágica desgracia. Sin apenas darse cuenta sobrepasa la gran alameda y cruza el río por un puentecito de madera. Al caminar, el asturiano arrastra los pies sobre la arena, un vicio que lo acompaña desde niño y del que nunca ha logrado desprenderse. No tarda en notar las miradas de los vecinos. Su pelo rizado, castaño claro, hace juego con el fajín en tonos vainilla que destaca sobre el calzón de pana del Ejército de la Isla. Por si eso fuera poco, los ojos garzos y el cuerpo espigado subrayan a cada paso la condición de forastero.

Siguiendo el consejo de su compañero, evita Juan Orviz adentrarse solo en la zona baja de Santa Fe. Según le ha dicho Cuervo, allí, más allá de los campos de maíz, viven hacinados los más pobres de la capital provincial —en su mayoría indios pueblo y comanches adictos al colonche y al licor de maguey—, de modo que retrocede sobre sus propios pasos y, orientándose gracias al campanario de la parroquia, se acomoda frente a un amarradero para caballos y burros que queda muy cerca del río.

Al rato se sorprende a sí mismo repasando con el dedo la costra que aún tiene en la cara. Sigue sin cerrar del todo la herida que le hizo hace un par de semanas el bandido al que llamaban Peludo. *«No queremos chapetones. Vuelva usted a su tierra, que no es esta»,* fueron las palabras del bandolero.

Pasan unos minutos antes de que Juan Orviz sienta, como suele ocurrirle desde que lo desterraran, el peso de la distancia haciendo mella en su pecho. Echa de menos su tierra, su casa, su familia. Añora a todos y cada uno de sus compañeros, hasta a aquellos con los que acostumbraba a discutir en las noches de guardia, en los cafés de la tacita de plata y junto al astillero de San Fernando. Hay algo que lo ayuda, sin embargo, a recuperar el ánimo: sentir que está de nuevo ante una misión que requiere de su pericia. Saberse ante un nuevo enigma. Uno tan extraño e insólito que seguro que pondrá a prueba las destrezas adquiridas con el tiempo.

Desde el año 1806 Juan Orviz trabaja de manera intermitente en el servicio secreto del generalísimo Manuel Godoy, el que fuera primer ministro de España hasta la invasión de los franceses. Desde entonces, y siempre a través de su mentor, don Domingo Badía y Leblich, el asturiano ha participado en un buen puñado de pesquisas y averiguaciones. Al principio fueron encargos menores: recados y envío de correspondencia durante la guerra de independencia contra los franceses. Años después, la complejidad de las misiones aumentó. El robo de unos documentos en Irún. El registro de la casa de un empresario inglés en Cádiz. La entrega de un manuscrito al embajador de Marruecos en Madrid. Con el tiempo, el de Cangas de Onís se convirtió en la persona de confianza de Badía. Tanto que empezaron a abandonar la clandestinidad para verse en lugares comunes. En una ocasión, incluso, y haciendo uso de un permiso, el asturiano visitó a Badía en su residencia parisina.

Fue uno de esos días, mientras maestro y ayudante almorzaban en la casa del primero, cuando Juan Orviz acabó por conocer a María, su actual prometida, hija del famoso espía. Al albor de aquella presentación informal siguieron decenas de cartas, una nueva cita en Oviedo y hasta un pasional encuentro en la ciudad de Córdoba, semanas antes de que el propio Orviz iniciase el pronunciamiento militar en Cabezas de San Juan junto a su amigo Rafael del Riego.

—¡Viva México! —grita de pronto un zagal desde la orilla opuesta del riachuelo—. ¡Viva la Virgen de Guadalupe!

Orviz alza la cabeza para ver mejor la escena, que lo saca de su congoja y lo devuelve a la cruda realidad del desierto neomexicano.

—¡Aguante el asnito renqueante de Arriola! —exclama otro—. ¡Suyo es el oro de Sierra Madre!

Se trata de un grupo de beodos que, entre risas, pretende nombrar a un viejo burro líder de la insurgencia. Un anciano les recrimina enseguida la falta de respeto a tan solemne día, y los muchachos brincan del susto, se ríen y escapan como pueden entre los altares de un callejón cercano.

—¡Gachupín! —escucha ahora, y esta voz sí es conocida—. No le encontraba.

Leandro Cuervo se aproxima a paso calmado, chulesco, tal y como él camina. Medio rostro en sombra por culpa del sombrero negro. Tanto el cinturón como las pinzas de los tirantes robándole destellos al sol de otoño. La cara hinchada da buena cuenta de la siesta que se acaba de echar.

—Leandro —murmura Orviz, que, si bien va haciéndose al acento, no acaba de acostumbrarse a las formas campesinas de su compañero.

—¿Buscando amigos por la ciudad?

—No había estado aún a este lado del río.

—No se pierde mucho, ya ve. Una capilla mugrienta, diez o doce casas de ladrones e indeseables. —Bosteza mientras señala en dirección a las plantaciones—. Y más campos de maíz.

—Son bonitas las flores de los altares —dice Juan Orviz mientras se pone en pie y sacude el polvo de su chaleco.

Se encoge de hombros el de Arizpe ante el comentario del asturiano.

—Si usted lo dice, gachupín…

Al cabo de un rato se plantan en la pequeña cárcel de la ciudad, donde los aguarda un soldado uniformado. Chupa corta, collarín y, sobre el pelo canoso, sombrero negro de tipo cordobés.

—Entonces es cierto —empieza a decir el militar—. Está de vuelta el hijo pródigo.

—Déjese de pendejadas, Alfonso —responde Leandro—. Le presento al bachiller Juan Orviz, del presidio de El Paso.

—Mucho gusto —saluda el soldado, y estrecha la mano del asturiano—. ¿De la península?

—Así es.

—¿De dónde?

—De Asturias —responde Orviz, sin saber si el tipo sabrá dónde queda su tierra—. Al norte.

—¡Asturias! Por supuesto. Devota provincia. Y honorable.

Alza las cejas el bachiller, sorprendido con la respuesta del guardia.

—Supongo que sí.

—Y tanto. Es un verdadero honor.

Sonríe Cuervo, que esperaba una reacción de ese tipo. Luego echa un vistazo alrededor y se interesa por la idoneidad del horario escogido:

—Dígame, ¿es buen momento?

—El mejor, que los que andamos de guardia somos todos de la vieja tropa —sonríe el tipo—. Díganme, ¿les sirvió la ropa?

—Ya lo creo que sí. Se lo agradezco.

Descubre así Juan que las socorridas prendas que los salvaron nada más llegar a la ciudad tras el atraco a su coche de caballos eran de antiguos reos —cuando no de actuales reos— y que los tejemanejes del señor Cuervo con los soldados viejos del presidio son más que habituales.

—No olvidamos a los nuestros, capitán. Los veteranos aún le recordamos.

Respira aliviado Leandro Cuervo, que lleva varios días tratando de reconocer una cara amiga entre los hombres que custodian la cárcel. Luego se queja:

—Quedan pocos. No he visto más que a dos o tres de los de antes en los días que he pasado aquí.

—Ocho años son muchos años, capitán —le responde el tal Alfonso—. Más en estos tiempos de guerra. El comandante general manda a los perros viejos al sur, a sofocar la revuelta, que parece que nunca termina. Y no hay más remedio que alistar a muchachos jóvenes e inexpertos acá arriba, en la frontera norte. Chiquillos indios, en su mayoría. Si hasta hay soldados comanches, no se lo pierda.

—Ya veo.

—Es lo que toca.

Asiente Leandro Cuervo, que tiempo atrás conoció en persona al mismísimo Alejo García Conde, comandante ceutí de las provincias internas de occidente, incluidas Nuevo México y las dos Californias. No guarda de él muy buen recuerdo.

—¿Cómo ve ese tema de la independencia? —finge interesarse Cuervo, más por ser cordial y por seguir con la plática que por cualquier otra cosa.

—Pues dicen que está más calmadita ahora la cosa, si usted me entiende, capitán. —Se rasca la cabeza el soldado y susurra con tal de que nadie lo escuche—: Pero ya es tarde para nosotros. Tanto si México se proclama independiente como si no. Apenas quedan hombres para defender los caminos acá arriba. Ni munición, ni ropa ni ley, si me lo permite, a la que poder atenernos con garantías. Es un desastre. El fin de nuestra estirpe. Muy pronto esto se llenará de perros protestantes y hablaremos en inglés entre nosotros. Ya verá.

Alfonso Sepúlveda es conocido de Cuervo desde hace muchos años. Todo el mundo en Santa Fe tiene a su padre por chapetón, y él se jacta de descender de los castellanos que arrebataron a los moros la villa de Sepúlveda en el año 1010, nada menos. De rasgos mestizos, Alfonso es en realidad el prototipo de militar aguerrido, patriota y quijotesco que cuarenta años atrás ya defendía la frontera norte con lanza y adarga en las alforjas. Un tipo conservador, católico, que ama las bellezas naturales y espirituales de su país. Como buen español, odia a los gringos. Como buen mexicano, también. Más incluso que a los comanches, y eso que estos últimos sembraron su cuerpo de cicatrices en los años feos de la contienda.

—Hay bien poco que podamos hacer nosotros —dice Cuervo—. Dependemos de los que mandan. Y ni usted ni yo mandamos, Alfonso.

—Los que mandan —repite el soldado, irónico—. Menudos son esos. ¿Ha visto usted al gobernador, acaso?

—Pues…

—Ya le digo que no. Todos los mandamases andan atareados al sur, en Chihuahua, repartiéndose los cargos y el botín y firmando acá y allá con tal de asegurarse que, pase lo que pase, a ellos no les pase.

Asiente Leandro Cuervo. Conociendo a las autoridades provinciales, entiende bien lo que dice el centinela.

—Ya sé, Alfonso, ya sé.

—Fíjese cómo está la cosa que hasta solicitan los servicios de un prófugo defenestrado como usted para resolver el asesinato de las hijitas de Pino —bromea el guardia, y, al hacerlo, coloca una mano sobre el hombro del capitán Cuervo, que le concede al fin una ligera sonrisa.

—¿Qué puede contarme de eso?

—Nada, se lo prometo, capitán. Es el suceso más extraño con el que nos hemos topado en mucho tiempo. Si hubiesen sido los salvajes, lo sabríamos, créame. A esas muchachas… —duda un instante el soldado— se las llevó el diablo y, por algún motivo, las trajo de vuelta hechas añicos.

A vueltas con el demonio, piensa Cuervo, hastiado, pero se guarda su opinión tras el semblante impasible y ataja la conversación con un ademán intranquilo.

—No tenemos demasiado tiempo, Alfonso; ¿podemos ver a los chicos de Baldomero? ¿A los hermanos Losada?

—Claro que sí, por supuesto, perdónenme —responde el soldado, y echa una mirada alrededor con tal de cerciorarse de que nadie merodea por la puerta trasera—. Me enredo a hablar y descuido lo importante. Verá que los tenemos bien cuidados. En el separo.

10

Chirría la puerta nada más entran los tres tipos por el pasillo trasero del edificio. Al otro lado de la gruesa pared de adobe, el aroma húmedo incomoda al capitán Cuervo. Si nunca fue muy amigo de los espacios cerrados, lo es menos del ambiente cargado y putrefacto que tienen, sin excepción, las celdas infectas del norte de Nueva España.

Doblan la esquina y cruzan una sala en la que duermen aún un par de soldados. Sin hacer ruido alguno, por no despertarlos, descienden por los escalones que hay en la esquina de la habitación y se topan con una nueva puerta de madera sujeta a la pared con un par de cerrojos.

Tris, tras, suenan al abrirse.

Bajan un último escaloncito y acceden a la zona en que se apiñan las distintas celdas. Están iluminadas, observa Juan Orviz, con dos antorchas que apoyan a esa hora el trabajo insuficiente de un tragaluz minúsculo. Por el huequito se filtran, no obstante, los destellos anaranjados propios del atardecer, y el polvo en suspensión dibuja entre los barrotes del calabozo un halo con más misterio que belleza. Un espectáculo privado, en cualquier caso, reservado a los reos de la prisión. Eso sí, han de contemplarlo al tiempo que disfrutan del hedor a humanidad, que, junto con el de la humedad, conforma una atmósfera cargada y maloliente.

A medida que avanzan por el corredor, los soldados alcanzan a ver una bartolina oscura en la que duermen apiñados media docena de indios navajo. Al lado, hay otra algo más pequeña, pero mejor equipada. En ella conviven dos hombres rubios, mal vestidos con camisa y calzón destartalado.

—¿Insurgentes? —pregunta Juan Orviz.

—Filibusteros gringos —le responde el guardia—. Contrabando de armas, robo de ganado…

—¿No serán de Luisiana? —le espeta Leandro Cuervo. Lo hace pensando en la Compañía de Piel de Misuri, con la que, a tenor de la carta que les entregó Manuela Estrada, parece tener un pleito el marido de esta, don Anselmo Pino.

—¿Luisiana? —pregunta Alfonso Sepúlveda, sorprendido—. No, que yo sepa. A estos los capturaron en el Pecos. Cada vez hay más luteranos en las provincias orientales. Aunque no deben de tener muy

buenos amigos allá. Andamos pidiendo un dinero por ellos y no responde nadie. Perdonen ustedes el rodeo. Ya casi estamos.

Orviz y Cuervo son conducidos al fin hasta el separo donde se encuentran los hermanos Losada. Es amplio, de techos altos. Gracias a una ventanita superior con vistas al antiguo patio de armas, es también mucho más luminoso que las celdas que lo rodean. En el sitio hay espacio de sobra para una pequeña cómoda y para un escritorio de madera. Al fondo, se alza una tarima elevada en la que hay colocados dos colchones amarillentos. Sobre ellos, como cabe esperar, duermen dos muchachos de tez morena y nariz aguileña. Ignacio y Enrique Losada. Enrique ronca a pleno pulmón. Ignacio, sin embargo, advierte enseguida la llegada de los soldados.

—Buenas tardes —saluda Cuervo.

—¿Quién es usted? —pregunta Ignacio, que despierta al hermano de un codazo.

—Somos soldados del rey. Y con eso habría de bastar, por el momento.

Sonríe el carcelero Alfonso Sepúlveda, que da media vuelta para regresar por donde ha venido al tiempo que dice:

—No tarden, se lo suplico.

Leandro toma un taburete viejo que hay en el pasillo y lo arrima a los barrotes de la celda para acomodarse lo más cerca que puede. Los hermanos Losada hacen lo propio en un banquito de madera al otro lado de la cancela. Juan Orviz permanece de pie, muy atento, mientras saca de la talega su vieja libreta de cuero.

—¿Qué quieren? —pregunta Ignacio Losada. El muchacho, que no llega a la veintena, tiene una brecha en la frente que ha cicatrizado de aquella manera. Por no mencionar las heridas y moratones que colecciona bajo los pómulos, en el labio y alrededor del cuello.

—Mi compañero, el chapetón aquí presente, y un servidor… —se detiene un instante Cuervo para observar bien el rostro de los muchachos— estamos investigando la desaparición y asesinato de Carlota y Dolores Pino.

—¿Han dado con el culpable? —pregunta Enrique, el mayor, que muestra un ojo morado y tiene los dientes hechos añicos.

—Todavía no.

—*Pos* nosotros no tenemos nada más que decir.

—Aun así, creemos conveniente hacerles algunas preguntas…

Se encabrita el mayor de los dos tipos e interrumpe al capitán Cuervo, a voz en grito:

—¡Ya hemos hablado con la familia, con los soldados y hasta con el cura! —empieza el muchacho—. ¿Qué más necesitan? ¡Mi hermano y yo no tuvimos nada que ver! ¡Nada!

—No se le ocurra volver a levantarme la voz, malacopa cabrón, si

no quiere que le meta una bala en el pecho —susurra Leandro Cuervo, amenazante, y muestra con inusitada calma la pistola Harper's Ferry que lleva escondida en el cinto.

De los hermanos, Enrique es y ha sido siempre el más bruto de los dos. Aficionado como nadie a las peleas de gallos, el muchacho hizo fortuna un par de veranos atrás con un animal enorme, de aspecto fiero, que fue capaz de acabar a picotazos con todos los gallos de los pueblos de alrededor. Eso, sumado a su buena planta, le granjeó cierta fama. Toda la que un juego de semejante tipo puede otorgarle a un zagal.

Pronto descubrió el pueblo, no obstante, que el negocio del padre lo heredaría el pequeño. No tanto por preferencia de don Baldomero, que, ensimismado en su laborioso trabajo, aborrecía a ambos hijos por igual, sino más bien porque Enrique, más allá del asunto de los gallos, es de los que tiene poco en la mollera para sacarle partido al jornal. Lee y escribe lo justo. Suma y resta de puro milagro. Razona lento y mal. Es simple como una castaña, en definitiva, y así lo supo ver el alférez de la tropa presidial. Ante tal competencia por parte del hermano, no es de extrañar que los soldados sospechen pronto de Ignacio como único cerebro capaz de haber planeado el asesinato de las hijas de don Anselmo.

—Está bien —interviene Ignacio, tratando de calmar los ánimos—. Pregunte.

Permanece con la pistola visible el capitán Cuervo, pero deja que sea el asturiano el que prosiga con el interrogatorio.

—¿Desde hacía cuánto conocían ustedes a las hermanas Pino?

—No sabría decirle. Nuestro padre trabaja para el suyo desde hace años. Se gana la vida gracias a seis o siete clientes como él, que no hay más ricos en estas tierras.

Asiente el asturiano, consciente a estas alturas del servicio que Baldomero Losada ofrece a Anselmo Pino desde hace casi dos décadas. Manufactura, reparación y puesta a punto de la armería. Eso cuando no ejerce de recadero, directamente, del empresario de Galisteo.

—Don Anselmo nos dijo el otro día que, de vez en cuando, se carteaban ustedes con las hermanas —continúa Orviz.

Clava la mirada en el suelo el pequeño de los Losada.

—Era el único modo de saber de ellas —se lamenta—. Vivían encerradas. Apenas si les permitían poner un pie en el caminito que sale de su propia finca. Enrique y yo siempre las tuvimos en buena estima… Ya me entiende…

—No del todo.

—*Pos* que eran muy guapas. Las dos —responde avergonzado el muchacho—. Carlota un poco más, si cabe.

Un destello débil se cuela de pronto por el lucernario de vidrios

polvorientos que decora el techo del lugar. El halo de luz, como si de una señal divina se tratase, se detiene sobre la coronilla del mayor de los hermanos.

—¿Eran conscientes sus padres de la relación epistolar que mantenían ustedes con las hermanas? —pregunta el bachiller.

Pone una mueca extraña el hijo del maestro armero.

—¿Epistolar?

Comprende Orviz que Ignacio Losada no ha oído esa palabra en su vida.

—Las cartas —aclara.

—Ah. *Pos* al principio no. Pero luego nos cogieron, ya lo creo que sí. En cualquier caso, mi hermano y yo nos las arreglábamos para hablar con ellas el domingo, durante la misa, o en las ferias de ganado. Lo de las fiestas fue cosa suya, ¿sabe? Fue idea de Carlota. «Me las arreglo para convencer a mi hermana», me dijo.

Se le llenan los ojos de lágrimas al pequeño de los hermanos Losada. El mayor, por su parte, permanece con la mirada fría, como fijado en el sitio, asqueado con la simple presencia de los dos tipos que lo interrogan.

—Según dijo usted al oficial que le arrestó la noche siguiente a la desaparición de las dos chicas —empieza Orviz, que mientras habla echa mano del cuaderno y va pasando las páginas, una tras otra, hasta dar con la frase exacta—, estaba usted, y cito literalmente, «buscando la forma de entrar en la casa parroquial cuando, de pronto, me di cuenta de que la señorita Pino no estaba. Que se había esfumado». ¿Cómo es esto posible?

Suspira el chico, agotado, y dice luego:

—Lo he contado cien veces, señor.

Se incorpora Leandro Cuervo, muy serio.

—Pues cuéntelo una vez más.

—Ya basta. No les haga ni caso, hermano —interrumpe Enrique Losada—. Estos tipos no parecen de fiar.

Le bastan dos movimientos al sonorense para agilizar el ritmo de la plática. Primero mete la mano entre los barrotes, toma por la pechera al mayor y tira de su camisa con fuerza. Acto seguido, una vez ha arrinconado a Enrique contra el parteluz que sostiene la puerta, lo agarra fuerte de la entrepierna y, sin dejar siquiera que rechiste, comienza a susurrar muy despacio:

—¿Sabe lo que parece usted, Losada? ¿Quiere saberlo? —inquiere el capitán Cuervo haciendo caso omiso de los gemidos del muchacho —. Un beodo hijo de la chingada que intentó aprovecharse de la hija de un terrateniente rico en la misma noche en que la pobre desgraciada se esfumaba de la faz de la tierra. ¿Estamos?

—Estamos —responde el chico con un hilito de voz.

—Más vale que permita entonces a su hermano responder a la pinche pregunta de mi compadre antes de que a algún argüendero cabrón se le ocurra decir que fueron ustedes los asesinos, ¿no cree?

Traga saliva el bachiller Juan Orviz, aunque comprueba que la acometida de Cuervo está a punto de surtir efecto.

—¡Desapareció! —responde a toda prisa el bueno de Ignacio Losada, nervioso y asustado al ver jadear a su hermano—. ¡Queríamos escapar de las miradas! Sabe Dios que pecamos, no me escondo, buscábamos algo de intimidad y yo me adelanté por ver si encontraba una forma de colarme en la casa…

—¡Apúrese! —exclama el hermano al notar cómo Cuervo retuerce su muñeca bajo los barrotes de la celda.

—El caso es que, tal y como le dije al teniente, a la que hallé un caminito y volví para recoger a Carlota, ella ya no estaba…

—¡Apúrese, Ignacio!

—¡No estaba, señores! ¡Se esfumó! ¡Desapareció! Al igual que lo hizo su hermana. ¡Desaparecieron y no volvimos a verlas hasta que regresaron! —se desgañita Ignacio Losada, y llama la atención de los otros reos, que se asoman como buenamente pueden por ver qué diantres ocurre—. ¡Regresaron muchos días después, toditas llenas de heridas! ¡Y de sangre! ¡Y de astillas en las manos!

—¡Las habían crucificado! —exclama el hermano.

—Eso es, sí. Las crucificaron. ¡Dios nos perdone! ¡Dios nos perdone por haberlas abandonado!

Suelta Cuervo al mayor de los hermanos, que cae al suelo en el acto, afligido. Gimotea de dolor mientras se retuerce por el suelo.

Juan Orviz, que, por ver si coincidían con su versión, ha ido subrayando en su cuaderno las palabras que salían de la boca del zagal, se detiene un instante, pensativo, y anota dos nuevas:

«Las crucificaron».

—¿Ha dicho usted «las crucificaron»? —pregunta el bachiller, sorprendido.

—Así es, señor—confirma el chico—. Como si el diablo hubiese torturado a las pobres chamaquitas con un juego macabro.

—¿En qué se basa para decir tal cosa?

—Bueno, ya sabe. A una de ellas la hallaron amarrada a un poste. Y la otra tenía astillas clavadas en las manos.

Se miran Orviz y Cuervo.

Asiente el primero en señal de agradecimiento. Puede que los métodos del sonorense sean excesivos, piensa, pero de vez en cuando lo ponen a uno en el camino de la evidencia.

—Encuentren al que lo hizo —dice de pronto Enrique Losada.

—En eso estamos —responde Cuervo.

—Pero háganlo ya. Si no lo hacen, nos van a ahorcar. No sé cuánto tiempo podrá mi padre seguir sobornando al gobernador.

—Cálmese, Losada. Que, hasta donde yo sé, su padre no es virrey —le espeta el capitán—. Si de verdad les creyesen culpables, no estaríamos acá hablando de pendejadas. Les habrían puesto a ustedes la soga al cuello semanas atrás, y yo estaría en El Paso, escoltando al cura de Socorro hasta la misión de San Elizario a cambio de un buen jornal. O mejor, enseñándole a mi nuevo amigo asturiano la diferencia entre el peyote de Tamaulipas y el jícuri de Nayarit. —Se recoloca el sombrero Leandro e inclina la cabeza en señal de despedida—. Cuídense.

Ha caído ya la noche para cuando los dos hombres atraviesan el patio y salen de nuevo a cielo abierto. A esa hora, y a la luz de la luna, las casuchas de barro lucen más sórdidas y pobres de lo que parecían ser hace un rato. Sus paredes, sin embargo, reflejan de forma irregular el titileo de las velitas colocadas con mimo en los altares; como si una danza de luciérnagas hubiese decidido hablar por los difuntos y responder al unísono a la ofrenda que sus parientes les han hecho en los portales.

—Si no damos con el culpable, gachupín, esos dos no podrán volver a salir a la calle, o se verán obligados a huir de por acá —dice Cuervo mientras se sacude con energía las botas llenas de polvo—. Media provincia les tiene ganas. La mitad que no cree en diablos y supersticiones tiene por seguro que fueron ellos los que acabaron con las chiquillas. Los matarán. Sí, ya lo creo. Los matarán, darán el caso por cerrado y entonces habrán muerto en vano. Todos ellos. Tanto estos dos desgraciados como las pobres chamaquitas.

Suspira Juan Orviz, agotado, y mira a su alrededor. La estampa que protagoniza el bachiller es sobrecogedora. Un tipo prometedor y taimado, arrancado de los círculos ilustrados de la península y enviado, muy a su pesar, a rendir cuentas al otro lado del mundo. Un liberal obligado a extirpar la barbarie de la tierra más oscura de cuantas ha conocido en su vida. Trata de no pensarlo demasiado.

Responde, al fin:

—Por eso hemos de investigar a fondo los negocios del padre. La carta que nos dio la señora Estrada. Hemos de encontrar a ese tal Manuel Lisa y descubrir qué relación guarda con don Anselmo.

—Sí. Deje eso de mi parte.

—Con el debido respeto, capitán, eso mismo dijo hace una semana y seguimos sin saber nada.

—Déjelo de mi parte, gachupín —alza la voz el de Sonora—. Hay una a la que le puedo ir con ese cuento.

Ataca el hambre a los pocos segundos, y a Leandro Cuervo se le

quitan las ganas de seguir desenredando el caso.

—¿Habrán comprado entresijos de cordero en la taberna de Pedro el Santero?

—Qué sé yo.

—Más le vale a esa vieja huraña. Es Día de Muertos. Otra noche a base de frijol negro, gachupín, y me entrego yo mismo como culpable de la matanza.

11

Apenas doscientas varas separan la taberna de Pedro el Santero, donde se alojan Cuervo y Orviz, del caminito trasero que lleva hasta el escondite principal de una compañía de cómicos ambulantes. Si uno conoce los atajos, de hecho, y no se equivoca de bancal al atravesar el campo de maíz, no necesita siquiera volver a pisar adoquín. La vereda desemboca directamente en las faldas del Cerro Gordo. Desde allí se asciende con facilidad a La Cuevita, que es como llaman los artistas a su viejo campamento.

Así pues, antes incluso de que el sol salga por el extremo del mundo, muy en secreto y sin decirle nada a su compañero, el sonorense Leandro Cuervo se lanza escalera abajo, bien pertrechado con calzón de tripe negro y capa de paño del mismo color. Tanto la bandolera de cuero como la cartuchera hacen juego con el sombrero de ala ancha, marrón, caído por los lados al estilo de los valles de Sonora. Más que andando, Cuervo va dando zancadas enormes.

Sale por la puerta trasera de la taberna. Se asegura de que nadie lo siga. No tiene reparo alguno en pisar un mar de mazorcas de la zona de cultivo con tal de saltar la valla y ahorrarse el rodeo por la plaza Mayor y el cementerio.

Un vinatero flaco, enjuto y con cara de pocos amigos se le cruza cerca de los barrancos que dan forma a la escarpada ladera. El hombre, de facciones indias y cubierto con harapos, va empujando una barrica con la intención de que esta ruede camino abajo, pero se detiene un segundo a contemplar el porte del sonorense. Leandro Cuervo le aguanta la mirada, solemne, a sabiendas de lo importante que es no mostrar debilidad alguna en esa parte de la ciudad. Finalmente, el vinatero esputa, maldice algo para el cuello de su camisa y se retira a paso cansado. A poco que sale uno de las calles principales, Santa Fe se dibuja sobre el lienzo desértico como un pueblucho cruel e injustamente abandonado. Una localidad aislada repleta de campesinos harapientos, indios beodos y enfermos de tuberculosis que imploran a la virgen un sitio donde caerse muertos.

El camino zigzaguea entre chozas de mala muerte. Una de ellas, recuerda Cuervo, perteneció en su día a un conocido ladrón de caballos. Ernesto Buendía, de los ranchos de San Felipe. Otra de ellas luce abandonada. Es la de Leopoldo Quesada. Condenado a muerte

por violar a la hija del citado Ernesto Buendía. Un par de minutos después, llega Leandro a La Cuevita, que no es sino una enorme grieta en la montaña repleta de toldos de lona, andamios de madera y canalillos de caña que recogen y conducen el agua de lluvia.

—¿Se ha perdido, soldado? —exclama desde un saliente un tipo barbudo, ataviado con camisa de lino, botas altas y sombrerillo de charro.

—En realidad no —responde Cuervo—. Estoy buscando a alguien.

—¿A quién, si se puede saber?

—Adela Cuervo es su nombre. O por lo menos solía serlo.

—¿Y quién pregunta?

—Su hermano.

El hombre, sorprendido con el hallazgo, baja al suelo de un brinco.

—Sígame.

Pese a la humedad, el interior de la cueva es más acogedor de lo que uno hubiese imaginado desde fuera. La oscuridad del lugar, observa Cuervo, ha sido combatida con relativo éxito gracias a una suerte de frasquitos de cristal que contienen destellos de luz ambarina.

El que va guiando advierte al capitán para que se adelante y lo invita a descender por una escalera estrecha excavada en la propia montaña. Obedece Leandro Cuervo. Para sorpresa del sonorense, el piso inferior lo conforman un pasadizo amplio —donde la escenografía teatral, testigo silente de una actuación clandestina, yace diseminada por el suelo— y una serie de estancias laterales, irregulares. Se dirigen a una de estas y corren la cortina que la separa del resto de la cueva.

—Tienes visita, Adela.

Abre un ojo la mujer, asustada. No tarda en reconocer el inconfundible rostro de su hermano.

—Dichosos los ojos —dice al fin—. Andaban diciendo por ahí que vendrías.

—Es mejor un buen rumor… —empieza Leandro.

—… que una mala noticia —concluye la hermana.

Se retira el tipo de la barba, risueño, y deja a los parientes a solas.

—Te ves más viejo que la última vez, hermanito —advierte ella.

—Lo mismo digo —le responde Leandro, y señala al hacerlo las considerables canas que luce la mujer sobre la frente—. ¿Cuántos cumpliste la semana pasada?

—Cuarenta y cinco. Eso te pone a ti con cincuenta…

—Y uno.

—Son años.

—Muchos.

De algún modo, y pese al estado demacrado en que se halla, la hermana de Leandro Cuervo conserva en sus rasgos la belleza salvaje,

casi peligrosa, de la que ha tenido a bien aprovecharse toda su vida. Unos labios carnosos con menos besos que mordiscos. Pechos voluptuosos entre los que guardar doblada la navaja. Por no hablar de la entrepierna, famosa en media provincia, aunque de eso su hermano prefiere no saber nada.

—¿Cuándo fue la última vez? —pregunta la pequeña de los Cuervo tirando de memoria—. ¿Allá en Arizpe?

—En Arizpe, sí. Hará cinco años. Te recuerdo borracha de tequila, lloriqueando. Vendiendo tu cuerpo al mejor postor mientras prometías que ibas a abandonar la compañía.

Suelta una carcajada Adela Cuervo y, al hacerlo, muestra los cinco o seis dientes que conserva en la boca. Antes de formar parte de La Barraca de Río Grande, Adelita se las apañaba alquilando por quince pesos al mes un rancho diminuto al norte de Los Vigiles. No obstante, la contratista lo había tenido complicado para hacer frente a las deudas. Peleas. Pleitos. Apuestas con gallos e indios. Francisco Pucheros, legítimo propietario de la mitad de las posadas que aún hoy se extienden entre San Juan y el río Pecos, le dio el puntapié en la Navidad de 1813. Aquello condujo a la sonorense a ver la compañía de cómicos como una salida legítima a su calvario.

—¿Quieres un trago? —dice la mujer.

—No.

—¿Ni un draque?

—Ahora no me apetece.

—Haces bien. El licor no le conviene a la cabeza, carnal. Recuerda como acabó padre.

Asiente Leandro Cuervo y fuerza una sonrisa fugaz. Ella se pone un vasito de pulque.

—El caso es que aquí sigo, como ves —dice luego—. Pero puedes estar tranquilo. Los chicos me cuidan. Me respetan. Ya sabes que no actúo. Ni bailo ni canto. Estoy aquí para otras cosas.

—¿Te siguen usando como informante?

—¿Me siguen? ¡Me sigo yo sola! ¡Cada cual con sus virtudes! —exclama, orgullosa—. Hay que hacer de todo en esta vida. No me ando con remilgos.

Las habilidades de Adelita Cuervo, sabe su hermano, resultan de lo más útil para el buen desarrollo de las actividades secundarias de la pequeña empresa ambulante, a saber: contrabando de armas, importación de tabaco, falsificación de papel sellado, venta de mezcal exento de su correspondiente estanco, recaudación ilegítima del quinto de los mineros e incautación, cuando es posible, del diezmo eclesiástico, así como del vasallaje pagado por los nativos.

—Me alegro de que sigas con vida —dice su hermano.

La mujer agradece el cumplido con un escupitajo que va directo a

la pared de la cueva. Luego clava la mirada en los bigotes de su hermano mayor y, a partir de ahí, escudriña la indumentaria de Leandro.

—¿Qué te trae por acá? —pregunta.

—¿No has oído nada?

—Hay quien dice que viniste para sofocar una revuelta insurgente —empieza, risueña—. Claro, que otros dicen que viniste a armarla.

—La guerra me vale madre.

—¿Que no quieres un México libre?

—Libre no va a quedar.

—Amén. Eso pienso yo. —Se encoge de hombros—. Un chagollero de Abiquiú me dijo ayer que andabas por ahí con un gachupín. Que habíais tenido problemas con una banda al sur de Santo Domingo.

Sonríe el capitán.

—Es cierto. Nos robaron el coche. Mataron al conductor.

—¿Y lo del acompañante? —inquiere la hermana, obviando la muerte del cochero—. ¿Vas por ahí con un europeíto?

—Juan, se llama. Un chamaco listo. Algo ingenuo.

—Mal momento para venir a México de chapetón.

—Tal vez —admite Leandro—. Pero si no se pone cargoso, a la que aprenda algo de lo nuestro me será de buena ayuda.

—¿Listo?

—Más sabedor que listo. Buena presencia, buena familia, buenos modales. Un poco fifí. De los que dan pura rabia.

—¿Y guapo?

—No empieces, Adela.

Ríe de nuevo la hermana mientras se rasca el sarpullido que luce en la barbilla.

—¿Y qué hace acá?

—Allá en España anduvo sacándole el pedo al rey con el asunto liberal. Además, me da en la nariz que estuvo en el servicio secreto. Te puedes imaginar. Les han sobrado días en la corte de Madrid para mandarlo a la chingada.

—Y cómo es que lo necesitas a él —se queja Adelita, que no acaba de entender el motivo que ha traído a su hermano, desterrado y vilipendiado por la comandancia general durante años, de vuelta a la capital provincial—. ¿En qué andáis el gachupín y tú?

Se acerca a su hermana Cuervo, muy serio, tratando de que nadie más en esa cueva repleta de oídos escuche lo que tiene que decir:

—¿Supiste de la tragedia de las dos hijitas de Pino?

—¡Andáis tras eso! —exclama la mujer, sorprendida, y al hacerlo abre tanto los ojos que por poco se le salen de las cuencas—. ¡No manches!

—Baja la voz.

Obedece la hermana y esconde la cabeza entre las manos huecas antes de seguir con su perorata:

—Con razón te necesitas a un gachupín del servicio secreto. Menudo lío es ese. Tuvo ocupadas las tabernitas de aquí a Taos durante varias semanas. Nosotros al principio sospechamos de los navajos. De los pinches utes, incluso. —Se echa las manos a la cabeza la hermana, y, de lo mucho que se aproxima, Leandro Cuervo percibe el aliento a pulque y a frijol charro que mana de sus labios carnosos—. Luego empezaron a decir todo tipo de pendejadas. Unos dicen que a las chamaquitas las raptó el demonio, otros andan diciendo que fue la Llorona…, pero esos dos, los hermanos, que siguen presos…, a esos no los veo yo…

Hace un gesto el capitán para calmar el ánimo de su hermana, e intenta interrumpirla antes de que enumere todo lo que ya sabe.

—Lo sé, lo sé, no eches el grito.

Saca entonces Leandro Cuervo una nota de su bolsillo en la que viene transcrita, con la mala letra que caracteriza al capitán, la carta que les dio Manuela Estrada, esposa de Anselmo Pino.

—¿Te dice algo el nombre de Manuel Lisa?

Se para un segundo Adela Cuervo a leer el borrón sobre la cuartilla.

—Ahora no caigo… —responde ella—. ¿Qué pasa con él?

—El padre de las muchachitas le debe una buena fortuna a quienquiera que se esconda tras ese nombre.

Asiente Adela, aunque no tan sorprendida como cabría esperar:

—La familia Pino es así. —Se encoge de hombros la pequeña de los hermanos—. Ese Anselmo, el que más. Un gambusino que mete el hocico allá donde ve fortuna.

—¿Algún pleito con los mineros de La Ciénaga?

—No está mal tirado —susurra Adela, sabedora de las formas inhumanas en que operan los empresarios de La Ciénaga de San Vicente—. Son gente de cábula esos pendejos. Aunque no se atreven a tanto.

—¿A qué te refieres?

—Carnal, esas chamaquitas eran inocentes. Si matarlas ya son palabras mayores para los mineros, imagina eso de desmembrarlas y clavarlas en una cruz.

—A vueltas con la cruz —murmura el capitán—. ¿Tú también piensas que las colgaron?

—A cuento de qué si no lo de las astillas en las manos —responde Adela—. Es una barbarie. Un acto demente.

—Lo es.

—Pero tampoco te vayas a echar a llorar, carnal.

Ríe Adela Cuervo y le dirige una mirada penetrante, casi maliciosa, antes de volver a fijar la vista en la cuartilla que le ha entregado su

hermano.

> *«Nuestra paciencia, no obstante, ha llegado a su fin. Le sigue debiendo usted a la Compañía de Piel de Misuri más de novecientos pesos».*

Arquea las cejas Adelita Cuervo.

—Esto me suena más.

Se incorpora levemente el mayor de los Cuervo. Tal vez no haya sido tan mala idea, después de todo, acudir con este asunto a la conocedora por excelencia de los trapicheos provinciales.

—¿Y bien? —pregunta el capitán.

—No sé si contarte —susurra Adela con media sonrisa dibujada en el rostro al ver el interés que tiene Leandro—. Que no quisiera que te pasara nada.

La condescendencia habitual de su hermana menor, piensa Leandro. El sempiterno refugio de la niña consentida que creció a la sombra del primogénito, devorada durante años por los celos y la envidia.

—Dale, Adela, ¿me vas a ayudar? No tengo todo el día.

—Compañía de Piel de Misuri —dice la hermana, al fin—. Son gente del norte. Gringos, en su mayoría. De eso estoy segura.

—¿Gringos? —Simula sorpresa el hermano, que no quiere contarle a la hermana lo que sabe y lo que no.

Se hace un pequeño silencio.

—Tienen la sede en San Luis, en la Luisiana, pero han pasado años tratando de abrirse un hueco acá, en Nuevo México —anuncia la rea, muy seria—. Hemos traído su mercancía alguna que otra vez. Son gente peligrosa.

—¿En qué sentido?

—Pues imagínate. No negocian más que con indios del norte.

—¿Utes?

—Peor. Pies negros. Siux. Son medio salvajes.

Calla un segundo Leandro Cuervo y vuelve a apoyar el trasero en el taburete de madera. Luego duda un instante. No es la primera vez que tiene nociones de la actividad comercial que están llevando a cabo los estadounidenses al norte de Nuevo México.

—Compañía de Piel de Misuri… —susurra—. Ese Manuel Lisa ha de ser el líder.

—Posiblemente. Hay españoles metidos en el asunto, de cuando la Luisiana quedaba de nuestro lado, pero nosotros no tratamos con los jefes. Tan solo con los recaderos.

—¿Quiénes son?

—Hombres de la montaña. Gente brava. Al norte la cosa se está poniendo dura. Las pieles dan dinero y las compañías peleteras

compiten las unas con las otras por hacerse con el mercado. Hay muchos indios armados. Por no hablar de los asesinos a sueldo de los gringos. Detrás de todo el mitote hay mucho comerciante deseoso de levantar la prohibición que nos impide comerciar con San Luis.

Leandro Cuervo, soldado de las guerras comanches y veterano hombre de frontera, sabe que las autoridades españolas de Santa Fe de Nuevo México tienen prohibido el comercio con los territorios estadounidenses del noreste. Sabe también, por supuesto, que contrabandistas y empresarios hacen caso omiso de la norma. El tráfico de armas, pieles y ganado ha ido en aumento desde que Pedro Vial y los suyos cartografiaran los pasos de la frontera.

—Anselmo Pino comercia en secreto con esos gringos —concluye Cuervo, de nuevo entre susurros, más a modo de hipótesis que de certeza—. Y les debe una buena suma.

—No me sorprendería. En cualquier caso, eso no explica la tragedia de sus dos niñas.

—No —responde Leandro, y calla la información que le brindó la madre de las difuntas—. Pero nos ayuda a fijar el rumbo. Tú misma acabas de decir que son gente ruda —dice Leandro, impetuoso—. ¿Sabes dónde paran?

—Parece bastante claro —sentencia Adelita, y señala al hacerlo la última línea del manuscrito:

> *«Dígale a su hijo que no se moleste en acudir al ratón para solicitar más demoras. Se terminaron las negociaciones».*

—¿«Ratón»?

Ríe otra vez Adela Cuervo. Luego murmura:

—Sí que estás viejo, hermanito.

Al ver la reacción de la hermana, duda un instante Leandro Cuervo.

No tarda en darse cuenta de lo evidente.

—El paso del Ratón —dice entonces—. Del otro lado de las montañas.

—Los contrabandistas lo usan a menudo. ¿Recuerdas el puesto de vigilancia que levantó padre junto a los soldados de Anza?

—Sí.

—Sobre sus ruinas montaron los gringos un puesto comercial —explica la hermana—. Si lo que dice esta carta es cierto y Anselmo Pino trafica con ese Manuel Lisa y con los pendejos de su compañía peletera, el punto de encuentro es el fuerte de Ratón. Me juego media botella. O botella entera, qué carajo.

Las piezas del caso empiezan a encajar ahora en la mente del capitán Cuervo. Un acuerdo arriesgado con el tipo equivocado. Una deuda sin saldar. Cientos de monedas en juego y una venganza cruel,

sangrienta, tan lacerante como injusta. Lo comprometido de la cuestión explica además el enfado que se agarró el señor Pino cuando, días atrás, Leandro preguntó por sus asuntos comerciales. Imposibles de confesar, piensa ahora el sonorense.

—Pues claro… —susurra de pronto.

—¿Cómo dices?

Pero el capitán hace caso omiso de la pregunta. Se pone en pie muy despacio y duda un instante antes de dirigirse de nuevo a su hermana.

—Volveré pronto… —empieza—. A hacerte una visita…

—¡Años sin vernos y ni siquiera te quedas a comer! —se burla ella.

—Por el momento, Adela, te pido…

—Lo sé, lo sé. No mames —le interrumpe la mujer, y suelta una última carcajada—. No diré nada de esto. A no ser que paguen bien. —Leandro Cuervo, que ya se iba, se gira nervioso y mira muy serio a su hermana—. Tranquilo… —musita, haciéndole ver que bromeaba—. Por aquí nadie tiene plata. Solo yo.

Aunque agradecido, Leandro Cuervo es incapaz de tener un gesto afectuoso con su hermana. La otra tampoco lo espera. Hay tanto que decir, tanto por resolver… Es imposible empezar a estas alturas, piensan ambos. Con el ánimo de hacerlo fácil, Adelita plancha la oreja en su colchón amarillento y cierra los ojos por ver si logra conciliar el sueño. Leandro se la queda mirando, en silencio, pensativo. Al cabo de unos segundos, se ajusta el sombrero a la testa, golpea con los nudillos la pared de la cueva y regresa por donde ha venido.

12

A eso de las seis, la luz del ocaso baña ya los cerritos colorados que bordean Santa Fe. A medida que se pone el sol, de hecho, las mesas van perdiendo una a una sus característicos tonos rojizos, como velas que se apagan una vez se han ganado el jornal. Esa misma tarde, por cierto, y muy a pesar del espectáculo que ofrece el paisaje de Nuevo México, Leandro Cuervo alega sentirse indispuesto.

—Necesito permanecer en cama, gachupín —dice el capitán—. Que no me encuentro muy allá.

La realidad, sin embargo, pasa por las faldas de Shegha, bautizada en la fe católica como Asunción. La india, que atiende de lunes a jueves en la fonda de Pedro el Santero, es de las que admite real de a ocho como pago extraordinario por los servicios de cama. Tal vez por eso, y a sabiendas de que la muchacha ha de subir a su alcoba para llenar de carbón el brasero, Leandro la espera despierto. Las manos, inquietas. La mente, inquieta también, deseando olvidar, aunque sea por un instante, la carga de los últimos días. No tarda en aparecer Asunción. Bajita, muy delgada, la cara redonda y las arrugas bien marcadas en la frente y bajo los labios rosados.

—Capitán —saluda ella.

—Ya pensé que no vendría —responde Cuervo.

Se encoge de hombros la empleada.

—Alguien tiene que prender el brasero.

—¿Se queda un rato?

La mujer suelta una risita nerviosa, deja el brasero sobre la cómoda y cierra la puerta tras de sí.

—¿Que acaso no tienen ustedes que dar con un asesino?

—Afloje un rato, hágame el favor.

—Está bien —acepta ella—. Pero hoy cuesta el doble, que estoy recién bañada.

Leandro se acerca entonces a la india y le planta un beso violento en los labios. Acto seguido, y sin más preámbulos, la acorrala contra la pared. La muchacha, algo reticente al principio, se muestra dispuesta a complacer al hombre una vez adivina las monedas de plata en el bolsillo delantero del capitán. Leandro Cuervo desliza enseguida su mano bajo el vestido camisero, y palpa con avidez la piel tersa de la joven apache. Cubre con una mano el pecho redondo de la mujer y

recorre con la otra la calidez de sus pequeños muslos. Suspira al fin, excitado, dispuesto a visitar de nuevo el tacto húmedo que aguarda entre sus piernas.

El ruido de la cama golpeando la pared de la estancia saca al bachiller Juan Orviz de sus pensamientos. No tarda, sin embargo, en volver a la faena. Ajeno a lo que ocurre en la alcoba de al lado, y a riesgo de perder la jornada, el asturiano lleva un buen rato sentado frente a su escritorio. Pretende resolver el caso de una sentada. Tarea imposible, le hubiese dicho el de Sonora de no haber estado en otros menesteres. No obstante, el de Cangas de Onís permanece muy concentrado. Está convencido de que, si resuelve de una vez por todas el entuerto de las hijas de Pino, un golpe del destino lo pondrá de regreso a España.

Tal vez por eso, frente a él Orviz ha colocado con mimo los documentos que cree imprescindibles para el buen discurrir de su investigación. A saber; su propio cuaderno, el diario de la joven Dolores Pino, la misteriosa carta que les entregó Manuela Estrada y un buen número de mapas dibujados por el capitán Cuervo, a mano alzada. Con ellos, el bachiller pretende ubicar todos y cada uno de los ríos, cañones y caminos del norte de Nuevo México.

Suena distante el bronce de la parroquia de la Luz, y responde enseguida, con nueve repiques, el reloj de pared que hay en el piso de abajo. Se impone después el silencio, alterado solo por el ocasional golpeteo de la habitación colindante. Tras repasar de nuevo la carta de la compañía de San Luis, fechada en el mes de julio, Orviz toma en su mano el pequeño diario de Dolores Pino. Suspira. Más por lo costoso de encontrar algo de utilidad en sus páginas que por la tragedia que supone leer las memorias despreocupadas de la muchacha.

—Veamos… —murmura el bachiller.

El diario de la hermana mayor sigue constituyendo el testimonio más insulso de cuantos poseen los dos soldados. A excepción de una nota en la que la joven expresa sus ansias por salir de Galisteo —*«He vuelto a pedirle a padre que nos lleve con Álvaro y con él a conocer las montañas del norte. Si Dios quiere, lo hará en la próxima estación. El mundo es demasiado hermoso como para permanecer encerradas en el rancho»—,* el resto de apuntes son de todo menos comprometidos. Uno de ellos expresa el deseo de probar el pastel de manzana que hace su madre. Otro advierte del comienzo de la primavera. En la página siguiente, de hecho, el ojo analítico de Dolores culmina el proceso empírico:

«Ya crecen flores junto al río. Por fin ha llegado la primavera».

La entrada del 15 de marzo, en concreto, que durante días

constituyó la pista más suculenta del caso —*«Moriré contigo si así lo quieres, amada mía, moriré en tus brazos al despertar»*—, resultó ser la transcripción ornamentada de la letra de un fandanguillo. El propio ornamento, hecho a base de trazos curvilíneos que simulan el tallo de una rosa, es hoy con toda probabilidad lo único reseñable de dicha página. En líneas generales, piensa Orviz, son las ilustraciones lo único que salva al pequeño diario de ser descartado como prueba.

—De haber nacido hombre, hubieras podido dedicarte a la pintura —susurra Juan Orviz, pensativo. Luego duda un instante, continúa hojeando el diario, y añade—: Siempre y cuando hubieses crecido en otra parte del mundo. Otros padres, otra vida, otra suerte…

Parece como si la difunta Dolores Pino estuviera de acuerdo con el bachiller Orviz: a partir del tramo central del cuadernillo ya no hay textos escritos. En su lugar, una veintena de dibujos exquisitos, seguidos el uno del otro, culminan las páginas finales del diario. Si bien don Anselmo ya había advertido las aptitudes pictóricas de la mayor de sus dos hijas, esa tarde el bachiller Juan Orviz contempla absorto la calidad de las obras. La primera de ellas, cree el asturiano, representa la diminuta parroquia de Galisteo. Un par de trazos sirven para señalar el sendero que lleva hasta su entrada principal, que está abarrotada de feligreses. En la página siguiente, Dolores Pino dibujó una serpiente de cascabel. Hay más animales en la colección: un correcaminos, un potrillo y un halcón pálido conviven en las siguientes hojas junto a la imagen de un Cristo crucificado.

—Fauna local y simbología religiosa —murmura Juan a medida que anota dicha información en su particular cuaderno del caso.

Pasa la página el soldado y, ahora sí, se sorprende al hallar sobre ella el retrato de un chico joven, lampiño, de pelo corto y facciones redondeadas. Llama la atención de Orviz el pequeño texto que acompaña a la imagen.

«Mi hermano».

Alza las cejas el bachiller, pasmado. ¿Cómo no ha reparado antes en el retrato del desaparecido Álvaro Pino? Toma en su mano el cuaderno y arrima la silla al farolillo que luce en el alféizar de su ventana. El retrato ha de ser fiel, razona Juan Orviz, pues el chico posee todos y cada uno de los rasgos de su pobre madre. La nariz chata, los labios finos, el pelo moreno, algo rizado. Sobre el torso, cubierto por una especie de sotana repleta de símbolos y medallas, el primogénito de don Anselmo cruza las manos, en señal de oración. Parece un monaguillo. Durante un buen rato, el español se limita a examinar la ilustración. Al fin, decide arrancarla del diario de la hermana. Un dibujo del chico, deduce, podría ser de utilidad al

preguntar por su paradero en los distintos pueblos de la comarca.

Apenas unos segundos después, una voz grave y enigmática se cuela por la ventana de su pequeña alcoba:

—¿No sabe quiénes se alojan acá, en el Santero?

—Dígamelo usted —responde una segunda voz, más joven y aguda que la anterior.

—Los dos que dicen andar detrás del asesino de las hijitas de Pino.

—¡Híjole! ¿Aún siguen con eso?

—Pues qué remedio, si nunca encontraron al que lo hizo.

Con la evidente intención de escuchar la conversación que mantienen los dos hombres bajo la ventana de su cuarto, Juan Orviz retira el farol del tragaluz y acerca aún más la silla a la pared.

—¿Que no fueron los hermanos esos, los hijos de Baldomero?

—Eso dicen algunos.

—¡Ay pues téngalo por seguro! Esos dos rufianes se debieron de propasar con ellas y por miedo a la horca acabaron escondiendo los cuerpos.

—No lo tengo yo muy claro. Y créame, que del asunto sé un rato. No como, apenas duermo… —Baja la voz el que habla, y concluye—: Por culpa de esas chamaquitas estoy embrujado, Rafael.

Sorprendido, Juan Orviz aguza el oído todo lo que puede. Por desgracia, los dos hombres han comenzado a susurrar y apenas un hilito de voz imperceptible se cuela ahora por la ventana de su dormitorio. Es por eso que el asturiano se pone en pie, nervioso. Son demasiados años de recadero del servicio secreto como para no saber identificar la oportunidad informativa que brinda una conversación ajena. Sale de su habitación. Luego, guiado por una inercia irrefrenable, recorre el pasillo de la taberna. Al fondo de este, observa, hay una puerta de madera que da acceso a un balconcito. Se trata de la terraza trasera de la posada. La misma en la que Ángeles Vallejo, la nieta del Santero, prepara pollo con mole algunos días. Orviz hace uso del picaporte cuidándose mucho de que nadie más lo vea. Una vez ha logrado salir al exterior, se acuclilla. Intenta evitar así que la luz de la luna delate su posición.

—¿Cómo es eso de que no duerme? —continúa elucubrando una de las dos voces que oía Juan desde su alcoba—. ¿Y qué me cuenta de un embrujo? Ya déjese de pendejadas. A esas dos pobres muchachas las mataron los hermanos Losada. Me vale madre lo que digan.

Se inclina Orviz sobre la balaustrada, y acierta a ver, sentado sobre una rudimentaria tarima, a uno de los dos contertulios. Es un tipo mulato, de patillas largas, unos cuarenta años.

—No me tire de la lengua, Rafael. Ya le he dicho que el tema me toca cerca. Pero es un asunto peliagudo.

El que responde lleva un capote negro sobre los hombros y se cubre

la cabeza con un sombrero enorme, de ala tan ancha que por poco resulta cómica. Se protege las manos con unos mitones que dejan ver los dedos negruzcos, llenos de tierra.

—¿No será usted de los que cree en fantasmas, enterrador? —inquiere el tipo de las patillas—. Hágamelo saber, porque si hay uno por aquí que puede hablar con criterio de esos mitotes es precisamente usted.

Ríe entre dientes el sepulturero, y balancea las llaves del cementerio con los dedos de una mano. No hay humor que valga, entiende Juan Orviz, en esa risa siniestra.

—No diré nada. No insista, Rafael —responde luego—. No quisiera yo contarle y que tuviera usted pesadillas.

Pero no se da por vencido el mulato:

—Hazme el paro, Julián, que tengo derecho a saber.

—¿Y eso por qué?

—Las conozco desde que eran muy niñas.

—¿A las dos hermanas?

—Así es. Mi mujer trabajó por años en la hacienda de su tío, el señor Pedro Pino.

Arquea las cejas Orviz, que ubica bien al tío de las difuntas. Es el mismísimo Pedro Pino, de hecho, el motivo de que este macabro caso haya acabado en las manos de Leandro Cuervo y, por consiguiente, en las suyas.

—Pues verá. —Se inclina sobre sí mismo el enterrador de Santa Fe para asegurarse de que nadie más pone oído en el asunto—. ¿Conoce usted a Alberto Morales, el carpintero?

—¿El constructor de ataúdes? —le interrumpe el de las patillas.

—El mismo —asienta el enterrador—. Se ve que el buen hombre anduvo un tiempo midiendo los cadáveres de las chamaquitas, si usted me entiende, para poder hacer la faena.

—Comprensible.

—En esas que se dio cuenta de algo.

Una carreta tirada por un par de bueyes pasa entonces junto a los dos hombres y bajo el balconcito en que se esconde el asturiano. Los dos primeros se callan, no vaya a ser que el arriero se pase de listo y haga por poner la oreja en aquello que no le incumbe. Juan Orviz, por su parte, se agacha para evitar que el farol que lleva el carro delate su posición entre los barriles y arcones viejos que se amontonan en la terraza.

—Ya dígalo —insiste el hombre.

—Las chamaquitas de Pino se fueron de este mundo con tres marcas en la espalda —sentencia al fin el enterrador—. Tres cruces.

—¿Qué chingada? ¿Tres cruces?

—Una de ellas más grande, de un palmo, por lo menos. Las otras,

más chiquitas.

—¿En cuál de las dos hermanas?

—En las dos.

—Válgame el cielo. Que Dios nos pille *confesaos*.

—Eso le dije yo a Morales. Tiene que entender, en cualquier caso, que por razones evidentes el carpintero y yo somos viejos amigos. Que no es que el tipo ande soltándole el chisme a cualquiera.

—Por supuesto —asevera el mulato—. ¿Y pudo verlas usted? Las cruces, digo. Las heriditas que tenían en la espalda.

—Al cabo de unos días sí.

—¿Dónde?

—Acompañé al padre Cadalso a Galisteo el día del enterramiento. Me lo había pedido él mismo, ¿sabe? Que allí no tienen sepulturero.

—Claro, sí. Entiendo.

—En esas estábamos cuando de pronto me vi a solas con los cuerpos de las hermanas. Los féretros abiertos, ya sabe, esperando la bendición del cura antes de echar el cierre y salir con ellos hasta el camposanto.

—¿Y se atrevió usted a husmear en los cuerpos? —exclama el otro, desconcertado.

—Baje la voz.

Si bien a Juan Orviz le resulta inquietante la historia que cuenta el enterrador, algunos detalles de esta empiezan a resultarle extraños. Casi inverosímiles.

—¿Y no le dijo nada a nadie? Una vez vio usted las cruces. ¿No dio el aviso?

Duda un segundo el sepulturero.

—¿Conoce usted al hermano de las difuntas? —inquiere luego—. El mayor del señor Pino. El hijo que dicen que anda ahora desaparecido.

—Álvaro, creo que se llama —responde el otro—. Lo conozco un poco. Ya le he dicho que mi mujer solía trabajar para su tío.

—¿Y sabe cómo es?

—Muy serio. Un poco raro —empieza el de las patillas, pensativo —. Religioso. Parece un fraile.

—Usted lo ha dicho. Por eso mismo le dije a él lo de las cruces. Y al cura, a los dos. Pero por poco me mandan a la chingada. Que qué derecho tenía yo de tocar el cuerpo de sus hermanas. Se puede imaginar. Luego vinieron asuntos más serios, claro.

—¿De qué tipo?

Se inclina Juan Orviz sobre el límite mismo de la terraza. Muy atento, el joven cree estar a punto de descubrir una novedad que le permita tomar de una vez por todas las anquilosadas riendas del caso.

—El padre Cadalso me recomendó olvidar lo que había visto. Eso de las tres cruces se trata de una maldición, por lo visto. Un asunto

diabólico.

—¿Eso le dijo el cura?

—Como lo oye. No crea que le sé decir muy bien, que no soy un entendido, pero todo lo que rodea a la muerte de esas chamaquitas tiene que ver con el de abajo.

Tuerce el gesto el asturiano, decepcionado con el hallazgo. No dura mucho más el coloquio. El sepulturero se despide con un fuerte apretón de manos. Luego toma rumbo norte, hacia el cementerio. El otro, por su parte, se santigua dos o tres veces y sale a todo meter por la calle que baja al río. Va inquieto, medio asustado. Hatillo anudado en la mano izquierda, paso irregular y rostro agitado bajo el sombrero.

Juan Orviz permanece un rato en lo alto de la terraza, en completo silencio, sopesando la información que acaban de brindarle un par de sujetos extraños. De pronto, en la oscuridad más absoluta, una voz grave y ronca retumba desde su espalda:

—Ese enterrador cabrón es un mitotero de mucho cuidado, gachupín. No haga demasiada cuenta de las pendejadas que dice.

Por poco se le para el corazón al asturiano, que apenas si es capaz de virar sobre sí mismo para descubrir, en la penumbra, el rostro cansado y demacrado del capitán Leandro Cuervo. El oficial está subido, comprueba Orviz, a uno de los toneles de harina de maíz que se amontonan en la azotea. A su lado, botella de aguardiente y vasito de cristal.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—No mucho más que usted.

Le entra un escalofrío al bachiller Orviz al saber que su compañero ha estado todo ese tiempo a su lado, callado, oculto entre saquitos de café y barriles con pescado en salazón.

—Podría haber dicho algo —se queja el asturiano.

—¿Y delatar su posición? —inquiere con sorna el de Arizpe—. ¿Por quién me toma?

—Pensé que se sentía usted indispuesto.

—Y lo estaba —responde Cuervo, y se acuerda al hacerlo de la joven mujer apache—. Pero mejoré.

Una vez ha recuperado el aliento, el más joven de los dos soldados pregunta al americano por la conversación de los dos paisanos.

—¿Y bien?

—Nada que no haya oído usted. Las necedades de cada día. Es un buen sitio este para coleccionar chismes y bobadas. ¿Sabe usted que más allá del monte Timpanogos vive un oso con dos cabezas? —se burla el capitán Cuervo—. Eso mismo le oí decir ayer a una de las lavanderas indias que sirve en la casa del gobernador.

—Eso de las tres cruces en la espalda de las chiquillas… —empieza Juan Orviz, inquieto aún con el testimonio del sepulturero.

—Parece tan falso como el cuento del oso bicéfalo. —Salta desde la azotea Cuervo, y aterriza a media vara del lugar en que se encuentra el asturiano—. Estoy cansado de cuentos, gachupín, tanto o más que usted.

—Explíquese.

—He pasado años viendo morir a los habitantes de este pinche desierto —se queja ahora el capitán—. Y créame, siempre hay una razón. Un trato mal cerrado, una deuda impagable… Un asunto de faldas, de cuando en cuando…

—Envidia, venganza… —prosigue Juan Orviz, que sabe bien de lo que habla su compañero.

—Usted lo ha dicho. Esos son los diablos que andamos buscando. Los diablos que azotan nuestra tierra miserable.

Asiente el bachiller Orviz, y se hace un pequeño silencio. Luego es el español el que, con la mirada perdida en los farolillos que iluminan las lomas de Cerro Gordo, se pregunta:

—¿No son esos, acaso, los mismos diablos que azotan todas las tierras del mundo?

Ahora es Leandro Cuervo el que asiente, y lo hace a su manera, con una sonrisa cínica apenas visible bajo el bigote. Se acerca más, si cabe, a su compañero, y baja el tono con tal de evitar que fisgones y chismosos escuchen lo que tiene que decir:

—Si queremos resolver este entuerto, hemos de sacudir bien los negocios secretos del padre.

—El contrabando de pieles.

—No queda otra.

—La Compañía de Piel del Misuri.

—La misma —sentencia el capitán—. Esos gringos llevan meses presionando a don Anselmo. He hecho mis averiguaciones, no crea, y son gente peligrosa. Cazadores salvajes capaces de cualquier cosa con tal de recuperar lo que es suyo. Un contrato demasiado exigente con ellos acarreó al señor Pino una deuda imposible de afrontar…

—Una venganza —termina Juan Orviz—. Estamos a tiempo de salvar al hijo.

—Es posible.

—¿Por dónde empezamos?

«Por vergüenza», no dice el capitán Cuervo que buena parte de la información que posee se la ha brindado su propia hermana. Sí que marca, sin embargo, el rumbo que seguir con tal de desempolvar los despachos de la familia Pino.

—Guarde un par de mudas en su talega, gachupín, y descanse. Al alba salimos en dirección al paso del Ratón.

—¿Dónde está eso?

—Del otro lado de esas montañas.

Leandro Cuervo se termina de un trago el contenido del vasito de cristal. Apenas tuerce los labios al sentir el alcohol deslizarse por su garganta. Asiente, acto seguido. Seguirán la pista de la compañía peletera. A fin de cuentas, no tienen otro hilo del que tirar, y encontrar al muchacho con vida sería buena forma de justificar sus honorarios en caso de que, como algunos aseguran, el verdugo de las muchachas sea un terrible monstruo con cuernos.

Parte segunda: condena

Noviembre de 1820 – enero de 1821

«En Nuevo México siempre se despertaba joven. Tan joven que, hasta que no se levantaba y empezaba a afeitarse, no se daba cuenta de que se estaba haciendo mayor».

***La muerte llama al arzobispo,* Willa Cather**

13

El cauce seco del río Taos, que se abre hueco durante varias leguas al este de los ranchos del mismo nombre, juega con lo escarpado del terreno a partir del llamado Valle Escondido. Se hunde. Hace un quiebro. Se hunde de nuevo. Luego, una vez ha dejado atrás las colinas arboladas que dibujan las montañas de la Sangre de Cristo, emerge de entre los arcos de arenisca hasta alzarse como un auténtico cañón. Pues bien, allí mismo, entre dos paredes enfrentadas que ha esculpido el agua a lo largo de miles de años, se hallan el bachiller Juan Orviz y el capitán Leandro Cuervo a mediados del mes de noviembre. Los dos soldados han hecho noche al raso por segundo día consecutivo. Han pasado frío. Demasiado. Tanto que el asturiano ha sido muy capaz de notar cómo, al respirar, cada exhalación se convertía en gotitas finísimas sobre el sayo. Al alba, los dos hombres siguen tiritando. El frío nocturno se les ha metido en los huesos y parece algo reticente a abandonarlos por el momento.

—Dijo que bastaría con una manta —se queja Orviz a medida que se incorpora—. Pero ni tan siquiera las lechuzas ululaban esta noche.

Si hay algo que perturba en este mundo al de Cangas de Onís es, precisamente, el frío.

—Y eso pensaba yo, que con el sayo sería suficiente —responde el capitán mientras se encoge de hombros—. Me equivoqué.

Las dos yeguas han dormido junto a ellos. Gracias a eso, Orviz ha logrado conciliar el sueño las horas en que ha arrimado su cuerpo al calor del animal. El resto de la noche la ha pasado en vela, abrazándose el torso y conteniendo a duras penas las ganas de salir corriendo en un acto desesperado. *¿Qué demonios hago aquí? Esto no tiene sentido. Quiero volver a casa. Necesito volver a casa,* se ha repetido una y otra vez para sus adentros hasta que la luz ha empezado a teñir de tonos rosáceos el manto oscuro del cielo.

—Quién iba a pensar que hacía tanto frío en estas putas montañas —dice de pronto, enojado.

Sonríe Leandro Cuervo al oír a su acompañante, sorprendido con el tono pueril y poco comedido que despierta en el asturiano la helada mañanera.

—Vigile el tono, gachupín —dice el más viejo—. No le hacía tan mal hablado.

—Tengo los dedos congelados. Los de los pies y los de las manos. Por no hablar de las orejas.

—Mientras le aguante a usted lo que cuelga…

—No tiene gracia —se queja Orviz.

—Ya levanta el sol, Juan. Descuide. En dos horas se ha olvidado usted del frío y anda buscando una sombra en la que cobijarse del Lorenzo.

Echa un vistazo Cuervo a las montañas de la Sangre de Cristo. Se alzan azarosas, una tras otra, en todas las direcciones. Sus escarpadas aristas comienzan a esa hora a dejar pasar entre cornisas y requiebros el destello insaciable del astro. El capitán colma un par de cucharas con café molido La Parroquia, traído desde Veracruz por la Compañía de Arrieros de Chihuahua. Luego las vacía sobre el agua hirviendo y le tiende una taza al bachiller.

—Se acabó el verano —explica el sonorense mientras se lía un cigarro—. Y si el otoño es duro en esta tierra…, ni le quiero contar el invierno.

—Frío.

—Frío y más frío.

—Pensé que Nuevo México tendría un clima más cálido —se queja una vez más el español. Luego coloca sus manos sobre la taza de estaño con tal de recuperar la movilidad en los dedos.

—Y así es. Al menos, en los meses de verano. Pero esta tierra está maldita hasta para eso. En verano la castiga Dios con un sol inmisericorde, y en invierno se acumula la escarcha sobre los tejados de las casas y arrecia el viento gélido, del norte. —Chupa Cuervo el papel de fumar, escupe al suelo y suelta luego una risita maliciosa—. Insisto: disfrute de la calma que concede el mes de noviembre. No es nada comparado con lo que viene.

A decir verdad, el clima de la olvidada y remota provincia de Nuevo México no dista demasiado del que Juan Orviz ha conocido en las provincias más céntricas de la meseta castellana, el páramo leonés y la montaña palentina. Ya sobre su montura, y mientras sigue el paso calmado del capitán, le viene a la mente una Navidad al servicio de don Domingo Badía en la villa del Burgo de Osma. O aquella vez que, viajando desde Oviedo, paró con su amigo Rafael del Riego en tierras segovianas. Pleno mes de enero. Mala idea aquella. Esa noche el cielo se vino abajo, y el carro en el que ambos viajaban quedó sepultado bajo una espesa capa de nieve.

Aun así, el paisaje agreste y baldío al norte del Palo Flechado ofrece al asturiano un desasosiego superior al que ha podido sentir en tierras castellanas. A la incomodidad de la intemperie se suma lo inhóspito del paisaje. Ni un alma merodea por allí. Tampoco hay en pie construcciones de ningún tipo. Ni puentes, ni postes ni cabañas. Ni

siquiera una cabreriza, como sí las hay en otras zonas de Nuevo México, y como sin duda las hay en los campos asturianos: cobertizos de piedra, o de adobe, para que pastores y trashumantes tengan a bien guarecerse en caso de lluvia, de nieve o de cualquier inclemencia del estilo. Pero nada. En las montañas de la Sangre de Cristo no hay rastro de pobladores actuales. Tampoco de habitantes pretéritos; no se divisan ruinas, observa Juan Orviz, ni edificios en desuso ni restos de ninguna civilización antigua.

Un halcón pálido —o halcón mexicano, como lo llaman por allí— planea al rato sobre los dos soldados. Eso le recuerda a Orviz el dibujo de la misma especie que, con una pericia inusitada, logró plasmar Dolores Pino en las páginas de su viejo diario. El recuerdo, a su vez, lleva al español a pensar en el retrato del hermano, de modo que espolea a su yegua overa con la intención de ponerse a la altura del capitán Cuervo.

—Échele un ojo a esto, Leandro.

Agita la punta roja del cigarro el de Sonora, extiende la mano derecha y toma la hoja que le ofrece Juan Orviz. La desdobla con la misma mano, que con la otra sigue dirigiendo el paso de la montura.

—«Mi hermano…» —lee Cuervo, al encontrar en la parte baja de la cuartilla el texto que acompaña al dibujo.

—Del diario de la mayor de las hermanas.

—Es igualito a la madre.

—Eso mismo pensé yo.

—Sí que es verdad que parece un fraile.

—También lo pensé.

—Pues habrá que preguntar por el fraile a los gringos cabrones que se ocultan del otro lado de estas montañas.

Si la información que ha socavado el capitán Cuervo es certera, a pocas leguas de su posición debe de alzarse un viejo destacamento español. Un puesto de avanzada en desuso, derruido y cien veces saqueado que, sin embargo, sirve de escondite para los hombres de la Compañía de Piel de Misuri, principales sospechosos, amén del mismísimo diablo, de la muerte de las hermanas Pino.

Se guarda el dibujo Cuervo. Luego cabalgan durante un buen rato. Cada cierto tiempo, nota Leandro, el bachiller se queda atrás. Aunque no lo dice, este hecho satisface al capitán. Incluso habiendo pasado los cincuenta, y con los huesos crujiendo cada dos por tres, el sonorense conserva la destreza sobre el caballo que años atrás le hizo famoso en los presidios de media frontera.

—¿A cuento de qué construirían un puesto tan al norte? —cuestiona Orviz una vez ha alcanzado de nuevo la posición de su compañero—. ¿Qué interés tiene esta tierra? ¿Hay minas, acaso? ¿Algo por lo que merezca la pena exponerse a los peligros de vivir tan

aislado?

Se gira el capitán Cuervo, sorprendido ante la pregunta del asturiano, y se mesa los bigotes con templanza.

—Dígame una cosa, Juan —empieza, y sus palabras suenan dos veces por el eco que provoca la pared encañonada—. ¿Allá en su tierra saben quién fue Pedro Vial?

—Me temo que no —responde Orviz, que pese a ser ducho en historia no ha oído en la vida nombre semejante.

—Ya imaginaba. Los españoles de allá son ante todo eso, españoles de allá. Y les vale madre lo que hagamos a este lado del mundo.

—Explíqueme, entonces.

—Vial nació gabacho, como dicen ustedes.

—Francés.

—Eso mismo. Pero no crea, se la pasó explorando y descubriendo territorios para la Nueva España. Viajó a menudo con Bernardo de Miera, un gran cartógrafo, que a su vez seguía los pasos de Rivera, un entrador bien garrudo en lo suyo. Traían la idea de buscar una ruta que uniese San Luis y las llanuras del Misuri con Santa Fe y los otros pueblitos que ha ido usted viendo al norte de Nuevo México.

La siempre ardua tarea de unir entre sí los vastos dominios españoles en las Américas, piensa Orviz, que algo ha oído del tema al otro lado del océano.

—¿Y lo lograron?

—Lo lograron, ya lo creo. Llegaron a San Luis al cabo de medio año. Si bien es cierto que les costó algún que otro disgusto.

—¿De qué tipo? —pregunta el bachiller, que a esa hora de la mañana va entrando en calor.

—Un acompañante perdió un brazo. A otro lo secuestraron los indios. Al propio Vial lo apresaron los kaw, y se salvó de puro milagro. En su viaje, de todas formas, los hombres que le digo dejaron por escrito qué valles eran buenos para hacer noche, en qué zonas hay indios amistosos y en cuáles tribus hostiles. —Carraspea un largo rato el capitán antes de seguir contándole al asturiano—. Sus consejos nos fueron de lo más útil durante décadas. Acertaron en casi todo. Ahora bien, en el caso del cruce del Ratón se equivocaron.

—¿No resultó ser un buen paso? —inquiere Orviz.

—Es el mejor atajo si quiere uno salir a las llanuras, de eso no cabe duda. Pero en lo relativo a la seguridad, ahí no anduvieron tan finos. En sus notas aseveraban que no habitaba indio alguno por estos lares, cuando acá arriba merodean varios grupos de jicarillas. Indios bien cabrones, para que me entienda usted.

—¿Ha tratado con ellos? —pregunta el asturiano, agitado, y agarra las riendas de su montura con más brío que hace un rato.

Tarda en responder Leandro Cuervo, que repasa sin demasiado

empeño buena parte de las truculentas historias que, a lo largo de casi toda su vida, han esculpido su carácter. Al cabo de un rato, decide que prefiere no hablar de sí mismo:

—A mi viejo lo mataron, sin ir más lejos. Le arrancaron la cabeza y lo ensartaron como a un perro, todo desconchiflado. Se llevaron la cabellera a modo de trofeo.

Un escalofrío recorre el cuerpo desgarbado del bachiller Juan Orviz, que ya había entrado en calor cuando siente erizarse todos y cada uno de los vellos de su cuerpo.

—Santo Dios. —Es lo único que logra responder.

Ríe Leandro Cuervo ante la reacción del asturiano.

—¡Descuide, Orviz! Que no le dé pena alguna. Esos malnacidos se la debían al viejo, de seguro. Mi padre se pasó media vida encuerado, con la pica en ristre, dándoles disgustos a los apaches.

—¿Llegó a conocerlo?

—¿A mi padre? Doce años cumplía un servidor el mismo día que la hincó.

Por primera vez, el asturiano Juan Orviz siente que hay algo que lo une a su extravagante compañero americano.

—Tres tenía yo el día que murió el mío.

—¡Híjole! —se sorprende Cuervo—. Mírenos, los huerfanitos. ¿El suyo era soldado también?

—Teniente.

—¿Y murió en batalla?

—En el Rosellón, a las órdenes del capitán general de Cataluña, Antonio Ricardos. —Se pone solemne Orviz, sin saber muy bien por qué—. Recibió un disparo de la artillería, según parece, batallando ante los franceses por el control del río Tec.

Se encoge de hombros Leandro Cuervo a medida que el asturiano desarrolla la historia. Ni sabe dónde está el Rosellón ni entiende por qué diablos franceses y españoles se batieron, en septiembre de 1793, a las puertas de la comuna de Trouillas.

—Vaya, si lo sé, no le hablo del bueno de Vial. Para que vea usted que también hay gabachos buenos. Y, dígame, gachupín, ¿ganamos? —se interesa Cuervo, en primera persona—. ¿Enlatamos a los franceses?

—Eso creo, sí.

—Me alegro —responde—. En cualquier caso, a su padre le valió madre la pinche victoria. Eso téngalo por seguro.

Tira de las riendas el asturiano por esquivar un surco profundo que divide en dos el camino. Mientras lo hace, le devuelve la pregunta al sonorense:

—¿Qué hay del suyo?

—Mi viejo sirvió en la compañía de dragones de cuera. A las

órdenes de Bautista de Anza. ¿Lo conoce usted?

—Me temo que no.

—Imaginaba. Las guerras de por acá tampoco son ni tan famosas ni tan nobles como las que tienen ustedes al otro lado del mundo, pero igual lo filetean a uno el día que llega su hora, no crea. ¡Francisco se llamó mi padre! Francisco Cuervo. ¡Cabalgó durante años la frontera norte, maldijo todo lo que pudo y puso en vereda a los salvajes fondongos que se atrevieron a ponerlo a prueba!

Sigue blasfemando Cuervo cuando ambos soldados se topan con una rampa natural que forma el propio cañón. Han alcanzado su destino.

—Mire, gachupín —dice el capitán—. El puesto del Ratón.

Desde lo alto, Juan Orviz y Leandro Cuervo divisan un par de construcciones derruidas. Una de ellas es más alta y esbelta. La otra es de una sola planta, menos elegante. Un establo, adivina el asturiano, pese a que la maleza que nace en la valla colindante se haya comido la mitad de su superficie. Alguien, hace mucho, tapó los huecos donde en su día hubo ventanas con tablones de madera. Un punto y final certero que sentenció el lugar al olvido más absoluto. Ambas construcciones parecerían abandonadas de no ser porque de la chimenea de una de ellas mana un humo tímido y blanquecino.

—Ándese con ojo, gachupín. No creo que esperen visita.

Es mediodía cuando el sonorense Leandro Cuervo merodea por el exterior de la finca. Juan Orviz, por su parte, se cerciora de que los amarres de ambas yeguas estén bien atados junto al poste de la pesebrera.

Los dos hombres se aventuran, al cabo de un rato, por la puerta lateral de la casa principal, cuyo exterior ha devorado con brío el inclemente paso del tiempo. Una patada certera del capitán Cuervo sirve para quebrar el cerrojo.

—¿Hay alguien? —pregunta Leandro con recelo.

Luego sobrepasa el umbral. El pisar de su bota izquierda hace que chirríe la puerta. El capitán se pone entonces una mano en el cinto y palpa con la yema de los dedos la pistola Harper’s Ferry que ha tenido a bien cargar antes de entrar en la estancia.

Orviz hace lo propio y sigue de cerca al de Sonora. La oscuridad, que sería total de no ser por la luz tamizada que se cuela entre los tablones que cubren las ventanas, empieza a llevarse mejor con las pupilas de los dos soldados. Ya se adivinan formas en el interior del viejo puesto militar. Hay una mesa robusta y un par de sillas en el centro de lo que parece el antiguo salón de la estancia. Sobre el suelo, para sorpresa de los dos hombres, se amontonan varias mantas con

motivos geométricos. A su lado hay media docena de sacos robustos sellados con el emblema de una compañía estadounidense que vende harina de maíz. *«Dutton & Sons»,* reza el texto. *«Cornmeal».*

Los tablones de madera se quiebran a medida que los dos avanzan por el interior de la casa abandonada.

—Oigo algo. Un llanto —apunta Orviz—. Un retoño.

El finísimo oído del asturiano no se equivoca.

—¡Buenos días! —saluda el de Sonora, que ahora escucha también, de forma inequívoca, los sollozos quejumbrosos de un niño pequeño.

La inercia los impele a entrar en la siguiente habitación, más oscura aún que la anterior. Tanto que Juan Orviz no es capaz de adivinar dónde acaba la estancia y dónde empieza el siguiente cuarto. Alcanza entonces el bachiller a sentir cómo algo se mueve a sus espaldas.

—No se mueva o le vuelo los sesos —le dice casi al oído una voz grave, amenazante.

14

En un abrir y cerrar de ojos el cañón metálico de un mosquete se posa sobre la espalda nerviosa de Juan Orviz. El asturiano siente entonces cómo un escalofrío recorre su cuerpo. *Ya está,* se dice. *Bastante hemos durado en esta tierra de barbarie. Aquí se acaba este cuento.* El asaltante, no obstante, tarda en disparar. *Demasiado,* piensa el asturiano. *Tal vez haya opción de hacerle entrar en razón.*

—No dispare, se lo ruego.

—Dígale a su acompañante que tire la pistola al suelo.

—Leandro, por favor —suplica Orviz.

El sonorense, molesto por el modo tan estúpido en que se han dejado coger, tarda en obedecer al misterioso anfitrión. Una nueva voz surge entonces de entre las sombras:

—*Hace* lo que le dice si quiere seguir con vida.

Esta vez es una voz femenina la que amenaza. Extraño el acento. Omaha, sin lugar a dudas. De las llanuras.

—Está bien —se rinde Cuervo, y mientras lo dice cree notar cómo a su lado se mueve, sigiloso, el cuerpo de la mujer.

Se agacha el de Sonora para depositar la pistola sobre el suelo. Orviz, por su parte, alza las manos sobre la cabeza como implorando clemencia.

—¿Cuántos son? —pregunta ella.

—Dos —responde Cuervo.

—¿No hay nadie más ahí fuera?

—Se lo prometo.

—¿Y qué hacen aquí? —inquiere la voz del hombre, que permanece pegado a la espalda de Juan Orviz, con el dedo rozando el gatillo del arma—. ¿Pretenden robarnos?

—No —dice el bachiller.

—¿Y a qué vienen entonces esas formas sigilosas?

—Venimos del sur —responde Cuervo—. Soy el capitán Leandro Cuervo, de Arizpe. Me acompaña Juan Orviz. Investigamos un trágico suceso que tuvo lugar meses atrás en la ciudad de Santa Fe, provincia de Nuevo México.

—¿Qué tipo de suceso?

Se lo piensa un rato el sonorense antes de responder. Sabe que un paso el falso podría costarles la vida.

—Un asesinato —dice al fin.
—¿Y cómo han acabado aquí, tan al norte?
—La información de la que disponemos nos hace pensar que tal vez hallemos una respuesta a nuestras pesquisas en el conocido puesto del Ratón.
—Están ustedes en él —dice el tipo—. Y no sabemos nada de ningún asesinato ocurrido en Santa Fe, provincia de Nuevo México.
—En tal caso, debe de haber un mal entendido. No pretendíamos asustarlos…
—No nos asustan, descuide —le interrumpe el hombre, y ríe de forma irónica—. Están ustedes ante la Compañía de Piel de Misuri. Ante lo que queda de ella, al menos.
Aunque no pueden verse, Orviz y Cuervo hacen a la vez un gesto solemne. Han dado con su objetivo. O más bien, piensa el asturiano, el objetivo ha dado con ellos.
Tres o cuatro preguntas después, el hombre misterioso baja ligeramente el arma. Luego indica a los dos soldados que lo acompañen hasta una estancia colindante. En ella, el fuego de una chimenea dibuja sombras sobre las paredes de madera.
—Pasen.
La mujer que ha obligado a Cuervo a deshacerse de su pistola es la última en acceder a la alcoba, de modo que cierra la puerta tras de sí.
Ahora que logra verlos a la luz de las llamas, el ojo experto de Leandro Cuervo sabe que se halla ante dos desgraciados con más pinta de desheredados que de avanzadilla belicosa. Ella es india. Él no, aunque cualquiera lo diría. Cabello y barbas desaliñados e indumentaria propia de las tribus de las llanuras: colgante de cuentas, atuendo de ante y piel de bisonte sobre los hombros. Unos treinta años, calcula el capitán Cuervo.
En la sala hay más personas, observa Orviz. Dos muchachos jóvenes y un niño pequeño. Mismo aspecto desharrapado que la pareja.
—Siéntense —dice el hombre con brusquedad. Después señala, con el mosquete que lleva en la mano, hacia las sillas que rodean una mesita cuadrada.
Mientras se dirigen Orviz y Cuervo hasta las sillas, el segundo le susurra al primero:
—Permanezca muy atento.
El asturiano asiente, y toma asiento con calculado aplomo. La pareja hace lo propio frente a ellos. Ilumina la escena un candelabro en el que apenas si lucen dos velitas de sebo a punto de extinguirse. Sirve su harapiento anfitrión tres vasitos de brandy afrutado, uno para él y dos para sus huéspedes. Luego ordena:
—Beban.
Obedecen los dos soldados y acompañan a su convidante, que no

tarda en llenar de nuevo los vasos.

—No nos ha dicho su nombre —señala Orviz.

—Lo sé —responde el hombre, cortante, y estudia con la mirada el rostro de los recién llegados—. Beban.

Vuelven a obedecer los dos soldados.

—Nosotros le hemos dado el nuestro —se queja el asturiano.

Tras una larga pausa, el hombre de los ojos penetrantes y la barba desaliñada dice:

—Me llamo Joaquín. Joaquín Lisa. Y ella es Mitain.

Cruzan una mirada Orviz y Cuervo al oír el apellido del tipo. Mitain, la mujer india, señala a los otros y añade:

—Ellos son Louis Vázquez, Hugh Glass y *nuestra* pequeño, Diego.

Desde el otro lado de la estancia, junto a la puerta, Louis Vázquez alza un brazo y saluda con un leve cabeceo. Ha de ser el hijo del famoso explorador Benito Vázquez, piensa Cuervo, que ha oído varias historias acerca de las hazañas del padre.

Por tercera vez, Joaquín Lisa llena de brandy los tres vasos que hay sobre la mesa. Una bebida importada, observa el de Sonora, de las destilerías alemanas de Pensilvania. A dicha ronda seguirá una cuarta. Y al poco rato, una quinta.

—No será usted, por algún casual… —empieza Leandro Cuervo, decidido a sacar algo en claro del encuentro, además de la borrachera —, familia del empresario Manuel Lisa.

—Soy su sobrino.

—¡Vaya! Qué pequeño es el mundo. ¿Sigue tan ocupado como siempre? —intenta averiguar Cuervo.

Tuerce el gesto Joaquín Lisa.

—No comprendo —responde luego—. ¿Eran amigos, acaso?

—Ya lo creo. Lisa y yo somos viejos conocidos —se inventa Leandro—. Lo tengo en buena estima.

Asiente Joaquín, sabedor de las buenas relaciones que mantuvo siempre su tío con los hispanos de Nuevo México. Luego añade:

—En tal caso, lamentará saber que ha muerto.

—¿Ha muerto? ¡No me diga! —exclama Leandro Cuervo, sorprendido con la noticia.

—Falleció el pasado mes de agosto, cuando pasaba el verano en su residencia de Sulphur Springs. Le dimos sepultura en San Luis, en el cementerio familiar de su esposa, la señora Hempstead, por si desean ir a hacerle una visita.

—Cuánto lo siento —dice Cuervo, y finge una aflicción tan impostada que avergüenza a su acompañante—. Brindemos por su tío

Beben un trago más. Y otro. Hablan de la creciente ciudad de San Luis, de las rentas obtenidas a partir de la venta de pieles y de la necesidad de abrir una ruta que mejore los accesos al norte del Río

Grande. Tras el enésimo brindis —ha perdido la cuenta— pregunta Juan Orviz:

—¿Y ha quedado usted a cargo de la compañía?

Sonríe de un modo extraño Joaquín, y pone al hacerlo una mueca maliciosa. Está claro que no se acaba de fiar de los huéspedes a los que acoge en el destacamento.

—Me temo que no, señor…

—Juan. Juan Orviz.

—Eso es. Perdone. Me temo que no, señor Orviz. No soy más que el cobrador.

De nuevo, un vasito de brandy.

—¿A qué se refiere? —inquiere Cuervo.

La mujer india, que no participa de las rondas de aguardiente, se levanta para echar un nuevo leño a la chimenea. Entre tanto, el tal Joaquín, que no ha dejado de acariciar el cañón de su mosquete Baker desde que tomara asiento frente a los soldados, le explica al sonorense el motivo de su presencia en el famoso puesto del Ratón:

—Joshua Pilcher dirige ahora los viejos negocios de mi tío al norte del Platte. Los muchachos y yo tan solo nos encargamos de recaudar el dinero que le deben sus deudores a este lado de las montañas.

—Vaya… —empieza Cuervo, que pese a la ingesta de licor trata de medir sus palabras con calculado aplomo—. Delicada tarea la del cobrador de deudas. Nunca es plato de buen gusto…

Se encoge de hombros Joaquín Lisa.

—No se lo deseo a nadie —dice luego, y permanece un rato en silencio antes de añadir—: Pero la hija de mi tío tiene derecho a su herencia, ¿no creen?

—Desde luego.

—Son tiempos complicados —susurra ahora Lisa—. Y en tiempos complicados se ve uno obligado a hacer cosas desagradables.

Alza las cejas Leandro Cuervo. La cantinela con la que sale el joven da por bueno el contenido de la carta que los ha llevado hasta allí. Tanto él como el asturiano saben que Anselmo Pino es uno de esos deudores. Van por el buen camino. Tan solo tienen que sonsacarle a Joaquín Lisa los métodos «desagradables» con que la otrora poderosa compañía extorsiona a los clientes morosos.

—¿Qué tipo de cosas desagradables, si se puede saber?

Cuervo no es capaz de quitarse de la cabeza, ahora que el alcohol selecciona de forma azarosa recuerdos de los últimos días, las palabras de su hermana Adela: *«Son gente peligrosa… Hay muchos indios armados. Por no hablar de los asesinos a sueldo de los gringos».*

—Ya sabe, capitán —ríe Lisa, cínico—. Le ahorraré los detalles.

La respuesta del tipo sobrecoge a Juan Orviz, que dirige su mirada al extremo opuesto de la habitación. Sabe que conviene tener

vigilados a los otros hombres armados.

Para sorpresa del español, el tal Hugh Glass está medio dormido sobre un camastro improvisado hecho con fardos de pieles curtidas. Louis Vázquez, el que hace un rato los ha saludado con desgana, juega ahora con el niño y no parece más atento que su compañero adormilado. Mitain, la mujer india, sigue arrodillada frente a la chimenea; se esmera sin demasiado éxito en avivar la llama que mantiene vivo el fuego.

Leandro Cuervo es veterano en estos lances y se da cuenta de la situación. Si quieren sorprender a su anfitrión, es ahora o nunca.

—Y bien, díganme —interviene Lisa, de nuevo, y alza la mano con que sujeta el mosquete hasta haber apoyado un dedo en el gatillo—. ¿Cuál es el trágico suceso que dicen estar investigando?

—Ese es otro asunto complicado, no crea —responde Cuervo, sudoroso, y deja escurrir su mano bajo la mesa.

Apenas necesita unos segundos para alcanzar el cuchillo comanche que guarda en la bota. Orviz se da cuenta. No tarda, por lo tanto, en apoyar bien los pies sobre el suelo. Se ve muy capaz de arrebatarle el mosquete a su interlocutor de una acometida certera. La adrenalina juega a su favor. El brandy hace el resto.

—Tenemos todo el día —señala ahora el de Misuri—. Quizá podamos serles de ayuda.

La espera se hace eterna, y el crepitar de la lumbre es el único sonido que perturba ahora el silencio sepulcral de la sala. Por un instante, Juan Orviz cree ver en la pupila penetrante de Joaquín Lisa la maldad necesaria para haber cometido el más atroz de los crímenes. Ha de ser el asesino de las hijas de Pino. Tiene que serlo. A nada que Cuervo saque el puñal de la bota saltará sobre Lisa, le arrebatará el mosquete y disparará con ganas a cualquiera de los dos hombres que hacen guardia junto a la entrada.

—Pues… —sigue Leandro, muy despacio—. Ahora que lo dice…, tal vez puedan ayudarnos.

Orviz mira por última vez hacia la esquina, y se da cuenta de algo en lo que no ha reparado hasta ahora. El niño. El pequeño Diego tiene la mirada clavada en la suya. Sus cabellos oscuros, revoltosos, se mueven ligeramente con la corriente fría que entra por el quicio de la puerta.

La distracción es fatal.

—¡Joaquín! —exclama la mujer, que, al estar arrodillada en el suelo, es capaz de advertir el movimiento de Leandro Cuervo bajo la mesa.

En apenas un segundo Joaquín Lisa alza el mosquete con brusquedad y golpea con la culata el rostro del capitán.

Juan Orviz se pone en pie en un acto reflejo. Gracias a eso esquiva

un segundo golpe que ya había armado con diligencia el cobrador de la compañía peletera. En un abrir y cerrar de ojos Hugh Glass y Louis Vázquez se ponen en pie de un brinco. Van armados con escopeta y pistola, respectivamente, y esperan una orden para abrir fuego contra los forasteros. Mitain corre en ese mismo momento y coge en sus brazos a su hijo, que ha empezado a llorar, asustado con el estruendo de la refriega.

—Deme un motivo para no volarle la cabeza a su compañero, capitán —le espeta Lisa—. ¿Qué intentaba?

—Cálmense, señores… —empieza Cuervo.

—Es la segunda vez que apunto a su amigo en el día de hoy. No habrá una tercera.

La respiración de Juan Orviz es tan agitada que podría oírse al otro lado de las montañas. Por supuesto, el alcohol no ayuda a calmar los ánimos. El asturiano siente un mareo difícilmente compatible con la insólita experiencia de saber que varios cañones apuntan a su cabeza.

—No dispare, Lisa —dice el capitán.

—¿Qué buscaba bajo la mesa? —exclama por última vez Joaquín Lisa, y da un paso al frente para asegurarse de que no yerra el tiro.

—¡Esto! ¡Buscaba esto! —responde Leandro Cuervo, y extrae del bolsillo bajo de su pantalón una cuartilla medio arrugada.

Un silencio incómodo sustituye al alboroto que acaba de producirse en el interior de la humilde estancia. El pequeño Diego, no obstante, sigue llorando de forma desconsolada.

Hugh Glass, el único de los tres tramperos que apunta a Leandro Cuervo, se acerca hasta la posición del oficial y le arrebata de la mano izquierda el pedazo de papel arrugado. Juan Orviz entiende entonces que se trata del dibujo de la fallecida Dolores Pino. El retrato de su hermano Álvaro que él mismo arrancó días atrás de las páginas de su diario y le ha entregado al capitán Cuervo esta misma mañana.

—Pino —dice Hugh Glass con un marcado acento estadounidense. Después le lleva la página raída al líder del pequeño grupo.

—Álvaro Pino —confirma Lisa.

—¿Lo conocen? —inquiere Cuervo, a sabiendas de que cada palabra puede ser la última.

—Lo conocemos —añade Vázquez, el tercero de los tramperos.

Pues claro que lo conocen, piensa Juan Orviz, que a esas alturas da por hecho que los hombres de la compañía peletera son los responsables del asesinato de las hermanas, *y ahora descubriremos si también han matado al hermano.*

—Es el primogénito de Anselmo Pino —sentencia Lisa—. Su padre es uno de los seis hombres que le debía dinero a mi tío.

—¿Ya no le debe? —pregunta Cuervo.

—El chico se encargó de saldar su deuda hará tres o cuatro

semanas.

—¿Saldó su deuda? —repite el capitán, desconcertado.

—Así es.

—¿Está seguro?

Alza levemente los hombros el responsable de la compañía peletera, y responde:

—Lo estoy.

—¿Y qué tuvieron que hacer para convencerlo? —inquiere de pronto el bachiller Juan Orviz.

Frunce el ceño Lisa, confuso con el cariz que ha tomado el interrogatorio.

—Escribimos a don Anselmo en reiteradas ocasiones —responde luego, y baja ligeramente el arma, que ya no apunta al asturiano—. Nos vimos obligados a evidenciar nuestros vínculos comerciales ante las autoridades neomexicanas.

—¿Eso es todo? —quiere saber ahora Cuervo.

—No crea que es poca cosa, capitán —empieza el trampero—. Su Gobierno tiene prohibido comerciar con empresas de fuera del territorio…

—Conozco las leyes de Nuevo México —le interrumpe Leandro Cuervo, agitado, y señala al papel que sigue sosteniendo en la mano el trampero norteamericano—. Se lo preguntaré una vez más. ¿Está usted seguro de que fue ese mismo chico, Álvaro, el que vino a saldar la deuda de don Anselmo?

—Como para no estarlo —responde Lisa—. Fue de lo más extraño.

Interviene Juan Orviz, turbado con el rumbo que ha tomado la conversación, pero aliviado al sentir que las probabilidades de morir allí mismo han disminuido de forma considerable:

—¿Podría definir «extraño», si es tan amable?

Baja definitivamente el arma el trampero Joaquín Lisa. Sus ayudantes lo imitan al instante.

—¿Qué decía el chico de Pino, Mitain, lo recuerdas?

Hace memoria la mujer omaha, que sostiene aún a su pequeño entre los brazos. Luego responde:

—«Me he equivocado», decía.

—Eso, sí —confirma Lisa—. «Me he equivocado». No paraba de repetirlo. «Me he equivocado, me he equivocado. He cometido un error terrible».

Juan Orviz y Leandro Cuervo intercambian una mirada confusa. El capitán, que en ese momento se levanta del suelo con gesto dolorido, insiste una vez más.

—¿Eso les dijo?

—Se plantó aquí a lomos de uno de los caballos de su padre y un baúl repleto de reales de a ocho. Yo no lo conocía personalmente, pero

Hugh y los demás chicos habían tratado con él en más de una ocasión.

Interviene entonces Hugh Glass, que desde hace un buen rato se esfuerza por seguir la conversación que mantiene su empleador con los soldados:

—Ese día el muchacho, Pino, *es* raro. No *es* como los otros días. Viene con ojos… —Se para un momento, y busca ayuda en sus compañeros —. ¿Cómo dices *«gaze»*?

—La mirada —lo ayuda Lisa.

—Eso. La mirada *es* perdida. No para de decir *uno* y otra vez «Estoy equivocado, no lo merecían, no lo merecían, qué he hecho, qué hago ahora».

—«¿No lo merecían?» —pregunta Leandro Cuervo, desconcertado —. «¿Qué he hecho?». ¿Eso decía?

—Así es —interviene ahora Vázquez, el más joven de los tres tramperos—. Y también «En tu misericordia concédeme tu ley». Sí, eso es. Le ofrecimos quedarse a cenar. A fin de cuentas, una vez saldada la deuda no había inquinas entre nosotros. Pero apenas si nos devolvía la mirada, ¿verdad, Joaquín? Estaba como ido. Se pasó la noche entera ahí mismo, frente a las brasas, lloriqueando como un niño pequeño. Los muchachos se burlaron de él, si le soy sincero. Yo les dije que lo dejaran en paz. Que no era de recibo reírse del pobre chico.

—¿Y qué ocurrió luego? —insiste el sonorense, perplejo.

Responde esta vez Mitain, consciente de que algo grave ha pasado con el joven:

—Pasó aquí un total de tres noches. Sin hacer nada más que llorar. Llorar arre-arre…

—Arrepentido.

—¡Arrepentido, eso es! A la mañana del cuarto día, Pino *coge* su caballo y *vuelve* por donde *es* venido.

Asiente Joaquín Lisa, preocupado. Se muestra arrepentido, comprueba Orviz, por el golpetazo que le ha propinado hace apenas unos minutos al capitán Cuervo.

—Siéntese, por favor, y perdone de nuevo la confusión —se disculpa—. Son tiempos difíciles por aquí arriba. No hacen más que asaltarnos ladrones y bandidos que fingen ser viajeros extraviados, agentes indios y soldados de frontera.

Hace un gesto con la mano Leandro Cuervo, tratando de quitarle hierro al asunto.

—No se preocupe —responde al cabo de un rato—. Juan, ¿tiene a mano su cuaderno?

—Lo tengo —responde Orviz.

Toma aire el capitán Cuervo y lo expulsa muy lentamente, intentando hilvanar la información que recibe y dar sentido a la historia que le cuentan aquellos hombres desaliñados. Luego hace caso

al líder del pequeño grupo, y toma asiento de nuevo.

—Por favor, vuelvan a contarnos todo tal y como sucedió.

15

El ajetreo de la ciudad de Santa Fe a sábado 2 de diciembre pilla por sorpresa a Orviz y a Cuervo, que intercambian miradas de desconcierto a medida que avanzan por las calles de la capital. Se topan primero con un carruaje polvoriento. Va escoltado por un destacamento de dragones encuerados y algo de apoyo de infantería. Luego pasan junto a una docena de caballos que piafan exhaustos a las puertas de las caballerizas municipales. Cien varas más allá, el griterío de sirvientes y agregados da una pista de la categoría del evento.

—Hay montada una buena —señala Orviz.

—Como no haya llegado el papa… —responde Leandro, dubitativo.

Ya a las puertas de la plaza Mayor, seis comanches y algunos milicianos, vestidos en su mayoría con uniformes llenos de zurcidos y armados de aquella manera, se encargan de negociar precio con los mozos de la fonda que se levanta junto al camino. *Lo tienen crudo,* piensa Cuervo. En Santa Fe son pocos los que hacen uso de la moneda común. La mayoría prefiere intercambiar sus servicios por alubia, calabaza, maíz, chile, carne de res, velitas de sebo o figuritas de santos talladas por un artesano.

Al fin, es la voz de una mujer joven, en su esfuerzo por comunicarle la buena nueva a su vecina, la que resuelve el enigma: *«¡Ya está acá el gobernador Melgares! Ha vuelto, según todo indica, rodeadito de sureños».*

Se topan con el grupo al instante, frente al palacio de los Gobernadores. Entre los recién venidos, observa Juan Orviz, se alternan las ropas raídas y viejas de los sirvientes e indios con las corbatas a la última moda que portan los dueños de los carruajes. Un par de oficiales de poco rango intentan organizar el tinglado como buenamente pueden. *«¡Las pertenencias de la señora Armendáriz van en ese baúl, que no se lo lleven!»,* exclama uno.

Una trompetilla suena desde el balcón del edificio municipal cada vez que un carruaje ocupado por un militar o un comerciante efectúa su entrada en la plaza. A cada nueva aparición le sigue un murmullo chismoso. El convoy está formado por nueve o diez carros que han acudido hasta la capital provincial tirados por caballos y mulas viejas. La necesidad de viajar en grupo, no tarda en discernir Cuervo, viene dada por la peligrosidad de los caminos. La famosa estrategia del bisonte que tan bien conocen los lugareños; ante el acecho del lobo, es

más seguro viajar en manada. Les hubiese venido bien tenerlo en cuenta hace unas pocas semanas.

Junto a los coches, y salpicando de bártulos la plaza, se amontonan un buen número de baúles, equipajes y demás pertenencias de los recién llegados. La polvareda, que ha creado una mácula homogénea sobre la escena, parece no haber afectado por igual a uno de los coches. Por encima del resto destaca un carruaje alto, negro y elegante. El capitán Leandro Cuervo sabe bien que se trata del armazón que el diputado Pedro Pino trajo de su viaje por Europa, varios años atrás. Luce varios grabados en las puertas, y dispone de una buena colección de tiradores y ornamentos dorados, a juego todos ellos con los toldos de terciopelo. Al pie del vehículo fuman en pipa tres hombres elegantes. Parecen tipos distinguidos, de los que discuten por lo bajo de esto y de lo otro con aspecto de andar siempre atareados.

—Ahí tiene usted al gobernador Melgares, gachupín —murmura Leandro, y señala al hacerlo a uno de los tres hombres.

Asiente Juan Orviz y sonríe ligeramente al ver que Facundo Melgares es tal y como lo había imaginado. Militar corpulento, con pose de aristócrata, de los que lleva muy a gala haber nacido en la España peninsular. Con una trayectoria intachable en las Américas —según tiene entendido el bachiller—, el murciano ha estado dos años dirigiendo con mano de hierro la provincia neomexicana.

—¿Y los que están con él? —pregunta.

—El canoso del bastón, a su izquierda, es Pedro Pino —responde el capitán Cuervo—. Hermano de Anselmo. Y tío… tío de nuestras muchachas.

Alza las cejas el asturiano, sorprendido, y concluye:

—Los responsables de que estemos aquí, por tanto.

—Los mismos.

—¿Y el otro? —inquiere Orviz.

—¿Eh?

—El tercero.

—Ah. No sé. A ese no lo he visto en mi vida. —Suspira luego el capitán, sabiendo lo que toca—. En fin. Habrá que saludar a los mandamases.

—No estamos muy presentables, que se diga —advierte Juan Orviz.

Se encoge de hombros Cuervo, a sabiendas de que su compañero lleva razón, pero responde:

—Tendrán que aguantarse.

Con cierto brío dejan atadas a las dos yeguas al poste que se alza junto a la parroquia. Nada más hacerlo, el asturiano se palpa la cara. Demasiada barba. Avergonzado, trata al menos de ceñirse bien al cuerpo chaleco y casaca. El sonorense, por su parte, se sacude las

botas y se estira sin demasiado éxito las arrugas que luce en el pantalón. Ambos hombres recorren luego la enorme plaza de Santa Fe esquivando veladores de mármol, sillas descalzadoras, mesitas de mimbre y un buen número de sacos que, a juzgar por el aroma que desprenden, contienen varias arrobas de café. Llegan al fin hasta el carruaje elegante frente al que conversan los tres señores.

—Gobernador… —murmura Leandro Cuervo, dubitativo, intentando con prudencia llamar la atención del mandatario—. Gobernador…

El gobernador, que no ha reparado en la presencia del capitán Cuervo, sigue a lo suyo, haciendo gestos vehementes y hablando a viva voz sobre el desarrollo de la guerra de independencia —o eso cree entender Orviz—.

—… y créanme, señores, que las tropas realistas sigan apostadas al norte de Cuernavaca no nos viene bien. Todo lo contrario…

—Gobernador… —insiste el sonorense.

—… necesitamos que Rafols ponga orden entre los suyos. Que meta en vereda a todos los que se niegan a abandonar la plaza. ¿Cómo diantres vamos a exportar si no el trigo y el frijol negro que esperan su vez en los almacenes de Fonda Vieja? ¡Son cerca de mil fanegas!…

—¡Facundo! —grita al fin el capitán Cuervo, y un ligero eco devuelve su voz ronca y grave desde los soportales del palacio de Gobernación.

En respuesta inmediata al alarido, los tres hombres giran el cuerpo sobre los talones.

—¡Leandro! —responde, ahora sí, el gobernador Facundo Melgares.

El abrazo entre capitán y mandatario es corto pero efusivo. Palmadas en la espalda, mano al hombro y mirada de pies a cabeza.

—¿Qué es todo esto? —dice Cuervo dirigiendo una mirada a los bártulos que se extienden por el suelo y, de paso, tratando de romper el hielo.

—Tenemos nuevo alcalde —explica el gobernador, y señala al último de los carruajes que siguen aparcados en la plaza—. El señor Armendáriz, recién llegado desde Chihuahua. Y viaja con nosotros también el nuevo teniente para el presidio.

—Muchos cambios.

—Así es. Los tiempos cambian, y esta tierra ha de cambiar con ellos, por muy al norte que esté. Hacen falta nuevas caras. Nuevas formas de ver el mundo.

—Si usted lo dice…

—¡Pues claro que lo digo! —exclama Melgares, y examina el rostro envejecido de su viejo amigo—. Siempre parco en palabras, Leandro. Han pasado años… y sigue usted igual.

—Ocho —responde Cuervo—. No era usted gobernador la última

vez.

—¡Pero ya ve! Alguien tiene que serlo —ríe Facundo Melgares, y acto seguido se ensombrece su rostro al tiempo que baja el tono—: Me alegra volver a verle por aquí, Cuervo. Si alguien puede resolver el espantoso entuerto de las hijas de don Anselmo es precisamente usted. Confiamos en su pericia. Ya lo sabe.

Titubea un momento el sonorense.

—Agradezco la oportunidad… —empieza, incómodo con los formalismos.

—No, no. Descuide. A mí no me debe nada. Si está usted aquí es gracias a la insistencia y a la generosa aportación del señor Pino.

Se hace a un lado el gobernador Melgares para dar paso al tipo canoso de ojos tristes que, bastón en mano, y abrigado con *carrick* encerado, sonríe al cruzar sus ojos con los del capitán Cuervo.

—Leandro —musita el señor Pino.

—Don Pedro… —Estrechan las manos de forma cordial—. Cuánto tiempo.

—Me alegro de verle al fin, aunque sea en estas trágicas circunstancias.

—Lamento mucho lo de sus sobrinas. Estamos haciendo lo posible por…

—¿Cómo va ese tema, capitán? —interrumpe preocupado el tío de las difuntas—. Cualquier indicio que otorgue a mi hermano un poco de paz hará que hayan merecido la pena la plata, el tiempo y sus esfuerzos.

Se rasca la barbilla el capitán Cuervo, dudando si contarle al diputado Pedro Pino las escasas averiguaciones que han hecho Orviz y él en torno a la muerte de las chiquillas. Más aún cuando los últimos indicios le hacen pensar que el hermano ha tenido algo que ver con el asesinato.

—Me gustaría reunirme pronto con usted. Y con don Anselmo, claro, para poder contarles con más calma.

—Por supuesto, sí. Deje que lo organice.

—Es un tema complejo —insiste Cuervo, y mira de reojo al gobernador Melgares.

—Lo sé —responde muy serio el señor Pino—. Complejo y trágico. Por eso están ustedes aquí.

Habla en plural el señor Pino, y, al hacerlo, clava sus pupilas en las de Juan Orviz, que asiente con elegancia. El asturiano, que se ha quedado apartado durante el saludo de Cuervo con las autoridades locales, está, sin embargo, a un palmo de distancia del tercero de los tres hombres. Se trata de un tipo joven, orondo e imberbe. Va ataviado con frac negro, sombrero de copa y anteojos *pince-nez* con montura de metal.

—Nicolás Martí —le dice por lo bajo a Orviz el de las gafas, y extiende su mano para estrecharla con la del bachiller.

Sorprendido, pero cortés, el de Cangas de Onís responde al instante:

—Juan Orviz.

—¿Acompaña usted al capitán en la investigación de ese feo asunto? ¿El asesinato de las dos chamaquitas?

Alza la cabeza Orviz buscando la aprobación de Cuervo antes de intercambiar información con el desconocido. No obstante, al ver al capitán distraído —y sumido por completo en su conversación con los mandatarios— contesta por cuenta propia.

—Así es. El capitán y yo llegamos hace apenas unas semanas.

—¿Chapetón? —pregunta el tipo al escuchar el acento.

—De España, sí.

—De modo que es usted el liberal del que hablan en los cuarteles de El Paso… —susurra ahora—. El exiliado.

—¿Le han dicho tal cosa? —inquiere Orviz, sorprendido, y mira hacia los lados para asegurarse de que nadie más los oye—. ¿Quién es usted? ¿Es el nuevo alcalde?

—¿Alcalde? No, no —ríe con disimulo el tal Martí—. Periodista.

—¿Periodista?

—Más escritor que periodista, si le soy sincero. —Se encoge de hombros el joven y sonríe con timidez al desvelar sus intentos de hacer carrera literaria—. Hago lo que puedo, a decir verdad.

—¿En qué periódico escribe?

Calla Nicolas Martí y alza la vista sobre los anteojos para ver con claridad el rostro de su interlocutor. Le dedica después una mirada cómplice. No tardan en aparecer dos mozos que, sin miramientos, empiezan a cargar en una parihuela el baúl y los enseres de los allí presentes. Juan Orviz observa entonces cómo su compañero, el capitán Cuervo, es despachado por las autoridades locales.

—Leandro, debemos irnos —asegura el gobernador—. Unos asuntos de vital importancia requieren nuestra atención. Ya sabe: la guerra, los cambios en el Gobierno…

Se despide también el diputado Pedro Pino:

—Si necesita cualquier cosa, Cuervo, desde mañana mismo me pueden buscar en la casa de mi hermano. En Galisteo.

—Dígale a su hermano que hemos de reunirnos cuanto antes —insiste el capitán Cuervo, y se atreve a añadir—: Tenemos nueva información sobre su hijo.

—¿Está a salvo el muchacho?

—Sí —responde el capitán, con más dudas que certezas.

—Alabado sea Dios. ¿Dónde lo han visto?

Duda un instante Cuervo. Luego, al ver que el gobernador se aleja, responde:

—Al norte.

Por la cara que pone don Pedro, el capitán sospecha que el diputado está muy al tanto de los negocios ilícitos de su hermano.

—Ese muchacho… —musita el diputado—. Está bien, capitán. Buen trabajo. Más pronto que tarde tendrá noticias nuestras.

Se calla enseguida el político, como si no hubiera más que añadir. Aprovecha el momento el periodista Nicolás Martí para acercarse al asturiano.

—Me alojo en la posta del Descansito. A las afueras, junto al cementerio. Venga un día de estos y le invito a un chocolate caliente.

—Lo tendré en cuenta.

—Ah —añade luego, sonriente, pero dando la espalda al resto con ensayado disimulo—. Si viene solo, podremos hablar de política.

Juan Orviz y Leandro Cuervo abandonan la plaza Mayor de Santa Fe y ponen rumbo a la taberna de Pedro el Santero tan cansados que apenas si logran sostenerse en pie.

Ascienden las escaleritas de madera. Nada más empuja la puerta el asturiano, la habitual mezcla de pulque y frijol negro que conforma el aroma del sitio se encuentra con los dos hombres. Bosteza Cuervo. Luego estira la espalda y emite un ruidito quejumbroso. El dolor que siente en las piernas y en los riñones tras varios días durmiendo al raso no le hace estar de humor para nada que no sea llevarse a la boca un buen pedazo de carne. El de Sonora nota en los achaques el paso de los años. Años atrás hubiese aguantado sin problema una buena temporada entre riscos y montañas, danzando de acá para allá sin más vitualla que lanza, adarga y algo de licor oculto en la cartuchera. Por vergüenza no dice nada. No quiere quedar en evidencia ante su acompañante, que luce, contra todo pronóstico, mejor aspecto que el capitán.

Se arriman a la barra los dos soldados. Tras ella hay ese día cinco ristras de chiles, un saquito de frijoles y un par de calabazas. Juan Orviz pide un vasito de vino de la misma vega de Río Grande. *Peleón,* piensa tras dar un trago, *pero hace el apaño*. El capitán Cuervo, por su parte, adormece la boca con tres o cuatro lingotazos de la primera botella que ve en la taberna.

—Tal vez lo mejor sea esperar unos días —dice luego.

—¿A qué?

—A que Álvaro Pino regrese a Santa Fe y confiese en persona el crimen cometido contra sus hermanas.

Intuye el español que su compañero no se atreve a contarle a la familia Pino las averiguaciones hechas durante las últimas jornadas.

—¿Da por hecho que fue el hermano?

—Qué sé yo, gachupín. —Se encoge de hombros el capitán, y se lleva una mano a la mandíbula. Aún le duele la boca del golpe que le

propinó el tal Joaquín Lisa, de la compañía peletera, en el interior del fuerte del Ratón—. Si parece leche, huele como leche y sabe a leche, es leche.

Se acerca a ellos la posadera Ángeles Vallejo. Si bien es cierto que no hace muchos miramientos para con su aspecto, tuerce la nariz al sentir el hedor de los dos soldados, que sin duda alguna necesitan pasar por la bañera.

—Ya están de vuelta. Pensé que los habrían devorado los coyotes.

—Lo intentaron —responde Orviz, que aún recuerda con pavor los aullidos de su primera noche fuera de Santa Fe, al sur de los ranchos de Taos.

Sonríe vagamente la mujer. Por prudencia y temor no quiere saber demasiado sobre las peligrosas actividades de sus dos huéspedes.

—Llegó correo para usted, español —dice enseguida—. Y para usted también, capitán.

—¿Quién lo trajo? —pregunta Cuervo, extrañado.

—Quién va a ser —responde ella—. El mensajero de Socorro, que hace la ruta desde San Elizario cada vez que se ve con fuerzas. Vino esta misma mañana, con el convoy del gobernador. Han tenido suerte ustedes, que ese zopenco pasa una o dos veces al año, no más.

La muchacha de ojos verdes deposita un par de envoltorios encima la barra y gira sobre sí misma antes incluso de ver brillar los ojos pardos del asturiano.

—Al fin. Noticias de Madrid —susurra para sí mismo, nervioso—. O de casa.

Se abalanza contra el mostrador Orviz, ansioso, pensando en las nuevas que traen para él sus amigos del Ejército de la Isla. Tal vez se trate de su madre, de su hermana Elena o incluso de su prometida, María Badía. Qué mejor que leer del puño y letra de su amada la noticia que lleva esperando semanas. Un traslado. Una absolución definitiva a su penoso exilio en el otro lado del mundo. Toma el sobre a toda prisa. Le da la vuelta. *«Al soldado español»,* reza el texto. Sin remite. Rasga el sello de cera con el dedo y extrae del interior una pequeña nota de papel. Apenas constan un par de líneas escritas.

«Esta no es su tierra, vuelva a casa.
Deje en paz a los muertos».

El mensaje paraliza al asturiano, que siente en ese instante cómo la taberna entera se le viene encima. Alguien lo observa. Está seguro de ello. Esconde la nota a toda prisa y lanza una mirada a su compañero, que en ese mismo momento quiebra el símbolo lacrado de su carta. *«Al capitán Cuervo»,* dice el sobre. El contenido de la misiva no es muy distinto del de la carta que acaba de recibir Juan Orviz.

«Conocemos todos sus secretos, capitán.
Deje en paz a los muertos».

16

El frío invernal —bajo cero en la escala Réaumur— llega al inmenso valle de río Grande la tercera semana de diciembre. Lo hace acompañado de una llovizna constante y de un viento implacable que se cuela por los techos de madera de la posada de Pedro el Santero y estimula el bailoteo de las velas en sus quinqués. El clima resultante es húmedo, inmisericorde. Del que provoca tiritera y exige de manta y brasero. Desde su alcoba, y al calor de una estufa —modelo gringo, tipo Franklin, importada de forma ilegal—, escribe un par de cartas el bachiller Juan Orviz. La primera va dirigida a su amigo Rafael del Riego, héroe del pronunciamiento liberal en las Cabezas de San Juan.

> *«Rafael, sigo sin noticias suyas desde la disolución de nuestro querido Ejército de la Isla. Por favor, necesito respuestas. Me angustia pensar que, en mi ausencia, esté pasándole algo terrible a nuestra amada Nación, a la que con tanto esfuerzo hemos devuelvo su orden constitucional. Si viera el sitio en el que me hallo, pondría el grito en el cielo. Apenas entran noticias del exterior en esta zona precaria del mundo. Las inclemencias, amenazas y dificultades a las que nos enfrentamos son enormes. Solicito también por esta vía las gestiones oportunas para mi pronto regreso a casa…».*

La segunda misiva, más larga que la anterior, lleva el nombre de su prometida, María Badía. El asturiano ha empezado a escribirla bien entrada la noche, sumido en una melancolía serena, estoica. Cada palabra lo conduce a la siguiente, como si el golpeteo incesante de las gotas contra el cristal dirigiese de algún modo el ritmo de la escritura.

> *«María, no he recibido respuesta alguna a ninguna de mis cartas. Espero que no estés enfadada o apenada por lo prolongado de mi ausencia. Continúo solicitando mi regreso a tierras españolas cada semana que pasa. Espero haber recibido respuesta de las autoridades en Madrid a principios del año próximo, si no antes. Del mismo modo, quiero que sepas que no soy ni traidor, ni desertor ni cobarde. Ejerzo la tarea que se me ha encomendado en la América Septentrional con todo el arrojo que la causa merece. Los resultados, no obstante, son escasos. Los tiempos, por prolongados y vacuos, resultan desesperantes. Abraza, por favor, a mi madre y a mi hermana. Diles que muy pronto estaré de vuelta. En casa…».*

Orviz detiene el trazo de su pluma de golpe. Por el rabillo del ojo, y desde la ventana que se encuentra justo encima del escritorio de su

habitación, observa una silueta inmóvil, disimulada entre los soportales de la parroquia. Un escalofrío recorre su cuerpo.

—Ahí estás… —susurra.

El asturiano tiene la sensación de que alguien lo acecha. Una aparición que aguarda en silencio cada noche y estudia sus movimientos por el día. Ha notado su presencia desde que, hace veinte días, recibiera la primera amenaza en forma de carta en el mismo buzón de la posada. Desde entonces, a tenor de los interrogatorios que Leandro Cuervo y él han mantenido con distintas personalidades de la ciudad, la sensación se ha acrecentado.

Juan Orviz cree tener la certeza de que la Sombra —como lo ha bautizado, pues no ha llegado aún a reconocer en su acosador edad, sexo o raza— los sigue por las calles de Santa Fe, ocultándose luego entre el gentío; si bien nunca lo suficiente como para que una mirada de soslayo impida al bachiller saber que alguien vigila sus pasos.

«Imaginaciones suyas, gachupín. No se deje engatusar por las supersticiones que pueblan esta tierra. Si alguien anda inquieto por que andemos investigando este asunto, es que vamos por el buen camino», le ha dicho el capitán Cuervo esa misma mañana. Y, sin embargo, ahí está, una forma oscura, apenas reconocible tras la columna que sostiene el pórtico principal de la iglesia. Muy despacio, Juan Orviz se levanta de la silla y, con un gesto sutil, guarda las cartas en el único cajón del que dispone el pequeño escritorio. Luego suspira lentamente, como el maestro Badía le enseñó a hacer años atrás, liberándose de los miedos. Solo después de hacerlo se atreve a inclinar el cuerpo sobre el alféizar. Suspira de nuevo. Ahora sí, saca fuerzas de flaqueza para fijar la vista en la sombra entrometida que lo acecha desde la calle.

Ahí abajo hay alguien. Un hombre mayor, vestido con una especie de sayo. Tal vez sea una capa.

De pronto, cruzan miradas. La Sombra da un respingo. Se echa hacia atrás, primero, para acto seguido girar sobre sí misma. Se marcha, comprueba el asturiano. Huye despavorida.

—¡Eh! —exclama Juan Orviz—. ¡Detente!

Un espasmo inconsciente lleva a Orviz a calzarse las botas a toda prisa. Agarra el frac con furia y tira él con tanto ímpetu que por poco arranca la pared en la que está atornillado el perchero. Desciende de dos en dos por las escaleras de la posada de Pedro el Santero. No hay nadie en el salón de la taberna. Ni siquiera la señorita Vallejo departe, como suele hacer a esas horas, con los parroquianos habituales del sitio.

El frío golpea el rostro de Juan Orviz nada más salir a la calle. Mira hacia un lado el soldado, luego hacia el otro, y echa a correr a toda velocidad en la misma dirección en que ha visto marcharse al vigilante. En primer lugar, bordea la parroquia. Sortea luego el muro

exterior de la cárcel provincial. Jadeante, cree ver movimiento en la callejuela perpendicular, de modo que sube los escalones que lo separan de ella. Asciende también por la calle angosta en la que, a primera hora, los indios pueblo que pescan con red y lanza en el arroyo de Santa Fe acostumbran a vender su mercancía.

La noche es tremendamente oscura y desapacible, piensa Juan Orviz. Los vientos arrastran una lluvia constante. Un aguacero que abre surcos en la tierra y permea hasta los cimientos las paredes de adobe de los ranchitos del norte de la ciudad. Una vez ha dejado atrás los maizales, bastan dos carreras para que los cada vez más numerosos charcos que ha formado la lluvia sobre el suelo le hagan entrar en razón. No dará con su perseguidor esta noche. No hay nadie en las calles de la ciudad, y, por si la borrasca no fuera suficiente, la oscuridad juega a favor de la Sombra.

Recupera el aliento Orviz. Superado el ímpetu inicial, y empapado como lo está a las afueras de la capital neomexicana, un escalofrío recorre su espalda. *¿Qué hago aquí? ¿En qué demonios estoy pensando?* Las dudas hacen que el miedo se apodere ahora del asturiano, que siente un hormigueo en la nuca. Alguien lo observa. Unas pisadas chapotean bajo la lluvia. Algo se mueve en la lobreguez, a toda prisa, como acechando a la presa solitaria que en la noche ha perdido su rebaño.

—Pues claro —murmura—. ¿Acaso he perdido el juicio?

El bachiller se palpa los bolsillos del frac y descubre que no solo ha salido sin avisar a nadie de la posada de Pedro el Santero: también lo ha hecho desarmado. Una imprudencia. Un arrebato impropio del cálculo que lo define. Un despiste vergonzante que tal vez le cueste la vida.

—¿Orviz? —dice alguien desde las sombras.

—¿Quién pregunta? —tantea Juan, que oculta el miedo tras un semblante serio.

—¿Es Juan Orviz, el español?

La voz viene directa del único zaguán que hay en toda la calle.

—¿Quién es usted?

—Soy Nicolás —responde la voz.

—¿Nicolás?

—Nicolás Martí. El periodista.

La luz de un farolillo ilumina al fin el rostro del hombre bajito y rechoncho al que Juan conoció hace apenas unas semanas.

—Buenas… buenas noches —se limita a decir Orviz.

—¿Quiere pasar? —inquiere el tipo, extrañado—. Se va a calar si sigue ahí fuera. Ande, pase. Le invito a un chocolate caliente.

Las gotas caen sobre el farol que lleva el mexicano provocando diminutas columnas de humo. El periodista, aun así, permanece

inmóvil, mirando al bachiller Orviz con gesto calmado. Este segundo, por su parte, se toma un tiempo para darle una respuesta al señor Martí. Al fin, el frío puede más que la vergüenza.

—Le agradecería mucho una tacita si no es molestia.

—¡Claro que no! En absoluto. Acompáñeme.

Puerta y cerrojo suenan a sus espaldas. Juan Orviz hace por disimular la respiración agitada y sigue a Nicolás Martí en su ascenso por la escalera en dos tramos que da acceso a la pequeña casa. Más que una casa, en realidad, se trata de una habitación de las que dicen de larga estancia, propiedad del dueño de la fonda del Descansito.

—Menudo día hace. Con lo bueno que estaba hoy al amanecer, y mire. Un verdadero fastidio —va diciendo el tipo—. No me lo diga, ¿salió a dar un paseo y le cambió la cosa de repente?

—Algo así —contesta Juan.

—Me lo temía.

Una vez han llegado al primer piso, el periodista hace un gesto amable, invitando a su acompañante a acceder a una salita con chimenea y a ponerse cómodo en una de las dos butacas que custodian el fuego. Se sienta Orviz, no sin antes quitarse el frac y colocarlo en el respaldo, lo más cerca que puede del fuego.

—Espere aquí, por favor.

En lo que el inesperado anfitrión regresa con el chocolate, al invitado le da tiempo a recorrer la estancia con la mirada analítica que lo caracteriza. Un escritorio repleto de folios a medio escribir. A su derecha, un baúl cerrado con llave. Sobre el baúl, una ventana estrecha, con vistas a los campos de maíz, desde la que sin duda el periodista lo ha visto correr como un desesperado. Frente a las butacas, y a poca distancia de la chimenea, hay una mesita de madera en la que una lámpara cobriza confiere luz a unos anteojos plateados y a un par de libros desgastados. Inclina la cabeza Orviz por leer los títulos. El primero de ellos parece una novela. *El castillo de Otranto,* de Horace Walpole. Arquea las cejas Orviz, sorprendido con el hallazgo. El título del segundo libro le resulta desconocido: *El periquillo Sarniento,* de José Fernández de Lizardi.

—Aquí tiene —dice el periodista nada más volver a la sala.

—Gracias. Es muy amable.

—Tonterías. Es lo menos que puedo ofrecer —sonríe Martí, y toma asiento en el sillón opuesto.

—¿Español de dónde?

—De Asturias.

—¡Ah! Asturias, sí. Al norte de la península. Hermosa tierra, he oído.

—No le quepa duda —responde Orviz, más tranquilo al fin, y le da un sorbito a su taza de chocolate.

—Un europeo por acá, en las tierras baldías del Septentrión novohispano… —susurra Nicolás mientras se coloca sobre la nariz los anteojos y da un sorbo al chocolate caliente—. Qué interesante.

—¿Y usted, señor Martí, de dónde es?

—Abajeño.

—¿Perdone?

—Del sur de México. Cuernavaca. Aunque he vivido en muchos sitios, ¿sabe? Mi papá fue alcalde en Puebla, y después ejerció en Veracruz. Los últimos años los he pasado en Durango.

Frunce el ceño Juan, sorprendido.

—Durango… Eso está lejos… —murmura, y mientras lo hace repasa el mapa de la Nueva España en su cabeza.

—Bien lejos de acá, sí —le interrumpe el periodista—. Son varias semanas de viaje, no crea.

Asiente el asturiano, no sin antes cuestionarse los motivos que han conducido a un periodista de Cuernavaca a asentarse temporalmente a las afueras de Santa Fe, provincia de Nuevo México. Tras un breve silencio, el antiguo espía del servicio secreto fija su atención en las páginas a medio escribir que se amontonan en el escritorio. Al menos cuatro cuartillas. Si no cinco. Todas ellas llenas de tachones negros. Iluminada por una vela a punto de extinguirse, aún sigue líquida la tinta en el plumín que ha provocado los manchurrones.

—¿Trabaja usted a estas horas?

—Acostumbro a hacerlo. La noche le otorga a uno la calma que demanda la pluma —responde Martí—. ¿Y usted, Juan?

—¿Cómo dice?

—¿Trabaja usted a estas horas? —le devuelve la pregunta—. Si no es indiscreción, ¿qué le llevaba a merodear por los maizales? ¿Buscaba al asesino de las hermanas Pino, tal vez, en plena madrugada?

Sonríe Orviz, impostado, y le da otro trago a su taza de chocolate mientras piensa cómo responder de forma elocuente al atrevimiento del señor Martí.

—La lluvia me trae recuerdos de mi tierra —dice al fin—. Si fuese de allí, lo entendería.

—Era mejor excusa la del paseo, ¿no cree? —le responde Nicolás Martí entre risas—. Tranquilo, no pretendía interrogarle. No estoy de servicio. De verdad, solo quiero platicar. Nos chivaron en El Paso lo suyo y me supuse que iba a tener alguien con quien debatir…

—¿Lo mío? —interrumpe Orviz.

—¿No es usted un liberal de los que dicen exaltados? Un joven de ideas contrarias a la monarquía absoluta que con tanto fervor reclaman los partidarios del rey Fernando a ambos lados del océano. —A la luz del quinqué, y alzando la vista sobre los finísimos cristales de sus anteojos redondeados, el periodista Nicolás Martí trata de leer

el rostro impasible de su invitado—. ¿Republicano, tal vez?

Duda un instante Juan Orviz. Negarlo todo sería lo más práctico. Sin embargo, echa de menos las tertulias, los cafés y las conversaciones infinitas con amigos y compañeros que, desde hace meses, cree estarse perdiendo.

—Soy defensor de la Constitución —confiesa al fin—. De los derechos de todos los españoles, de las libertades… y de la soberanía nacional.

—¡Brindo por ello! —celebra Martí en un arrebato eufórico—. ¡Viva la Pepa, como dicen allá!

Sonríe el bachiller al sentir la alegría sincera de un aliado en la causa liberal. Logra calmar definitivamente los nervios y deja caer su peso sobre el respaldo de la butaca. Con cierto alivio, incluso, y mientras chocan en el aire las dos tacitas de chocolate, se atreve a añadir un oportuno:

—¡Y que viva la libertad de prensa!

—¡Que viva, eso es! —exclama Martí—. No veía a un español liberal por estas tierras desde los tiempos de Mina.

Duda un instante Orviz.

—¿Mina? —pregunta, y sopesa las opciones de que se esté refiriendo al héroe del pronunciamiento de Pamplona—. ¿Francisco Javier Mina?

—El mismo.

—¿Mina el mozo?

—Sí, señor —sentencia Martí, para sorpresa del asturiano—. ¿Lo conocía usted?

—Personalmente no. Pero es todo un mito entre los liberales de Madrid. Se dice que embarcó hacia Liverpool, en Inglaterra, junto a un grupo de románticos. —Se detiene Orviz, nervioso, y concluye—: Y que vino a México a pelear por la libertad de este país.

—¡Y tanto que es así! —confirma Nicolás Martí, que conoció al navarro tres años atrás, en la Hacienda del Cojo. De aquella lideraba a más de cien insurgentes armados que se disponían a tomar un cuartel a las afueras de San Luis Potosí.

—¿Qué fue de él?

—Lo mataron.

—No me diga…

—Lo fusilaron los realistas hace tantito. En el Cerro del Borrego, me dijeron, frente al fuerte de los Remedios —dice Martí, y aclara, luego, al ver que Orviz no domina la geografía mexicana—: Cerca de Pénjamo. Al sur.

—Vaya…

—Pero es bien recordado a lo largo de Guanajuato. Y en Zacatecas. Brindo por su valentía.

El chocolate, la lumbre y, sobre todo, la curiosa anécdota de Mina ayudan a Juan Orviz a entrar en calor. Se anima, pues, a entablar conversación.

—Siempre me resultó interesante su mundo.

—Bueno, no crea, Juan. Es un oficio miserable. Probé la prensa diaria en *El despertador de Michoacán,* ahí pagaban algo mejor, ¿sabe? Pero lo cerraron. Estuve también en la prensa independiente. *El juguetillo,* en la Ciudad de México. Apresaron al director. Luego Morelos y los insurgentes lo nombraron brigadier y de aquellas que el periódico dejó de existir. Es difícil vivir de esto. Demasiada política, demasiados intereses, la Junta de Censura… Qué le voy a contar.

—¿No hay libertad de prensa con el nuevo virrey?

—Jefe político superior —le corrige Martí.

—¿Cómo dice?

—Ya no tenemos virrey. Con la nueva Constitución, Apodaca tiene título de jefe político superior. Por supuesto, ejerce como virrey. Sobre el papel han cambiado muchas cosas. El reparto provincial, la libertad de prensa… —Se encoge de hombros el mexicano, irónico—. Pero en la práctica…, ya me entiende.

Asiente Juan Orviz, muy a su pesar. El tono de conversación le hace recordar las aficiones con las que los liberales de su generación —amigos y conocidos— acostumbran a pasar el rato. Las sesudas partidas al billar y al ajedrez. Las interminables conversaciones sobre política, filosofía, arte o historia. El asturiano extraña, incluso, las aburridas discusiones sobre economía, que tanto ha rehusado mantener a lo largo de los años. Tanto echa en falta la vida intelectual que lo mismo le daría ahora charlar con Nicolás Martí de las nuevas aduanas, del precio del algodón o de la exportación de velas de sebo, en caída libre desde que empezaran a popularizarse las famosas lámparas de Carcel.

—¿Trabaja ahora para alguno de los periódicos insurgentes? —pregunta Orviz.

—No, no —sonríe Martí—. Aunque, si lo hiciera, no se lo diría.

—Cierto.

—Ando escribiendo por encargo.

—¿Para quién? —inquiere el asturiano.

—Trabajo desde hace semanas en la biografía del gobernador de esta humilde provincia.

—¿Facundo Melgares?

—El mismo.

Alza las cejas Orviz, sorprendido, aunque entiende ahora que gobernador y periodista viajaran en el mismo carruaje en su regreso a la capital provincial.

—No sabía que su vida diera para tanto.

Duda un instante el mexicano, y tuerce su delgadísimo bigote con una mueca irreverente.

—Digamos que tiene su aquel. Unos inicios prometedores en el seno de una familia de la aristocracia española, unas cuantas victorias contra los indios apaches, un par de expediciones de éxito hará doce o trece años… —Se detiene un segundo Martí—. Lo demás, si me permite la vanidad, es cosa del biógrafo.

Sonríe Juan Orviz, y deja sobre la mesa la tacita vacía, con los bordes aún manchados por los restos del chocolate.

—Se que el gobernador mantiene una relación de muchos años con mi actual compañero, el capitán Leandro Cuervo.

—Ah… Sí. —Cambia el tono Nicolas Martí—. El señor Cuervo. Un tipo siniestro.

—No diría tanto —responde Orviz, algo incómodo.

—Ando investigando los años en que Melgares y su amigo Cuervo dirigían las defensas del presidio. Años complicados, me consta. ¿Le ha contado algo?

De reojo, Juan Orviz observa la abultada montaña de documentos que manan del escritorio del periodista. Hay contratos, cartas y correspondencia, actas de sesiones legislativas, informes de las acciones militares, registros de nuevos decretos, mapas y hasta un censo detallado en el que se clasifica a la población por edad, oficio y casta. Cruza los brazos el asturiano; más allá de la fama de tipo duro que arrastra Leandro Cuervo, sabe poca cosa de su pasado.

—No hablamos en demasía, si le soy sincero. El señor Cuervo es un hombre parco en palabras.

Ríe Nicolás Martí y da un último sorbito a su taza. Luego apunta:

—El que tiene mucho que callar hace bien en no abrir la boca.

—Supongo.

—Le informaré si llego a saber algo de ese misterioso pasado suyo. ¿Le parece? Nunca está de más saber con quién parte uno el turrón.

Esquiva la conversación Juan Orviz al sentir que está traicionando la confianza de su único compañero.

—Nos limitamos a investigar el trágico asesinato de las dos hijas de Anselmo Pino.

—Y la del hermano, ¿no es así?

—¿Cómo dice?

—Según tengo entendido, llevan varias semanas investigando el caso y la situación no mejora en absoluto. Se rumorea, incluso, que el hermano también anda desaparecido…

—Desaparecido no es muerto —interrumpe el bachiller mientras se pone en pie en un intento de poner fin a la plática.

—Está bien. Tranquilo, hombre. Solo digo que se les amontonan los cadáveres a ustedes dos…

—El hermano está vivo —suelte Juan Orviz, tratando de zanjar la conversación—. No está en Santa Fe, eso es todo.

El silencio que sigue es algo incómodo, pero sirve al periodista para tender puentes con el joven Orviz y allanar un camino de colaboración mutua.

—No sabe cuánto me alegro, Juan. —Se pone en pie muy despacio y estrecha la mano del asturiano—. Sepa usted que no dudaré en hacer todo lo que esté en mi mano por serle de utilidad. Hemos de ayudarnos, ¿sabe? Los dos somos advenedizos en esta tierra abandonada y dejada de la mano de Dios.

—Se lo agradezco.

—Una última cosa —susurra el mexicano—. Por curiosidad: ¿es cierto lo que dicen de la familia Pino?

—¿A qué se refiere?

—Ya sabe. ¿Realmente comercian con los gringos? —sonríe Martí, más periodista que escritor a la hora de despedirse—. ¿Que no andan acaso en ese lío del contrabando?

17

Una octavilla con sello de la parroquia de Albuquerque se ha hecho popular la víspera de Navidad. En ella constan unas cuantas noticias que el editor —desconocido, pues el cura de la ciudad niega la autoría— ha creído útil destacar. A saber: el robo de veinte cabezas de ganado en el rancho de las Golondrinas, una trifulca entre comanches a las afueras de San Juan o la concesión de un regadío a un terrateniente local. Son las dos últimas noticias, sin embargo, las que pronto se tornan en comidilla por las calles de Santa Fe. *«Dos soldados de fuera de Nuevo México, uno chapetón y el otro de Sonora, investigan en la capital el terrible asesinato de Carlota y Dolores Pino»,* reza la entradilla de la penúltima nueva, que sigue más adelante: *«El de Sonora no es otro que el capitán Leandro Cuervo, veterano de las guerras comanches que fue desterrado años atrás en muy extrañas circunstancias».*

—Lea aquí —espeta Cuervo, malhumorado, y le tiende la hoja volandera a Orviz, que repasa incrédulo la descripción que hacen de los cuerpos mutilados de las hermanas.

—Santo cielo…

—Y más abajo.

La última noticia de la octavilla toma por sorpresa al asturiano:

«La familia Pino, de Galisteo, trafica ilegalmente con una compañía peletera estadounidense».

Levanta la mirada Juan Orviz. Observa a Cuervo merodear nervioso por la estancia y, de vez en cuando, mirar de reojo por la única ventanita de la que dispone su alcoba. El texto prosigue:

«La familia, que en los últimos meses ha sufrido la pérdida de dos hijas, lleva años importando armamento gringo, así como pieles y mercancías, que vende el empresario Manuel Lisa, de San Luis, a sabiendas de que las leyes de Nuevo México se oponen a dicha práctica».

—Dígame que no ha hablado usted con nadie.

—No he hablado con nadie —miente Orviz.

—¿Tiene la menor idea de cómo le va a sentar esto a don Anselmo? —Alza la voz el de Sonora—. ¿Y a su hermano?

—Mal —responde Orviz—. Muy mal.

—Exigirán nuestra cabeza. Si es que no lo han hecho ya.

—Pero no ha sido cosa nuestra —dice ahora Juan, algo tímido—. No hemos hecho público el hallazgo del paso del Ratón.

Se muerde la lengua Cuervo. Ha pasado horas rumiando una idea fatal. ¿Y si ha sido su hermana la que ha soltado prenda? Le dejó leer la carta, a fin de cuentas. Carta que contenía información suficiente como para destapar todo el secreto. Juan Orviz mantiene la cabeza gacha. *Ha tenido que ser Martí,* piensa el asturiano. *Quién si no. Ese traidor, capaz de convencer a cualquiera con su estúpido chocolate caliente, sus formas altaneras y ese canto de sirenas tan propio del oficio que desempeña…* El silencio se prolonga durante varios minutos. Para suerte de ambos soldados, cada uno de los dos siente que la culpa podría ser propia. Al fin, el chivo expiatorio se aparece en la mente de Cuervo con tanta claridad como ganas tiene de hacer responsable a quien le propinó un golpe certero en la mandíbula.

—Ese Joaquín Lisa. Ya nos dijo que denunció a las autoridades de acá con tal de hacer pagar al viejo. Ese salvaje traicionero decidió tirar de la manta.

—Tal vez —responde Orviz, más deseoso que convencido de que así sea.

—Qué mal momento —señala Leandro Cuervo—. Sus muertos. Qué mal día.

En apenas una hora, los dos soldados han quedado con el mismísimo Anselmo Pino en el comedor privado de la taberna de Pedro el Santero, si es que así se le puede llamar al habitáculo húmedo que, con un par de cortinas raídas, separa su superficie del salón principal.

—Tal vez no venga —señala Orviz—. Si es consciente de lo que se ha publicado, querrá mantenerse lejos de los límites de la ciudad.

Niega con la cabeza el capitán Cuervo.

—Demasiado orgulloso como para permanecer escondido en su madriguera. Anselmo Pino es un padre que ha perdido a sus dos hijas. Un hombre roto. —Traga saliva Leandro Cuervo y mira por la ventana. Un viento desmelenado agita las banderas del presidio y los nimbos grisáceos entoldan el cielo—. Vendrá. Y, si hace falta, se liará a tiros con el canalla que pretenda dejar viuda a su mujer en la víspera de Navidad.

Pasan así unos minutos plomizos, fríos como témpanos de hielo. Al fin, los hechos acaban por dar la razón al capitán Leandro Cuervo.

—Ahí está.

Anselmo Pino llega a Santa Fe a lomos de un caballo azulejo. Cabalga con elegancia, casi erguido, la prominente calvicie oculta tras el sombrero de copa. El gesto es decidido, atrevido, incluso, dadas las

circunstancias. El empresario, observa Cuervo, hace caso omiso de las miradas que los curiosos depositan en él a su paso por la calle en que se encuentra la taberna. Una vez ha amarrado a su montura, de hecho, le bastan dos zancadas para irrumpir en el sitio.

—Señores.

—Señor Pino.

Don Anselmo va ataviado con un frac envejecido, una bufanda de paño grueso y un par de botas altas. Se descubre al instante y frota sus manos con fuerza.

—Menudo frío hace ahí fuera.

—Y que lo diga —responde Orviz.

—¿Tienen vino? —pregunta luego.

—¿Disculpe?

Se gira don Anselmo, extrañado ante la duda del asturiano. Luego insiste:

—En este tugurio, ¿sirven vino?

Juan Orviz asiente. Había oído bien en primera instancia.

—Por supuesto. Perdone, enseguida traigo una botella.

—Y si tuvieran escamocho de ayer o así, que no he desayunado… —pide el empresario.

Sale Juan Orviz en dirección a la barra de la taberna. El capitán Cuervo, por su parte, ofrece acomodo al señor Pino y toma asiento a su lado, guardando las debidas distancias.

—¿Qué tal está usted, don Anselmo?

—Extraña pregunta que hacerle a un hombre en mi posición, capitán.

Pone una mueca incómoda Leandro Cuervo y responde:

—Tiene toda la razón.

El bachiller Juan Orviz aparece en ese momento con un platillo de carne en adobo, una botella de vino y tres copitas de cristal. Sirve el líquido en las copas, toma asiento, saca de su talega cuaderno, pluma y tintero y espera paciente a que el empresario decida empezar.

—Sé que me han estado buscando —arranca con dificultad—. Lo lamento. No he estado en Galisteo. Trataba de poner en orden ciertos… asuntos. Trámites burocráticos, cuestiones legales. Ya saben.

—Comprensible, don Anselmo —responde con impostada cortesía el sonorense.

Sin embargo, no se anda con rodeos el señor Pino, y dice:

—Me comentó mi hermano Pedro que han sabido ustedes de mi hijo a través de la Compañía de Piel del Misuri.

Por miedo a un desagravio, duda tanto tiempo el capitán que al empresario le alcanza para tomar una cucharadita de cerdo adobado.

—Así es —dice al fin—. Ese tal Lisa… No sé si conoce…

—Conocí bien a su tío —le interrumpe don Anselmo—. No tanto a

este, al sobrino, que dicen que es medio indio. Pero al tío sí, desde luego.

—Lo imaginaba —señala Leandro Cuervo.

El comentario no sienta demasiado bien al señor Pino, pese a que a esas alturas da por hecho que los militares han investigado a fondo sus asuntos con la compañía peletera.

—No es el único que lo imagina a estas alturas, capitán.

—Descuide, Anselmo —le tranquiliza Cuervo, o eso intenta—. Lo que usted tenga con esos gringos no es asunto nuestro. Y le aseguro que no hemos hablado de ese tema con nadie. La información publicada al respecto por ese panfleto…

Celebra la disculpa don Anselmo Pino, pero interrumpe inmediatamente a Leandro.

—Sé que no han sido ustedes. Puede ir tranquilo, capitán. Alguien se ha hecho con los diarios de Manuel Lisa, nuestro socio comercial en San Luis. Ese malnacido egoísta no ha tenido clase ni para morirse. Se ha ido en el peor momento. Quienquiera que haya heredado su peculio ha tenido a bien destapar nuestro negocio. Vivimos en una tierra miserable, ya lo ven, en la que toda actividad comercial es entendida como un delito.

Tanto Leandro Cuervo como Juan Orviz sienten en ese momento un tremendo alivio en el pecho. Tanto es así que el capitán logra relajarse, al fin, y hace lo posible por ceñirse al caso que los atañe.

—El caso es que fueron ellos quienes nos hablaron de su hijo —se explica Leandro Cuervo—. Y no sé qué crédito les da usted a esos gringos. Tal vez haya que tomar la información con alfileres.

Suspira don Anselmo Pino, preocupado, y luego aporta un dato que no hace sino reafirmar la versión de Lisa y de los suyos:

—Eran días aciagos —empieza, y le da un traguito a su copa de vino—. Días terribles. Lo de sus hermanas estaba reciente, qué sé yo. Pensé que necesitaba centrar la cabeza en otras cosas, y lo envié a saldar nuestra deuda con la compañía peletera.

—De modo que el muchacho no salió nunca en busca del asesino de sus hermanas… —deduce Leandro Cuervo—. Que fue lo que nos dijo usted.

—El chico fue a saldar la deuda —repite Anselmo, visiblemente arrepentido.

—¿En el mes de octubre? —pregunta ahora Juan Orviz.

—A principios, sí.

Toma nota Juan Orviz, y hojea su cuaderno hasta dar con la fecha que dieron los tramperos de la compañía.

—La fecha concuerda.

—No crean que lo mandé a San Luis, tampoco es eso —dice luego el empresario—. Hay un pequeño puesto comercial…, un sitio que

usan ellos para importar productos a Nuevo México.

—El antiguo destacamento del paso del Ratón —dice Cuervo.

Alza las cejas el empresario, sorprendido. Luego, lanza una leve sonrisa tras el semblante serio.

—Deduzco que si llegaron al Ratón fue a través del albarán que había en mi mesa el día que vinieron a visitarme —se equivoca Pino —. Los felicito. Muy hábiles.

A los soldados les basta una mirada para saber que deben ahorrarse los detalles, de modo que asienten, solemnes, y aceptan el halago.

—En fin… —vuelve a empezar Anselmo Pino, a sabiendas de que más rodeos son innecesarios y a pesar de que, aunque no lo dice, el miedo a saber lo tiene atemorizado—. Díganme que mi hijo está bien. Por Dios se lo pido.

Tras pronunciar esas palabras se recoloca en el asiento, preparado para recibir el golpe. Leandro Cuervo hace lo mismo, se mesa los bigotes, traga saliva y suelta alto y claro:

—Los gringos nos dijeron que su hijo Álvaro se mantuvo medio ido durante días, don Anselmo.

La afirmación sorprende a Anselmo.

—¿Medio ido?

—Así nos dijeron.

—¿Días?

—Al parecer, una vez resuelto el asunto de su deuda, los comerciantes lo invitaron a permanecer un tiempo en el puesto.

Frunce el ceño don Anselmo Pino, y pregunta:

—¿Por qué le ofrecerían algo así?

—Bueno, los tipos notaron que su hijo estaba bien apachurrado —responde Cuervo—. Que no hacía más que lloriquear y lamentarse, con el debido respeto.

—La pérdida de sus hermanas le afectó más que a nadie.

Leandro Cuervo se revuelve, incómodo, y busca apoyo en la mirada del bachiller Orviz. Al final, decide ser él mismo el que centre el tiro de una vez por todas:

—No voy tanto por ahí, don Anselmo. Hablamos con varios de ellos, y todos coincidían en algo.

—¿En qué?

—El muchacho se mostraba arrepentido.

—¿Qué quiere decir?

—Gachupín… —dice de pronto Cuervo, agitado—. Quiero decir, Juan. Háganos el favor y léanos la frase exacta.

Juan Orviz rebusca en el cuaderno de tapas encueradas hasta dar con la página en que tomó nota de cuanto les contaron Joaquín Lisa, Mitain y el resto de tramperos del puesto del Ratón:

—«Me he equivocado» —empieza el asturiano, citando las palabras

del primogénito de Pino—. «He cometido un error espantoso. Lo siento. Lo siento muchísimo. No tenía que acabar así. Qué hemos hecho, Señor. Qué hemos hecho. Ayúdame. En tu misericordia concédeme tu ley».

Un miedo incontrolable se adueña entonces del alma del señor Pino, que clava la mirada en el suelo y permanece en completo silencio. Algo lo remueve por dentro. Una angustia tan genuina e insoportable que, en medio de la vorágine, es capaz de despertar demonios que llevan años atormentándole.

—¿Eso dijo? —inquiere al rato. Los ojos rojos acristalados y el rostro pálido, como el de un muerto.

Al cabo de un rato, y solo tras haberse cerciorado de que nadie merodea por la planta baja de la taberna, el capitán Leandro Cuervo se atreve a formular en voz alta la cuestión que lleva semanas haciéndose a sí mismo:

—Anselmo, ¿qué motivos puede tener su hijo para estar tan arrepentido?

El silencio de Anselmo le provoca un escalofrío al bachiller Juan Orviz.

—El chico… —se le quiebra la voz al señor Pino— no está bien.

—¿A qué se refiere?

Don Anselmo Pino divaga ahora. Los ojos llorosos, la mirada perdida.

—En mi familia somos buenos cristianos. Siempre lo hemos sido. Participamos en el vía crucis de Galisteo, acudimos a las procesiones y llevamos años implorando la presencia de un obispo para Santa Fe… —confiesa, con los labios temblorosos.

Duda un segundo Juan Orviz y detiene la pluma sobre la página del cuaderno en que pensaba tomar sus apuntes. *A priori,* no encuentra relación entre esto que les cuenta Anselmo y el caso que les compete.

—¿Se separó su hijo Álvaro de la doctrina? —inquiere el asturiano.

—Todo lo contrario —responde Anselmo Pino, descompuesto—. El chico apenas si nos dirige la palabra.

—¿No habla con ustedes? —inquiere Cuervo.

—A veces no. Voto de silencio. Solo lo hace en el confesionario.

—¿Con el cura?

—Así es.

Se miran confusos Leandro Cuervo y Juan Orviz, que ni son capaces de seguir el derrotero que está tomando la conversación ni entienden a cuento de qué les habla el señor Pino de la fe de su primogénito.

—¿Y cómo se llama el cura? —indaga Cuervo al cabo de unos segundos, y su compañero ha de pensar que la pregunta es de lo más pertinente, ya que moja la pluma en el tintero con la intención de dejar constancia del nombre del sacerdote.

—Antonio —responde el de Galisteo.

—¿Antonio qué más?

—Antonio Cadalso. Pero no podrán interrogarlo —se lamenta ahora Pino—. El secreto de confesión, ya saben.

Sonríe Cuervo, mordaz, y dice:

—No se preocupe por eso, don Anselmo, que Dios es de lo más comprensivo llegados a estos extremos.

El empresario Anselmo Pino se muestra incómodo con el tono blasfemo del capitán Cuervo. Fija los ojos en las pupilas inquietas del bachiller Juan Orviz, sin saber que este lleva el secularismo por bandera, y hace un esfuerzo por explicar la importancia de la fe católica en la vida de su único hijo.

—Para que me entiendan ustedes, mi Álvaro duerme desde que es muy pequeño abrazado a la imagen de la Virgen de los Dolores. Una figura que le regaló mi mujer el día que cumplió cinco años. —Las palabras salen a trompicones de la boca de don Anselmo, como si hubiesen estado demasiado tiempo encerradas en lo más profundo de su ser y ahora costase una barbaridad compartirlas con alguien ajeno —. Desde muy pequeñito pidió a su madre formar parte de la cofradía del Cristo de las Esquipulas. Y así se hizo, no crean. Pero no fue suficiente. Nunca era suficiente. Siempre quería más… Más rezos. Más lecturas. Más…

Se le atragantan las palabras, y emite un sollozo avergonzado.

—Tranquilo —le dice Orviz—. Beba un poco.

Pero el señor Pino prefiere seguir:

—Necesitaba confesarse cada día. A cada hora. Quería pedir perdón por sus pecados y recibir la eucaristía de manos de ese cura.

—Antonio Cadalso —repite Cuervo.

—Y yo… yo intentaba… —Ahora sí, rompe a llorar Anselmo, a todas luces sobrepasado por la situación—. Pero su madre… su madre…

—¿Su madre? —pregunta Juan Orviz.

Balbuce ahora palabras imposibles el señor Pino. Monosílabos inconexos que impiden a los dos soldados trazar un discurso lógico a partir de su perorata:

—Su madre… Ella… Su madre le consentía… —Se suena los mocos con un pañuelo que se guarda luego en el bolsillo interior del frac—. Y yo… yo trataba de…, pero luego… confrontaba… con sus hermanas…

Leandro Cuervo, que ha sido siempre incapaz de tolerar el llanto de otro hombre —le viene de familia—, carraspea un largo rato, incómodo. Casi prefería al hombre serio y estirado que hablaba con frialdad de la muerte de sus pequeñas. Ese Anselmo era más manejable. Más claro y conciso. Aunque dicha personalidad, visto lo visto, no fuese más que el disfraz con el que se vestía el empresario de

puertas para fuera.

Se impacienta el capitán Cuervo, por tanto, y le espeta:

—¿De qué forma se enfrentaba su hijo Álvaro a sus dos hermanas?

Se seca las lágrimas el empresario y hace un esfuerzo por explicar la situación a los dos militares.

—Siempre fue muy protector con ellas. Demasiado. Les hacía ver que su estilo de vida no era el adecuado. Que no era cristiano. —Para un momento Anselmo, y se encoge luego de hombros, asustado—. Rezaba por ellas a diario. Se pasaba los días mentándolas en sus oraciones y pidiendo a Dios que no las castigase.

—¿Y él? —inquiere Orviz.

—¿Álvaro?

—Su hermano, sí. ¿Las castigaba?

—Lo intentaba —responde Anselmo.

—¿Lo intentaba?

—Nunca se lo permitimos.

Un nuevo silencio invade la estancia. Tal vez por eso, durante un largo rato, Cuervo y Pino se limitan a observar cómo el asturiano Juan Orviz, con el semblante serio, recoge por escrito las últimas palabras de don Anselmo.

> *«Les hacía ver que su estilo de vida no era el adecuado. Se pasaba los días mentándolas en sus oraciones y pidiendo a Dios que no las castigase».*

—¿Qué has hecho, muchacho? —se pregunta ahora don Anselmo para sí, obviando la presencia de los dos que lo interrogan—. ¿Por qué no vuelves a casa?

Por un momento Juan Orviz reconoce el miedo en el rostro de Anselmo. Un pavor sincero que poco tiene que ver con las mentiras que hasta ese mismo día le han servido de escudo.

—Lo siento —dice Anselmo Pino, de pronto, con la mirada perdida —. Traté de convertirte en un hombre de provecho. Alejarte de ese cura. Mantenerte distraído. Darte responsabilidades en la casa, en la empresa, en los negocios. Quise alejarte de ese cura. Y de tu madre…

—Anselmo —le interrumpe Cuervo, y coloca una mano sobre un brazo del empresario—. Esta cuestión no es sencilla, pero entenderá que debamos hacérsela: ¿cree que su hijo Álvaro pudo tener algo que ver con la muerte de sus hermanas?

18

Las semanas empiezan a pesarle al bachiller Juan Orviz. No hay noche que no se cuestione qué hace él allí, en el mismísimo fin del mundo, en la tierra más remota y desgraciada de la España americana. Han pasado más de tres meses desde que llegara a Nuevo México, pero sigue sin recibir una sola misiva de Madrid. ¿Zarparon sus cartas?, se pregunta algunos días, ¿Alcanzaron al menos el destacamento de El Paso? Abatido, cansado y asustado, le ha confesado a su nuevo confidente, el periodista Nicolás Martí, el temor que tiene a que alguien lo ande siguiendo por las calles de Santa Fe. Las dudas lo reconcomen. ¿Qué sentido tiene cumplir con su cometido si ni tan siquiera es capaz de reportar a sus superiores? ¿Acaso sigue siendo española la provincia olvidada, polvorienta y supersticiosa en la que se halla?

El día 15 de enero de 1821, y gracias a los sellos que trae consigo un arriero que pasa esa tarde por la taberna del Santero, el asturiano sabe de la independencia de la Provincia Libre de Guayaquil, al norte del Perú. El territorio se suma así a la Patria Nueva, en Chile, y a las Provincias del Río de la Plata, que desde Buenos Aires y no sin pocas dificultades luchan en estos meses por dar forma legal a su precaria autonomía.

—Le apuesto algo, gachupín —dice Cuervo ese día—: si México se libera, acá arriba tardamos un año en enterarnos, si no más. ¡Que hasta puede que ni manden la noticia! A fin de cuentas, qué les importan estas montañas. Un buen día, un soldado pelón se verá obligado a cambiar una bandera por otra sin tener la más remota idea de lo que significa la nueva. A los señoritos del sur les vale madre si de Chihuahua para arriba nos vamos todos al carajo.

Juan Orviz y el capitán Cuervo pasean ese día por el camino que comunica el puente de Guadalupe con la ermita del mismo nombre. Termina la misa de ocho nada más llegan al sitio. Momento idóneo, piensan los dos soldados, que a esa hora no hay muchos feligreses. En el interior de la ermita hay diez o doce mestizos en pie —borregueros, en su mayoría— y otras tantas mujeres sentadas. Están así colocadas, frente a sus maridos, con las mantillas puestas en el suelo por evitar hacerse daño en las piernas cada vez que toca hincar la rodilla ante el Altísimo. Nada más entran en el sitio, Leandro Cuervo se santigua.

Juan Orviz observa el gesto, intrigado, y sigue a su compañero hasta el transepto del sitio. Allí intentan hablar con un fraile franciscano que, aunque los recibe de buena gana, muestra signos evidentes de demencia.

—¿Cadalso?

—Así es —responde el capitán Cuervo, por enésima vez—. Antonio Cadalso.

—¿Uno gordo?

—No le sé decir, padre.

—Cada día son más gordos —dice el anciano—. Y más luteranos.

Al rato prueba Orviz, y pone todo su empeño, pues un monaguillo indio les dijo ayer en la capilla del Rosario que el fraile de Guadalupe conocía bien al tal Cadalso.

—Sabemos que es el encargado de dar la misa en la parroquia de Galisteo, pero desde hace días no para por el pueblo.

—Esto no es Galisteo. ¡Es Santa Fe! Y nosotros somos los hijos de Oñate, digan lo que digan esos rebeldes…

Espira el bachiller, hastiado, y le dice al fraile:

—Si lo ve usted, háganos el favor de decirle que lo andamos buscando. Queremos hacerle unas preguntas en relación a Álvaro Pino, el hermano de…

—¡Los Pino! —exclama de pronto el viejo—. Menuda familia es esa. De muchos años, no crea. ¡Generaciones enteras! Algunas lucharon contra los apaches. Otras, contra los comanches. Pero ya no quedan guerreros, ni misiones que defender. ¡Sálvese quien pueda!

—Lo que usted diga, padre.

Así pues, entre dudas existenciales, jornadas gélidas y búsquedas infructuosas del tal Antonio Cadalso —que parece haber desaparecido de este mundo sin dejar rastro alguno— van pasando los días en Santa Fe de Nuevo México.

El martes 23 de enero de 1821 una ventisca infernal azota las ventanas de la taberna de Pedro el Santero. Ese día, como los anteriores, el caso de las hijas de Pino parece anquilosado. Si bien el vulgo da por buena la versión fantasmagórica del asunto —se oyen cancioncillas en las calles acerca de la Llorona y las madres prohíben a los más pequeños aproximarse a las orillas del río—, el capitán Leandro Cuervo ha ido atando cabos y a estas alturas cree, con relativa convicción, que el culpable de la matanza no es otro que el hermano de las dos difuntas. Álvaro Pino. Por escalofriante que pueda resultar. Pese a la tragedia que dicha hipótesis supone para la familia. Las notas en el cuaderno de Juan Orviz, si bien no confirman la teoría de su ayudante, subrayan el carácter enfermizo y extraño del

primogénito de don Anselmo.

«Fue visto en el puesto del Ratón, propiedad de la Compañía de Piel de Misuri, en la tarde del 6 de octubre de 1820 (esto es varios días después de aparecer muertas sus hermanas, Dolores y Carlota). Se mostró arrepentido, meditabundo».

«El 24 de diciembre preguntamos al padre por dicho comportamiento. Anselmo Pino se derrumba, nos cuenta que su hijo es un muchacho obsesivo, triste y solitario que a menudo protagonizaba desencuentros con sus hermanas. Se pasaba los días rezando y pidiendo a Dios que no las castigase».

«El día de la Epifanía interrogamos al maestro de la escuela de Galisteo, Donoso Gálvez. Es un tipo muy anciano que asegura ser amigo de la familia Pino. Lo describe como un muchacho callado, temeroso de Dios, obsesionado con la rectitud y el respeto por las Sagradas Escrituras».

«Al día siguiente, un vecino que dice llamarse Águila Parda (comanche) recuerda que, durante una feria de ganado celebrada en los ranchos de Taos, tuvo que intervenir por evitar que Álvaro castigase a su hermana Carlota tras verla hablar con un gringo».

«El día 10 de enero intentamos hablar de nuevo con la madre de Dolores y Carlota, doña Manuela Estrada, pero don Anselmo nos dice que se siente indispuesta. Nos ruega volver otro día. Preguntamos también por el padre Antonio Cadalso, confidente del chico. Tampoco se halla en el pueblo».

«El 16 de enero, en Santa Fe, un comerciante mulato que responde al nombre de Gregorio Vargas, y que suele intercambiar provisiones con los Pino, dice haber notado muy nervioso a Álvaro Pino la misma tarde en que desaparecieron sus hermanas».

—No quiere decir gran cosa —dice Orviz mientras cierra con cuidado las tapas de su cuaderno.

El bachiller, que acaba de cenar un platillo de frijoles negros, bebe un trago de vino y clava la mirada en las ascuas que languidecen en el interior de la chimenea de la taberna de Pedro el Santero. Las ojeras del español, más evidentes cada día que pasa, son frente al fuego dos surcos profundos, oscuros, casi tanto como el salón de la taberna, vacío a esas horas intempestivas de parroquianos y paseantes.

—¿A qué se refiere? —inquiere Leandro Cuervo desde el banco contiguo.

—¿Cómo no iba a estar nervioso la misma tarde en que desaparecieron sus hermanas? Es una obviedad. —Se encoge de hombros el asturiano, y ahueca las manos frente al rescoldo que queda en la lumbre—. El comportamiento más natural, si me permite.

Carraspea el capitán Cuervo. Luego señala a su compañero y

sentencia:

—Pocas cosas de las que rodean a ese muchacho me parecen naturales a mí, gachupín. —Está algo beodo a esas horas, como de costumbre durante las últimas semanas—. Me resulta más que evidente que a ese pobre malnacido se le fue la mano con sus hermanas. Con la connivencia del cura ese, si me pregunta.

—Y, sin embargo, aquí seguimos —murmura Juan Orviz.

Suspira Leandro, cansado de la actitud plomiza y melancólica del asturiano.

—Aquí seguimos, exacto —responde luego—. Y aquí seguiremos hasta que no tengamos una evidencia mayor del crimen… o una confesión de ese chamaquito miserable. ¿O prefiere acaso irle a decir al padre que con eso está todo? —Se acaba la botella de un trago, y trata de imitar el acento peninsular del asturiano—: ¡Nos vamos, don Anselmo! ¡Hasta más ver! Buena suerte trayendo de vuelta a su hijo.

Esa noche, el capitán Cuervo huele tanto a pulque que, por un momento, el asturiano teme que pueda salir ardiendo si se sigue acercando a la lumbre.

—No insinuaba tal cosa —se queja Orviz, y añade al rato, frotándose las manos—: Qué frío hace, maldita sea. ¿No queda leña?

Se levanta el sonorense con un tambaleo considerable. Luego toma el último madero que hay en el carretoncillo y lo arroja contra las ascuas. Al agacharse, nota un pinchazo en la rodilla —los dolores que siente en la pierna no le dejan en paz esos días—. Gruñe, enojado, y permanece muy quieto, frente al fuego.

—Ya siento que las comodidades que ofrece esta provincia no sean de su agrado, gachupín. Créame, de buena gana firmaba yo un documento que le permitiese retornar a su tierra. Pero no es posible. Ni en su tierra saben quién soy yo ni a nadie fuera de este desierto le importa una chingada lo que pase con nosotros…

Un crujir de maderas viejas, seguido del ruido de un cristal rompiéndose en mil pedazos, suena de pronto a espaldas de los soldados.

Orviz se pone en pie de un brinco. Cuervo, que apenas si puede abrir los ojos de la curda que tiene, detiene su discurso de un plumazo y echa mano al cinto por ver si lleva el arma consigo. No tarda en recordar que la ha dejado en su alcoba, en el piso de arriba. Lo mismo le ocurre a Orviz.

—¿Qué ha sido eso? —inquiere el más joven.

—¿Está Ángeles en la cocina? —responde con otra pregunta el capitán Cuervo, que duda de si Ángeles Vallejo, la tabernera, ha vuelto de visitar a su hermana en Bernalillo.

—Salió esta tarde. Dijo que regresaría…

—… a la mañana, sí.

La oscuridad es total en el salón de la taberna. Más allá del vórtice luminoso que crean las ascuas apenas se distinguen algunos vasos y platos sobre la barra iluminados por un candelabro que sostiene dos velas a punto de extinguirse.

—¿Quién anda ahí? —exclama al fin Leandro Cuervo. Pero no obtiene respuesta.

Después escuchan unas pisadas, y Orviz se da cuenta de que, poco a poco, el capitán está rodeando la barra de madera que separa el salón de la cocina. El asturiano guarda silencio. Luego se separa de la chimenea, no vaya a delatar su posición, y escudriña muy atento la lobreguez del espacio.

Un nuevo sonido mana entonces de las cocinas. La puerta trasera, sin duda alguna. Alguien ha forzado la cerradura y pretende ahora entrar en la posada.

No lo voy a permitir, piensa Cuervo. Por desgracia, la bebedera que lleva, como él la llama, le impide contener la conjetura, y acaba por pronunciar su propia idea:

—No lo voy a permitir, gachupín.

El capitán Cuervo corre entonces hacia la fuente del ruido y se abalanza de un brinco contra ella. En ese momento, Juan Orviz entiende que no le queda más remedio que unirse al ataque de su compañero. Al hacerlo, impacta de lleno contra una figura enjuta, helada, a la que asesta un puñetazo que va directo a la mandíbula. El grito de un hombre que implora clemencia rompe la tensión de la trifulca.

—¡Ya basta! —exclama el intruso—. ¿Qué quieren?

—¿Quién va? —inquiere Cuervo, rabioso, mientras levanta por los aires al individuo y lo tumba panza arriba sobre la barra. Al impactar su espalda contra la madera, el hombre pierde el sombrero y una cartilla desgastada, y ambas cosas van a caer a los pies del mostrador.

—No me hagan daño, por favor.

—¿Cuál es su nombre? —insiste el sonorense, y toma el candelabro para iluminar mejor el rostro del intruso. Las llamitas que titilan sobre los pábilos, se fija Orviz, proyectan sombras extrañas en la cara del tipo.

—Luciano —responde entre jadeos—. Luciano Ortega.

El tal Luciano —unos cuarenta años, de piel mestiza y con bigote poblado bajo la nariz redondeada— no deja de tiritar.

—¿Y a qué viniste a estas horas y rompiendo las ventanas, Luciano, a robar?

—¡Fue sin querer! Lo juro, que no sabía que estaba echado el pasador.

—¿Y no pudiste entrar por la puerta delantera? —interviene ahora Orviz, alterado aún al pensar que el intruso pudiera ser la famosa

Sombra que desde hace semanas acecha a los pies de su ventana.

—¡No la vi, no la vi! —responde asustado el recién llegado—. ¿Que no saben la ventisca que hay ahí fuera? ¿Y lo que llueve? ¡Tengan misericordia! —suplica, y se cubre el rostro con las manos, temeroso de que los dos que lo han interceptado puedan correrlo a trompazos—. ¡Me indicaron que viniese acá!

—¿Quién? —pregunta amenazante Leandro Cuervo.

—¡Una mujer! Me lo dijo una mujer. Busco a dos hombres que se alojan en esta posada.

Se miran extrañados Orviz y Cuervo. Luego afloja el sonorense el puño y permite que el tal Luciano se incorpore con cierta dignidad.

—Gracias, de verdad. Y perdonen por el susto. No pretendía alarmar a nadie. No soy más que un humilde ganadero.

Resuelto el malentendido inicial, y una vez han arreglado —como buenamente han podido— el desaguisado de la puerta trasera, Luciano Ortega se acerca a la chimenea como un poseso y por poco si se arroja a las ascuas con tal de entrar en calor. Juan Orviz se inclina para recoger del suelo el sombrero y la cartilla que ha perdido el intruso durante el forcejeo. Ojea esta última por encima.

> *«Dos soldados de fuera de Nuevo México, uno chapetón y el otro de Sonora, investigan en la capital el terrible asesinato de Carlota y Dolores Pino».*

Arquea las cejas, sorprendido, y no puede evitar seguir leyendo el recorte. Se trata de la octavilla difundida semanas atrás y atribuida erróneamente a la parroquia de Albuquerque:

> *«El de Sonora no es otro que el capitán Leandro Cuervo, veterano de las guerras comanches que fue desterrado años atrás en extrañas circunstancias. Recordamos a los parroquianos que los cuerpos de las hermanas Pino fueron hallados el pasado mes de septiembre a las afueras de Galisteo, con agujeros en manos y pies, heridas terribles, un clavo incrustado en el brazo e importantes desgarros en el torso y en el propio rostro. Imploramos a Dios que los soldados logren dar con el culpable, y rogamos una oración por el alma de las dos jóvenes».*

—La hoja parroquial me la dio mi mujer, que la vio tirada a las puertas del convento de Albuquerque. —Titubea un poco el tal Luciano, nervioso—. Fuimos allá por Navidad, ¿saben? A Albuquerque, digo. Siempre vamos. Nos gusta oír la Misa del Gallo en la iglesia de San Felipe de Neri.

—Sabemos de la existencia del folleto —responde Orviz con la boca pequeña—. Llegó a Santa Fe por las mismas fechas que usted nos menciona.

Al escuchar el acento de Juan Orviz, el recién venido confirma sus sospechas:

—Son ustedes los dos soldados, ¿no es así? El sonorense y el español que andan investigando el tema de los asesinatos.

—Los mismos —confiesa Cuervo.

—Válgame el cielo. El caso es que no le presté atención alguna a la cuartilla hasta hace una semana. En un principio ni siquiera la leí, ¿saben?

—¿Su mujer sí la había leído? —inquiere Juan Orviz.

—Mi esposa no sabe leer…, y yo a duras penas, no crean. Me tuvo que ayudar un buen amigo a descifrar lo que decía la pastoral…

—Entiendo.

Está a punto de soltar un comentario cortante el capitán Leandro Cuervo, cansado de presentaciones y preámbulos, cuando Luciano Ortega, del valle de Atrisco, se adelanta y explica al fin el motivo de su visita:

—Al principio no podía creerlo. La descripción que hace de las muchachas, los agujeros en las manos, los latigazos…, porque créanme, son latigazos… —Tiembla ya no del frío, sino de los propios nervios al contarles su hallazgo a los soldados—. Es todo igualito a lo que pasó con dos familiares míos hará cosa de un año. Nuestro sobrino, Manolito Vigil, y su padre, Tiburcio Vigil. ¡Qué desalmados, hacerle algo así a un chamaquito de once años…! Y a su pobre padre, mi *cuñao,* que era un santo, créanme ustedes, no solo lo fustigaron, sino que en la frente lo señalaron con tres cruces, como para burlarse de su fe.

Tres cruces, repite Orviz para sí mismo. Recuerda en ese instante la conversación que mantuvieron, semanas atrás, a las puertas de la posada, el sepulturero y el hombre de las patillas pobladas: *«Las chamaquitas de Pino se fueron de este mundo con tres marcas en la espalda. Tres cruces».*

—Cálmese, buen hombre —dice el capitán Cuervo, y le tiende al pastor un vasito que contiene el remanente del mucílago viscoso en que se ha convertido el pulque.

Apenas da un sorbo, el tipo escupe el brebaje.

—Perdonen. No acostumbro a beber.

—¿De dónde es usted? —se interesa ahora Leandro Cuervo.

—De Atrisco —responde el mestizo—. ¿Conocen la zona?

—De pasada.

—Mi familia trabaja en un rancho con tantitas cabezas de ganado donde la concesión de Elena Gallegos, cerca de Pajaritos.

—¿Lejos de aquí? —pregunta Juan Orviz, que no ha oído hablar de Atrisco en los meses que lleva en la provincia.

—A tres días —espeta Cuervo.

—Así es —confirma el pastor—. Varias leguas al oeste de río Grande, en el caminito que une Jémez con Acoma, del otro lado del

Puercos.

—No tan lejos, entonces —sentencia Juan Orviz, y prosigue sin rodeos—: Díganos, Luciano, ¿qué le hace pensar que el responsable de aquel espantoso crimen es el mismo que se oculta tras la muerte de las hijas de Pino?

—¡Todo! —exclama Luciano Ortega—. ¡No es la primera vez que pasa! ¡Tienen que creernos, estamos desesperados! La hermana de mi mujer vive con nosotros desde la tragedia; apenas si duerme, no come…

—Ha de entender, amigo, que su desesperación no le hace tener razón —interviene Cuervo, que empieza a notar los efectos de la resaca y se ha llevado la mano a la sien tras el grito del vaquero de Atrisco. Luego siente la mirada inquisitiva de Orviz, más paciente en estos lances, y se incorpora de nuevo, tratando la materia de un modo más constructivo—: ¿A quién fueron atribuidos los asesinatos de su sobrino y su cuñado?

—A nadie.

—¿Cómo es eso?

—Dijeron los hombres del gobernador que habían sido los indios. —Cierra el puño Luciano, indignado—. Una mentira, le diría, si me preguntara usted. Un pretexto cruel con tal de no investigar el asunto.

—¿Qué indios? —quiere saber Cuervo—. ¿Comanches?

—Eso dijeron. Pero es imposible. Conocemos a todos los comancheros del territorio; hace años que no hay problemas con los comanches en nuestro valle. Ni con los navajo.

—¿Acomas?

—Usted es el capitán Cuervo, ¿no es así? —empieza el ganadero—. Conoce bien las formas de esos pinches de la Laguna. No me diga. ¿Acaso los ve capaces de crucificar a un chamaquito?

—¿Crucificar? —repite Cuervo, inquieto.

Se le corta la voz al señor Ortega. Solloza levemente y, mientras se seca las lágrimas, procede a explicar cómo, el día después de que su señora y él hallaran los cuerpos de las dos víctimas, los vecinos de Atrisco, que portaron los cadáveres hasta el camposanto, extrajeron de las heridas de padre e hijo virutas de madera, astillas. Por no hablar de las marcas que lucían en las muñecas y en los tobillos.

—Señales muy feas —concluye—. Como de cuerdas.

Un escalofrío recorre el cuerpo de Juan Orviz, que intercambia con Leandro Cuervo una mirada pausada. El destello que mana de los troncos rojizos apenas recorta ya el rostro asustado del ganadero, que se limita a implorar clemencia.

—Mis señores, ayúdennos. Se lo suplico. No creerán ustedes esos cuentos de la Llorona y el diablo… —continúa diciendo el hombre—. ¿Que no ven que el asesino de mi sobrino y mi cuñado anda suelto?

De nuevo dos víctimas, desaparecidas primero y halladas más tarde… ¡con las mismitas heridas! No es la primera vez que pasa, y tampoco la segunda.

—¿A qué se refiere?

—Vengan a mi valle. Entre Corrales y Los Ranchos vive una anciana que cuenta lo mismo de su marido. Un buen día se esfumó, y al cabo de siete días lo hallaron mal enterrado en una grieta de La Caldera. ¿Conocen esa montaña?

—Es un volcán —aclara Cuervo—. Al norte de Los Vigiles.

—Así es —se recompone el hombre, y toma entre las manos su sombrero de ganadero—. Vengan a mi valle, que les cuente la viejita. Mismas heridas, mis señores. Agujeros en las manos y en los pies, y tres cruces marcadas sobre el rostro.

19

El 27 de enero de 1821 el capitán Leandro Cuervo escribe una carta brevísima al gobernador Melgares solicitando, de forma urgente, el préstamo de un carruaje. En la misiva, el sonorense declara su intención de viajar hasta los ranchos de Atrisco:

> *«Una nueva pista nos obliga a dirigir nuestra investigación hasta las concesiones de tierras que hay del otro lado del río, cerca de la villa de Albuquerque».*

Dos días atrás, el de Sonora y el asturiano le prometieron al ganadero Luciano Ortega encauzar sus esfuerzos hacia dicha zona, donde el año anterior se produjeron una serie de asesinatos similares a los de las hijas de Pino. En su carta, Cuervo, preocupado por el frío que azota el territorio cada noche, pide al mandatario el préstamo de un carro de tipo berlina —hubiese bastado un vagón de carga— para guarecerse durante la noche. Dicho sea de paso, aunque esto último no lo dice, con la diligencia pretende aliviar el dolor de la ciática que desde hace algunas jornadas le impide montar a caballo. Por supuesto, no obtiene respuesta. El gobernador se encuentra de nuevo fuera de la capital provincial.

Al día siguiente, Leandro Cuervo intenta lo mismo con el diputado Pedro Pino. La respuesta, que en este caso sí llega, no arregla los problemas del capitán.

> *«El carro del señor Pino se halla en estos momentos en disposición de su hermano Anselmo, reunido en Durango con las autoridades que investigan su relación comercial con San Luis».*

La doble negativa conduce a Leandro Cuervo a tomar una decisión comprometida la mañana del 28 de enero. Supone —casi da por hecho — que se arrepentirá de haberla tomado, y eso que no sospecha aún el modo en que están a punto de resolverse las modestas cláusulas del trato.

—Ahí viene —señala.

Orviz levanta la mirada. Una diligencia grande y robusta se desliza desde lo alto del camino. La pintura roja, muy desgastada, deja ver la silueta del coche desde lo lejos. Las ruedas, anchísimas, no impiden

que su armazón cruja a medida que el vehículo avanza sobre el sendero.

—No puedo creerlo —murmura el de Sonora.

—¿No es el carro que ha pedido? —inquiere Juan Orviz, y observa el modo en que, sobre el coche, ondea un trapo viejo que años atrás fue el cartel de una humilde compañía de teatro.

—El carro está bien.

Es el conductor, deduce Orviz, lo que preocupa al capitán Cuervo. O conductora, mejor dicho.

Aguza la vista el asturiano y comprueba que, efectivamente, las riendas de la diligencia las lleva con brío una mujer de mediana edad. Pelo negro salpicado de canas rebeldes, piel morena y sonrisa maliciosa. El vestido camisero, si bien vuela sobre las botas de cuero, permanece oculto bajo las mantas de confección ute en que va envuelta Adela Cuervo.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta Leandro Cuervo, malhumorado.

Se encoge de hombros la cochera al tiempo que tira de las riendas para detener el avance de las dos yeguas.

—Me dijo Martín que andabais buscando un carro capaz de vadear el Puercos. Que queríais evitar así descender hasta el puente de Albuquerque…

—Pensé que lo traería él mismo —protesta Cuervo—. O uno de los hermanos Pacheco.

—¿Estás loco, carnal? ¿Que no sabes cómo se orientan esos borrachos? —Esputa la mujer al suelo y acto seguido hace un sonido de lo más desagradable. Luego exclama—: ¡Ni hablar! Este es mi coche, y lo conduzco yo misma. Que se atrevan a decirme algo cualquiera de los dos hermanos. Llevamos meses sin una contratación. ¡El verano pasado comimos de puro milagro! De no ser por mi pericia andaríamos por ahí con el estómago pegado a la espalda, más flacos que una liendre.

—Pero…

—¡Este es mi carro! De modo que lo poco que tengas me lo pagas a mí…, y, luego, yo administro.

El bachiller Juan Orviz, sorprendido con las formas amenazantes de la cochera, alcanza a leer la inscripción desgastada que luce el carruaje en la puerta.

«La Barraca de Río Grande.
Compañía de cómicos ambulantes».

La voz quebrada de la mujer saca al bachiller de sus tribulaciones:

—¿Es este tu amigo? ¿El chapetón? —inquiere ella, y el capitán Cuervo tuerce el gesto, incómodo—. Sí que es guapo, sí.

Se ve obligado a intervenir Leandro:

—Le presento a mi hermana, gachupín.

Alza las cejas el bachiller Juan Orviz, tan sorprendido con el encuentro que apenas si logra balbucir un saludo torpe.

—Guapo y mudo, según parece —dice Adela.

—Juan Orviz —aclara al rato el asturiano—. Encantado de conocerla.

La mujer se relame entonces el labio inferior, tan grueso y carnoso como repleto de heridas. Es una extraña belleza la suya, piensa Orviz. Salvaje. Casi amenazante.

—Vamos. No hay tiempo que perder —claudica el capitán Cuervo, resignado.

Los dos soldados echan al interior del carro las oportunas mantas, talegas y capotes. Guardan así todo aquello que han podido coger del presidio con la intención de guarecerse del frío y de la lluvia. Luego saltan al interior de la diligencia, que no tarda en poner rumbo oeste, por cierto, con la idea de tomar el desvío de La Bajada.

—Si os molesta algo, no tenéis más que apartarlo —dice la hermana del capitán.

Tres o cuatro máscaras viejísimas cuelgan de la pared interior de la berlina. Juan Orviz, que en más de una ocasión ha disfrutado de las bufonadas del teatro ambulante, identifica en ellas a los personajes clásicos de la conocida *commedia dell'arte*. Una careta de arlequín. El embozo de un pierrot. Dos antifaces negros, probablemente pertenecientes a Pantaleón y Polichinela.

—¿Era usted Colombina? —inquiere Orviz, curioso, al notar que falta una careta femenina en la colección.

Leandro Cuervo, afanado en recolocar el baúl en que su hermana guarda dos mudas, escopeta y provisiones para poder echar una cabezadita en la parte trasera del coche, se queda atónito ante la pregunta del asturiano. Adela, no obstante, gira la cabeza y lanza una mirada sorpresiva al bachiller.

—¡Vaya con el español! —exclama—. ¡Sabe de lo que habla!

—Algo he leído —responde Juan—. Y visto, no crea. En Barcelona, años atrás. Y en Sevilla. También en Madrid. Un grupo italiano actúa cada verano a las puertas del Palacio Real.

—Colombina —sentencia la mujer, presumida—. Esa era yo. Tentación y cebo para los viejos. ¡Musa de los amos! Amor inalcanzable de público y sirvientes.

Sonríe Orviz, melancólico. Está satisfecho de haberse topado con una representación del mundo civilizado en medio de tanta barbarie. Por minúscula que sea. No tarda en reencontrarse, sin embargo, con la cruda realidad del desierto neomexicano.

—Eso fue hace años, por supuesto —dice Adela—. Y no hicimos

más que diez o doce de aquellas funciones. Acá en el norte no funciona la comedia. No da plata. Desde hace tantito que nos limitamos a representar pastorelas. Ya sabe usted: el canto religioso, la carreta de la Muerte, la anunciación de la Virgen, el nacimiento de Jesús… También algún que otro baile, para la tropa, ya sabe.

—¿Eso sí da dinero? —inquiere Orviz.

Suelta una risotada la mujer.

—Pues tampoco mucho, si le soy sincera. Pero no me quejo. Tengo mis propios medios para llevar pan a la mesa. —Extiende una mano la mujer y busca a tientas la entrepierna del joven asturiano. No da con ella, pero acaba por propinarle un pellizco en el muslo que causa en Orviz un respingo confuso.

—Entiendo —responde al rato Juan, avergonzado.

—Y son bendiciones, no crea, que lo demás que hay por ahí son puras desgracias.

Juan Orviz procede entonces a escudriñar el paisaje. Ranchitos y cabañas de pastores se mezclan en el horizonte con un entramado de colinas onduladas. Estas lomas, piensa el asturiano, salpicadas de arbolitos deshojados, dan forma al panorama invernal en que ha tornado la provincia. El camino, que vadea el río en dirección sudoeste, lo transitan poco más que arrieros y agricultores. Más burros que caballos, de eso no cabe duda. En lo alto de un monte, un enorme molino aprovecha la corriente del río para moler grano que es transportado luego hasta la destilería que hay junto al camino.

—Cogburn Company —dice la mujer.

—¿Disculpe? —inquiere Juan Orviz.

—Angloamericanos. De los Estados Unidos. Han llenado el río de máquinas con el beneplácito del gobernador. Fabrican aguardiente. Malísimo, pero lo ponen barato.

Al cabo de un rato, la diligencia se dispone a cruzar el arroyo de los Aragoneses por el conocido paso de Oñate. Mientras lo hace, los ronquidos de Leandro Cuervo añaden su melodía al ritmo constante que provoca el crujir de las ruedas girando sobre la madera.

—¿Está usted casado, español? —suelta de pronto Adela.

—Prometido —responde Orviz.

—¡Híjole! —ríe la mujer—. ¿Enamorado?

—Eso creo, sí.

—Y quién es la afortunada.

—María, se llama.

Asiente Adelita Cuervo, y echa una mirada lasciva al bachiller. Luego inquiere:

—¿Ya han mantenido relaciones?

—¿Cómo dice? —pregunta a su vez el asturiano, que jamás ha hablado en esos términos con una mujer adulta.

—Ya sabe. No parece usted un hombre muy religioso. —Se encoge de hombros la mujer—. Y si lo es, puede estar tranquilo, que yo no se lo voy a contar al de arriba. Todo ese mitote del matrimonio es un cuento, se lo advierto.

Pese al desconcierto, el bachiller Orviz está fascinado con el hallazgo de Adela Cuervo. Y si bien es cierto que buena parte del embeleso tiene que ver con el misterioso atractivo de la mujer, el hecho de que la susodicha sea hermana del reservado capitán Cuervo otorga a la situación un punto de lo más interesante.

—¿Y usted? —inquiere Juan Orviz—. ¿Está casada?

—Lo estuve —responde ella—. Pero duró poco. Apenas un año. Ni eso.

—¿Falleció?

—Ojalá. Se fugó, el muy canalla. —Suelta de nuevo una risita aguda la mujer—. No lo culpo, por otro lado, que yo tampoco me hubiese aguantado.

Sonríe Juan Orviz, y se imagina por un momento separándose para siempre de María Badía, su prometida. Se interesa entonces por los sentimientos de la mujer:

—¿Lo echa de menos?

—Jamás.

—¿Y ha vuelto a saber de él?

—Según creo, contrajo segundas nupcias con una que es medio india. —Se para un momento Adela, y trata de hacer memoria—. Sí, eso me dijeron. Y se ve que la india lo trajo luego por el camino de la amargura, que por su culpa se unió a los insurgentes, y peleó con Hermosillo durante el saqueo de Arizpe.

—Un idealista, tal vez.

Lanza una carcajada la mujer.

—El pobre, que apenas si sabía hacer la o con un canuto… De eso nada. Mire, me lo imagino a veces entre proclamas de viva México y toda esa chingada y me muero de la risa —confiesa Adela—. No sé muy bien si lo corrieron a balazos o logró salvar la vida, pero ideas tenía las justas.

—¿Le dejó familia?

—¿Hijos, dice? —Sopesa su respuesta la de Sonora, y sigue—: Lo intentó. Y llegué a estar preñada, pero no crea que nos agarran bien los hijos a nosotros. Mi madre, sin ir más lejos, se preñó seis veces, y de las seis nada más que vinimos al mundo su amigo Leandro y una servidora.

Pasa así una hora. Y otra. Y Leandro Cuervo, que con tal de no escuchar a su hermana ha dormido más de lo que acostumbra, se despierta al fin con el semblante serio. Se lamenta al ver que el vehículo se ha quedado atorado en un bache y que se precisa de pico y

pala para extraer la rueda del socavón. La maniobra se alarga durante treinta o cuarenta minutos. Nada fuera de lo normal, sabe Juan Orviz, que a esas alturas es todo un maestro en el arte de viajar en caravana por los caminos de la América Septentrional.

—Adela —dice el capitán una vez que ha guardado las herramientas en el interior del carruaje.

—Carnal.

—¿Alguna nueva acerca del hijo de Pino?

Niega con la cabeza la hermana. Luego espolea a los animales para retomar la marcha, y divaga:

—Nada que no sepáis. El muchacho está medio mal del coco. Preguntamos por ahí y todo el que lo conoce nos vino a decir lo mismo. —Carraspea la mujer un largo rato—. Si mató a las hermanas y cometió la peor de las penas…, eso no te sé decir.

El bachiller Juan Orviz descubre en ese momento que su compañero, el capitán Leandro Cuervo, comparte información del caso con su hermana menor. No lo juzga. Tal vez hace dos o tres meses lo hubiera hecho, pero ya no. Toda ayuda es poca. Bastante tienen los dos soldados con lo suyo. Leandro y él investigan un caso imposible, en pleno invierno y sin ayuda de las autoridades provinciales.

—Y dígame, Juan, ¿qué tal se porta el capitán? —inquiere la menor de los Cuervo, con media sonrisa dibujada en el rostro—. Se lo digo porque el pobre fue siempre incapaz de hacer reír a nadie, ¿sabe? Debe de ser un fastidio sumar a lo trágico de su investigación una compañía tan pesada. Tan solemne y aburrida.

—Ya basta, Adela —se queja Leandro—. No has cerrado la boca en todo el día. Te juro por Dios que si no callas…

—¡Está bien, carnal! —exclama ella, y suelta una carcajada—. No empieces con las amenazas. Sé muy bien de lo que eres capaz. No hace falta que lo demuestres delante de tu amiguito.

Una vez han llegado al famoso arroyo de la Ciénaga, afluente del Santa Fe, el camino principal se divide en dos. Una de las bifurcaciones conduce al famoso rancho de las Golondrinas. La otra sigue el cauce principal del río, colina abajo, y continúa así durante varias leguas hasta alcanzar el cruce de Santo Domingo. Tras sopesarlo un buen rato, los que viajan en la diligencia de la compañía teatral escogen la segunda opción.

—Eso nos obligará a dormir al raso —señala Adelita Cuervo.

—Para eso te pagamos —responde su hermano.

La primera noche que Orviz comparte carro y mantas con los hermanos Cuervo hace tanto frío que los charquitos se congelan en la ribera de Río Grande. Los coyotes aúllan, a lo lejos. Ha de haber luna nueva, piensa el asturiano, que también ha aprendido en estos meses acerca del comportamiento de los lobos americanos. Alza la mirada

por ver si está en lo cierto. Una apertura en la lona que permanece atada a los laterales del carro le sirve para cerciorarse. El cielo, completamente despejado, concede al bachiller la visión de un nítido manto de estrellas. No hay luna. Tampoco ha de haberla en Oviedo, ni en Madrid, razona al rato. ¿Dónde estará María? ¿Se habrá olvidado de él? Ha pasado medio año desde que saliera del puerto de Cádiz. Demasiado tiempo. ¿Cuánto más ha de esperar? Si las cartas no llegan nunca, se verá obligado a desertar. Una vergüenza, piensa luego, una deshonra. Dicha mancha acompañaría por siempre al apellido que con tanto empeño levantaron su abuelo y su difunto padre.

Las ideas atormentan a Juan Orviz durante horas. Contradicciones y desvelos imponen su pesado yugo en la mente cansada del soldado. Al fin, cuando ya queda poco para que amanezca, cae rendido. Por suerte, esas últimas horas duerme tan profundamente que ni la helada, ni los coyotes ni los ronquidos de Leandro son capaces de alterar su sueño.

20

—Gachupín, despierte. Se oyen voces del otro lado de la alameda —susurra el de Sonora mientras zarandea el cuerpo de su compañero—. Se acercan dos jinetes.

Abre un ojo Juan Orviz, pero tarda aún unos segundos en identificar el lugar en que se halla. La mirada penetrante de Leandro Cuervo, tan seria y sosegada como de costumbre, lo ayuda a ubicarse de nuevo.

—¿Voces? —pregunta el asturiano, que no tarda en agarrar su arma, esconderla en su talega de piel, incorporarse y salir del viejo carro por la parte trasera.

No transcurre ni un minuto cuando, efectivamente, aparecen dos jinetes en el claro en que han pasado la noche los Cuervo y el asturiano. El encuentro pilla por sorpresa a los recién llegados, que se sorprenden al ver el coche de la compañía teatral aparcado a diez o doce varas de la vereda.

—¿Y esto? —murmura uno de los dos tipos.

—Buenos días —responde el capitán Cuervo.

Tras leer el rótulo que lleva la diligencia en la puerta, sonríe perplejo el otro de los dos tipos.

—¿Actores? —inquiere displicente.

—Así es —dice ahora Adela, que sospecha enseguida, y no para bien, al ver las formas, el armamento y el atuendo polvoriento de los desconocidos: sombreros andaluces de paño, ponchos ajironados, puñal y pistola en el cinto.

—¿Cuántos son? —se interesa el más viejo de los dos jinetes, medio oculto su rostro tras una bandana de paño fino.

—Unos cuantos —miente Leandro Cuervo, y lamenta en ese momento no haber cogido del cinto más que su viejo machete—. ¿Por qué quiere saberlo?

—Curiosidad.

—Van tomados —musita luego Adela al notar el vaivén extraño que hace el tipo sobre el caballo.

El caso es que el rostro del que habla le resulta familiar al capitán.

—¿Quiénes son ustedes? —sigue Adela, a la defensiva, si bien es cierto que cree conocer la respuesta, de modo que retrocede unos pasitos en dirección a la alameda.

No responde el hombre de la bandana. En su lugar, escudriña a Juan Orviz, y echa la vista más allá, para descubrir que no hay más cómicos repartidos por el terreno.

—Son solo tres.

—¿Tres? ¿Y viajan con una mujer? ¿Que no saben que se están poniendo cabrones los caminos? —vuelve a preguntar el más joven, y le dice a su acompañante—: Tres actores para un carro, Murrieta; hoy es tu día de suerte.

El más joven espolea luego a su montura y da un rodeo vago con intención de intimidar a los hermanos. Orviz percibe el ánimo desabrido del individuo —que es medio indio— y permanece muy alerta. Los ojos bien abiertos, el cuerpo en calma, la mente despierta. Por supuesto, el arrojo del español no tarda en llamar la atención del jinete, que lo señala con el dedo al tiempo que ordena:

—Usted, al suelo.

El asturiano permanece en pie, helado, y busca con la mirada la complicidad del capitán Cuervo, que pone cara de circunstancia.

—Yo… —empieza, sin saber bien qué decir.

—¿Que no me ha oído, acaso? —exclama ahora el joven, muy serio.

—Le he oído —responde Juan.

—¡Pues ándele! Al suelo.

Suspira el español, harto de los imprevistos, peligros y desasosiegos del septentrión novohispano.

—Está bien.

Juan Orviz clava las rodillas en el suelo, pensando que el gesto es ya lo bastante humillante. El hombre, sin embargo, que parece estar divirtiéndose de lo lindo, insiste:

—Así no. Tumbado.

La situación empieza a complicarse cuando, tras obedecer al que lo amenaza —la hierba húmeda acariciándole la cara, el rocío empapando su calzón de tripe azul—, Orviz escucha el sonido metálico de las herraduras del caballo del bandido pisando con fuerza junto a su cabeza.

—¿Qué diablos pretende? —inquiere Leandro Cuervo, indignado, y empieza a escudriñar el rostro del más joven, con la certeza de que a este también lo ha visto antes—. Lo va a matar. Díganos qué quieren y acabamos antes.

—Cálmese —responde Murrieta, el de la bandana, y saca del cinto una escopeta corta, de marca inglesa y ánima rayada, con la que apunta directamente al rostro del capitán Cuervo—. Que no es más que un juego. ¿No ve?

El indio joven, risueño, sigue dando vueltas con su caballo alrededor de un asustado Juan Orviz. Es un baile grotesco. Un

pasatiempo sádico que, saben todos los presentes, puede acabar en tragedia. En un momento dado, el animal hunde su pezuña en la espalda del asturiano, que grita de dolor y rueda luego por el suelo, tratando de esquivar las pisadas del enorme caballo alazán. Una de ellas, sin embargo, lo golpea en la mandíbula y lo deja medio aturdido.

—Hijo de la chingada —espeta Leandro.

Contienen el aliento los hermanos Cuervo al ver la siguiente maniobra del jinete. Lo primero que siente Juan Orviz es calor. Un reguero húmedo que le empapa el hombro izquierdo y le salpica de cuando en cuando en la cara. Logra abrir un ojo el asturiano. Al hacerlo, descubre que el animal ha empezado a orinar, de modo que repta por el suelo, asqueado, e intenta levantarse para defenderse del ataque cobarde e inmisericorde de su asaltante. Por desgracia, no dura en pie más que un par de segundos. Una nueva acometida del caballo, a traición, lo empuja de nuevo contra el suelo frío del camino.

No te dejes matar, piensa Orviz, mareado. *No puedes morir aquí.*

Acto seguido, el bachiller nota cómo el casco del equino aprisiona su mano contra una roca, y siente un latigazo terrible que le hace chillar de dolor.

Es este segundo alarido el que acaba con la paciencia de Adela Cuervo. A esas alturas, la mujer da por hechos el oficio y la adscripción de los intrusos, de modo que toma aire, hastiada, y corre en dirección al carruaje.

—No mames —murmura Leandro.

—¡Vuelva aquí! —espeta el viejo, que hasta ese momento disfrutaba del espectáculo.

—¡Váyase a la chingada! —responde ella—. ¡Leandro, dispara!

Casi por acto reflejo, el de la bandana gira el cañón de su escopeta y apunta a la espalda de Adela. Trata de abrir fuego, pero el frío ha encasquillado la llave del arma, y no logra accionar el gatillo. Responde a toda prisa el capitán Cuervo, que tira con fuerza de la cincha de su montura para robarle la escopeta al bandolero. El movimiento, seguido de un golpe certero, provoca además que el jinete caiga al suelo, desorientado.

—Mejor quédese quieto —amenaza Cuervo al que sigue circundando a Juan Orviz, mientras apunta con su escopeta al bandido derribado— si no quiere que le meta un tiro en la sien a su amigo.

El asturiano se incorpora deprisa, dolorido aún, pero dispuesto a sumarse a la trifulca. Saca de la talega su pistola y apunta con ella al bandolero que le ha estado apalizando desde lo alto del caballo.

—No disparen —suplica el que está en el suelo.

Orviz cree reconocer en ese momento al tipo que tiene del otro lado de la mirilla. Adela, por su parte, llega al fin al carro, y saca del

maletero una pistola de viaje. Cañón corto y percusión lateral.

—Ustedes no son actores —adivina el tipo de la bandana, enojado.

—Levante las manos —ordena Orviz. La voz quebrada. Los ojos llorosos de pura rabia—. Y arroje las armas al suelo.

Entre susurros de protesta y amenazas vagas, los dos bandidos ceden, sabiendo que cualquier resistencia será inútil ante la respuesta firme de los tres que se alzan contra ellos.

—¿Reconoce a este, capitán? —quiere saber Orviz, nervioso.

—Le iba a preguntar lo mismo, gachupín —responde el capitán, y vuelve la mirada al que permanece aún en su montura—: Usted, apéese del caballo o le vuelo la cara a su amigo.

—Si dispara, es hombre muerto —responde el hombre mientras obedece a Cuervo—. Hay cinco de los nuestros del otro lado de la alameda. Oirán el estallido y en menos de lo que canta un gallo se plantarán aquí mismo y le mandarán a la chingada.

El dato, que tiene toda la pinta de ser cierto, acaba por confirmar las sospechas del capitán Cuervo.

—¿No serán ustedes los mismos tipos que interceptaron un coche de caballos hará cosa de tres meses, a la altura de Santo Domingo?

Suelta una risa maliciosa el de la bandana, que se junta ahora con el otro. Las manos sobre la nuca y las rodillas hundidas en el barrizal.

—No sé de qué me habla.

—¡No se mueva! —ordena Adela Cuervo, que ha vuelto al fin hasta la posición de los soldados. Luego introduce una bala en su arma y tira de la llave de percusión con la intención de encañonar al forajido, que no puede evitar soltar una pérfida risotada al descubrir en la señora la determinación de un justiciero.

—Un carro negro tirado por cuatro caballos —insiste el sonorense —. Mataron ustedes al cochero. Un indio muy alto. Un apache al que decían Angelito. El carro pertenecía a la familia Pino, y en su interior viajaban dos soldados del rey.

Abre los ojos el maleante, sorprendido. Ahora que los tiene delante, cae en la cuenta de quiénes son los tipos con los que se ha topado de buena mañana.

—¡Mira nomás! —exclama, pasmado—. Son ustedes. Los soldados que andan persiguiendo al diablo que se llevó de este mundo a las mocosas del señor Pino.

—Los mismos —responde Cuervo.

—¡Órale! Y siguen vivos. Ya me acuerdo de usted, español —le dice luego a Orviz—. La cicatriz le queda bien, no crea. Le hace ver bien garrudo.

—¿Estos son los pelones que os robaron? —se interesa Adela, que conoce bien a la banda de ladrones que encabeza el desperado Jacinto Cienfuegos, al que todos conocen como el Peludo—. Debí imaginarlo,

carnal. Demasiado tiempo han esquivado el garrote estos pendejos.

—¿Qué fue de la diligencia? —inquiere Juan Orviz, muy serio.

—La vendimos.

—¿A quién? —pregunta luego.

—Qué sé yo. A uno que la quiso comprar —responde con desgana el bandido—. Vaya cosa.

—Díganos a quién se la vendió, chachalaco cabrón, si no quiere que le rebane el pescuezo —se enoja Adela, y agarra al tipo por la nuca.

—¡En Chama! —exclama al fin—. La vendimos en Chama a uno de dueños de la mina de Las Cumbres.

Se revuelve en ese instante el más joven de los dos ladrones, enrabietado, y por poco le quita el arma a la hermana del capitán Cuervo. Aprovechando el caos momentáneo, el otro embiste con furia al bachiller Juan Orviz, que vuelve a darse de bruces contra el suelo. Patalea uno, se arroja encorajinado el otro. Golpes, empujones. Para acabar de una vez con la rabia son necesarios dos machetazos del capitán Cuervo. Zas, zas. Las cuchilladas son más que suficientes para hacer que los bandoleros caigan de nuevo al suelo, ensangrentados. El uno se palpa el cuello, asustado, y retira la mano al instante, toda manchada de sangre. El otro se lleva la mano a la barriga para descubrir también una herida profunda, que tiñe enseguida su camisa.

Aún tiembla Juan Orviz de rabia e impotencia cuando Adela saca un cuchillo finísimo —que más parece un abrecartas— y desliza su hoja por el cuello del bandolero indio, el único de los dos que se debatía aún entre la vida y la muerte. Se lame luego la comisura de los labios, airada, y emite una risita nerviosa.

Nadie dice nada durante un largo rato. Solo Cuervo, que no le quita ojo de encima a su compañero, se atreve a señalar una realidad que considera tan cruel como evidente:

—O matamos al resto o nos perseguirán durante días y acabaremos por morir nosotros.

Se le corta la risa a la hermana.

—¿Estás loco, carnal? —le recrimina Adela—. Vámonos de aquí.

Analiza la situación Orviz, que permanece muy callado. Trata de hacerlo con perspectiva, teniendo en cuenta todos y cada uno de los factores que rodean al homicidio, tal y como aprendió a hacer durante sus años en el servicio secreto. Observa los dos cuerpos mutilados, con heridas más que evidentes en el cuello y en el abdomen. Luego sigue el reguero de sangre que se pierde por la alameda, donde piafan los dos caballos que, hasta hace un rato, daban servicio a sus dueños. Repara al fin en el peso de la diligencia: la marca que dejan sus ruedas por el sendero conforma un rastro imposible de ocultar.

—El suelo está prácticamente congelado —dice al rato.

—¿Qué tiene eso que ver? —inquiere Adela.

—No podemos enterrarlos.

Resopla el asturiano, y se convence a sí mismo de que no hay otra opción. ¿O sí? Le asalta la duda. Quiere creer que esa tierra indómita y salvaje no está cambiando su forma de ser. Que sus principios pueden prevalecer ante tanta sinrazón. Ante tanta barbarie. Luego abre la boca, que aún le duele la mandíbula tras la paliza que acaba de recibir, y nota cómo la sangre le corre por el rostro. La cicatriz. La herida se le ha vuelto a abrir.

—Lleva usted razón, capitán —dice al fin.

La choza de madera que ofrece refugio a la banda del Peludo amanece sumida en una humareda colosal. Algo —o alguien— ha taponado el saliente de su chimenea. Los que han pasado la noche en la guarida, a excepción de un par que al alba salieron a por agua, se despiertan entre toses, jadeantes, una mano sobre la garganta y la otra a tientas, buscando una ventana, una puerta, un resquicio por el que escapar de la nube grisácea que inunda el interior. Alberto Pavón, el más veterano de los bandoleros, ni siquiera ha sido capaz de levantarse de la cama. La noche pasada bebió demasiado pulque, y su estado catatónico le impide ahora luchar por su propia vida. Muere en su camastro, sonriente, rodeado de compañeros que buscan desesperados salir al exterior. Los hermanos Gray son los siguientes en perder el conocimiento. Ellos sí dan con la entrada de la casita. Sin embargo, tras varios minutos haciendo lo posible por empujar la pequeña puerta, llegan a la conclusión de que algo la está obstruyendo desde fuera. Aunque para entonces ya es demasiado tarde, logran alertar de ello a los dos últimos. Es por eso que Jacinto Cienfuegos, el líder de la cuadrilla, un tipo menudo y desagradable al que todos conocen como el Peludo, sale del lugar por una ventanita. Lo sigue de cerca Tizón, ataviado como siempre con su característico pañuelo rojo, calzón de paño grueso y camisa a medio abrochar. Una vez han logrado escapar del cuartucho, tosen una y otra vez, como queriendo expulsar el veneno que han inhalado mientras dormían. Es entonces cuando Jacinto, que se frota los ojos en un intento infructuoso por aliviar el escozor, descubre ante sus narices la silueta de tres figuras misteriosas. Dos hombres y una mujer.

—Dispara, carnal —dice la dama.

—Merecen garrote —responde el capitán Cuervo—. O una soga al cuello. Son fugitivos buscados por el Gobierno de Nuevo México.

—No hay tiempo —sentencia Juan Orviz, muy serio, y dispara a bocajarro.

La bala atraviesa el rostro del bandido del pañuelo rojo, que cae muerto en el acto.

Jacinto Cienfuegos, al verse en inferioridad, se limita a escudriñar con vehemencia el rostro de sus atacantes. Por un momento, Orviz cree reconocer en el tipo un gesto de sorpresa. Tal vez la marca que luce el bachiller sobre la cara le haya hecho recordar su anterior encuentro.

—¡Viva México! —exclama entonces el desperado, y clava la mirada en los ojos cansados de Juan Orviz.

Es un disparo del capitán Cuervo lo que acaba finalmente con la vida del criminal. No hay jaleos de ninguna clase, ni celebraciones. Tan solo humo, sangre, miseria. Mientras los hermanos Cuervo —obligados a colaborar juntos muy a pesar de las circunstancias— inspeccionan la guarida de la banda, Orviz permanece en silencio. El cuerpo dolorido. La vista fija en el horizonte, inmenso. Sentado en una roca, contempla cómo el sol se levanta ya a esa hora más de un palmo del suelo. Han de marchar. Deben poner rumbo al vallecito de Atrisco, donde una familia rota busca un rayo de esperanza que los ayude a dar por fin con el asesino de sus seres queridos. *¿Qué sentido tiene?,* se dice el asturiano. *¿Qué paz puede traer al mundo alguien dispuesto a quitar la vida? Tal vez sea mejor no hacerse tantas preguntas,* piensa luego. Basta con desempeñar de un modo honesto la tarea para la que uno ha sido requerido. Para la que lo han seleccionado. Así han de ser las cosas mientras siga atrapado allí, tan solo, tan abandonado, sintiendo cómo se despedaza su alma en el extremo más lejano del mundo.

21

—La ranchería de Atrisco, al fin —musita Adela Cuervo.

Juan Orviz corre la tela que protege la diligencia y descubre un centenar de casitas bajas en la orilla del Río Grande. Algunas tienen un tamaño considerable. Disponen de patio, huerto y hasta de un pequeño potrerillo, que es como llaman en la zona a los corrales amplios para caballos. Otras, en cambio, son poco más que cubículos de adobe y paja en los que malviven hacinadas familias enteras.

—La última vez que pasé por aquí esto no era más que el puesto de un feriante —dice Leandro.

—Hay cientos de cabezas de ganado —observa Orviz, agradecido, al menos, de volver a ver rastro de civilización tras varias jornadas penando entre cortaduras del terreno, puentes caídos, pasos inundados y, por supuesto, bandas de forajidos dispuestas a acabar con su vida.

Entiende rápido el capitán Cuervo que Atrisco ha prosperado en los últimos años. Hoy tiene varias calles, un enorme almacén y hasta un cartel de madera tallada que indica la dirección exacta de los principales terratenientes. Seiscientas cabezas de ganado mayor —más de cincuenta son bueyes—, unas dos mil de ganado lanar y cerca de sesenta caballos. Los lugareños se aprovechan de la influencia de la próxima Albuquerque para sacar partido a las cada vez más sonadas ferias de ganado. Tal vez por eso sea, con diferencia, la ranchería que más ha crecido de cuantas se encuentran de ese lado del río.

—Para que vea, gachupín —señala el capitán—. Debimos habernos dedicado al pastoreo. O a la cría de la vaca de cuerno largo. La de disgustos que nos hubiéramos ahorrado.

Con todo y con esas, el sitio no es más que un pueblo polvoriento y desprotegido. Criadores y vaqueros llevan años tratando de conseguir un mercado, una feria propia o un cura para el municipio. También han escrito al gobernador, exigiendo que los pocos milicianos y dragones de cuera que aún recorren los caminos del norte tengan a bien parar de vez en cuando por su terruño y ahuyentar con su presencia a los indios hostiles —navajos, en su mayoría— que de cuando en cuando amenazan con tomar prestado un caballo o prenderles fuego a uno de los establos. Por supuesto, nadie ha respondido a las cartas de desamparo.

La casita de Luciano Ortega está a las afueras del sitio. Cuatro

paredes de adobe atravesadas por las correspondientes vigas de madera. Juan Orviz y Leandro Cuervo, que han dejado a la hermana del capitán custodiando la carreta en la que viajan los tres, tocan a la puerta y esperan un rato.

—¡¿Son los soldados?! —grita una voz femenina desde el interior.

—Así es, señora —responde Cuervo—. ¿Es usted la esposa de Luciano Ortega?

—La misma, sí. Si no es molestia, háganme el favor de dar la vuelta y entrar por la puerta de atrás. Esta la tenemos atrancada, ¿saben? Que nunca se sabe.

Obedecen los dos hombres, algo desorientados al principio. No tardan, sin embargo, en reconocer a quince varas el arquito que hace las veces de acceso lateral. Allí los espera Mercedes, que es como se llama la mujer del vaquero. Morena, delgada, el mandil casi tan sucio como las manos, llenas de harina.

—Pasen, por favor, están en su casa —dice la tal Mercedes.

—Gracias, señora —responde Orviz.

—¿No pasa la mujer?

—¿Qué mujer? —pregunta Cuervo, sin saber que la señora se refiere a su propia hermana.

—La que los ha traído a ustedes —responde ella—. Los vimos cruzar el vado de la acequia en ese enorme carro rojizo.

—Ah, sí. Esa mujer —sonríe con impostura el capitán—. Descuide. Nos espera fuera.

El rancho tiene poco de original, si bien para Orviz no deja de ser una experiencia recorrer el pasillo angosto que, como es habitual en Atrisco, conduce a un patio interior humilde y recogido. Mal pintadas de cal sus paredes irregulares.

—Disculpen la humareda, que preparábamos tortillas hace un rato.

Los hombres vuelven la cabeza. A Orviz, que nunca ha visto una, le sorprende la cocina de humo. Se trata de una lumbre prendida en el centro del corral. Las llamas manan verticales de una montaña de varas secas de árbol hasta toparse con el techito de yerbas húmedas. En su interior, dos metates custodian la olla en torno a la que la familia ha pasado la mañana preparando nixtamal.

—Mi marido está dentro. Y mi hermana, claro, que para eso han venido. Pobrecita. Me son pacientes con ella, se lo ruego.

—Descuide —trata de tranquilizarla Juan Orviz.

—Pobrecita —repite la mujer—. ¡Que ha perdido un marido y un hijo! Qué digo perdido, se los han robado. Qué espanto. Qué tragedia.

Leandro, cegado por el humo, se abre paso a través del patio como el marino que atraviesa una tormenta, con las manos por delante, tanteando el camino con cautela hasta que choca, al fin, con una puerta entreabierta de madera.

—Sin miedo, empuje bien la puerta, que a veces se atasca —dice Mercedes.

El interior de la casa es austero, pero acogedor y cálido. El aroma de la comida recién hecha se mezcla con el hedor a paja y a estiércol que proviene del rancho colindante. Orviz observa los travesaños que custodian cada una de las puertas del lugar. Las paredes de adobe grueso. La techumbre de barro. Intenta avanzar hacia el interior, pero le cuesta, pues el mezcal derramado por el suelo hace que se le peguen las botas al suelo. Chof, chof.

—¡Vinieron! —los sorprende una voz a sus espaldas—. ¡Muchas gracias! De verdad, no saben lo agradecidos que les estamos.

—Luciano —saluda Cuervo—. Lo prometido es deuda.

—¡Pero no crean que es habitual! —le interrumpe Luciano Ortega —. Son ustedes los primeros *soldaos* que vienen hasta acá. Yo ya le dije a mi mujer que vendrían. ¡Se lo dije! Su fama le precede, señor Cuervo. Es usted un hombre de palabra. Qué bueno que le hayan asignado esta tarea, ya lo creo que sí. Y también le doy las gracias a usted, Juan. Que Dios los bendiga.

—Ojalá y podamos ser de ayuda —responde Orviz, abrumado con el recibimiento.

—Pónganse cómodos, por favor.

A esa hora del día, las ventanas permiten que la luz del ocaso bañe la casa con un suave tonito dorado, y el rostro del señor Ortega, rechoncho y amable, luce del mismo naranja que la chimenea de ladrillo sobre la que permanece apoyado el anfitrión.

—Muy amable —responde Orviz, que en ese preciso instante alcanza a ver, sentada frente a una mesita de madera de álamo, a una mujer de rasgos indios. Va ataviada con vestido camisero, pañuelo a la cabeza y mandil.

—Les presento a mi cuñada Encarna —indica, oportuno, Luciano—. Salude usted, Encarnita.

Orviz y Cuervo saludan con gesto cortés y, tras aceptar de buen grado la respuesta susurrada de la señora, toman asiento frente a ella. Morena, enjuta, ligeramente cejijunta. La suya es una cara amplia, redonda, con la mirada perdida de quien conoce, muy a su pesar, las crueldades de este mundo.

—Un hogar muy agradable el suyo, señor Ortega —dice Cuervo al tiempo que ahueca el cojín bajo el trasero. Luego se enciende un cigarro, cuyo humo se suma al que ya flota a causa del nixtamal.

—Le agradezco, capitán.

Juan Orviz observa entonces a la señora. Encarnita, viuda de Tiburcio Vigil y madre del también asesinado Manolito Vigil, disimula la tristeza como buenamente puede. Permanece muy callada, eso sí, y se limita a aferrar con fuerza el mandil, repleto de jirones. El asturiano

comprueba luego con la mirada cómo entra en la estancia Mercedes, la hermana de la pobre viuda. Al ver que Mercedes permanece en pie junto a su marido, y a una distancia más que prudente de ellos, decide romper el hielo:

—Buenas tardes, Encarna. Muchas gracias por acceder a hablar con nosotros. Mi nombre es Juan. Juan Orviz. El que me acompaña es Leandro…

—Cuervo. Leandro Cuervo, capitán del presidio de El Paso —interrumpe el sonorense, sin rodeos, y mira fijamente a la señora—. Disculpe el acento de mi compañero. No es de por acá. Como sabe, hemos venido a hablar con usted acerca del trágico incidente que se llevó de este mundo a su esposo Tiburcio y al hijo de ambos.

—Eso me han dicho —responde ella, al fin. La voz casi tan fría como la mirada.

—Estamos investigando ese asunto, ¿sabe? —continúa Cuervo, y le da una calada al cigarro.

—No es verdad —le interrumpe la señora con una sonrisa cortante dibujada en el rostro.

—¿Cómo dice?

—No están ustedes persiguiendo al asesino de mi pequeño —responde Encarna con rotundidad—. Nosotros no le importamos a nadie, capitán.

Enarca las cejas Cuervo.

—Pero así es…

—No, no lo es —le corta ella—. Ustedes dos andan tras el asesino de las hijas de ese Anselmo Pino, de Galisteo. Un empresario. Un comerciante rico que puso tienda y tiene plata con que pagar la venganza de los suyos. ¿Pero nosotros? ¿Que acaso no ve dónde vivimos? Somos pobres, capitán. No me venga con patrañas.

Se mesa los bigotes Leandro Cuervo. Debió haber previsto la queja. En sus años como soldado presidial oyó tantas veces la misma cantinela que acabó por hacer caso omiso de ella. El trato desigual entre colonos de la frontera. La eterna diferencia entre terratenientes ricos y campesinos pobres, incapaces de granjear los gastos derivados de su protección.

—No ha de preocuparse por eso —interviene Juan Orviz en un arrebato idealista—. La ley es igual para todos, doña Encarna. Le ampara a usted la nueva Constitución.

Suelta una amarga carcajada la mujer a la que por supuesto desearía unirse el sonorense. Apenas sabe la viuda de la existencia de la carta magna. Mucho menos entiende en qué diablos le afectan a ella todas y cada una de las sandeces que recoge el dichoso texto entre capítulos rimbombantes y artículos innecesarios.

No tarda en responder la señora:

—No sé leer, chapetón. Ni entiendo de leyes. Pero créame, que de injusticias sé un rato, y esas no se esfuman por mucho que los poderosos escriban papelajos. —Las lágrimas de pura rabia se amontonan en las mejillas de la mujer—. No, mis señores, ustedes no están acá para saber quién acabó con los míos.

Leandro Cuervo pierde la paciencia y arrima su silla a la mesita que lo separa de la tal Encarna. Después lanza al suelo el cigarro, lo pisa, clava sus ojos negruzcos en la mirada marchita de la viuda y, con calculada rotundidad, sentencia:

—Escuche, señora. Lleva razón en algo. A nadie más que a usted le importa una chingada la muerte de su hijo. No estamos aquí para llorar la pérdida de su marido. De seguro el tal Tiburcio fue un pobre diablo ahogado por las deudas y por el licor de maguey.

—Mi esposo no era ningún borracho —se queja la viuda.

—Me vale madre. Lo que le quiero decir es que mi amigo gachupín y yo jamás hubiésemos pisado este rancho de no haber sido por la insistencia de su cuñado. Pero está de enhorabuena. Si lo que nos cuenta el señor Ortega es cierto, el sinvergüenza que acabó con la vida de los suyos ha cometido el error de meterse con alguien más rico y mucho más poderoso. —Tose y traga saliva el capitán, a punto de ahogarse a medio discurso—. Ahora tiene usted dos opciones. La una es contarnos todo lo que sabe y ayudarnos a descubrir si ambas tragedias tienen una causa común. La otra es enfangarse en lo suyo, protestar enrabietada como estoy seguro que hace a diario y hacernos perder un tiempo que, por si no se ha dado cuenta, no tenemos.

La mujer se toma un momento antes de responder. En ese lapso busca apoyo en la mirada serena de su hermana. Asiente Mercedes, y solo entonces accede a hablar Encarna de su tragedia particular. Del evento que segó su alma para siempre. Del fatídico día en que su marido y su único hijo aparecieron muertos en una pequeña acequia junto al ranchito de Elena Gallegos, a media legua de allí.

—Me los mataron a los dos. Hace ya más de un año —empieza la mujer—. El pequeño no tenía más que once años. Mi esposo por poco alcanzaba los cuarenta. Los encontraron al alba, toditos manchados de sangre, con esas heridas tan horribles. Ya saben. Astillas en las manos, y ataditos por los pies.

Saca libreta y estuche el bachiller Juan Orviz, y anota con diligente aplomo todo lo que les va contando la señora.

—¿Quién los encontró? —inquiere el español en un momento dado —. ¿Y quién le dio a usted el aviso?

La viuda tiene la sensación de estar expuesta, desnuda ante tanta pregunta. Aun así, responde:

—Mi cuñado me contó a mí, pero a él le dijeron los vaqueros que trabajan donde el rancho del alcalde.

Interviene entonces don Luciano Ortega:

—Así es. Vinieron a buscarme de buena mañana. Sabían que andábamos preocupados. Piensen ustedes que desde hacía diez días no aparecían ni el padre ni el hijo.

De nuevo una desaparición prolongada antes de la sentencia, piensa irritado el capitán Leandro Cuervo.

Sigue la mujer, con la voz quebrada y el semblante serísimo, casi inerte:

—«Te los han matado, Encarnita», me decían las vecinas. Yo no quise creerlas. —Se encoge de hombros la viuda, aprieta los labios un poco y luego los tuerce, compungida. Pese a la angustia, eso sí, continúa de forma sincera, rabiosa—: Y no las creí hasta que no vi al pequeño con mis propios ojos. Heridas en las manos y espinas de cholla clavadas en la espalda.

—¿Disculpe?

—La cholla es un cactus —explica Cuervo, muy serio.

—Lo lamento —murmura Orviz, apenado.

—No las creí hasta que vi las tres cruces dibujadas sobre la frente de mi marido. Como si el mismo diablo hubiese querido burlarse de su fe. De sus creencias más sinceras.

Juan Orviz toma notas en su libreta.

«Espinas de cholla clavadas en la espalda, tres cruces dibujadas sobre la frente».

Mientras lo hace, escucha, muy atento. Su mirada compasiva se topa de vez en cuando con los ojos alicaídos de la señora.

—¿Sospecharon ustedes de alguien? —suelta Orviz.

—De los navajo.

—¿Llegaron a ir tras ellos? —Ahora es el capitán Cuervo quien habla.

—Desde luego. La milicia de Albuquerque se organizó para dar un escarmiento a los indios. Pero regresaron con las manos vacías, no crea, que hubo una que aseguró una y mil veces que los indios no habían sido.

—¿Quién? —pregunta Orviz.

—La Mujer Búho —susurra Encarnita.

—¿La Mujer Búho? —se interesa Leandro Cuervo, y suelta una risotada—. ¿Vive aún?

—Eso dicen. Cerca de Acoma.

—¿Quién es la Mujer Búho? —pregunta Orviz.

—Una bruja de los navajo —explica Leandro Cuervo—. Más leyenda que otra cosa, no crea.

Asiente Encarna, y prosigue:

—Leyenda o no, los hombres decidieron creer su versión, y ya

nunca nadie ha vuelto a investigar ese asunto.

—Con el debido respeto, señora, la muerte de su familia no parece cosa de los navajo —sentencia el capitán Cuervo.

—¡Eso mismo dije yo! —añade Luciano Ortega, orgulloso de coincidir con el que sabe que es uno de los más célebres conocedores de los pueblos nómadas de la frontera. Juan Orviz, no obstante, aprovecha el despiste del capitán para anotar dos palabras en su cuaderno de tapas encueradas:

«Mujer Búho».

Al cabo de un rato, y a petición del propio Orviz, la mujer hace una descripción detallada de la actividad económica y social de su familia. Muy por encima de todo lo demás, al soldado liberal le llama la atención una frase:

—Mi marido y mi hijo pasaban mucho tiempo juntos. Y no crea que siempre me contaban. Para que se haga usted una idea, en una ocasión decidieron hacer voto de silencio.

Se miran Orviz y Cuervo, a sabiendas de que ya han oído antes una historia similar.

—Cuéntenos mejor eso del voto —dice Leandro.

—Fue por Semana Santa. Hará dos o tres años, no recuerdo bien.

—¿Y aquello no le resultó extraño? —pregunta el capitán Cuervo.

—No fue más que una vez. Un gesto de fe, ya sabe usted —explica Encarna, quitándole importancia al asunto—. Mi marido era muy devoto. Inculcó siempre en Manolito los valores católicos de su familia. En otra ocasión se lo llevó hasta los ranchos de Isleta, nada menos, a ayudar a uno de sus hermanos con el parto de una vaca rebelde. No vean cómo me trajo al niño, el pelo todo sucio y la ropa llenita de sangre.

Se le escapa un ruidito quejumbroso a la madre al reconocer el paralelismo entre la anécdota que les cuenta a los soldados y el mal día en que, también llenito de sangre, sostuvo a los pies del arroyo el cuerpo inerte de su pequeño.

—Su testimonio es de mucha ayuda —dice el más joven de los dos soldados a medida que moja su pluma en el tintero—. Es usted muy valiente.

—Pues no crean que soy la única. Si viajan ustedes hacia el este, por el río, llegarán al pueblo de Laguna. Allí vive una mujer con una historia similar —añade la viuda—. Algunos achacan esta desgracia a la Llorona; estoy segura de que lo han oído.

—Lo hemos oído. —Cuervo asiente.

—No se crean esos mitotes. Hay alguien detrás de todo esto. Vayan e interroguen a las otras, que las hay.

Duda un instante Juan Orviz. La posibilidad de que el responsable del asesinato de las hijas de Anselmo Pino sea el mismo que del del hijo y el marido de Encarnita se dibuja ahora sobre el lienzo en que va trazando los vericuetos de la investigación.

Esta nueva opción, piensa el asturiano, aleja del centro del cuadro al hermano de las chiquillas. Qué sentido tendría. Ninguno. Menos aún si, como asegura la mujer, son más los casos que se reparten por todo el valle.

Lo más provechoso del encuentro ocurre unos minutos después. Con el debido permiso, se levantan de sus asientos Juan Orviz y Leandro Cuervo. Luego recorren con ahínco una habitación de la casa tan repleta de utensilios que casi parece un almacén. Según les cuenta Luciano Ortega, está llena de las pertenencias del difunto Tiburcio Vigil. Lo cierto es que en su interior hay un buen número de herramientas. Cuatro o cinco cuerdas de arreo, una aguja para marcar ganado, un cuchillo de desollar y un rastrillo que tiene aún los dientes repletos de heno. Pero hay también un baúl, una estantería repleta de extraños frascos y un pequeño cajoncito con ropa en el que solo hay prendas de niño.

—La ropa de mi marido se la regalé a mi cuñado —dice la mujer desde el pasillo, más entera ahora que ya se ha acostumbrado a la presencia de los soldados—. Y no crea que soy de acumular, que si mi hermana hubiera tenido chamaquitos le habría regalado también la del pequeño.

Juan Orviz observa con desagrado los botes que se amontonan en la única estantería que hay en la pequeña sala. Gusanos muertos en un par de ellos. En el siguiente, un gran hongo viscoso que no sabe identificar. Un líquido amarillento en el de más allá. Las sustancias en severo estado de descomposición, sin embargo, lo animan a hacer la pregunta que lleva mascando toda la tarde:

—¿Cómo enterraron ustedes los cuerpos? —inquiere, y lo hace en voz baja, para asegurarse de que tan solo el señor Ortega pueda oír el atrevimiento.

—¿A qué se refiere? —responde su anfitrión.

—¿Usaron ataúd?

—Me temo que no, que no nos alcanzaba —confiesa el vaquero—. Cubrimos sus cuerpos con mantas. Pero no crea, que fue una sepultura cristiana.

Se lamenta Juan Orviz, a sabiendas de que, una vez más, han perdido una valiosa oportunidad de hacer una disección *post mortem* y agilizar la resolución del caso.

—Gachupín, mire esto —dice Cuervo.

El sol se debe de estar poniendo ya tras las colinas occidentales, piensa el asturiano cuando alza la cabeza. En el centro de la estancia,

recortada su figura contra la luz tenue y rojiza que baña la pequeña alcoba, el capitán sostiene un pequeño libro. Juan Orviz lo toma en sus manos. No tarda en descubrir que se trata de una pequeña biblia de tapas ajadas y páginas amarillentas.

—Ábrala usted. Por la primera página —susurra el de Sonora.

Hace caso el joven y descubre, en tinta negra, y en una de las primeras hojas, una dedicatoria de lo más extraña.

«Desde el mediodía y hasta las tres de la tarde hubo tinieblas sobre toda la tierra.

Para Tiburcio Vigil, nuestro nuevo secretario».

—El evangelio —sentencia Orviz tras leer con atención el fragmento.

—¿Cómo dice? —suelta extrañado Cuervo.

—Es el evangelio según San Lucas.

Cierra el libro el sonorense, sorprendido con el dato que aporta su compañero.

—No le hacía a usted un hombre de fe, gachupín —susurra Leandro.

—No lo soy —responde el español.

Se gira sobre sí mismo el bachiller Juan Orviz y busca en la penumbra el rostro de la pobre viuda. Una vez ha cruzado con ella una mirada calmada, le pregunta por la curiosa inscripción que ha hallado el capitán Cuervo en la biblia de su marido:

—¿A qué se refiere esta frase?

—No sé decirle —dice ella, avergonzada—. Ya le he dicho que no sé leer.

—Descuide, que leo yo. Es un pasaje bíblico —empieza el asturiano —. Lo que nos interesa al capitán y a mí, sin embargo, es lo que viene después. «Para Tiburcio Vigil», empieza. «Nuestro nuevo secretario».

—¿Secretario? —repite la señora, extrañada.

—Eso dice.

Intenta hacer memoria la mujer, pero no halla en sus recuerdos una sola anécdota que justifique el texto de la dedicatoria.

—No sé a qué puede hacer eso referencia, si le digo la verdad — responde al rato—. Mi esposo fue siempre vaquero. Un hombre de campo, como todos por acá.

Insiste Juan Orviz, sin saber aún que su tozudez va a sacar a relucir la pista que justifica el viaje hasta los grandes ranchos de Atrisco:

—Esta biblia…

—Fue un regalo —se adelanta Encarna—. Eso sí lo recuerdo.

—¿De quién, si no es indiscreción? —se interesa el capitán Cuervo, sorprendido con el hallazgo.

—Del padre Cadalso.

La respuesta, que deja helado al capitán Cuervo, remueve por dentro a Juan Orviz. Cadalso. El mismo cura tras cuya pista anduvieron semanas. El confidente de Álvaro Pino.

—¿Está usted segura? —inquiere al rato Leandro Cuervo, perplejo—. ¿Antonio Cadalso? ¿El cura de Galisteo?

Se extraña la mujer de nuevo al ver la reacción de los soldados.

—No sabía que estuviese en Galisteo.

—Lleva años dando misa en el pueblo.

Inclina la cabeza la viuda, como ponderando las posibilidades. Luego musita:

—Era un buen amigo de mi esposo.

22

—¡Detenga su marcha, chapetón! —se escucha a lo largo del valle—. ¡O acabará por enfadar a la Llorona!

Juan Orviz no puede evitar alzar la cabeza en busca de los chiquillos que han pasado varias jornadas sacándolo de quicio. No logra verlos. Deben de estar en la cima de algún risco, piensa, ocultos tras una roca. Lo han estado persiguiendo desde que salieran de Atrisco, justo después de hacer noche en la carreta destartalada con el sello de la compañía teatral.

—¡Eso es lo que son ustedes! ¡Bufones! ¡Dejen en paz al diablo! ¡O nos acabará llevando a todos!

Los muchachos van a lomos de una burra parda, se ha fijado el bachiller, y eso les permite coger distintos atajos, obstinados en seguir el ritmo de la diligencia de Adela Cuervo a lo largo de los ranchos que salpican el paisaje. Desde Atrisco hasta el río de San José, pasando por La Cerolita y la fonda de La Vendé.

—No hagan ni caso. Que no son más que dos chamaquitos con ganas de echar la hueva —susurra Cuervo sin darle mayor importancia al asunto. Luego toma las riendas del carro y deja que su hermana Adela planche la oreja en la parte trasera.

—Insistentes son un rato —responde el asturiano.

En su camino a Laguna, Juan Orviz y Leandro Cuervo llevan un par de jornadas indagando por la zona, tal y como les recomendó hacer Encarnita, la cuñada de Luciano Ortega. Así pues, yendo en el sentido contrario a su corriente, han recorrido el cauce de los ríos Puerco y San José, y lo han hecho parando en cada rancho, en cada pueblo, en cada pequeña comunidad nativa. El primer día, los locales se mostraron reacios a hablar. Sin embargo, notan los dos soldados que, a medida que ascienden por el valle, sentido oeste, las familias los reciben de mejor gana. Algunas, incluso, los esperan sentadas con paciencia a la entrada de sus terruños, dispuestas a compartir cualquier anécdota, sea cierta o no, acerca de un hijo desaparecido, de un marido que fue asesinado o de una hermana que, en su lecho de muerte, aseguró ser la mismísima Llorona. Juan Orviz nota, además, el interés de buena parte de los locales en que los soldados den con una persona más: la Mujer Búho.

—¿Otra vez ella? —pregunta el asturiano al volver a oír el nombre

—. ¿Qué sabe de esa Mujer Búho, capitán?

—Una mafufa —responde el capitán Cuervo, y comparte una mirada hastiada con su hermana Adela, que los espera con el carro a las puertas del pequeño rancho—. Una india loca y rencorosa que se hizo famosa en estos valles predicando la llegada del chamuco.

—¿La conoce usted?

—¿Yo? —ríe Leandro Cuervo—. No tuve el placer, gachupín, pero he oído historias. En cualquier caso, debió de morir hace años, no crea.

Esquivan Orviz y Cuervo las ristras de chile rojo que cuelgan del zaguán de la casa y observan un momento el modo en que juegan los niños frente a la acequia. Allí se fuma un cigarro el capitán, y Juan Orviz aprovecha para tomar nota de las últimas indicaciones que le han dado en el interior del rancho.

«Claudio Esteban, que vivía en la fonda de La Vendé. Diecisiete años. Apareció muerto en lo alto de una cruz con varias marcas en el torso y heridas en la frente. Los lugareños insisten también en el caso de José Miguel Oliva, de La Puebla. Encontraron el cuerpo con tres cruces en el pecho y la espalda repleta de espinas de cholla».

Luego caminan los dos soldados hasta la diligencia y, de un brinco, se suben a su parte trasera.

—¿Cómo ha ido? —inquiere Adela.

—Igual que ayer —responde el capitán—. Más nombres. Esto no se acaba nunca. Mañana mismo, una vez hayamos hablado con la vieja de Laguna, damos la vuelta y regresamos a Santa Fe. No pienso perder más días escuchando mitotes mientras Antonio Cadalso se nos escapa.

—Muchas de sus historias encajan con la descripción del crimen de Galisteo —dice Juan Orviz, dubitativo.

—Le dicen a usted lo que quiere oír, gachupín. Una sarta de mentiras.

—Pero cada día son más los que nos reciben a la puerta de las rancherías.

—Le están esperando, Juan —interviene Adela Cuervo, que ya arrea a los animales con tal de poner rumbo al próximo destino.

—¿A qué se refiere? —pregunta el asturiano.

—Imagínese. Estamos lejos de Santa Fe. Y se ha corrido la voz de que, desde España, ha venido un gachupín. Un chapetón joven y bien plantado que no tiene reparo en adentrarse en los valles occidentales. Todo el mundo quiere halagarle, o insultarle, ya ve, cualquier cosa con tal de tener algo que contar.

Y añade Leandro:

—Habrá quien quiera convidarle a un sorbito de licor, como

ocurrió esta mañana, y habrá quien no más prefiera sacarle la piedra a usted, como esos chamaquitos de allá arriba.

Desde lo alto de un peñasco vuelve a gritar el niño:

—¡Váyase, chapetón!

Su voz se repite una y otra vez impulsada por el eco que propician las formas rocosas que crecen a la orilla del río de San José, afluente del Puerco.

Alza las cejas Leandro Cuervo, hastiado, y dice:

—Los más supersticiosos querrán culparle de todo, y saldrán con puras rolas. Pero no olvidemos una cosa, gachupín —coge aire el sonorense, para concluir, al fin—: el motivo de nuestra empresa no es dar con el culpable de todos los crímenes de esta provincia. La tarea es, y ha sido siempre, hallar al asesino de Dolores y Carlota Pino. No lo olvide.

Se enfrenta Juan Orviz al riesgo de ser vilipendiado por forastero y entrometido en un tiempo convulso para los valles más remotos de la provincia. Una época tormentosa e inestable en la que la seguridad escasea, los rebaños menguan y los malos augurios tiñen con un manto oscuro y receloso las últimas casitas que salpican el desierto más remoto de Nuevo México.

La carreta de Adela Cuervo encara ahora un sendero angosto que serpentea junto al río. Es un caminito repleto de cantos rodados que zigzaguea esquivando enebros, palmillas y un buen número de cactus espinosos que Orviz no sabe identificar.

—Chollas —explica el capitán Cuervo.

Asiente el bachiller, satisfecho con el hallazgo, y trata de dibujar el cactus en las páginas de su cuaderno.

23

Son las cinco de la tarde cuando el trío llega a Laguna, el lugar en que, al parecer, habita una mujer con una historia similar a la de Encarnita. Según les dijo Luciano Ortega, el marido de la señora fue hallado muerto, junto al río, hará tres o cuatro veranos. La frente repleta de heridas, las muñecas en carne viva a causa de los amarres y tres cruces marcadas en el pecho, una de ellas más grande, en el medio, y otras dos más pequeñas, a los costados.

Laguna lo forman, observa el asturiano, un enorme círculo de piedra y unas treinta casas de adobe de dos —y hasta de tres— alturas. El círculo, de relativa profundidad, es en realidad una *kiva:* un viejo oratorio de los nativos. Las casas, por su parte, están apelmazadas a orillas de un pequeño lago.

Los habitantes del sitio, explica Cuervo, aunque en origen constituyeron una de las mayores comunidades de lengua keresana, son hoy poco más de doscientas almas a merced del pillaje, de los bandidos y de las serpientes de cascabel, tan comunes en la zona como las ya mencionadas chollas. A excepción de los más mayores, que aún chapurrean la lengua local, el español es ya el único idioma que utilizan en el día a día. Además, son tan católicos que han pasado años esperando la construcción de una iglesia que sustituya a la misión de San José de la Laguna, conservada en estado ruinoso en el centro del pequeño pueblo.

—Pensarías que son tan gachupines como tú, amigo mío, si no les vieses los rasgos de puro indio que llevan puestos en la cara.

Como viene ocurriendo en el resto de rancherías, al pasar el carruaje por la única calle del pueblo, se amontonan los curiosos. Los niños, tímidos pero chismosos, miran con asombro el tono paliducho de la piel del bachiller Juan Orviz. En esta ocasión, sin embargo, los más mayores traen cara de pocos amigos.

—¡Una moneda! ¡Una moneda si quieren cruzar al otro lado del río! —les grita una joven enjuta y harapienta que por sus ropas y aparejos debe de trabajar en los campos de maíz.

—¡Moneda de plata! —exclama otro de los lugareños. Se trata de un anciano encorvado con el rostro tan oscuro y arrugado que apenas se le distingue el gesto enojado—. ¡Queremos plata! ¿Les manda el gobernador? ¡Desde *queaque* no viene nadie por acá! ¡Entréguenos la

plata!

—¡Estamos de paso, somos soldados! —dice al fin Leandro Cuervo, y se encarama luego a la parte trasera de la diligencia con la intención de hacerse notar. Coloca un pie en el travesaño que sostiene el maletero y, con el otro en volandas, exclama—: Soy el capitán Leandro Cuervo, de El Paso. Me acompañan el señor Juan Orviz, y…

—Veamos con qué sale… —susurra su hermana.

—… nuestra ayudante. La señorita Adela.

—¡No nos importan sus nombres! —dice un hombre desde lo lejos —. ¡Queremos nuestra plata!

Leandro Cuervo hace caso omiso del comentario y dirige la mirada hacia los indios más jóvenes. Luego prosigue:

—Andamos investigando los asesinatos que, según nos cuentan en Atrisco, La Cerolita y otros pueblos de este valle, se han venido produciendo en esta zona de la provincia a lo largo de varios años. Buscamos a la viuda de Ramiro Vásquez…

—¿Son o no son los españoles que vienen de Santa Fe? —le interrumpe de nuevo el hombre.

Por los grandes pendientes que luce en las orejas, el rostro serio y la manta enorme que pende de sus hombros, ha de ser un tipo importante entre los suyos, piensa el capitán, un cacique local.

—De allá venimos —responde Leandro Cuervo, arrepentido como pocas veces de llevar puesta la camisa azul de la tropa presidial.

—¿Y traen el cambio?

Se encoge de hombros el sonorense. Luego se mesa el bigote con los dedos, y responde:

—No sabemos de qué cambio nos habla.

—Tienen valor, ustedes, viniendo por acá con las manos vacías. ¡Que no saben que no recibimos más que cobre! ¡Vendimos la mitad de nuestro ganado! —exclama el hombre, encorajinado—. ¡Y más de cien fanegas de maíz! ¡El barbaján que mandan de la capital nos pagó hace tres meses con esta porquería!

Lanza al suelo el de los pendientes una moneda que rebota primero en una piedra y cae al fin junto a las ruedas de la diligencia de Adela Cuervo, propiedad de la compañía de cómicos ambulantes.

—Moneda de cobre —musita Juan Orviz tras inclinarse sobre la berlina para ver mejor la divisa.

—Dinero fiduciario —explica Adela—. Expedido con la promesa de ser intercambiado por plata una vez se logre la independencia.

—¿Y eso? —pregunta Juan Orviz, extrañado al ver cómo los habitantes de Laguna se echan encima del capitán Cuervo entre quejas y lamentos.

—La guerra. Mientras los rebeldes sigan dando plomazos al sur, las minas continuarán cerradas —explica la mujer.

—No hay plata.

—Exacto —dice ella, y tira de las riendas para frenar a los dos caballos que lleva la diligencia; se están poniendo nerviosos ante la escalada de la protesta.

—No parecen muy contentos —señala Juan Orviz.

Uno de los laguna, que es como los neomexicanos de la capital llaman a los hombres de la tribu, se sube a lo alto de la tapia que circunda la misión española y pronuncia unas palabras en la lengua local. Aquello termina por encabritar a los suyos.

—Esto se va a poner feo —dice Cuervo por lo bajo, y lanza una mirada al bachiller Juan Orviz—: ¡Debimos habernos vuelto esta misma mañana!

Una piedra de dimensiones considerables, nota Orviz, le pasa a un palmo de la cabeza. El gesto natural es llevarse la mano al cinto, en busca de la pistola, pero se contiene al ver que Leandro Cuervo, más habituado a estos lances, mantiene la calma.

Adela Cuervo trata de salir de allí con el carro, pero el gentío que rodea la diligencia es tal que los animales no son capaces de avanzar por el callejón polvoriento que nace junto al camino. Juan Orviz abre bien los ojos. Frente a él, un grupo de mujeres intenta apaciguar los ánimos. Al cabo de un rato, sin embargo, desbordadas ante la batahola que sus maridos e hijos imponen, optan por poner tierra de por medio y seguir rogando desde la distancia.

Todo lo que ocurre después es tan frenético y caótico que los presentes apenas son capaces de trazar un plan ante el forcejeo. Leandro Cuervo, molesto —nunca fue muy amigo del contacto físico con los demás—, procura escabullirse de la masa enfurecida mediante aspavientos violentos. Uno de los indios lo agarra, sin embargo, y logra tirarlo del carruaje. Al ver aquello, Juan Orviz se pone en pie dando un salto sobre las tablas del coche de caballos. Busca con la mirada al capitán, y no tarda en encontrarlo. Está tumbado, panza arriba, revolviéndose como un escarabajo, lanzando puñetazos y patadas a todo el que pretende darle captura.

—¡Ya está bien! —exclama el asturiano.

—¡Dispare, Juan! —le espeta Adela Cuervo—. ¿Que no ve que van a matar a mi hermano?

Juan Orviz saca su arma y apunta en dirección al cielo. Por un instante, espera que la mera presencia de la pistola disuada a la turba exasperada de acabar con el capitán. No tiene esa suerte. En su lugar, dos o tres muchachos empujan el carruaje con la intención de volcarlo. Los caballos se asustan, y lanzan coces indiscriminadas. Adela, por su parte, se ve obligada a zafarse de uno de los asaltantes blandiendo en la mano la misma navaja que, unos días atrás, acabó con la vida de la banda del Peludo.

Dispara Juan Orviz cuando no queda más remedio. Pom.

El eco del balazo se mezcla en la distancia con las voces asustadas de los nativos, que retroceden en el acto y buscan cobijo en los zaguanes de las casas más próximas a la plaza, o tras la pila del lavadero público que se alza frente a la vieja misión española.

—Deme la mano, capitán —dice luego el bachiller, y extiende el brazo para que se agarre a él Leandro Cuervo, que acepta la ayuda de buena gana.

Una vez ha vuelto al carruaje de su hermana, el sonorense saca también la pistola que guarda en el cinto. El gesto sirve de poco: no pasa ni medio segundo antes de que los laguna intenten un contraataque rotundo. Así pues, Leandro Cuervo y Juan Orviz observan pasmados cómo una decena de indios jóvenes armados con mosquetes y escopetas se apostan en los tejados del pequeño pueblo de adobe.

—Arrea, hermanita. Nos vamos.

—¡No puedo! —responde Adela.

—¿Cómo dices?

La mujer, que lleva un rato azuzando a los caballos, es incapaz de hacer que los animales muevan el armazón de la diligencia.

—Se ha atascado la rueda.

Una mirada de reojo basta a Juan Orviz para comprobar lo que dice la más pequeña de los Cuervo. Con el forcejeo, las dos ruedas traseras del carruaje han caído en un socavón lo bastante profundo como para que salir de allí sea una opción viable, por mucho ímpetu que le pongan los animales.

—A estos berengos les han hecho de chivo los tamales y quieren pagarla con nosotros —dice el capitán, alarmado, y se dispone a saltar del carro para poner pies en polvorosa—. Nos vamos.

—Pero el carro…

—¡Al diablo con el carro, Adela! —exclama el capitán, preocupado —. Es el carro o la vida…, si es que no son ambas cosas.

Los segundos que tarda Adela Cuervo en entender que ha de abandonar el coche de su querida compañía teatral sirven a los laguna para abrir fuego contra su estructura. Por suerte, la propia diligencia hace de parapeto, y la mayor parte de las balas se estrellan, una tras otra, en su envejecido armazón de madera. Otras agujerean la lona que cubre el carro; entran por un lado y salen por el otro, hasta acabar perdiéndose calle abajo, más allá de los campos de maíz.

Del otro lado de la diligencia, claro, se esconden los dos soldados y la cochera. Están agachados, guarecidos tras el esqueleto del vehículo, sopesando sus opciones.

—¿A dónde vamos? —pregunta Juan Orviz, que a esas alturas siente cómo el corazón le palpita a toda velocidad, desbocado.

Leandro Cuervo no sabe bien qué responder. Cree tener a tiro a dos de los indios hostiles, tal vez a tres, pero iniciar una carnicería es la última de sus intenciones. Uno de los caballos cae entonces, despatarrado, víctima de una bala que lo atraviesa de lado a lado.

—¡Nos rendimos! —exclama Adela, desesperada—. ¡Bajen las armas!

Aferrada al vuelo de su propio vestido, como si pudiese de ese modo asirse a la propia vida, la mujer aprieta los dientes. Los laguna, por supuesto, siguen a lo suyo, si bien es cierto que la cadencia entre balas es cada vez menor, ya sea porque carecen de la munición suficiente o porque utilizan mosquetones antiguos —de los que han de cebarse por el cañón haciendo uso de baqueta y prenderse con mecha encendida—, o, caso menos probable, porque han tenido a bien aceptar la rendición de la menor de los hermanos Cuervo.

—¿Han parado? —inquiere Orviz, desconcertado, y se agacha para ver mejor a sus atacantes, tirado en el suelo, entre rueda y rueda, al cobijo del armazón de la diligencia.

La respuesta se presenta ante ellos de la forma menos esperada.

Al otro lado de la plaza, y a lomos de una mula grisácea, hace acto de presencia un niño de rasgos indios. Va vestido con ropas harapientas, medio sucias. La piel muy morena, al igual que el pelo, moreno y rizado. Sus ojos, de un marrón intenso, escudriñan con valentía la escena. El chico no llega a la quincena, y, sin embargo, exclama algo ahora en la lengua keresana de los laguna, los acoma y el resto de indios pueblo de los valles occidentales. No tardan en aparecer, tras el muchacho, otros tres zagales, dos niños y una niña, observa Orviz, montados de igual manera sobre animales de carga. Estos tienen menos edad, incluso, que el primero de la comitiva.

—¿Qué ocurre? —quiere saber Leandro Cuervo, inquieto, al comprobar que el ruido de los disparos ha sido sustituido por el griterío bronco de los indios del otro lado del carro.

Desde su escondrijo, y arrugado entre las ruedas del carruaje, Juan Orviz describe la situación con un hilito de voz:

—Han venido otros indios —empieza—. Unos niños.

—¿Niños?

—Son cuatro, y están a la gresca con los otros.

El que parece el líder de los laguna, un cacique fuerte, joven y de rostro serio que va cubierto con pieles de cíbolo, se planta al rato frente al muchacho que lidera al pequeño grupo. Para sorpresa de Juan Orviz, el tipo —que no es otro que José Manuel Aragón, alcalde del municipio— no habla bien el dialecto de los recién llegados, y cambia enseguida al castellano.

—¿Qué dicen? —inquiere Adela, que identifica el cambio de lengua y, por algún motivo, lo asocia a buenas noticias.

—Discuten sobre nosotros —explica Juan Orviz—. El muchacho le dice a uno de ellos que no somos los hombres a los que buscan. Dicen que somos…

Una pausa larga inquieta a los hermanos Cuervo.

—¿Qué somos? —se extraña el capitán Cuervo, desconfiado. Tanto que, mientras espera a que su compañero haya terminado de poner la oreja, carga su pistola y alza el brazo para, a tientas, coger del carruaje el resto de armas que guarda en el maletero y ponerlas a punto.

—Amigos, creo. Dicen que somos sus amigos.

El chiquillo saca entonces de sus alforjas un par de objetos brillantes y se los entrega al alcalde de Laguna.

—¿Qué le está dando? —pregunta Adela, asomada ahora tras la rueda contraria del carro.

—Una cruz… —responde Juan Orviz, perplejo—. Y una botella.

A aquello le sigue un murmullo incómodo —perturbador, incluso— interrumpido solo por las voces disconformes con el pacto al que, según parece, han llegado el muchacho y el de las pieles de bisonte. Un silencio inquietante se impone al cabo de un rato. Tanto es así que, en la repentina calma del pueblo, los cascos de la mula que monta el zagal se escuchan con precisión a lo largo de toda la plaza: clop, clop, clop.

—Pueden salir —dice, al fin, una vocecilla aguda—. Nadie les va a hacer daño.

—¿Quién eres? —inquiere Cuervo, que a esas alturas ya tiene preparadas sobre las piernas su pistola Harper’s Ferry, la escopeta reglamentaria y el arma de viaje de Adela.

—Me llamo Narciso. Pero eso no importa —responde, sonriente, y señala al hacerlo en dirección sudoeste, donde se eleva sobre el horizonte una enorme roca rojiza—. La Mujer Búho quiere veros.

Niega con la cabeza Leandro Cuervo, y suelta una carcajada amarga.

—¿Sigue viva esa anciana, acaso?

—Sigue viva —responde el crío, muy seguro de sí mismo—. Y sabe que están ustedes buscando al asesino de las niñas de Anselmo Pino, de Galisteo. Esas pobres chamaquitas.

Juan Orviz arquea las cejas, sorprendido, y levanta su cuerpo del suelo con la intención de ver mejor el rostro del muchacho de pelo negro y rasgos indios que les acaba de salvar la vida.

—No hemos venido hasta acá para escuchar cuentos de brujas —se queja el capitán.

—No tenga miedo —insiste el chico.

—¿Miedo? —Leandro Cuervo baja la pistola mientras pone una mueca extraña.

—Solo desea ayudarles.

El resto de zagales se acerca entonces hasta la posición en la que permanecen agazapados Adela, Leandro y el bachiller Juan Orviz. Cruzan una mirada con ellos, y les muestran las mulas sobrantes que traen en la misma recua que viaja con ellos.

—Vengan con nosotros a la cuevita de Calaveras.

24

Los más ancianos del territorio creen que la madre de la Mujer Búho vivió en los tiempos de la conquista española. Hay quien dice, incluso, que tiene sangre de los antiguos anasazi, el más antiguo y respetado de los pueblos del desierto. De ser así, la anciana habría habitado el Palacio Acantilado, la grieta sagrada que abrieron los dioses en la montaña. Según los cuentos, un buen día la Mujer Búho quedó separada de sus iguales. Desterrada por saber demasiado —o por mentir demasiado, según la versión del relato—.

La realidad, sin embargo, es que Hayesa, que es como se llama la anciana, vive a escasas leguas del pueblo de Acoma. Y si bien es cierto que este preciso enclave, Acoma, es uno de los más antiguos de todo el continente —las leyendas afirman que sus misteriosas casas, situadas en lo alto de una meseta de arenisca dorada, tienen más de ocho siglos de historia—, la Mujer Búho llegó hasta allí en la primavera de 1809. Por supuesto que doce años dan para mucho. Es tiempo más que suficiente para que los habitantes de los valles occidentales, en su mayoría hombres y mujeres pobres, sin oficio ni beneficio, hayan creído los chismes que circulan sobre la vieja. Alguno que otro, incluso, ha recurrido a sus paganos servicios, a saber: adivinación, curandería, aojamiento, sanación de males mágicos y venta de ungüentos, peyotes y demás pócimas indias.

Como un reguero de hormiguitas silenciosas, Juan Orviz y los hermanos Cuervo, después de abandonar el carro a las afueras de Laguna, siguen ahora a los cuatro niños navajo por un desierto amplísimo, salpicado de formaciones rocosas tan inmensas como imposibles. Los hermanos van a lomos de los dos únicos caballos que han sobrevivido al tiroteo. Orviz, por su parte, monta sobre una mula que le han brindado los muchachos. Los enseres sobre un burdégano pardo y las armas al hombro, o colgando del cinto, que no hay hueco en las alforjas de la montura para escopeta, pistola y munición.

—Perdemos el tiempo —se queja por enésima vez el capitán Leandro Cuervo. Por todos los medios ha evitado encontrarse con la Mujer Búho. Ahora, sin embargo, camina hasta las entrañas de su escondite, en el extremo más remoto de la última provincia novohispana.

Suspira Juan Orviz al oír a su compañero. Está igual de cansado, o

más, que el capitán. Sin embargo, embriagado en parte por la belleza del paisaje, el asturiano trata ahora de ver el lado positivo del embrollo en que se han metido:

—Si tan famosa es esa india entre las gentes de esta tierra, sus oídos tendrán poco que envidiar a los de un cura en el confesionario, con la ventaja de que la bruja, por llamarla de algún modo, no ha de guardar secreto de confesión. Además —añade al rato—, estos chicos nos salvaron la vida, y parecen ser de su confianza.

Adela no abre la boca. Lleva horas ensimismada, lamentándose por la pérdida del carro, y mirando con desprecio a los chiquillos que la conducen por el territorio más hostil de cuantos ha visto en su vida. Y eso que ver, ha visto unos cuantos.

Así pues, la tarde del 10 de febrero de 1821, el pintoresco grupo pasa bajo la monumental estructura rocosa en que se yergue el asentamiento de Acoma. Una iglesia de muros grisáceos asoma desde lo alto, al borde mismo de la meseta. Más que un pueblo de la frontera, Acoma es como una fortaleza medieval. Un bastión inexpugnable que pone fin al territorio cristiano y alerta a los forasteros de los peligros que aguardan al otro lado.

Una vez ha dejado atrás el sitio, la comitiva fija un nuevo rumbo. Toman, por tanto, un sendero angosto, que mana de los pies del cortado, y atraviesa el terreno yermo que conduce hasta la cuevita de Calaveras. En ella, según dicen los muchachos, habita la misteriosa anciana.

Empieza a refrescar a medida que cae el sol, y el rosa pastel de las nubes se mezcla con los tonos anaranjados de la montaña. Al pie de esta se abre una profunda grieta. Frente a ella, un abrevadero y una pequeña valla construida a base de maderos, barro y huesos de bisonte.

—Es aquí —dice de pronto Narciso, el niño de la mula grisácea, el mismo que hace unas horas ofreció a los laguna un cristo dorado y una botella de aguardiente a cambio de la vida de los tres forasteros.

Un poste de madera junto al abrevadero sirve de amarre para los animales. Rayada en el propio poste, observa Orviz, hay una inscripción, que advierte:

«*El que no teme a los Dos Coyotes aquí no es* bien benido».

—Una vieja leyenda—dice Cuervo.

—¿De los acomas? —pregunta Juan Orviz, sorprendido.

—No —suspira incómodo el americano—. De los navajo.

Narciso da dos golpecitos en la puerta de madera, a duras penas encajada, por cierto, en el hueco arenoso de la montaña. Chirrían sus tablones. Escupe polvo el marco irregular, envejecido. Al rato, abre la

puerta otro chico —misma edad que el que llama, similares los rasgos y el modo de vestir— e invita a pasar a los recién llegados.

—Esperen aquí —dice luego el que les ha abierto la puerta.

El interior, comprueba Juan Orviz, es humilde, muy austero, apenas iluminado con las tradicionales velas de sebo. Los pasillos, excavados en la propia montaña, huelen a una mezcla extraña de despojos de asno y ramitas de apazote. Al cabo de unos minutos, regresa el mozo.

—Pasen —dice—. Al fondo.

Después, y haciendo uso de una escalerita de mano, el chico desciende por el mismo lugar por el que lo han hecho el resto de muchachos: un hueco que comunica el recibidor con la antesala de una bodega subterránea.

El pasillo de la casa en que habita la Mujer Búho es tan agónico y claustrofóbico que Juan Orviz, larguirucho como es, teme en más de una ocasión darse un golpe contra el techo. Por suerte, el bachiller sostiene el candil que ilumina al pequeño grupo, de modo que, a diferencia de Leandro Cuervo, que va tropezando a cada paso que da, el español es capaz de evitar los bártulos y aparejos que hay desperdigados por el suelo. A su brazo va bien sujeta Adela Cuervo. Dadas las circunstancias, a la mujer le sobra confianza para colgarse de vez en cuando del cuerpo del asturiano.

—¿Qué sitio es este, carnal? —susurra al cabo de un rato.

Un mal presentimiento invade entonces al capitán, que camina nervioso, a sabiendas de que una emboscada en tan angosto lugar sería letal para los tres que avanzan hacia el interior del sitio. Jamás hubiese accedido, años atrás, a entrar en semejante madriguera.

Nada más doblar la esquina se topan con la vieja Hayesa. Está sentada al fondo de una sala más ancha, tras una mesita de madera repleta de frascos viejos. La mujer no hace siquiera el amago de levantarse ante la llegada de los tres huéspedes. De hecho, permanece muy quieta, con la mirada clavada en lo que, piensa Cuervo, parece la mandíbula de una serpiente de cascabel.

Por un instante a Juan Orviz le dan ganas de soltar una risa nerviosa. No entiende bien qué hace allí siendo él, como es, un hombre de razón. Un tipo de luces, de ciencia; un soldado liberal, defensor de las leyes nuevas.

—¿Quieren un trago? —suelta de pronto la anciana.

—No, señora —responde rápido el bachiller.

—De esta no salimos, gachupín; imagine los venenos que guarda nuestra amiga en esta vieja cueva —empieza Leandro Cuervo, disimulando los nervios con un tono bravucón, justo antes de encogerse de hombros y aceptar con resignación—: Pero, en fin, un trago es un trago.

La vieja, lejos de ofenderse, arquea las cejas y comienza a llenar una copita transparente de un líquido dorado.

—Es Ojo de Gallo —explica, calmada.

—¿Qué lleva? —pregunta el asturiano, curioso.

—Pulque blanco, agua y miel prieta.

—Fermentado —añade Adela desde la distancia, pues ha probado el brebaje en cuestión en múltiples ocasiones.

—Fermentado, sí, un par de días —confirma la Mujer Búho, orgullosa de su receta—. Y hervido con pimienta y chile ancho. En ollita de barro.

A la vieja le tiembla el pulso, observa el asturiano. El aroma del licor inunda muy pronto la estancia y se mezcla con el resto de olores que perfuman el ambiente húmedo de la cueva.

Unas vocecillas inquietas resuenan en la lejanía oscura y zigzagueante de la caverna. *Los niños,* piensan Adela y los dos soldados. ¿Cuántos más hay allí? ¿Acaso pueden fiarse de su anfitriona? Por un momento, aunque salvando las distancias, aquello le recuerda a Orviz a la vez en que, con tal de asegurar la alianza de soldados y bandoleros durante la guerra de independencia española, el capitán de su regimiento y él mismo se las vieron negociando con una bruja gitana. A las afueras de Écija fue aquello. Al sur de la sierra de Hornachuelos. Esta vez, para más inri, la curandera en cuestión los recibe en el extremo opuesto del mundo.

—Tomen asiento —dice Hayesa.

Obedecen los tres, aunque de diferente manera. Leandro y Juan Orviz se retiran el sombrero y dejan caer las posaderas sobre los tocones de madera que hacen las veces de banco. Adela, en cambio, prefiere mantener una distancia prudencial, y se acomoda en la esquina opuesta de la alcoba.

—¿No se acerca usted, mujer? —inquiere la anciana.

Adela Cuervo, obnubilada, tarda un rato en entender que le están hablando a ella.

—Eeeh… No hace falta. No soy más que la cochera —responde al fin.

Suelta una risita la anciana.

—Asunto complicado ese. Me han dicho que ya no tienen carro.

—Ha sido un día muy largo —dice Adela, y aparta la mirada a toda prisa con tal de evitar el rostro demacrado de la mujer navajo.

—¿Le doy miedo? —dice entonces la Mujer Búho, que percibe en la hermana del capitán un atisbo temeroso.

—No. ¿Por qué? —responde Adela.

—Me mira usted con desconcierto.

Por un instante, Leandro celebra ver a su hermana amilanarse ante alguien. *Una pequeña victoria,* piensa. *Una cura de humildad, que mal no*

le viene.

—Su fama le precede, eso es todo.

Sonríe la hechicera. Al hacerlo, deja ver bajo los labios unos dientes negruzcos, tan rotos y ajados que apenas se distinguen de las arrugadas encías.

Se defiende al instante:

—Siendo mujer, sabrá usted mejor que nadie que las habladurías son precisamente eso, habladurías. A muchos nos toca cargar con la infamia. —Se incorpora ahora la anciana, y tuerce la cabeza hasta cruzar la vista con los ojos de Leandro Cuervo—. ¿Verdad, capitán? Dígale usted a la pobre. Dígale que no ha de tener miedo alguno.

—¿Sabe quién soy? —inquiere Leandro Cuervo, más incómodo que sorprendido.

—He oído hablar de un capitán Cuervo. El mestizo que mandó perseguir y asesinar a los hijos de Cuerno Verde. Había oído que le faltaba a usted el ojo izquierdo de la cara.

Arquea las cejas Leandro. Luego cruza una mirada con su hermana y asiente, irónico.

—Me temo que me confunde usted con mi padre.

—Ah, sí. Es cierto. Usted es, entonces, el otro capitán Cuervo. El carnicero del cañón de Chelly. El oficial que mandó asesinar a una docena de niños inocentes al pie de la Roca Sagrada. De tal palo, tal astilla.

Un silencio embarazoso inunda la estancia. Orviz echa una mirada fugaz a Cuervo y se sorprende de que este segundo no haga el menor esfuerzo por defenderse de tan grave acusación.

—Los indios laguna asaltaron esta mañana el carro en que viajábamos —explica ahora el capitán, tratando de evitar el asunto que menciona la vieja—. Sus ayudantes tuvieron a bien socorrernos. Por eso estamos aquí.

—Se equivoca, capitán —apunta la mujer—. Están aquí porque los hataatii así lo han querido. Porque lo que usted persigue es justo y bueno. Una oportunidad para curar su alma. La última, tal vez. ¿A santo de qué iba a volver si no el capitán Cuervo a la tierra de la que fue desterrado…?

Cuervo se remueve sobre el tocón, incómodo.

—Sin embargo, usted… —Mira ahora la Mujer Búho en dirección al bachiller Orviz—. ¿Qué hay de usted, chapetón? ¿Que no sabe que son malos tiempos para los de su clase en este lado del mundo? ¿Qué trae a un joven tan guapo y aseado a los confines de este desierto?

No sabe qué responder Juan Orviz, y acaba por decir:

—El deber.

—Ah, sí, de eso sabe un rato el que le acompaña.

Permanece muy serio Leandro, y hace un esfuerzo por contener el

nervio que le incita a responder de malas maneras a la vieja. En su lugar, traga saliva, sonríe de forma impostada y empieza:

—Lo cierto es que buscamos al asesino que se esconde tras la muerte de las hijas de Anselmo Pino. Creemos que es el mismo que acabó hace un año con la familia Vigil, de Atrisco. Y sospechamos de otra víctima, al menos, si no de dos más, según las averiguaciones que hemos hecho esta última semana.

Echa un ojo a su cuaderno el bachiller Juan Orviz y, una vez ha encontrado sus nombres entre sus notas, lee en voz alta:

—Claudio Esteban, un hombre joven, que solía ser el único huésped en la fonda de La Vendé. —Usa el dedo el asturiano para hallar el siguiente nombre—. Y Ramiro Vásquez, que vivía junto a su mujer en el pueblo de Laguna. Un patrón común parece unir entre sí a todas y cada una de las víctimas.

Los ojos penetrantes de la Mujer Búho se clavan en ese instante en los de Leandro Cuervo, que permanece callado.

—Murieron en la cruz —dice la vieja sin dejar de observar el rostro del capitán.

—¿Cómo lo sabe? —pregunta Orviz.

—Marcas en los tobillos y en las muñecas. Heridas en el torso, tal vez en la frente. Espinas de cholla clavadas en la espalda…

—Así es.

—Supe que este día llegaría. Llevo muchas noches hablando con el pájaro del trueno —susurra la mujer, medio cuerpo recostado sobre la mesa, los senos caídos, ligeramente apoyados sobre el cuerpo inerte de la serpiente de cascabel—. Desde el momento en que oí lo que les había pasado a esas dos chamaquitas supe que ustedes vendrían.

Interviene el capitán Cuervo, cansado de la actitud de la anciana:

—Ya está bien de cuentos, mujer. Hable con claridad.

—A su amigo le faltan dos muertos en esa lista, capitán, por lo menos —suelta de pronto la anciana.

Adela Cuervo alza la vista, sorprendida, para ver cómo la mujer navajo sonríe, deja a un lado sus bártulos y se inclina sobre la mesita que la separa de los soldados.

—¿Cómo dice? —inquiere enseguida el de Sonora, pasmado.

—Dos muertos —repite ella.

—¿A qué se refiere?

Duda por un momento la mujer, y regresa de nuevo a la comodidad que le brinda el respaldo de su diminuto asiento. Tarda aún unos segundos en ordenar sus ideas, de modo que espera allí sentada, muy quieta, mientras los farolillos que iluminan la estancia provocan sombras en su rostro cansado, ajado por el paso del tiempo.

—Hace quince años desaparecieron dos niños —dice al fin—. Dos niños pequeños, inocentes. Dos pobres desgraciados, si les digo la

verdad, huérfanos de padre desde la cuna, y que habían sido criados por su madre, en solitario, muy a pesar de las quejas de las gentes del pueblo, que ni los querían a ellos ni entendían que una india pudiese criar en soledad a dos chavitos mestizos.

—¿Cuál era el pueblo? —pregunta el capitán Cuervo, sin dar demasiada credibilidad a la historia que les cuenta la mujer.

—Cebolleta —responde la Mujer Búho—. Es poco más que una aldea. Tres o cuatro ranchos, un pozo y una ermita. De seguro lo conoce usted, capitán, que es el último de los pueblitos cristianos antes de alcanzar territorio navajo.

Permanece en silencio el capitán Cuervo ante el comentario de la Mujer Búho. Adela se percata de ello, y el bachiller Orviz también. Este último, sin embargo, quiere saber más de la historia:

—¿Qué pasó con esos niños? —se interesa el bachiller Orviz.

Prosigue la bruja en el punto en que lo había dejado:

—Un hombre quiso ayudar a criarlos. Uno muy religioso, que había llegado al pueblo con la última concesión de tierras, hacía bien poco, y le ofreció su ayuda a la madre a cambio de sus favores.

—¿Sus favores? —inquiere Adela, intrigada.

—En la alcoba. Ya saben.

Asiente la hermana del capitán, y responde por lo bajo:

—Entiendo.

—El caso es que la mujer, de tan miserable que era, se vio obligada a aceptar la oferta del tipo —sigue la anciana—. Al principio, las cosas fueron bien, no crean. El hombre imponía disciplina y rectitud, pero también educaba a las criaturas. —Cambia el gesto ahora, y añade—: Fue con el paso del tiempo que lo primero empezó a ganar a lo segundo.

—¿Castigos físicos? —interviene Juan Orviz, que no sabe aún si tomar nota de cuanto les dice su anfitriona o esperar a compartir impresiones con el capitán Cuervo.

—Peor —empieza la Mujer Búho, sombría—. A veces los encerraba durante días, sin comer, a sabiendas de que la madre pondría el grito en el cielo, y entonces la encerraba también a ella. Otros días les pegaba con una ramita de cholla, y luego se flagelaba a sí mismo, en la espalda, y en los brazos también…

Juan Orviz siente en ese instante cómo un escalofrío recorre su cuerpo. Mientras tanto, Hayesa prosigue enumerando la barbarie a la que fueron sometidos los dos muchachos.

—Una noche, el hombre hizo dos cruces del tronco de un mezquite. Luego ató a los niños a ellas por ver si así, humillados ante el Señor, lograban expulsar al demonio.

Se detiene un momento la anciana y bebe un traguito de Ojo de Gallo antes de seguir con su historia.

—Por supuesto, la madre no toleró tal atrocidad. A medianoche, y aprovechando un descuido del hombre, cortó las cuerdas que retenían a los niñitos y huyó con ellos por la vereda.

—¿Lograron escapar? —pregunta Adela, intrigada.

Tuerce el gesto la mujer navajo, y responde:

—El hombre no tardó en descubrir la treta. Ensilló su caballo y persiguió a la mujer y a sus chamaquitos durante toda una noche.

—No me diga más —interrumpe Leandro Cuervo, que cree conocer el final del cuento—. ¿Se vieron obligados entonces a cruzar las aguas de un río?

—Así es —sentencia la mujer, y espera un momento antes de concluir su relato con el más trágico de los finales—: Los dos niños murieron ahogados.

—La historia de la Llorona —se queja el capitán.

Asiente la Mujer Búho, y esboza acto seguido una sonrisa triste y pesada que sobrecoge al bachiller Orviz.

—No, capitán. Mi propia historia.

Suelta una risotada el sonorense, e inquiere:

—¿Pretende hacernos creer que es usted la Llorona? ¿La mujer triste y solitaria que sacó a sus dos hijitos de las mismas aguas del río?

A la mujer no parece hacerle gracia el comentario jocoso del capitán, y responde, muy seria:

—Mi nombre es Hayesa. Soy una mujer navajo nacida en el Ojo del Oso y criada durante años en tierras de los laguna, en el Rancho de Paquate.

—Esto es ridículo —murmura Cuervo.

—Lo que les digo es cierto. He dedicado años a investigar pasado y presente del hombre que provocó la muerte de mis hijos. ¡Sigue vivo, capitán! Se lo traté de decir a la milicia de Albuquerque cuando vinieron a interrogarme. Hace un año, tras las dos muertes del valle de Atrisco.

—¿Y bien?

—No quisieron creerme.

Alza las palmas el capitán Cuervo, en tono burlón, y asiente mientras esboza de nuevo una sonrisa jocosa.

—Me alegra ver que aún queda algo de cordura en esta pinche provincia —dice al fin.

La Mujer Búho, por su parte, clava la mirada en los ojos de Juan Orviz.

—Chapetón, siga la pista de ese hombre y dará con el asesino de las hijas de Pino. Ya ve que está en sus manos. Que después de mi desgracia haya dedicado mi vida a proteger a chiquitos huérfanos es algo que los habitantes de los valles occidentales nunca me perdonarán. —Se pone en pie la mujer y señala a Leandro Cuervo con

el dedo, amenazante—. Menos aún si su oficio es precisamente ese. ¡Matar a niños indefensos, arrancarlos de los brazos de sus madres y arrojarlos al vacío!

Ante el agravio, se yergue también Leandro Cuervo, colérico. La vena que recorre su cuello, hinchada a más no poder. Los puños bien apretados, dispuestos a golpear a la anciana. Juan Orviz se da cuenta de la gravedad de la situación. Nunca ha visto al capitán tan enfadado. Casi puede percibir su aliento rabioso, su furia desmedida. Tal vez por eso se incorpora el asturiano y trata de agarrar al sonorense por el brazo. Lo hace con sumo cuidado. Sabe que un descuido, un movimiento en falso o una palabra más de la mujer navajo podrían hacer que la estancia entera saliese volando por los aires.

—Nos vamos, Leandro —suelta la hermana, muy consciente del punto en que se encuentran los ánimos.

Casi gira sobre sí mismo el capitán Cuervo cuando Juan Orviz, sabedor de que hay algo pendiente de resolver en la historia de la Mujer Búho, dice:

—Nos falta un nombre.

—¿Qué nombre? —espeta Leandro, enojado.

—El nombre del tipo que acabó con la vida de sus hijos —responde Orviz mientras señala a la mujer india.

—¿Acaso se cree usted los mitotes de esta embustera, Juan? —se revuelve el capitán, airado.

Se mantiene firme el asturiano:

—Necesitamos nombre y apellido, eso es todo.

Asiente la anciana, muy a sabiendas de que no ha identificado aún al tipo que, según ella, está detrás de los crímenes de Río Grande.

—Se lo diré ahorita mismo, descuide —dice al fin—. Siempre que usted contribuya.

—¿A qué se refiere? —pregunta Orviz.

—Es usted un hombre de mundo, chapetón. De seguro que sabe lo valiosa que es la información que aquí les brindo.

Sonríe Leandro Cuervo, sarcástico, y amenaza:

—Lo que me faltaba por oír. Óigame, gachupín, si le da un solo real a esta carcacha le juro por lo más sagrado que yo mismo acabo con ella.

Pero Juan Orviz no se amilana, y mantiene la vista fija en los ojos marchitos de la anciana.

—¿Cuánto pide? —se interesa.

—No mucho. Lo suficiente para sentir que no he champado la identidad y las vergüenzas a la ligera. Son varias las bocas que alimento acá arriba, ya lo ven.

—¿Cómo sabemos que no nos está engañando? —duda ahora el asturiano.

—Ya saben dónde vivo. Si mi información no es de ayuda, regresen y háganmelo saber.

Pasan unos segundos lentos, en los que los cuatro adultos intercambian miradas nerviosas, preocupadas, coléricas. Por fin, el bachiller Orviz saca un morralito del bolsillo interior de la casaca y lo lanza sobre la mesa de la Mujer Búho, justo al lado del cadáver de la serpiente de cascabel. Al sonido de las monedas chocando contra la madera, sonríe la vieja, y dice:

—Basilio Abeyta.

El desastre se cierne entonces sobre el tugurio en que vive la anciana.

—¡¿Cómo se atreve?! —grita Leandro Cuervo, y, ahora sí, se lleva las manos al cinto para extraer de él pistola y machete.

—¡Leandro, no! —exclama su hermana.

En ese preciso instante, como salidos de ninguna parte, se presentan en la lúgubre estancia cinco muchachos jovencísimos. Algunos de ellos, se da cuenta Orviz, son los mismos que los han acompañado hasta la misma casa de la señora. Van armados con estiletes, puñales y navajas, y no dudan en alzar sus armas contra el extraño que amenaza a su benefactora, a su guardiana, a su madre protectora.

—Le deseo suerte, gachupín —se despide Hayesa, la Mujer Búho—. Y recuerde: nunca es tarde para salvar su alma.

Parte tercera: redención

Abril – septiembre de 1821

«Poned en hora las pistolas. Afiladísimo el fusil. Galopa, caballo de Troya. Adéntrate, sueño febril».

***Flores del mal,* La M.O.D.A.**

25

Cerca del cementerio de Santa Fe hay un altarcito que contiene un cristo de madera y un par de vírgenes talladas. Las vírgenes están encaradas, puestas la una frente a la otra, y custodian un pequeño relicario. Algunos dicen que en el estuche se encuentran los huesos de Diego de Vargas, el militar madrileño que, más de cien años atrás, reconquistó la ciudad a los rebeldes indios pueblo que osaron alzarse contra los españoles. Otros aseguran lo contrario: que los dos huesos que hay en la cajita pertenecen a Popé, el líder de la insurgencia nativa. La comidilla entretiene más que enfrenta a los pobladores de la capital provincial. Hace muchos años que la sangre de los pueblo se mezcló para siempre con la de los españoles, de modo que el altar se ha convertido ya en poco más que un sitio de paso. Un lugar en el que pararse y encomendarse al Señor, con independencia del color de la piel o la ascendencia de cada cual.

—Acá lo llaman descanso —dice Nicolás Martí, el periodista y escritor sureño, que se santigua nada más llega al pequeño altar.

—¿A qué? —responde Juan Orviz, que lleva un rato contemplando la figura.

—A esto mismo. A las cruces en los caminos. Ya sabe: cruces, altares, relicarios. Ha tenido que ver tantitos en estos meses.

—Los he visto.

—Pues por cada uno, un muerto —sentencia, y se recoloca los anteojos con el dedo de la mano izquierda, que la derecha la trae repleta de pequeñas notas—. Cuando no, dos o tres.

El escritor, observa Orviz, viste esa mañana con levita verde de faldones cortos, pantalón entallado y botas de caña alta.

—Viene tarde —dice el bachiller, inquieto, al ver que la noche se retira con rapidez del cielo desnudo para dar paso a la mañana.

—Lo sé. Y le pido mil disculpas.

Juan Orviz, que echa de menos los buenos modales —entre otros formalismos del mundo civilizado—, agradece el gesto de su nuevo amigo.

—Tranquilo. Yo también salí a deshora.

Lo cierto, piensa Orviz, es que debieron madrugar aún más, si cabe, por evitar a los curiosos. No conviene levantar sospechas dada la situación, más aún teniendo en cuenta el tema sobre el que el biógrafo

del gobernador y el bachiller asturiano pretenden dialogar al alba.

Se mienten mutuamente, por supuesto, para justificar la demora. Nicolás Martí pone como excusa unas supuestas gestiones en el palacio de gobernación. La realidad, sin embargo, es que ayer noche estuvo hasta bien tarde redactando pasquines soflameros, de los que claman por la independencia de México, la separación de poderes y las libertades de prensa, imprenta e industria para toda la América Septentrional.

Juan Orviz, por su parte, usa como coartada un fuerte dolor de cabeza. La verdad, en su caso, es que escribió un total de tres cartas con tal de mejorar su situación en suelo americano. La primera de ellas, dirigida a su prometida, María Badía. En ella, el asturiano le suplicaba paciencia a la joven, si bien es cierto que dejaba traslucir cierta obsesión por su nuevo desempeño:

> *«Las semanas pasan y sigo sin saber el día en que podré volver a casa. Te prometo que estoy tratando de resolver mi situación, y confío en poder estar pronto de vuelta para reunirme contigo en Oviedo, o en París, donde sé que ansías volver a vivir. Aun siendo así, has de saber que mi tarea aquí pasa por resolver un acertijo imposible, María, una intriga que me quita el sueño y me distrae de todos mis males. En el cumplimiento de mi cometido, he viajado por un desierto de rocas inmensas, y he conocido a gentes de todo tipo. Muy pronto podré contártelo todo».*

La segunda carta, redactada con un tono más pesimista y preocupado, quiso enviarla a un viejo amigo y valedor en España, el diputado Juan Romero Alpuente.

> *«No recibo respuesta de las autoridades de Chihuahua, ni de las del puerto de Guaymas, ni siquiera tengo noticias de El Paso, donde han de seguir destinados el resto de soldados con los que vine al continente. Espero que pueda ejercer su influencia en Madrid para que consideren, como no puede ser de otro modo, mi regreso a casa antes de que llegue el verano».*

Por último, y fue esa tercera la que le costó más dedicación y entrega, se sinceró ante su buen amigo Rafael del Riego, el que fuera su comandante en jefe en el Ejército de la Isla.

> *«Si la nación nos preocupa allá en nuestra hermosa tierra asturiana, habrías de ver cómo son las cosas, Rafael, en esta provincia remota y precaria. Investigo en Nuevo México el más perverso de los crímenes imaginables. Una serie de asesinatos atroces y sanguinarios que me hacen pensar en casa, en la familia, en las cosas hermosas y sencillas que no valoramos hasta que nos son arrebatadas. La libertad y el honor, por supuesto, pero también la vida».*

—¿Ya se encuentra mejor? —se interesa el escritor.

—Bastante mejor, se lo agradezco.

Caminan muy despacio, y bordean la tapia de adobe que pone límite al cementerio de Santa Fe.

—¿Ha tenido noticias de su tierra?

—Aún no.

—Ha de ser paciente. El último envío salió hace seis días en dirección al presidio de San Elizario. Una vez allí, ha de aguardar al próximo convoy, y son aún varias semanas hasta la Villa del Refugio.

—¿Ya no hacen el envío por San Antonio, en Texas? —pregunta el bachiller, sorprendido.

—No pueden. El puerto de Galveston fue incendiado y reducido a cenizas por el corsario vasco que lo custodiaba hasta hace unas pocas semanas.

—Jean Lafitte.

—Ese mismo.

—Nos ofreció asilo a nuestra llegada —dice Orviz, que aún recuerda su arribo a las costas americanas, en el verano del pasado año.

—Pues se ha cansado de servir de posadero. Dicen que lo ha quemado todo y ha puesto rumbo a La Habana.

La noticia, si bien explica la ausencia de respuesta a sus cartas, le cae a Orviz como un jarro de agua fría. El joven no hace más que ver cómo las complicaciones en torno a su correspondencia crecen con el paso de las semanas.

—¿Saben algo del cura? —cambia de tema Martí.

—¿Qué cura? —pregunta el asturiano, que continúa con la cabeza puesta en el fracaso de su intercambio epistolar.

—Ese Cadalso.

—Ah… No —responde al fin—. Me temo que no.

—Ni al hijo tampoco, entiendo.

—¿Al hijo del cura? —inquiere Orviz, extrañado.

—No, Juan —se queja el periodista—. Al hijo de Anselmo Pijo. Al muchacho desaparecido.

—Ah, a ese hijo. Tampoco. —Ahora sí, sale de sus tribulaciones el español y se rasca la cabeza, como tratando de volver a este mundo—. Discúlpeme, que he dormido poco y mal.

—No han hallado al cura, ni al hijo, y aun así pide usted información para abordar a un tercer sospechoso.

—Así es —sentencia Juan Orviz, que en ese momento, junto a su amigo Nicolás Martí, entra por la puerta trasera del cementerio—. ¿Ha encontrado algo?

—Por supuesto —responde este, y esboza una sonrisa.

—¿Basilio Abeyta? —susurra el bachiller.

—El mismo.

Por iniciativa del mexicano, se acomodan los dos hombres al pie de un mausoleo alto y envejecido que se yergue en una esquina recóndita del camposanto. Ante su llegada, los pajarillos que habitan entre los muertos pían un buen rato, desconcertados. Revolotean sobre las tumbas antes de alzar el vuelo en dirección al Cerro Gordo.

—Y bien —empieza Orviz, al fin—, ¿qué sabe sobre él?

Nicolás Martí, que da muestras de estar disfrutando con las intrigas que rodean al caso que investiga el asturiano, coloca sobre sus piernitas cortas y rechonchas dos o tres pliegos que ha creído conveniente sustraer de entre la documentación que maneja para la redacción de la biografía del gobernador. Desdobla uno, con cuidado, y lee:

—Basilio Abeyta. Neomexicano, de varias generaciones, con ascendencia navarra.

—¿Sigue vivo?

—Supongo. No se menciona funeral, ni enterramiento —responde Martí—. En el censo figura, eso sí, un potrerillo y casa en Sandía, varias leguas al sur. Parece que se ausentó unos años de esa residencia, no obstante, al ser partícipe de una adjudicación de tierras en Cebolleta, al noroeste.

Asiente el bachiller Orviz, satisfecho con la información que le trae su confidente. Cebolleta es el lugar en que, según la Mujer Búho, el tal Abeyta se hizo cargo de sus dos hijos. El lugar en que intentó crucificarlos como forma de expiar sus pecados.

—Es él —responde luego—. Tiene que serlo.

Vuelve a doblar el documento Martí, y murmura:

—Eso me temo.

—Hemos de ir a Sandía, entonces —sentencia Orviz, agitado—. He de encontrar el modo de contárselo a Cuervo.

—¿Continúa enfadado su amigo el capitán?

—No quiere oír hablar de este tema. Está empeñado en dar con el cura.

Pone un gesto extraño el independentista mexicano, y chista, paciente. Luego, tras asegurarse de que nadie más merodea por allí, se atreve a decirle a su acompañante:

—Con el debido respeto, mi buen amigo asturiano, yo no le diría nada al capitán Cuervo.

El comentario sorprende a Orviz, que clava la mirada en el periodista.

—¿Qué quiere decir?

Martí parece incómodo. Sin duda alguna sabe algo que el bachiller Orviz ignora, pero teme ser inoportuno. Al cabo de unos segundos, no obstante, y mientras contempla el movimiento de la única nube que cruza el cielo de buena mañana, empieza:

—Le prometí contarle todo lo que hallase sobre Leandro. ¿Se acuerda usted?

—Lo recuerdo.

—Pues bien, hay algo que debe saber. —Entorna el rostro y mira de reojo al asturiano antes de soltar la noticia—: Basilio Abeyta y el señor Cuervo son viejos conocidos.

Ni se inmuta Juan Orviz. Al contrario, permanece serísimo, el rostro petrificado mientras la mente procesa el dato que le brinda su nuevo amigo. *Todo encaja ahora,* piensa por un momento, y recuerda el devenir de su conversación con la Mujer Búho.

—¿Cómo lo sabe? —pregunta, sin embargo, restándole importancia al hallazgo—. Demasiada información le confía a usted el gobernador.

—Descuide, que esto no lo sabe el gobernador. Esto tuve que encontrarlo yo mismo. —Una vez más, el biógrafo rebusca entre sus notas hasta dar con una cuartilla envejecida, doblada por la mitad—. No creo que conozca usted al teniente coronel Antonio Narbona, ayudante inspector de la comandancia general.

—No tengo el placer.

—Tampoco he coincidido con él, no crea, pero lo he leído. —Despliega el papelajo Martí—. Más de cien escritos, si le soy sincero, entre cartas, informes y contratos de toda clase. Hombre prolijo ese Narbona.

Juan Orviz alza la vista por ver el aspecto que luce el texto. Varias líneas apelmazadas, tinta negra sobre papel, sello de la Comandancia General de las Provincias Internas.

—¿Y bien? —se impacienta Juan Orviz, algo tenso—. ¿Piensa compartir el secreto?

—La historia no es agradable, se lo aseguro —advierte Nicolás Martí—. ¿Conoce usted la guerra que hubo con los navajo, en 1805?

—No —responde el bachiller.

—Pues hubo una, ya se lo digo yo. No duró más que un mes, pero fue de lo más sangrienta.

Asiente Orviz, y se revuelve sobre la roca fría, inquieto.

—Le escucho.

—Resulta que, desde el mes de enero de ese mismo año, los navajo asediaron los pueblos que el Gobierno de Nuevo México mantenía al norte del río Puerco. Cebolleta, Laguna… En fin, una serie de asentamientos que, semana tras semana, eran saqueados por los indios.

—Estuvimos allí —dice Orviz—. Conozco esos valles.

Se relame el señor Martí, teatrero como es, y se recoloca con mimo los anteojos sobre su nariz chata, muy seguro de la espectacularidad que el entorno escogido está a punto de ofrecer al relato:

—Como no puede ser de otro modo, la noticia de los saqueos llegó

al que por entonces era gobernador provincial. Don Joaquín del Real Alencaster, chapetón como usted, por cierto, y en cuya tumba nos hallamos sentados.

Alza la vista Juan Orviz, impresionado con el giro. Sobre ellos, observa el asturiano, se eleva el mausoleo del que fuera gobernador de Nuevo México en los primeros años del presente siglo.

«Nacido en Cádiz, en el año de nuestro Señor de 1761».

—Alencaster no podía cruzarse de brazos, claro está, ante una ofensiva así por parte de los salvajes —prosigue el mexicano.

Y completa la frase el soldado, habituado ya a las historias bélicas que salpican el territorio:

—Así que se esmeró en castigar la osadía de los navajo.

—Así es—confirma Martí—. Para ello, formó un pequeño contingente. Un grupo de cuarenta jinetes, nada menos, entre soldados de cuera y milicianos, capaces de darles un escarmiento a los salvajes…

—Entiendo.

—Al frente del pequeño grupo situó al capitán Narbona, hoy teniente coronel, como le digo. Pero lo seguían en la cadena de mando tres más que tal vez le suenen a usted. —Echa la vista al papel el biógrafo, y comienza a enumerar con los dedos—. El primero de ellos era el gobernador Facundo Melgares, por entonces un oficial de lo más prometedor. El segundo, Basilio Abeyta, que iba al frente de la milicia local. El tercero en cuestión era su buen amigo. Leandro Cuervo.

Ante la noticia se encoge de hombros el bachiller Orviz.

—Se que el capitán Cuervo pasó muchos años combatiendo a los indios hostiles.

Sonríe entonces el periodista, y niega con la cabeza.

—Me temo que en este caso, mi buen amigo, no hubo combate alguno.

—¿Y entonces?

—Fue una auténtica carnicería —sentencia, y señala al hacerlo el papel viejo que permanece sobre sus piernas—. No lo digo yo, lo dicen los propios testigos en el informe que hacen de la masacre.

Duda un segundo Juan Orviz, y cabecea en dirección al documento que le enseña el periodista.

—Léame usted el informe, si tan oportuno le parece, y acabaremos antes.

Sale el sol sobre el monte de la Atalaya, al este de la pequeña ciudad de Santa Fe, cuando Nicolas Martí, con los anteojos bien ceñidos al rostro y gesto circunspecto, lee el informe de Antonio Narbona relativo a la matanza ocurrida en 1805.

—«La mañana del día 31 de enero, tras varios días de marcha, mandé a dos capitanes salir de avanzadilla acompañados de una docena de soldados. Fueron estos los que hallaron a los indios en el cañón de Chelly, un sitio sagrado para los navajo. Mis órdenes eran claras: entrar y capturar al cacique de la tribu, que dormía a esa hora en la enorme cueva que se abre en la montaña. Pero los oficiales se propasaron». —Toma aire el periodista, a sabiendas de lo que viene—. «Se asesinó a ciento quince navajos, muchos de ellos, niños. Uno tras otro fueron arrojados por los cortados del cañón, en presencia de sus familias. Decenas de mujeres fueron violentadas; los caballos, tomados, y su roca sagrada, profanada con la sangre de los caídos».

Traga saliva el bachiller Orviz, que se estremece al oír la historia. El mexicano, por su parte, vuelve a doblar el informe, y lo guarda con mimo entre el resto de documentos.

—Ahí terminó la guerra —acierta el asturiano.

—La paz con los navajo se firmó unas semanas después, con un solo condicionante por parte de los indios.

—¿Cuál?

—Los dos capitanes que protagonizaron la masacre habrían de pagar sus excesos con el destierro —explica Martí, y aguarda aún unos segundos antes de concluir su historia—. Nadie en el presidio dudó de quiénes eran. Todos, desde Taos a Albuquerque, conocían a esas alturas la identidad de los carniceros de Chelly.

Entiende Juan Orviz el motivo de la historia que le acaba de contar el periodista, y no tarda en verbalizar la conclusión a la que llega.

—Basilio Abeyta y Leandro Cuervo.

—Los mismos —confirma el mexicano—. Un lazo de muchos años une a su compañero con el tal Abeyta, Juan.

La información que le brinda Martí cambia definitivamente el ánimo de Juan Orviz, que siente ahora una tristeza repentina, punzante. Durante las últimas semanas ha sospechado de su compañero. Su solitaria forma de afrontar la investigación desde que regresaran a Santa Fe. El cabeceo constante, el mal humor, incluso. Por no hablar del viaje de vuelta a la capital, que durante nueve días y nueve noches sumó a las inclemencias del camino el silencio incómodo y taciturno del capitán Cuervo.

—No me sorprenden ahora ciertos comportamientos de Leandro —dice Orviz, cabizbajo—. Su reticencia a hablar con la Mujer Búho. El enfado que despertó en él la mención a la masacre de los navajo…

Tiene curiosidad el periodista. Tanta que, aun a riesgo de entrometerse en las particularidades de la investigación, inquiere:

—¿Cuál fue la reacción del capitán Cuervo, Juan, al oír de los labios de esa anciana el nombre de Basilio Abeyta?

Tarda en responder Orviz, apesadumbrado. Al fin, sentencia:

—Se puso hecho una fiera. Por poco la mata.

—A eso me refiero —concluye Nicolás—. Hablo desde el desconocimiento, y no me avala experiencia militar, pero dudo que el capitán Cuervo sea la persona indicada para encargarse de este asunto.

—También tengo mis dudas —se sorprende diciendo el asturiano, pero se explica, acto seguido—: Ni siquiera sé dónde está Leandro.

—¿A qué se refiere?

—Hace dos días salió a dar un paseo, o eso dijo, pero no regresó a nuestra taberna. Ayer mismo, al ver que no había vuelto, pregunté a la posadera.

—¿Y qué le dijo?

—Que lo había visto marchar por el camino que lleva a Taos. Lanza, escopeta al hombro y farolillo en las alforjas.

—¿Así, sin previo aviso?

—Sin previo aviso.

—¿Cree que ha huido?

Va a responder el bachiller cuando se escucha un ruidito agudo del otro lado de la tapia. Un castor, tal vez, o un conejo. Juan Orviz quiere creer que nadie ha escuchado la conversación que acaba de mantener con el señor Martí, aunque no sería descabellado. El sol ha salido ya tras las cimas onduladas de las montañas de la Sangre de Cristo, y se escuchan voces lejanas, distantes. Al ser domingo, ganaderos, artesanos, milicianos y desocupados pasean por igual en torno a las tres o cuatro bocacalles que manan de la plaza Mayor. Los más avispados, al advertir el primer día de buen tiempo, han salido a la calle con toneles que, a modo de mesas altas, sirven a sus familiares y amigos para tomar un poco de pulque, compartir unas viandas o departir los unos con los otros una vez han salido de misa.

—Si a usted le pareciese bien, Juan —interviene de nuevo el periodista, que saca a Juan Orviz, una vez más, de sus quebraderos de cabeza—, yo mismo estaría dispuesto a acompañarle a la casa de Abeyta.

26

Los barrancos que descienden hasta el río Truchas están repletos de ramas secas y troncos partidos. Si uno mira a las cimas orientales, en dirección a la sierra de las Moscas, apenas reconoce en la ladera un par de quebradas como símbolos distintivos. El resto no es más que un amplísimo amasijo de pinos retorcidos, arbustos espinosos y rocas grisáceas. Un terreno miserable que, sin embargo, sabe bien Leandro Cuervo, resulta idóneo para hacer un seguimiento de los jinetes que se atreven a recorrer el camino de la sierra; el mismo que va hasta Las Trampas.

El viejo asentamiento español, bautizado un siglo atrás en honor al río que lo atraviesa, ha de ser sin duda el lugar al que se dirige el padre Cadalso desde hace un par de jornadas.

El sacerdote viaja escoltado por dos tipos de lo más extraño. Muchachos jóvenes. Genízaros, lo más seguro, vestidos con sotanas largas, harapientas, a medio camino entre una túnica y un saco de patatas. Los tres tipos viajan siempre a cincuenta varas del camino principal, procurando no dejar rastro en el lecho húmedo del río. Extraña forma de avanzar para un hombre de misal y rosario, piensa el capitán, pues el límite occidental de la comanchería lo forman esos mismos barrancos, y no conviene alejarse mucho del sendero salvo que tenga uno algo que ocultar.

—Dónde va usted, padre… —dice Cuervo para sí mismo—. Qué le trae a estas montañas.

El de Sonora no ha cejado en su empeño de seguir al religioso desde que diera con él hace dos días, de noche, al norte de la capital provincial. Estuvo a punto de interceptarlo. De darle el alto e interrogarlo al fin. La actitud sospechosa del hombre, sin embargo, que entre susurros y en plena madrugada ensillaba una mula vieja con ayuda de sus dos escoltas, le hizo cambiar de parecer. Primero llenó las alforjas con la sotana, el ara y todo lo necesario para celebrar misa. Luego cargó a la grupa un par de figuras de madera, un buen número de mantas y una talega en la que escondió cuchillo, fusta de cuero y pistola de fabricación norteamericana.

—Sea lo que sea que oculta usted, Cadalso, estamos a punto de averiguarlo —se dijo el de Sonora.

Desde entonces, Leandro Cuervo ha ido tras el rastro del sacerdote

por los valles escarpados, acechándolo desde la distancia. El buen tiempo primaveral le ha permitido dormir al raso sin necesidad de hacer hoguera, que no conviene llamar la atención. *Como en los viejos tiempos,* piensa. Sombrero bajo la nuca, poncho a modo de manta y soga alrededor del cuerpo; por evitar que las serpientes se acerquen demasiado.

Cuatro horas de sueño le bastan al capitán. El resto de la jornada la pasa concentrado, tomando nota de todos y cada uno de los movimientos del cura, tratando de hallar en su errático comportamiento una prueba que lo incrimine al fin.

—¿Chimayó? Qué hace usted por aquí… —dijo ayer mismo Leandro al ver entrar al sacerdote en el pequeño templo de adobe que hace las veces de parroquia para los mulatos y mestizos que pueblan la zona de El Potrero.

Sin embargo, esta misma mañana, al alba, el cura ha salido del sitio y ha reanudado su misteriosa marcha.

—Viejo gazmoño… Ya se ve que nada —ha protestado el sonorense —. Tan solo quería llenar el buche a costa del diezmo y ahorrarse de paso el precio de la posada

Es entonces cuando Antonio Cadalso ha cogido el camino de la sierra. Una vereda angosta y desdibujada que avanza al pie de las cumbres más altas —aún con nieve en las cimas en esta época del año —. Una vez ha sorteado el río Truchas, el sendero no tiene más que un posible final. Las Trampas. Tal vez por eso, al adivinar el destino de su presa, Leandro Cuervo toma la decisión de adelantarse.

—A darle ahora, Lupita, que es mole de olla —le dice a su yegua. La espolea luego para, con un trote constante, dar un rodeo sobre la cañada del Ojo Sarco y plantarse en el pequeño pueblo antes de que lo haga el cura.

Son ya las seis de la tarde del martes 10 de abril cuando el capitán Leandro Cuervo llega a la comunidad de Las Trampas. Un farolillo ilumina a esta hora el cartel que da la bienvenida a los viajeros.

«Prohibida la entrada a comanches, jicarillas y otros indios ciboleros».

Alguien ha añadido un par de palabras al pie del cartel:

«Tampoco gringos».

Agacha la cabeza el capitán. Pese a no representar a ninguno de los grupos vetados, sabe que no conviene llamar la atención. Se apea, por tanto, de su montura y continúa a pie por las calles embarradas.

En el pueblo no hay un alma. Apenas un par de milicianos que juegan a la brisca conversan distraídos a la puerta de la única tiendita de la que dispone el lugar. Toca disimular. Pasar inadvertido. Hizo bien en salir de paisano, piensa aliviado. Poncho pardo y sombrero cordobés combinan bien con el gesto alicaído del viajero extraviado. Al pasar frente a los milicianos, incluso, y más por afición que por oficio, decide sumar al personaje un paso renqueante, medio torpe. El andar propio del jinete inexperto.

—Buenas tardes —murmura el capitán.

—Con Dios —le responde uno de los dos; un genízaro muy joven que, con la mirada clavada en los naipes, no repara siquiera en el rostro del recién llegado.

Leandro Cuervo detiene su marcha a las afueras del pequeño pueblo. Allí simula reordenar el contenido de sus alforjas con meticuloso aplomo. Mientras lo hace, encuentra una oquedad entre las cajas de madera que se apilan desordenadas en lo alto de una carreta de mercancías. El escondite perfecto, intuye. Un hueco ideal para poder ver sin ser visto.

—Aparezca, padre, por lo que más quiera —susurra desde su escondrijo—. No me sea tímido, que ya casi le tenemos.

Aunque se hace eterna, la espera no dura demasiado. Apenas media hora después, Antonio Cadalso y los dos que lo acompañan entran en el asentamiento por su extremo más oriental, donde un pozo, un molino y un horno de adobe humeante dan la bienvenida a los viajeros.

Pero el cura no se detiene en el pueblo. En lugar de eso, lo circunda en el sentido opuesto a las manecillas del reloj, seguido de cerca por los dos zagales que lo han acompañado desde su salida de Santa Fe, hace ahora tres días.

Leandro ata entonces su yegua al poste de madera en que se apoya la carreta, coge pistola y machete de las alforjas y camina muy lentamente entre las casitas de adobe que dan forma al poblado. Lo hace sin perder de vista el rumbo que toma el sacerdote, a una distancia considerable, pero con el rabillo del ojo puesto en sus movimientos. Al fin, los tres jinetes detienen su marcha a cien varas del límite septentrional de la aldea, frente a la enorme iglesia de San José de Gracia, conocida por los lugareños como iglesia del río de las Trampas, una mole rectangular de adobe, con estuco de barro y cementerio aledaño que a esa hora del día está cerrada a cal y canto.

La figura del cura se recorta contra la entrada principal del templo, pero el día toca a su fin, de modo que la sombra del religioso, alargada y macilenta, se habrá fundido en unos segundos con la ineludible oscuridad de la noche. Leandro Cuervo ha previsto esa ventaja. Tal vez por eso, ahora que el cura y los otros dos han

amarrado sus mulas al poste que hay junto a la iglesia, el de Sonora bordea muy despacio la tapia que envuelve la capilla.

Del otro lado del muro, el padre Cadalso hace uso de la aldaba. Toc. Toc. Toc. Tres golpes secos. No tarda en entreabrir el portón un rostro encapuchado que comparte unos susurros discretos con el capellán de Galisteo. Tras el intercambio de información, se abre del todo la puerta de madera roída, y los tres que acaban de llegar acceden al interior de la iglesia. El sonido del cerrojo bloqueando de nuevo la entrada alerta al capitán Cuervo. No puede ocurrirle lo mismo que le pasó ayer en Chimayó. Ha de saber qué ocurre en el interior del templo. Así pues, apenas visible su silueta sobre el pasto, Leandro logra acercarse a la pared lateral del templo y subir de un brinco al alféizar exterior de una de las vidrieras. Empuja con fuerza. Está cerrada.

—Hija de la chingada —murmura.

No se da por vencido, y prueba lo mismo en la siguiente ventana. Tampoco. Se aguanta las ganas de darle una patada a la de más allá. Pasan así unos segundos plomizos, cuando la solución se le presenta en forma de claraboya entreabierta junto al techo mismo de la iglesia. *No estoy para esos trotes,* es lo primero que piensa Cuervo al ver la altura a la que está la ventana. Luego ríe y niega con la cabeza. Son muchos años lidiando con su orgullo. Se recuerda a sí mismo, años atrás, escalando una pared vertical al norte de Tucson con tal de asegurar un par de cuerdas desde las que descolgar un envío de provisiones. Una apuesta ganó de aquella. Veinte pesos, nada menos, y el reconocimiento de medio presidio. *No me vendría mal ahora un poco de aquella garra,* piensa el capitán. Un pedacito de la inconsciencia lozana que hacía que el amor propio pudiese más que la cordura. Esputa y enarca los brazos en torno a la cintura, estudiando el contorno del edificio.

—Qué carajo —susurra al fin.

No titubea una vez ha emprendido el ascenso. Espalda apoyada en el contrafuerte esquinado del templo y pies bien extendidos para que la tensión del propio cuerpo lo ayude a continuar subiendo. Pasito a pasito, como si los años no pesaran en cada una de las dos piernas; como si la ciática fuese un dolor pasajero, un achaque menor que poder posponer hasta haber descubierto qué demonios trama ese cura del que todos hablan y del que, sin embargo, nadie sabe nada.

Abajo, en el interior humilde de la iglesia —oscura y pobre como pocas, aun para los estándares de la provincia—, varios hombres permanecen sentados en torno a un enorme cactus grisáceo que los genízaros de las montañas conocen como chollas. Son seis, o siete. Tal vez sean ocho. Ni siquiera ellos lo saben bien; del enorme capirote que llevan sobre la testa cuelga un antifaz de tela, amplísimo, que, sumado

a la penumbra del templo, hace imposible ver más que al compañero que tienen enfrente.

Los atavíos del pequeño grupo vienen bien a Leandro Cuervo, que en ese momento avanza a gachas a través del matroneo del templo, cuidándose mucho de no emitir ruido alguno. Al fondo del balcón interno, una balaustrada de madera le sirve de palco privilegiado. El capitán se tumba en el suelo, contiene el aliento y contempla desde las alturas la extraña reunión que mantienen los tipos al pie del altar principal. Allí, entre los reflejos danzantes que provocan los cirios que rodean a los encapuchados, Leandro Cuerpo observa con asombro el extraño rito que celebran aquellos hombres.

—Entonces proclamé allí, junto al río, un ayuno para que nos humilláramos delante de nuestro Dios —empieza una voz grave, que retumba en las paredes del sitio—. Y lo hice a fin de implorar un viaje feliz para nosotros, para nuestros pequeños y para todas nuestras posesiones.

Leandro Cuervo cree reconocer el pasaje bíblico, pero sigue perplejo ante lo inusual del encuentro. El sonorense es un hombre cristiano. O, al menos, de los que creció cumpliendo los mandatos básicos de una educación cristiana. Misa los domingos, confesión un par de veces al mes —siempre que el cura no hiciera preguntas impertinentes— y comunión de cuando en cuando. La religión ha sido siempre un elemento vertebrador en las remotas provincias del norte, donde el pagano es siempre el indio salvaje y los cristianos, por tanto, son todos los hombres de bien: militares, artesanos, santeros, ganaderos, estuquistas o carreteros. Tal vez por eso, la ceremonia que se celebra ante sus ojos, por indiscretos y entrometidos que sean, pilla tan por sorpresa al capitán. *¿Qué tipo de culto es este?,* reflexiona para sí.

Al rato se pone en pie uno de los allí reunidos. Capirote negro y faja de esparto bajo el capote oscuro. Carraspea de forma comedida, y dice:

—Agradecemos a nuestro celador que haya traído en el día de hoy, diez de abril, día del mártir San Apolonio, a dos muchachos que en esta morada habrán de humillarse ante el Señor para redimirse de sus pecados y demostrar la verdadera fe.

—Gracias, celador —responden al unísono los otros.

Leandro deduce entonces que el celador, sea lo que sea que eso signifique, ha de ser el padre Cadalso, y los que lo acompañaban de buena mañana, los dos que están a punto de humillarse ante el Señor. Traga saliva el sonorense y aguarda, paciente.

Escasos segundos más tarde —no se hacen esperar demasiado— irrumpen en la nave central los dos chiquillos en cuestión. Van prácticamente desnudos, observa Leandro Cuervo. Apenas un trapo

para tapar las vergüenzas. Tendrán quince años. Dieciséis, como mucho. Los zagales caminan descalzos hasta el crucero de la iglesia, donde se juntan con los encapuchados. Una vez allí, se agachan, en completo silencio, y aguardan a que el de la faja de esparto de su bendición.

—Venís hoy aquí, disciplinantes, como el cordero llevado al matadero de la profecía de Isaías… —empieza, con su voz grave.

En lo alto de la iglesia, las gotas de sudor le caen al capitán Cuervo por el rostro del mismo modo que abajo, junto al altar, la cera consumida por el fuego de las velas se amontona al pie de los candelabros. Leandro distrae su atención de la ceremonia en el momento en que le asalta una duda: ¿será Álvaro Pino uno de los encapuchados?

Una vez que el orador ha terminado su plática, los dos chicos se ponen de rodillas y toman con sumo cuidado cada uno un tallo de cactus del suelo. Los elevan luego sobre sus cabezas, como si estuviesen presentándoselos a alguien, y comienzan a golpearse con ellos en la espalda. Una vez. Y otra. Y otra más.

Un escalofrío recorre entonces el cuerpo de Leandro Cuervo, que conoce bien el tipo de cactus que están usando los dos muchachos y es capaz de valorar el acto salvaje en que se ha tornado el encuentro.

—Santa Virgen… —susurra.

A estas alturas de su vida, el capitán creía haberlo visto todo. Por lo visto, se equivocaba. Ante la complicidad de los encapuchados que sujetan los cirios, los dos chicos siguen fustigándose. Plas, plas, plas. Emiten de vez en cuando ruiditos quejumbrosos, perceptibles incluso desde el balconcito en que se ve a Leandro. Para más inri —nunca mejor dicho—, el silencio del templo hace que cada acometida resuene con el eco de la barbarie.

—Entonemos un alabado, hermanos —dice de pronto uno de los acólitos—. Que la sangre limpie el alma y purifique el espíritu.

Uno de los encapuchados empieza a cantar. Le sucede otro, y otro más. Al cabo de un rato, un canto tenue y coral sirve de melodía para la comparsa que marcan los latigazos. La sangre mancha ya el suelo en torno a los dos muchachos, que tienen la espalda repleta de espinas.

—No puedo más —se escucha de repente.

Pero la tonada no cesa. Cobra más fuerza que antes, si cabe, en un intento por acallar la voz del que se queja.

—Sigue, pecador —le dice uno de los disciplinantes—. No te rindas ahora.

A tenor de su complexión, Leandro Cuervo cree que se trata del padre Cadalso.

—No puedo —repite el chico.

Luego deposita el cactus repleto de espinas sobre el suelo y se echa

a llorar. Entonces se levanta el que acaba de insistirle. Está enojado. O eso parece, por los gestos vehementes que hace. Toma del suelo el tallo espinoso y, sin que nadie haga nada por evitarlo, comienza a golpear con él al chico que se ha rendido. Lo fustiga en la espalda, en el trasero, en las piernas. Pero también en los brazos, en el cuello y en el abdomen a medida que el rapaz se retuerce de dolor. A cada latigazo le sucede su respectivo alarido.

Leandro Cuervo se incorpora en el acto. No puede creer lo que ve. El espectáculo es tan cruel y grotesco que deja sin palabras al sonorense. Saca su pistola del cinto, y duda un instante.

—¡Basta! —exclama, al fin, olvidando por completo el motivo que lo ha llevado hasta allí. Al capitán lo mueve ahora un impulso tan visceral como humano que no pretende más que detener el acto demente que se está celebrando en el templo. Por supuesto que el grito, terrenal y profano, ha detenido la mano providencial que a punto estaba de acabar con el muchacho. Ha provocado, además, un enorme desconcierto entre los presentes, que miran ahora en todas las direcciones, o lo intentan, más bien, cegados en buena medida por las máscaras que cubren sus rostros.

—¿Quién va? —inquiere el de la faja de esparto. Por el aire solemne, todo indica que es el líder del grupo.

—¡Allí arriba, hermano! —advierte uno de los encapuchados.

—Un soldado —dice otra voz—. Uno de los que anda husmeando entre los muertos.

—¿El chapetón? —pregunta un tercero.

—No. El otro.

Leandro Cuervo permanece agachado, sorprendido por el simple hecho de que los adláteres allí reunidos los tengan identificados a Orviz y a él mismo como soldados a cargo del caso. Lo que ocurre después es tan rápido que el sonorense apenas si tiene tiempo de reaccionar a tiempo. Un portillo de madera, en el que no había reparado Cuervo, se abre de pronto a escasas varas de donde se encuentra el capitán. Por ahí asoma ahora uno de los de las caperuzas, pistola en una mano y cuchillo en la contraria. El tipo, que trata de disparar a las primeras de cambio, se topa de pronto con el taburete que le acaba de arrojar Cuervo, y yerra el tiro, desconcertado. A continuación, se abalanza en dirección a Leandro, corriendo como un poseso. Lleva el cuchillo en ristre, dispuesto a clavárselo al sonorense en el pecho. Un movimiento esquivo del capitán Cuervo basta para evitar la cuchillada. El choque de ambos cuerpos en lo alto del matroneo, sin embargo, provoca que, uno detrás del otro, atraviesen la balaustrada y caigan al vacío ante la atenta mirada de los presentes.

Tras unos segundos de descenso que se hacen eternos, un calambrazo estremece las rodillas de Leandro Cuervo y le hacen

perder el equilibrio. Inmediatamente después, el de Sonora nota un golpe de lo más aparatoso en la cadera, seguido de otros dos estacazos en el brazo derecho y en la espalda, respectivamente. Cree estar muerto cuando abre los ojos y se encuentra a sí mismo sentado sobre un banquito de terciopelo rojo. Se halla rodeado de astillas, custodiado por cuatro paredes de madera que tienen motivos romboidales. Un ataúd, piensa primero. Es entonces cuando mira hacia arriba, confuso. Al ver el agujero por el que acaba de entrar, Leandro Cuervo comprende que ha ido a parar directo al confesionario de la pequeña iglesia. Contiene un grito de puro dolor y se acerca a la rejilla de la que dispone el propio habitáculo: un huequito estrecho pensado para que el cura pueda dirigirse a los que se confiesan. El cuerpo inerte que ve al otro lado del agujero le hace entender que el tipo que ha caído con él en el forcejeo no ha corrido su misma suerte. Yace en el suelo oscuro del templo, inmóvil. Tras él hay, claro, una decena de acólitos enfurecidos. Los encapuchados que hasta hace un rato protagonizaban el más atroz de los ritos imaginables se encaminan ahora al confesionario en que permanece encerrado Cuervo. Van armados con cirios, látigos y navajas. La escena es espeluznante.

—Salga de ahí —dice uno de ellos—. Pecador. Asesino.

Se pone en pie el sonorense y gira sobre sí mismo , tratando de hallar una salida. No la hay. Lo que hay, en cambio, son encapuchados a un lado de la cabina. Y al otro. Y al de más allá. Además, a juzgar por el modo en que oscilan las lucecillas entre las rendijas de que dispone la madera, los tipos están cada vez más cerca. Eso le deja una sola opción.

De una patada, Leandro Cuervo tira abajo la puerta del confesionario y se abalanza contra uno de sus atacantes. Logra desarmarlo de un puñetazo y, mientras le coloca el cañón de la pistola en la misma mandíbula, advierte al resto con gesto serio:

—¡Escúchenme! Si no quieren que la cabeza de este pinche cabrón se convierta en pura piñata, ya pueden ir retrocediendo.

El movimiento surte efecto en tanto que frena el avance de los demás secuaces. Ahora puede verlos mejor que nunca el sonorense. Son diez con el que lleva agarrado por el pescuezo. Otro sigue tendido en el suelo, junto a los dos que permanecen ensangrentados, con la espalda llena de espinas. Los seis que restan permanecen en pie, muy quietos. Sus extraños atavíos, repartidos por la penumbra densa de la sala.

—No dispare —susurra el rehén.

—Pues colabóreme. No se detenga.

Leandro Cuervo y su prisionero dejan atrás al pequeño grupo entre amenazas e insultos.

—Usted. —Eleva la voz el capitán, y señala con la cabeza al muchacho que, hace solo unos minutos, pidió clemencia en plena flagelación—. Aproveche y salga de acá.

El chico, no obstante, permanece en el sitio, muy quieto. Los brazos temblorosos y la mirada clavada en el suelo.

Cuervo y su rehén caminan hacia atrás, cuidándose mucho de no tropezar con los bancos de madera que se reparten por la nave principal de la iglesia, o, de la morada, como parecen llamarla los de los capirotes.

—Si se les ocurre ir tras nosotros afuera —empieza Leandro, sin saber muy bien qué decir o qué hacer, pero avanzando a paso ligero —, le meto a este pendejo una bala en la cabeza.

Ya en el exterior, la noche cerrada sorprende a los dos hombres. El retenido, jadeante, trata de amedrentar a su captor sin demasiado éxito. Con el zarandeo, el tipo pierde además antifaz y capirote. Sonríe el capitán Cuervo, sudoroso, mientras conduce al otro por un camino tenebroso que se pierde más allá de la alameda.

—Mire qué bien. Con usted quería yo hablar, padre.

—Está cometiendo un terrible error, soldado —susurra Antonio Cadalso.

—Capitán, si no le importa.

27

—No hay nadie —dice el escritor Nicolás Martí tras llamar por segunda vez a la puerta del pequeño rancho.

—Pruebe una vez más —responde Juan Orviz.

El asturiano lleva un buen rato circundando la finca, inquieto. Busca desde el exterior algún indicio que indique que la casa del señor Abeyta sigue ocupada a pesar de su aspecto ajado. *«Es un ranchito pequeño, con una leñera en la parte de atrás. Se lo encuentran ustedes nada más pasen la alameda, ya verán, del otro lado del pueblo. Pero ya les digo que no sé si el tipo continúa viviendo allá. Me dijo mi marido que marchó al norte hará cosa de cuatro años»,* les ha dicho de buena mañana la única mujer con la que se han topado desde que abandonaran Bernalillo, al alba.

En efecto, una vez pasado el pueblo de Sandía, conocido por los locales como Tuf Shurn Tui, un bosquecito de álamos parece custodiar el cauce tranquilo del Río Grande. En su linde, y a poca distancia del cauce que mece sus aguas calmadas, se alza una hacienda humilde. Un rancho que —tal y como dijo la mujer— dispone de leñera en su parte de atrás. A la estructura de adobe y madera la antecede también una acequia anegada junto a lo que, piensa el asturiano, fue un día un cultivo de calabazas.

De nuevo, dos golpecitos tímidos.

—Nada, no responden.

El señor Martí siente de pronto una decepción terrible. Si están allí, a fin de cuentas, es debido a su insistente afán en ser de utilidad para el caso que investiga su nuevo amigo, el bachiller Juan Orviz. Seguir las pistas estas últimas semanas le ha hecho sentir más vivo que nunca. Ha llegado a fantasear con escribir algo sobre el tema. Una novela, tal vez. Una resolución del caso, incluso, al estilo de las causas célebres de Gayot de Pitaval. Sea como fuere, los incontables giros del asunto dan para crónica de sucesos, piensa Martí. El último: la repentina desaparición del capitán Leandro Cuervo, a quien le fue encomendado el caso en primera instancia. Más que de una desaparición se trata de una huida, cree el periodista, a tenor de los derroteros que ha tomado la investigación. No se atreve a verbalizarlo, claro, por respeto al propio Orviz.

—Voy a entrar —dice ahora el asturiano.

—¿Cómo? —inquiere Nicolás—. Está cerrado con llave…

Un ruido interrumpe en ese instante al mexicano, que da unos pasitos en dirección al lateral de la casa con tal de comprobar la causa del estruendo. Lo que ve, para su sorpresa, son un par de piernas. Dos extremidades que, a media altura, patalean un instante y desaparecen justo después por el ventanuco de la primera planta del rancho.

—¿Juan? —pregunta, nervioso.

No lo oye el bachiller Orviz, que a esas alturas ya husmea entre los muebles viejos del sitio.

—¿Hay alguien? —inquiere el soldado, más por quedarse tranquilo que por dudar verdaderamente acerca de alguna presencia. La casa huele a cerrado, y está llena de polvo.

Hay una mesa de madera en el centro del comedor principal, rodeada por cuatro sillas. Al igual que muchos ranchitos de Nuevo México, la cocina no es más que una chimenea de barro en una de las esquinas del lugar. Junto a ella hay aún un par de cuencos de cerámica, varias cucharas de madera y un gancho de hierro oxidado que debió de servir para remover las ascuas.

Se acerca entonces Juan Orviz a la propia chimenea, y observa, en su repisa, la colección de figuras religiosas que custodian el refectorio. Todas ellas, sin excepción, han sido talladas sobre madera y vestidas luego con telas, como si fueran muñecas. En primer lugar, sosteniendo un cayado y con túnica de terciopelo, hay una imagen de san José. A su lado, la Virgen, cubierta con delantal blanco y manto de lana bordado en todos los colores que uno pueda imaginar. Algún artesano devoto ha tenido a bien pintar a esta última de colores brillantes. La tez, advierte Juan Orviz, es morena, al igual que la de la mayoría de mujeres de la provincia de Nuevo México. Un color más apropiado para la madre de Cristo, piensa el asturiano, que el que le ponen los pintores europeos, tan aficionados a buscar en el blanco la pureza de la fe. Completan la colección media docena de santos. Santiago, patrón de los rancheros, va montado sobre un caballo blanco. San Judas Tadeo lleva pantalones de terciopelo, poncho indio y sombrero de piloncillo. Al resto no logra ponerles nombre Orviz. Comparten, sin embargo, y de una manera que el bachiller no sabe explicar, una presencia entre imponente y misteriosa. Como si supieran, de algún modo, que un forastero está husmeando en su guarida.

Al otro lado de la habitación, junto a la puerta de entrada del rancho, reposan una silla de montar y una pequeña adarga. Al bachiller le llama la atención el escudo, de cuero de vaqueta, que tiene pintado el distintivo real español. Bajo el emblema, y por si aún quedaba alguna duda, una inscripción rayada recoge el apellido del propietario.

«Abeyta».

Juan Orviz sabe —así se lo explicó el capitán Cuervo meses atrás, en El Paso, al enseñarle la suya propia— que la adarga no es sino el escudo reglamentario de los soldados presidiales. El hallazgo le hace pensar en su compañero y en la relación que mantenía con el tal Basilio Abeyta. Eso le hace dudar por un instante. ¿Qué sentido tiene seguir investigando sin la compañía de Leandro Cuervo? ¿A cuento de qué ha venido su marcha, su huida precipitada? ¿De verdad oculta información sobre el asesino del caso que los atañe?

Por un momento recuerda el asturiano la historia que les contó la Mujer Búho en el interior de esa cueva suya tan siniestra y decadente. El maltrato del señor Abeyta. Las dos cruces de madera. La huida, la persecución y la trágica muerte de los chiquillos. Una barbarie que se hace tangible, ahora, en el interior del rancho que pertenece —o perteneció, quién sabe— al supuesto asesino de Río Grande.

Para cuando Nicolás Martí ha conseguido al fin acceder al comedor —y no ha sido fácil, dadas su complexión gruesa y la estrechez de la ventana—, Juan Orviz se halla ya en la alcoba principal de la casa, una habitación considerable que dispone de jergón de cuerda y esparto, cómoda y crucifijo.

—Está vacía —dice Nicolás Martí.

—Sí. Diría que se llevó casi todo cuando cambió de vivienda. Ropa y vituallas, al menos —observa Orviz.

—Tal vez lo hayan desvalijado los saqueadores.

—Lo dudo —responde el español, y señala al hacerlo a la entrada del pequeño rancho—. No se habrían olvidado la montura del caballo. El fuste está nuevo, y los enreatados son de plata.

—Cierto —dice Nicolás Martí, y asiente muy despacio—. Cree que no está abandonada, entonces.

Abre Juan Orviz un pequeño armario en el que hay una sierra, una caja de clavos y una especie de martillo de carpintero, con cuña abierta en la parte de atrás. Luego presta atención al estante bajo del propio aparador, en el que un misal y una biblia acompañan a tres o cuatro libros de temática religiosa.

—Creo que el señor Abeyta vuelve de vez en cuando —dice al cabo de un rato.

La capacidad analítica del bachiller Orviz fascina a Nicolás Martí, que no deja, sin embargo, de volver la vista atrás, preocupado: si alguien entrase ahora en el pequeño rancho, los pillaría desprevenidos, con la guardia baja.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —pregunta luego.

—No lo estoy —empieza Orviz, dubitativo—. Pero dejó algunas herramientas, además de las figuras de los santos, la biblia y el

crucifijo.

Se agacha ahora el bachiller para observar mejor los libros que se amontonan en la parte baja del armario. Uno de ellos es en realidad una biblia de tapas negras, sospechosamente similar, por cierto, a la que se encontraran en Atrisco semanas atrás. La abre ahora Orviz con curiosidad, por si acaso contuviese dedicatoria, al igual que pasaba con aquella. Nada. Está como nueva. Se dispone a colocarla en su sitio, algo decepcionado, cuando un buen número de cartas y documentos llaman su atención.

—Se ve que soy el único incapaz de recibir correspondencia en esta provincia —murmura Juan Orviz, y coge las cartas para irlas pasando, una tras otra, hasta dar con algo relevante.

—Es correo interno —señala Martí, que reconoce en alguna el sello del mensajero local—. Ninguna de estas ha salido nunca de Nuevo México.

Cuando ya parece que nada va a ser de utilidad —la gran mayoría son acuses de recibo de pagos hechos años atrás—, una misiva con fecha del 2 de agosto de 1817 capta de pronto el interés de Juan Orviz. Empieza a leerla muy lentamente, el ceño fruncido y los ojos clavados en el papel amarillento.

«Muy señor mío y amigo; que la sangre limpie el alma y purifique el espíritu.
Está en mi poder la carta de usted del día 24 del junio último en la que me anunciaba la compra de la vieja kiva *de Isleta, para situar allí una nueva morada. La cuarta de nuestra fe. Sin entrar en más pormenores, le felicito por la compra. Es admirable el empeño de su familia en aumentar el peculio de la cofradía. Permítame decirle que su labor será bien recompensada por nuestro Señor. Entre tanto, insiste nuestro Hermano Mayor en que le ofrezca un pequeño pago por los elevados gastos que ha tenido que soportar al adquirir este nuevo sitio.*

El dador le hará entrega de la suma y le dirá el resto: como bien sabe, hemos de ser discretos, y hay cosas que no puedo fiar al papel. Se despide atentamente su afectísimo amigo.

El Celador».

—El Celador —susurra Martí, atónito, con los anteojos empañados y las cejas en alto—. «El peculio de la cofradía», «nuestro Hermano Mayor», «una cuarta morada», «la cuarta de nuestra fe»… Interesante hallazgo.

—«… me anunciaba la compra de la vieja *kiva* de Isleta para situar allí una nueva morada» —relee Juan Orviz, meticuloso. Las dudas se apelmazan en su mente a medida que toma conciencia de la información que contiene la cuartilla. Inquiere, al fin, con la esperanza de que el periodista sepa de lo que se trata: —¿Una morada?

—Una casa, imagino —responde Martí, sin ser de mucha ayuda—. Pero eso de la *kiva…,* eso sí sé lo que es.

Le dirige una mirada el asturiano, sorprendido.
—Cuénteme.
—Las *kivas* son sitios sagrados de los indios pueblo —explica el periodista, henchido al saberse de utilidad—. Ha tenido que ver alguna en sus viajes por los valles de Atrisco. A las afueras de Santa Fe, incluso. Son enormes círculos excavados en la tierra, no demasiado profundos, lo suficiente como para que una persona quepa de pie en el interior.
Asiente Juan Orviz, seguro ahora de que Nicolás Martí las describe de haber visto unas cuantas en compañía del capitán Cuervo. Le quiere sonar una junto a Laguna, y otra, incluso, frente a la que han pasado esa misma mañana, a las afueras de Bernalillo.
—Parecen abandonadas.
—Y lo están —sentencia Martí—. O deberían. Tiempo atrás, según tengo entendido, sirvieron a los pueblo para celebrar sus ritos…
—¿Qué clase de ritos? —interrumpe el asturiano.
—No le sé decir —responde el otro—. Ceremonias espirituales. Religiosas, supongo. Pero habrán pasado más de cien años desde la conversión al cristianismo del último de esos indios.
El militar le da la vuelta al papel para mirar el membrete o cualquier elemento que dé una pista acerca del remitente. No lo hay. El correo en Nuevo México lo entregan en mano mensajeros locales. Muchachos iletrados, las más de las veces, por evitar que husmeen en el contenido. Sí que vienen nombre y apellido del destinatario.

«Basilio Abeyta».

Una vez más, el misterio crece en torno al hombre del que les habló la Mujer Búho.
—Menciona una cofradía —suelta Martí—. ¿Católica?
—Supongo —responde Orviz—. Demasiado secretismo, en cualquier caso, para ser una agrupación sacramental cualquiera.
—Y un Hermano Mayor.
—El líder.
—Padre Mayor.
—¿Cómo?
Se encoge de hombros el periodista, y explica:
—Padre Mayor le dicen a eso mismo en el sur de México. O por lo menos así es en la cofradía de la Virgen de Guadalupe… En mi pueblo.
Una vez más, Juan Orviz echa en falta los conocimientos de Leandro Cuervo. Su experiencia con la sociedad neomexicana se hace doblemente necesaria a tenor del cariz religioso que parece tener el hallazgo. Pero allí se encuentra, sin ayuda del capitán que lo eligió como ayudante, y en compañía del alma menos cristiana de la

provincia, tratando de atar el cabo que acabe por resolver el enigma.

Durante los minutos que siguen, ambos hombres debaten acerca del asunto sin llegar a conclusiones claras. Dan por hecho que el tal Abeyta está ayudando a levantar moradas —sean lo que sean las moradas—, pero difieren al imaginar sus motivos para hacerlo. Fallan también a la hora de relacionar esa cuestión con los asesinatos de Río Grande. En caso de que el dueño del rancho en que se hallan fuera el culpable de los famosos crímenes, dice Orviz, los miembros de su cofradía podrían no saber nada. Se ponen de acuerdo, sin embargo, en una cosa: el tono reservado y oculto del mensaje excede por mucho las formas protocolarias que dos miembros de una congregación religiosa habrían de tener dado el fervor cristiano que demuestran a diario los habitantes de la provincia.

—Demasiado secretismo.

—Es raro —sentencia Martí—. Muy raro, de eso no cabe duda.

Juan Orviz entiende en ese momento la idoneidad de las circunstancias a la hora de adquirir una vieja *kiva*. Un espacio aislado, en desuso, protegido del mundo exterior. Un escondite sagrado. Una idea empieza a formarse entonces en la mente del bachiller, que hace un esfuerzo por recordar sus estudios en teología y filosofía. Al rato, cree hallar en la historia una explicación plausible a cuanto acontece en los valles de Nuevo México. Duda un instante, muy concentrado, y ordena sus pensamientos antes de hacerse una pregunta: ¿y si la explicación al mal que azota el territorio tuviese su origen cientos de años atrás? Es una idea descabellada, pero no imposible.

—¿A cuánto queda Isleta? —dice de pronto.

—Está del otro lado de Albuquerque —responde Martí, y se encoge de hombros antes de añadir—: Tal vez sean tres horas a caballo. Cuatro, como mucho.

—Bien —dice ahora Juan Orviz, que acaba de salir al exterior de la casita y divisa a lo lejos la sierra de la Sandía. Por un momento, el bachiller cree haber recuperado la intuición que le hizo ganarse el respeto de las mentes más notables de su patria—. Vayamos a esa *kiva*.

28

Afila un puñal el capitán Leandro Cuervo, estoico, apoyada la espalda contra un táscate, —que es como conocen en el norte de México a los sabinos robustos que sobrepasan el tamaño de un hombre—. No lo hace de forma impetuosa, ni vehemente, muy a pesar de tratarse de un cuchillo comanche concebido para separar cabezas y cabelleras, todo lo contrario: el sonorense pule la hoja de forma ritual, casi religiosa, intentando hallar en el reflejo del acero palabras adecuadas con las que sonsacarle información al cura. Por supuesto, no las encuentra, aunque de vez en cuando arruga el gesto, coge con los dedos el cigarro que sostiene entre los labios resecos y murmura algo ininteligible.

—¿Hay alguien ahí? —suelta en ese momento Cadalso desde el improvisado campamento—. ¡Socorro!

Sonríe el capitán, y niega con la cabeza. Se rasca luego la tez áspera en un ademán cansado y, sin dejar de afilar el arma, se dirige hasta el riachuelo junto al que su prisionero y él han pasado la noche. Escupe el veguero al llegar al lugar y se aproxima con lentitud.

—Buenos días, padre —dice al ver que Antonio Cadalso ya se incorpora sobre el terreno—. Ya está bien de armar escándalo, haga el favor, que acá nadie puede oírle.

—Suélteme las piernas, se lo ruego —responde el sacerdote—. La cuerda me lastima los tobillos.

Antonio Cadalso ha estado atado de pies y manos desde la tarde del día anterior, y el roce de la soga empieza a hacerle herida en la piel enrojecida.

—¿Soltarle? —pregunta Cuervo—. ¿Y que huya usted despavorido?

El sacerdote es un hombre menudo. Medio calvo, algo regordete. La piel paliducha para ser de sangre mestiza. Las cuatro décadas que lleva vivo desde que naciera en las profundidades de Abiquiú han hecho mella en su gesto cansado, alicaído, especialmente marcado ahora que las ojeras se le hunden en el rostro reseco como dos cañones en medio de un desierto cuarteado.

—No pienso escaparme —dice al rato—. Le doy mi palabra.

Suelta una risotada el capitán Cuervo.

—Si lleva días huyendo de nosotros… —responde luego—. Semanas.

—¿Pero de qué habla?

—Ya le he dicho que estuvimos en su casa, y en la parroquia de Galisteo…

—¿Cuándo? —le interrumpe el religioso.

—No se haga el loco conmigo, padre.

—¿Que no sabe acaso que los curas de esta provincia hemos de andar de un lado para otro? —se queja Cadalso—. Oficiamos misa en cada aldea, en cada rancho. Bendecimos los nacimientos, las cosechas y hasta el nacimiento de los cabritillos. Celebramos boda en un pueblo y esa misma tarde oímos confesión en el de más allá. ¡No tenemos vicarios! Ni tan siquiera nos alcanzan las rentas para llenar el buche, si me apura…

Chista el capitán, incrédulo, y empieza a recoger los bártulos que ha desperdigado en torno a la hoguera. A medida que la luz rebasa el páramo de La Cojita, el cañón que se hunde a la sombra del pico Truchas empieza a adquirir tonos rojizos. Hace calor, observa Cuervo, y eso que el astro solo lleva una hora sobre el horizonte.

—No hay alma en esta provincia a la que no hayamos preguntado por usted —insiste luego—. Todos los frailes y las monjas de Nuevo México saben que andamos tras sus pasos. Desde los ranchos de Taos a la sierra de la Sandía. ¿Y usted ni tan siquiera hace un esfuerzo por verse con nosotros?

Ante las dudas de Leandro Cuervo, el otro se limita a mirar al cielo. Luego niega con la cabeza y se santigua como buenamente puede, maniatado y dolorido.

—Perdónalo, padre, porque no sabe lo que dice —murmura.

El gesto provoca la risa del capitán.

—Hable usted conmigo, Cadalso, y deje en paz al de arriba.

—¡Blasfemo! —exclama el hombre al oír el tono burlón del de Sonora—. ¡Hereje! ¿Que no le da vergüenza, acaso, secuestrar a un sacerdote? Irá al infierno por esto, Cuervo.

—Ahí está —dice de pronto Leandro, y al hacerlo señala en dirección al cura.

—¿El qué?

—Cuervo, ha dicho. Sabe usted quién soy. Pero yo no le he dado mi apellido —dice el militar, con la certeza de que su prisionero ha cometido un error fatal—. Sabe que soy el capitán Leandro Cuervo, de El Paso. Y sabe que llevo semanas tras su rastro.

—No es cierto.

—No mame, padre —se burla ahora el capitán—. Que no me chupo el dedo. Son muchos años.

—Le conozco a usted porque su fama le precede —sentencia el cura, muy serio—. Usted es el carnicero del cañón de Chelly.

Alza el puñal Leandro Cuervo, y lo acerca amenazante a la cara del

sacerdote. La hoja es tan gruesa que, por un instante, Antonio Cadalso es perfectamente capaz de ver su reflejo demacrado en su filo.

—Se lo preguntaré una vez más, Cadalso —empieza de nuevo Cuervo, que, sin obtener resultados, ya se afanó en interrogar al cura la noche anterior—: ¿dónde está Álvaro Pino? ¿Sigue con vida?

—No lo sé.

—¿Mató él a sus hermanas?

—Qué barbaridad.

—Responda. ¿Mató a sus hermanas?

—Tampoco lo sé.

—¿Lo hizo solo o con la ayuda de otro?

Cierra los ojos el religioso, hastiado de responder una y otra vez las mismas cuestiones.

—Puede insistir usted las veces que quiera. La respuesta será siempre la misma. No sé dónde está el muchacho.

—Eran ustedes muy cercanos, me consta —insiste Leandro, y se agacha a continuación para ver mejor la reacción de su prisionero—. Nos lo dijo su padre.

Ahora pone los ojos en blanco Antonio Cadalso, y emite una risita aguda.

—Don Anselmo —suelta con desprecio—. Ese hombre aguado y cobarde vendería a su madre por medio peso. ¿Que no sabe acaso que andan investigando su asunto comercial con los gringos? —inquiere luego, para volver a referirse a su amistad con el hijo—. ¡Pues claro que éramos cercanos! Alvarito era un hombre de fe.

—¿Era?

Ni se inmuta el sacerdote ante la trampa del capitán.

—Y lo sigue siendo, si Dios quiere. Le deseo una vida larga y piadosa, esté donde esté.

—¿Lo llevó alguna vez a una de sus reuniones secretas? —Habla con rabia Leandro Cuervo, deseoso de que el cura cante al fin y desvele su participación en las muertes de Río Grande.

—No sé de qué me habla.

—¿Le hizo desnudarse? ¿Flagelarse, tal vez, con un cactus lleno de espinas?

A decir verdad, el sonorense se sorprende a sí mismo de no haberle partido a esas alturas la cara al religioso. *Ha de ser la edad,* piensa, *o los meses de convivencia con el gachupín, que me han ablandado.* En ese preciso instante, responde el sacerdote:

—No logrará usted quebrar mis votos, capitán Cuervo. Tenga eso por seguro.

Vuelve a elevar su puñal Leandro Cuervo. Esta vez lo acerca más, si cabe, al rostro de Antonio Cadalso. La hoja, recién afilada, por poco le afeita al cura su barba de cuatro días. Hay algo en ese hombre que

irrita sobremanera al capitán. Tal vez se trate de su mirada maliciosa. O de la sonrisa impostada. Tal vez sea el extraño recuerdo de la noche anterior lo que provoca náuseas ahora en el cuerpo del sonorense. Aquella luz mortecina. La sangre. Las velas. El ritual siniestro y macabro en que se vio envuelto por culpa del religioso. ¿Qué diantres fue aquello? ¿Lo ha soñado, acaso? Por un momento se pregunta si el peyote y el nochocle de la juventud le están pasando factura. El caso es que esa mañana, al pie del barranco de las Truchas, Leandro Cuervo está convencido de que el sacerdote Antonio Cadalso es el asesino que anda buscando. Tan solo necesita saber si obró en solitario, como el diablo, o en connivencia con otras almas destinadas a pudrirse en el más hondo de los infiernos. Un corte en la mejilla le haría cantar. Un tajo en la nariz, más de lo mismo. No obstante, contiene su ímpetu el de Sonora, y dice:

—También guardaba usted relación con las hermanas.

—¿Con qué hermanas?

—Con las de Álvaro Pino. Las hijas de don Anselmo.

—Ah —espeta el cura, y mira con desprecio al capitán—. Menos.

—Dolores Pino, que en paz descanse, le menciona a menudo en sus diarios.

Se limita a negar con la cabeza el sacerdote. Al rato, con un gesto pesado, cierra los ojos y susurra:

—Pobres chamaquitas. Dios las tenga en su gloria.

Leandro Cuervo se pone en pie, vacilante. Luego se esmera en ordenar las alforjas y en preparar la montura para llevar a la grupa al enigmático Antonio Cadalso. Son varias horas hasta la capital provincial, donde será entregado a las autoridades para ser interrogado y, calcula Cuervo, encarcelado hasta que suelte prenda.

—¿Qué me dice usted de Tiburcio Vigil, padre? —pregunta Leandro, y estudia acto seguido la reacción del sacerdote—. ¿Lo conoce?

—Ahora no caigo.

—Un vaquero de los ranchos de Atrisco. Muy devoto, y padre de familia.

Mantiene el rostro impasible el neomexicano. No tarda, sin embargo, en dar respuesta al capitán.

—Ya sé. Un buen hombre. Murió hace un año, si no recuerdo mal.

—Es una forma de decirlo. Otra sería decir que lo mataron —continúa Cuervo—. Y no solo a él. También a su hijo.

Antonio Cadalso clava la mirada en el rostro de Leandro. Al rato, responde.

—Fueron los indios navajo, según tengo entendido.

—Eso dijeron —sonríe de forma siniestra el capitán—. Apuesto, en cualquier caso, a que usted sabe algo más.

—Se equivoca de nuevo.

Una vez ha predispuesto la montura, Leandro Cuervo se acerca al lugar en que permanece recostado el padre Cadalso. Lo agarra de la sotana y, sin hacer muchos miramientos, lo obliga a ponerse en pie. Después, apremia al sacerdote a poner de su parte para subirse a la grupa del animal.

—Los asesinatos de ese ranchero y de su hijo guardan muchas similitudes con los de las hijas de Pino. La cruz. Las espinas. Los cortes en la piel.

—Salvajes.

—No lo creo —responde Cuervo—. Todo lo contrario. Me da que pensar que alguien que conocía bien la simbología cristiana tuvo a bien mandar a la chingada el quinto mandamiento.

—¿Qué insinúa?

—Le regaló usted una biblia, nada menos.

—No lo recuerdo.

—Pues así nos dijo su viuda.

—Es algo habitual, en cualquier caso. —Se encoge de hombros el cura—. No hay imprenta en Nuevo México. Las biblias nos las manda un franciscano desde Chihuahua para que las repartamos luego entre los fieles.

—¿Y es habitual marcarlas, padre, dedicarlas como si fueran ofrendas? —dice Leandro a medida que eleva su cuerpo sobre el lomo del animal—. ¿Tan habitual como obligar a niños a fustigarse con tallos de cholla?

—Desconoce usted nuestra fe, Cuervo, muy a pesar de la cruz que lleva colgada del cuello. —El sacerdote siente en ese instante el ímpetu del animal trotando bajo sus muslos adormecidos—. ¡Soy inocente!

—Eso habrá que verlo.

Entrada la tarde, un clima cálido y extraño envuelve la ciudad de Santa Fe. El cielo se ha puesto de un gris oscuro que amenaza con resquebrajarse y deshacerse en cualquier momento en forma de aguacero sobre las calles de la capital provincial. Son pocos, por tanto, los que se atreven a salir de casa en busca de un trago de vino, o de un paseo vespertino por la alameda que crece junto al río. Tan solo los que trabajan a la intemperie —ovejeros, arrieros y recaderos varios— deambulan ahora por los senderos.

—Se avecina una buena —susurra Leandro Cuervo, que entra en la ciudad por el camino del norte, bordeando el Cerro Gordo, con el padre Cadalso adormilado sobre su espalda. El religioso va maniatado, amén de dolorido y harto de los vaivenes del camino.

—Ayuda —susurra el cura cuando se cruzan con un carretero flaco y desnutrido que se queda atónito al ver la estampa.

Los pocos viandantes que hay en la ciudad no tardan en murmurar al paso de los dos hombres. *«Es el padre Antonio Cadalso, de Galisteo»,* dice un anciano. La vendedora de un puesto ambulante, que recoge en ese momento sus botecitos con aceite de ballena y el resto de utensilios para hacer funcionar una lámpara de Argand, se santigua al ver pasar a Cuervo con el religioso a cuestas. Avisa luego a su marido, que sale de la pequeña tienda en el acto.

—¿Adónde va con el cura? —exclama el tipo—. ¿Que no le da vergüenza llevar así a un religioso?

Se asoma a la ventana de una de las casitas de adobe una mujer muy joven. Pañuelo a la cabeza, camisa sucia y delantal. Al ver pasar la yegua de Leandro Cuervo, niega con la cabeza y susurra algo que el capitán es incapaz de comprender. Muy pronto corre en torno a la vereda un murmullo de desaprobación, que no hace sino crecer a medida que el de Sonora y su rehén alcanzan la plaza Mayor.

—Estamos —dice Cuervo una vez ha atado las riendas del caballo al poste que se alza frente al palacio de los Gobernadores. Tira después de la sotana del sacerdote y lo obliga así a apearse del animal. Antonio Cadalso, incapaz de ponerse en pie al tener las piernas entumecidas, se da de bruces contra el suelo. El golpe provoca que al cura se le parta el labio y le empiece a sangrar para escándalo de los testigos que se han ido agrupando en el lugar.

No tardan en salir del edificio un oficial jovencísimo, un funcionario, cuatro miembros de la Milicia Nacional y un par de soldados de cuera. Uno de estos últimos, advierte Cuervo, es Alfonso Sepúlveda, su viejo amigo y compañero en el cuerpo presidial.

—Soy el capitán Leandro Cuervo, de Arizpe —empieza el sonorense —. Presto mis servicios desde hace años en el presidio de El Paso del Norte.

Un trueno quiebra el cielo en ese momento, como si las nubes hubiesen esperado al de Sonora para desatar su furia contenida.

—Sabemos quién es usted, Cuervo —responde el funcionario, estupefacto ante la llegada refulgente del capitán.

—Soy también un viejo amigo del gobernador, que parece muy atareado en estos últimos meses y no ha sido capaz de prestar ayuda a nuestra causa.

—El gobernador se encuentra ahora mismo fuera de la ciudad…

—Me valen madre sus asuntos —interrumpe Cuervo, cansado de tanta excusa, de tanta palabrería—. Díganle cuando vuelva que he capturado al principal sospechoso en el crimen cometido contra las sobrinas de Pedro Pino.

—¡Miente! —exclama de pronto Antonio Cadalso, e intenta salir

corriendo para volver a tropezar al cabo de media zancada—. ¡Ayúdenme, por favor! ¡Este hombre ha perdido la cabeza!

El funcionario en cuestión, que no es más que un recaudador de impuestos nacido en Durango y afincado en Albuquerque desde hace pocos meses, contempla el rostro ensangrentado de Cadalso sin saber bien qué hacer, cómo actuar.

—¿Un sacerdote, capitán? —pregunta al fin.

—Un asesino, diría yo —sentencia Leandro Cuervo—. Y no actúa solo. Solicito refuerzos para ir tras el grupo que se reunía con él en la iglesia de San José de Gracia, a las afueras de Las Trampas.

—Pero… yo… —balbuce el tipo, que no deja de observar cómo, tras las columnas del humilde edificio, se agrupan más y más curiosos deseosos de saber qué ocurre en la plaza Mayor. Hay una niña de rostro temeroso, un anciano con sombrero de piloncillo, dos muchachos que comparten la tarde con porrón de vidrio mediado de vino.

—¿A qué están esperando? —inquiere ahora el capitán Cuervo con la voz grave y el rostro serísimo.

Los milicianos se afanan entonces en levantar del suelo el cuerpo de Antonio Cadalso. Lo hacen, por supuesto, a pesar de las quejas de los allí presentes, que no hacen sino rezar padrenuestros y maldecir al capitán Cuervo y al resto de soldados del presidio por haber detenido a un hombre de fe.

—Menudas pelotas tiene, capitán —le susurra a Cuervo el soldado Alfonso Sepúlveda una vez se han llevado al sacerdote.

—De haber visto usted la barbarie que he visto yo, Alfonso, ya hubiese ahorcado a ese malnacido.

—No se lo niego.

Esquiva las miradas inquisitivas el capitán Cuervo, y deja caer su peso contra la valla que circunda la sede del gobierno local. La espalda le duele a más no poder, y nota en las piernas un cansancio terrible.

—He de contarle todo esto al gachupín —susurra, agotado, y se lamenta al ver que no le queda en el bolsillo ni un ápice de tabaco. Sepúlveda, que permanece a su lado, es el encargado de darle la novedad:

—Su compañero…, el chapetón… —empieza, dubitativo—, salió de la ciudad hace ya varios días.

—¿Se fue? —frunce el ceño Leandro, extrañado.

—Así es.

—¿Iba solo?

—En compañía de ese periodista.

—¿Qué periodista?

—Martí, creo que se apellida —responde el soldado, y se encoge

luego de hombros—. Sí. Nicolás Martí. Es el biógrafo del gobernador Melgares. Un liberal de mucho cuidado. Ha hecho buenas migas con el español. Son como uña y mugre, ya me entiende.

Permanece muy callado Leandro Cuervo. ¿A qué diablos juega Orviz? ¿Acaso lo está traicionando? La simple idea lo irrita tanto que se obliga a sí mismo a suspirar muy despacio mientras permanece apoyado en el cerco del edificio. Luego extrae del cinturón el viejo puñal que le regaló un líder comanche, diez años atrás, y comienza a afilarlo con el cuero de su propia correa. No lo hace de forma impetuosa, ni vehemente, pese a tratarse de un arma concebida para separar cabezas y cabelleras.

—¿Tendría usted un cigarro, Sepúlveda?

—Solo de mascar, capitán.

—Me sirve.

29

A la cueva en cuestión los ancianos la llaman *kiva,* y está excavada a varias leguas del río. Tres siglos de abandono y derrumbes han deformado sus paredes sagradas, pero allí continúa el 13 de abril de 1821, solemne y majestuosa, inconforme con el olvido al que sus antiguos moradores parecen haberla sometido. Cuentos macabros y leyendas de todo tipo mantuvieron alejados durante décadas a los ganaderos y agricultores que habitan la zona. Su mala fama, claro, ha podido servir a cualquiera para esconder tras sus muros una entrada secreta. A esa posibilidad se aferra ahora Juan Orviz, que lleva un buen rato bordeando el templo abandonado, en la penumbra —se les hizo de noche al poco de atravesar el puente de Albuquerque—, muerto de cansancio. El asturiano confía su búsqueda a la carta que leyó esa misma tarde en el rancho de Basilio Abeyta, si bien es cierto que la esperanza de dar con una nueva pista disminuye cada minuto que pasa.

—Tal vez se refiriese a otra *kiva* —dice ahora el bachiller, decepcionado, al no hallar en el sitio resto alguno de la supuesta morada.

—En el pueblo nos dijeron que no había otra por aquí —le responde Nicolás Martí, algo azarado ahora que la noche cae sobre el círculo de piedra en que se hallan los dos hombres, y concluye para sí —: Y nos aconsejaron mantenernos bien lejos…

Las nubes se interponen entre la luna y el templo. El amasijo de rocas, raíces y nichos excavados en la pared del sitio es tal que ni siquiera el farol que sostiene Orviz es capaz de ordenar con su luz los requiebros de la estancia.

Están a punto de darse por vencidos cuando una voz lejana llama su atención:

—¿Ya estáis aquí?

Juan Orviz gira sobre sí mismo, asustado. Luego da unos pasos tímidos en dirección al lugar del que proviene la voz.

—¿Usted también lo ha oído? —susurra Martí, el periodista, y se apresura en seguir el ritmo del asturiano por eso de no quedarse atrás entre las sombras de la vieja *kiva*.

Tras un enorme pilar de piedra, se da cuenta Juan Orviz, hay encajada una puertecita de madera. Está bien oculta, casi cubierta de

matorrales. La luz que se cuela por sus rendijas es, de hecho, el único modo de adivinar que hay algo del otro lado.

—No me encuentro bien —dice ahora la misma voz que hace un instante ha alertado a los dos hombres.

El de Cangas de Onís da entonces un pasito hacia la puerta. Duda un instante antes de llamar, no vayan a estar tendiéndole una trampa. Se recuerda en un par de situaciones similares. Gijón y Cádiz, principalmente, pero también Madrid, durante la Conspiración del Triángulo, donde por poco cae en una emboscada tendida por sus perseguidores. Aquello ocurrió en Vicálvaro, al sur de la capital, y a poca distancia del lugar en que las autoridades reales habían clavado en picas las cabezas de sus amigos. Otra causa. Otro continente. La misma barbarie.

Al fin, es el lamento quejumbroso que se distingue desde el otro lado lo que lo anima a tirar de la puerta y sobrepasar el umbral del sitio.

Al otro lado hay una escalerita de mano con cinco o seis escalones. Sin pensárselo dos veces, hacen uso de ella. Orviz y el señor Martí acceden así a un cuarto pequeño, de techos bajos y paredes de piedra. Al fondo, iluminado por media docena de velas de sebo, se alza un altarcito de madera. Hay una mesa en el centro de la sala. Sobre ella, alguien ha colocado con esmero cerca de veinte figuras de madera. *Santos,* piensa el bachiller, y recuerda enseguida las efigies que vio en el rancho del señor Abeyta. Para su sorpresa, el lugar está vacío. O eso cree él hasta que, desde la habitación colindante, vuelve a oír un quejido tenue, agonizante.

—Juan —advierte Nicolás Martí, y agarra del brazo al asturiano.

La única puerta que hay en el interior de la morada comunica la sala del altar, en la que se encuentran ahora los dos hombres, con un cuarto algo más amplio, amueblado a base de sillas de madera, mesitas bajas, jergones y hamacas de lona blanca. Es en esta segunda sala, más lúgubre si cabe que la anterior, en la que hallan los dos tipos a un muchacho solitario. El chico no tendrá más de veinte años. Moreno, el pelo muy lacio, y larguirucho, a pesar de la pose. Está medio tumbado sobre una especie de baúl, y doblado luego sobre sí mismo. Con una mano se aprieta el abdomen, y con la otra hace aspavientos extraños, como de estarse ahogando allí mismo.

—Muchacho, ¿estás bien? —dice Juan Orviz nada más verlo.

—¿Quién es usted? —responde el chico, que hace un esfuerzo por incorporarse al distinguir en la oscuridad el rostro de los recién llegados—. ¿Quiénes son ustedes?

—Mi nombre es Juan Orviz —empieza el bachiller, y avanza en dirección al zagal—. Me acompaña Nicolas Martí.

—Están muy lejos —dice de pronto el muchacho—. Muy lejos…

—¿Lejos? —repite Orviz, sorprendido—. ¿Necesitas ayuda?

—Está muy lejos… y quema… Nos veo… nos veo a los dos. Desde arriba. Estamos muy lejos.

El señor Martí, que por iniciativa propia inspecciona ahora la sala en la que se encuentran, halla sobre una de las mesitas de madera los restos de la sustancia que ha provocado en el chico su actual estado de embriaguez.

—Peyote —susurra el periodista. Luego señala en dirección a un pequeño cactus cuarteado, algo chato en su vértice. El asturiano alza las cejas, sorprendido. Nunca en su vida ha visto una planta similar. Presta especial atención a la forma redondeada que tiene, dividida en pequeños gajos, uno de los cuales, entiende, ha debido de ir a parar al estómago del muchacho.

—¿Qué quieren? —pregunta de pronto el único habitante de la morada.

—Andamos buscando a Basilio Abeyta —responde Juan Orviz.

Abre la boca el chico, aunque tarda aún un rato en responder al asturiano:

—Abeyta…

—Eso es. Basilio Abeyta.

—El hermano Abeyta no está.

La respuesta confirma las sospechas del soldado, que hace un esfuerzo por contener la euforia con tal de formular una nueva cuestión.

—¿Es usted miembro de su cofradía?

Pero no obtiene respuesta. En su lugar, el chico se desploma y cabecea un par de veces justo antes de volver a levantar la mirada y contemplar asustado el rostro macilento y lampiño del tipo que lo interroga.

—¿Qué quiere? —pregunta de nuevo—. ¿Quién es usted?

—Escucha, muchacho —dice ahora Juan Orviz, que apoya el farol en el suelo y se agacha con tal de observar de cerca el gesto de su interlocutor—. ¿Perteneces a la cofradía del señor Abeyta?

—Somos penitentes —responde el zagal, muerto de miedo, las pupilas dilatadas a causa del peyote— Sí. Los Penitentes.

—¿Los Penitentes? —insiste Juan Orviz, que lamenta haber dejado en las alforjas de su vieja yegua el cuaderno de tapas de cuero repleto de apuntes del caso.

—Los Hermanos Penitentes.

Nicolás Martí toma, de entre los legajos que hay en una estantería, una especie de pañuelo negro en el que viene bordado el nombre de la cofradía.

«Hermanos de la Fraternidad Piadosa de Nuestro Padre Jesús Nazareno».

Está a punto de enseñársela a su compañero cuando, en la penumbra, se topa con un madero alto y robusto, recién lijado. El ruido que provoca el impacto saca de su letargo al muchacho, que se incorpora en el acto.

—¡Tenga cuidado con mi cruz! —exclama, horrorizado, y vuelve a caer de bruces sobre el baúl de madera en que yacía hasta hace un momento—. No la toque. Es mía. Mi carga.

—¿Es esta su cruz? —se interesa Nicolás Martí, acongojado y a todas luces arrepentido de haberse chocado con el madero.

—Eso es. Mi cruz. Debo cuidarla hasta que llegue el día. Hasta que llegue mi día.

—¿Qué día? —inquiere ahora el bachiller.

—El Viernes Santo—responde el muchacho—. Debo cuidarla hasta el Viernes Santo.

—¿Qué ocurrirá el Viernes Santo? —pregunta de nuevo Juan Orviz.

—La oscuridad.

Se miran el asturiano y el periodista, extrañados. Luego hace un gesto de lo más raro el chico, como si buscase algo por las paredes del sitio.

—¿A qué te refieres? —insiste Orviz.

Es entonces cuando el joven señala en dirección al techo. Descubren así Juan Orviz y Nicolás Martí que la morada tiene una abertura circular en la cercha que sostiene el tejado. Después, se pone en pie su anfitrión, y murmura:

—Desde el mediodía y hasta las tres de la tarde hubo tinieblas sobre toda la tierra.

—¿De qué está hablando? —suelta Martí, temeroso. Desde hace un rato, el periodista abajeño cree estar sumido en una pesadilla. Tanto es así que, con tal de escapar de allí con vida, el escritor estaría dispuesto a renunciar a su idea de escribir una novela del caso. Se conformaría ahora mismo con un par de artículos en uno de esos periódicos que incluyen entre sus páginas cuentos y relatos.

—El evangelio —responde Juan Orviz—. El evangelio según San Lucas.

El español ya ha oído esa frase antes. O la ha leído, más bien. En el rancho de Atrisco. Estaba escrita en la vieja biblia propiedad de Tiburcio Vigil. Se empieza a poner nervioso el bachiller a medida que cree tener respuestas a las preguntas que, desde hace meses, han ocupado buena parte de sus pensamientos.

—¿Qué has de hacer el Viernes Santo con esa cruz?

—El vía crucis —responde el chico.

Luego da unos pasos torpes en dirección a un estante deteriorado sobre el que hay una jarra con agua. Le da un trago largo y suelta, algo asustado:

—Indulgencia plenaria.
—No irán a clavarte ahí arriba… —le dice Orviz.
—Indulgencia —repite el joven—. Indulgencia plenaria.
—Estamos en cuaresma —murmura el asturiano, pensativo, y gira la cabeza para buscar con la mirada al periodista—. ¿Cuándo es Viernes Santo?
Hace un breve cálculo Martí, que responde:
—Dentro de una semana.
Una arcada repentina provoca la tos del zagal, que por poco se ahoga de nuevo.
—Esa es mi cruz —dice, sin embargo, una vez ha recuperado el aliento—. He de expiar mis pecados.
Una ráfaga de viento entra por el agujero del techo, agita la luz de las velas y hace chirriar la puerta, que se mueve con la corriente. Desde la habitación colindante, se da cuenta el asturiano, las figuras talladas de los santos que descansan sobre la mesa parecen vigilar la escena. Mucho más cerca, sobre un tocón de madera —y esto sí sobrecoge a Juan Orviz—, hay cuatro ramitas de cholla. Sus afiladas espinas brillan ahora a la luz de las velas, como agujas recién afiladas dispuestas a segar la piel de aquel que decida someterse al azote de su implacable tallo.
—Hay que llevarse a este chico de aquí —dice entonces.
No obstante, el muchacho, que está a punto de confirmar un pensamiento que lleva rondando la cabeza de Juan Orviz desde hace varios minutos, parece tener otros planes:
—¡No! Eso no. Eso nunca. Qué hemos hecho, Señor —dice por lo bajini al tiempo que se santigua—. Aparta de mí el camino de la mentira. En tu misericordia concédeme tu ley.
Abre bien los ojos el bachiller Juan Orviz, e intenta escudriñar el rostro del chico en la penumbra.
—¿Álvaro Pino? —pregunta luego, serísimo—. ¿Eres Álvaro Pino?
Se le hiela la sangre a Nicolás Martí nada más oír la pregunta de su amigo. El joven, por su parte, se limita a caer de rodillas, medio ido, tembloroso. Luego mira extrañado al asturiano.
—¿Quiénes son? —inquiere de pronto—. ¿Qué quieren?
Juan Orviz se pone en pie, toma una silla y la coloca frente al muchacho. Se sienta luego en ella y, aprovechando el mismo impulso, coge por las solapas de la camisa al habitante de la morada.
—Escúchame bien, muchacho —le espeta el soldado—. Tu padre. Cómo se llama.
—Padre —repite el otro con mirada bobalicona.
—Tu padre, sí. Don Anselmo Pino.
—Padre —dice de nuevo.
—¿Qué hay de tu madre? —prueba ahora Orviz, a punto de perder

la paciencia—. ¿Cuál es su nombre?

—Madre —responde el joven. Al rato susurra—: Manuela.

Un escalofrío recorre el cuerpo de Juan Orviz al saberse en presencia del hijo de Anselmo Pino y Manuela Estrada, de Galisteo.

—Eres tú —murmura, atónito—. Eres Álvaro Pino.

—Mis hermanas… —dice ahora el joven, sin necesidad de que nadie le interrogue—. Dolores. Carlota.

—Tus hermanas… —empieza Orviz—. Tus hermanas ya no están entre nosotros, Álvaro.

—¿No están? —pregunta, decepcionado, y empieza a sollozar para pasmo de los dos hombres que lo acompañan en el interior de la morada.

Afloja los puños Juan, que no se reconoce en las formas inquisitivas que tiene con el primogénito del señor Pino. Después dirige una mirada compasiva al chico y cambia el tono:

—¿Quién fue, Álvaro? ¿Quién lo hizo?

Se echa a llorar el muchacho, y vuelve a toser una y otra vez. Está a punto de vomitar cuando murmura:

—Fue mi culpa.

—¿Tu les hiciste eso? —insiste el bachiller—. Álvaro, mírame. ¿Fuiste tú?

Álvaro Pino se retuerce por el suelo, dolorido, y busca la esquina de la habitación a tientas, con una mueca extraña entre el temor y la rabia.

—Déjeme. Déjeme. Aparta de mí el camino de la mentira —susurra ahora, sumido en un rezo que estremece al que lo interroga—. En tu misericordia concédeme tu ley.

—¿Qué les hiciste a tus hermanas? —le insiste el asturiano, con la mirada fija en el muchacho, a pesar de notar a sus espaldas el gesto nervioso de Nicolás Martí.

—Yo no fui. Fueron ellos —dice de pronto Álvaro Pino, y hace un esfuerzo por subirse de un brinco a la hamaca en la que debía de haber estado durmiendo hasta la llegada de los dos hombres—. Fue mi culpa, pero yo no fui.

—¿Ellos? —inquiere Juan Orviz—. ¿Quiénes son ellos?

Como queriendo responder a la pregunta del asturiano, un ruido lejano de caballos pisando sobre la roca desnuda llama de pronto la atención de los dos hombres. Nicolás Martí sale de la pequeña alcoba y advierte enseguida desde allí:

—Alguien viene.

Pero Orviz está a punto de oír de la boca del mismísimo Álvaro Pino la confesión que necesita, de modo que se resiste a abandonar el interrogatorio.

—¿Quiénes son ellos, Álvaro? —le dice ahora, y se pone en pie al

tiempo que agarra del brazo al hijo de don Anselmo—. ¿Fue Abeyta? ¿Basilio Abeyta?

—Todos. —Asiente el muchacho, que está pálido como un fantasma —. Fueron todos, pero fue mi culpa. ¡Y ya lárguese de aquí!

Irrumpe en la habitación el señor Martí, que viene de la sala colindante. Ha subido los peldaños de la escalera y ha cerrado de nuevo la puerta de acceso a la morada.

—Hay alguien ahí fuera, Juan —señala entonces, sin saber bien si han de quedarse o irse, o qué diablos han de hacer dada la situación.

—¡Socorro! —grita de pronto Álvaro Pino, que también oye ruidos en el exterior. Luego tropieza con la hamaca a la que pretende subirse y se da de bruces contra la pared.

—Para —dice el bachiller Orviz—. No hagas eso. No grites.

—Déjame en paz, demonio —le responde el chico.

Los de fuera se acercan ahora a la morada. El eco de sus pasos resuena sobre la cabeza del periodista como una melodía amenazante, cada vez más peligrosa, más próxima que nunca al desenlace final.

—¿Quién anda ahí? —exclama alguien desde el patio delantero de la estancia, que no es sino el viejo techo de la *kiva,* derruido con el paso de los siglos.

—¿Cuántos son? —se interesa Juan Orviz al ver que Martí tiene el ojo puesto en el muro de adobe de la sala y que se esmera ahora en reconocer a los moradores del sitio por una rendija que hay entre la pared y el techo de la estancia.

—Media docena, si no más —responde—. Estamos atrapados, Juan. Como conejos en una madriguera.

—No podemos dejarlo aquí —dice Orviz, pensativo, y señala al hijo de don Anselmo.

—¡Ayuda! —vuelve a aullar Álvaro Pino, atemorizado—. ¡Hay dos demonios acá dentro!

Piafa en ese instante la yegua overa de Juan Orviz, que aguarda junto al caballo del periodista a las mismas puertas de la morada. *Mi cuaderno,* piensa el asturiano. Los animales acaban por confirmar las sospechas de los miembros de la cofradía. Para asombro de Nicolás, uno de los seis Penitentes se lleva una mano a la espalda. Al rato saca lo que parece un viejo mosquete. Se trata de un hombre menudo, observa el periodista, bigote poblado y sombrero cordobés.

—Están armados.

Está a punto de alzar la voz Juan Orviz en aras de establecer un diálogo con los de fuera. Un disparo, no obstante, disuade al bachiller de iniciar cualquier tipo de negociación. Pom. La bala por poco atraviesa la puerta de la morada. El sonido, claro está, hace retroceder al periodista. Incluso él había subestimado, comprende ahora, el peligro que corren el español y él mismo en el interior de la vieja *kiva.*

El pánico al fuego cruzado aterra ahora al señor Martí, que no hace sino recordar los envites realistas en Irapuato, Silao y Guanajuato. La guerra no es para él, y así se lo hace ver al bachiller una vez se escucha el segundo disparo.

—No somos bienvenidos —se atreve a decir Orviz, muy serio, y saca del cinturón su pistola con el ánimo de prepararla, dadas las circunstancias.

—¡¿Quién anda a estas horas molestando al Altísimo?! —exclama alguien desde el exterior—. ¿Que no saben que están en la casa de Dios?

Se abre entonces de un portazo la trampilla que da acceso a la morada, y Juan Orviz alcanza a ver un par de piernas descendiendo por los escalones. Pasa por su mente la posibilidad de atrincherarse allí abajo y abrir fuego contra sus atacantes. *Demasiado arriesgado,* decide al instante. Echa en falta, una vez más, al bueno de Leandro Cuervo en semejante lance. Al fin, opta por coger una de las sillas que hay repartidas por la sala y atranca con ella la puerta que divide en dos salas la guarida.

—Por arriba —susurra luego, e insta al periodista a subirse a una de las mesitas y a abandonar el sitio por el agujero del techo, que no es, de hecho, más que el ducto de ventilación que los antiguos indios pueblo usaban para dejar escapar el humo en sus ceremonias religiosas.

Alguien intenta abrir la puerta. Al ver que no puede, maldice. Luego la empuja con ímpetu. Álvaro Pino intercambia con Juan Orviz una última mirada. El bachiller desiste de ofrecerle al chico una vía de escape cuando ve que este, en un arrebato furioso, se aferra a su cruz de madera y comienza a gritar de nuevo.

La oscuridad del exterior es total. Tanto es así que, muy a pesar del modo torpe en que ambos soldados trepan por el agujero, los tipos que permanecen custodiando el templo son incapaces de ver el camino que toman Orviz y el señor Martí una vez han salido de nuevo al contacto frío de la roca. Tal vez por eso deciden custodiar bien sus monturas y darse el aviso los unos a los otros.

—¡Fuera! —grita entonces otro de los hombres desde la sala en que permanece Álvaro Pino. Está seguro, al ver la mesa bajo el agujero, de que los dos intrusos han escapado por la vieja chimenea—. ¡Agárrenlo, no se apendejen, que es el chapetón!

30

En el corazón de Santa Fe, observa el capitán Cuervo, se alza hoy un monstruo de madera carcomida. Al menos cinco varas de altura, otras tantas de ancho y las mismas de largo. De buena mañana, la estructura impone su sombra a las casitas de los soldados presidiales, ubicadas a occidente, en el extremo opuesto de la plaza. Se trata de un patíbulo con más de cuarenta años de uso, que se dice pronto. Lo mandó construir el mismísimo Juan Bautista de Anza en 1780, durante sus años de gobernador del territorio. Ese mismo año, y de forma inaugural, perdieron la vida sobre sus tablas cerca de treinta guerreros comanches. Los ajusticiados eran en su mayoría seguidores de Cuervo Verde, indios demasiado orgullosos como para reconocer la trágica muerte de su caudillo, unos meses atrás, y que continuaban dando plomazos en la ribera baja del Pecos. El acta del gobernador, a la que tuvo acceso Leandro Cuervo a través de su difunto padre, dejaba bien claros los motivos de la escabechina: *«Estos indios rebeldes siguen hostigando a nuestros colonos en la meseta del Llano Estacado, y han robado desde el mes de enero más de cien cabezas de ganado».* Todo tipo de delincuentes, salvajes y asesinos pasaron en años posteriores por el famoso cadalso de Anza. Fernando Chacón, otro gobernador de Santa Fe, mandó ahorcar sobre el mismo tablado a un famoso violador el 31 de diciembre de 1802. Ese mismo día, y aprovechando que ya estaba montada la estructura, las gentes de la ciudad presenciaron la decapitación de una mujer que había ahogado a su marido en el abrevadero de las Golondrinas. Aquella Nochevieja la recuerda bien el capitán Cuervo, que por entonces era ya soldado del presidio. El sonorense intenta, no obstante, y a medida que atraviesa la plaza, zafarse de memorias inútiles. Impone así su rumbo decidido hacia el palacio de los Gobernadores. Según parece, Facundo Melgares lo ha mandado llamar al alba. *«Está de un humor de perros»,* se ha permitido añadir el mensajero.

Como manda la tradición, y a sabiendas de las pendejadas pomposas con las que disfruta su amigo el gobernador Melgares, el capitán ha tenido a bien vestirse con el traje oficial de la tropa presidial. Camisa azul, puñetas rojas, corbatín negro, sombrero y demás parafernalia. Leandro da dos zancadas hacia el interior del edificio, haciendo caso omiso del alto que le dan los soldados que

guardan la puerta.

—Capitán —dice una voz ronca desde el mismo recibidor del palacio.

—Sepúlveda —responde Leandro Cuervo nada más toparse con su viejo amigo. Tal vez el único que le queda en todo el presidio.

—¿Qué ocurre ahí fuera?

—No le puedo contar —susurra el soldado, temeroso, y mira a su alrededor con gesto preocupado—. Pregúntele al gobernador.

La reacción esquiva de Alfonso Sepúlveda alerta al capitán Cuervo, que sabe reconocer en el gesto del veterano su habitual disconformidad con los asuntos de Gobierno.

—Eso pienso hacer —responde el sonorense—. No se me aleje usted mucho, que no me fío de nadie más.

Una palmada en la espalda sirve de despedida. Luego, Leandro recorre el pasillito que separa el recibidor de las dependencias del mandatario, e irrumpe en el despacho de Melgares.

El pabellón nacional pende de un pequeño mástil. A su lado, sobre una pequeña cómoda, descansa una biblia custodiada por dos candelabros de plata. En la pared de adobe encalado, advierte Cuervo, hay toda una colección de armamento indígena. Hachas, cuchillos, arcos…, pero hay también un par de mosquetones, y hasta una pipa ornamentada repleta de plumas de halcón.

—Leandro —dice el gobernador sin levantar la cabeza de los documentos que firma sobre la mesa—. Pase. Siéntese.

El mandatario va perfectamente uniformado. Casaca añil de botones dorados repleta de galones. El chaleco y las hombreras en tonos granates. El sable, que perteneció a don Pedro María de Allande, su predecesor en el cargo, se intuye bajo la mesa.

—¿A santo de qué lo del patíbulo? —inquiere el capitán Cuervo sin dar siquiera los buenos días. Luego observa la plaza por la única ventana del sitio. De lo más alto del tablado penden un par de sogas que se agitan al viento como dos serpientes hambrientas, esperando su presa.

—Mañana al alba ahorcarán a los dos hermanos —responde Melgares, sin miramientos.

—¿A qué hermanos?

—A los hermanos Losada.

Alza las cejas el capitán, sorprendido, y busca en el rostro esquivo de su viejo amigo una explicación que, por supuesto, no obtiene.

—¿Se queda usted conmigo, gobernador? —dice al fin el sonorense.

—En absoluto. El mayor reconoció el crimen hace apenas una semana. Disculpe si no le he dicho nada hasta hoy. Andamos atareados, no crea.

—¿De qué está hablando?

—¿Es usted corto de entendederas, Leandro? —pregunta el gobernador Melgares, irritado, y alza la cabeza para contemplar el semblante envejecido del célebre capitán Cuervo. Los años de juventud se esfumaron, de eso no cabe duda. Las canas salpican ahora la barba desaliñada del que fuera considerado, tiempo atrás, el jinete más rápido del Septentrión novohispano. La boca entreabierta, de pura incredulidad, tampoco ayuda a que el capitán pueda mostrar el porte de hombre de frontera que lo hizo famoso en años pasados—. Le digo que el primogénito de Baldomero Losada reconoció haber secuestrado y después asesinado a las dos hijas de Anselmo Pino. Con la connivencia de su hermano, por supuesto.

—Miente.

—¿Disculpe?

—Digo que el chico miente —insiste el capitán.

—¿Cómo lo sabe? —se interesa el gobernador.

—Alguien le ha presionado para que, sin serlo, se diga autor de la matanza —empieza a dilucidar Leandro mientras toma asiento del otro lado de la mesa robusta a la que permanece sentado Melgares—. Si no es eso, los meses en prisión le han hecho perder el juicio.

—Ha confesado él mismo.

—Me vale madre. El padre Antonio Cadalso…

—Ya basta con eso, Leandro —le interrumpe el mandatario, molesto, y da un golpe sobre la mesa. Después clava sus ojos oscuros en los del capitán Cuervo, y añade—: Hágase usted ese favor. Háganoslo a todos, mejor dicho. Es la última vez que se lo advierto.

—¿Qué diablos, Facundo?

El gobernador apoya los codos sobre los papeles que anda rellenando, hastiado, y tarda aún un rato en ordenar sus pensamientos antes de darle al de Sonora unas explicaciones que desearía poder ahorrarse.

—He pasado la noche entera disculpándome por su errático comportamiento. No sé cuántas veces he tenido que pedirles perdón a los feligreses de ese cura, que amenazaban incluso con prenderle fuego al cuartel. ¿No le da vergüenza, capitán, secuestrar a un sacerdote?

Ante la pregunta de Melgares, Leandro Cuervo se encoge de hombros, molesto.

—¿No se puede arrestar a un cura?

—No es eso.

—Pues parece.

—La fe de esta provincia se sustenta en clérigos como don Antonio, capitán. Es todo lo que tiene la gente —se lamenta Melgares—. No se ha dignado a venir un obispo desde hace más de cincuenta años. ¡No hay autoridad eclesiástica a la que poder pedir confirmación, ni

dispensa! ¿Pretende, además, quitarle al pueblo sus sacerdotes?

—¿Que acaso cree que le dejé la víbora chillando sin razón? —se defiende—. ¡Tenía que hacerlo!

Irritado a más no poder, el gobernador se pone en pie y señala con un dedo acusador al veterano capitán de Arizpe.

—Olvida usted que está aquí con mi beneplácito, muy a pesar de su pasado. No es la primera vez que tengo que sacarle las castañas del fuego, ni la segunda —le recuerda Melgares—. Y sabe bien a qué me refiero.

—Fue él, Facundo —insiste Leandro, obviando por un momento las amenazas de su viejo amigo—. Si no en solitario, a través del grupo de fanáticos con los que lo vi reunido en Las Trampas.

—Los Penitentes.

—¿Quiénes?

—Los Hermanos Penitentes —aclara Melgares—. No son más que una cofradía.

El conocimiento por parte del gobernador Melgares del extraño grupo al que pertenece Antonio Cadalso deja estupefacto al capitán, que no ceja, sin embargo, en su empeño por señalar a los Penitentes como autores de los crímenes de Galisteo.

—Les vi flagelar a unos chamaquitos en la iglesia de San José de Gracia, Facundo. Usaban tallos de cholla…

—Son sus costumbres, Leandro —interrumpe de nuevo el gobernador. Luego da unos pasos en dirección a la ventana del sitio y clava la mirada en los travesaños de las dos horcas—. Un rito con fuerte arraigo en la zona de Abiquiú. Devotos que profesan su fe al estilo de los viejos misioneros…

—¿Devotos? —le interrumpe el capitán—. ¿Qué misioneros? ¿Franciscanos?

—Qué sé yo, Leandro. Son religiosos, eso es todo.

—Usted no lo entiende. La marca que llevaban en la espalda esos dos es la misma que vieron los testigos sobre los cuerpos sin vida de las dos muchachas de Pino —trata de explicar el de Sonora—. Hemos estado en el valle de Atrisco. Y más allá del Puerco. En las rancherías de aquel lado de la provincia no hay vaquero que no reconozca esas señales.

No se inmuta Melgares. Al contrario, permanece impasible, con la mirada puesta en el patíbulo que mandó levantar la noche anterior y en el que mañana han de morir los dos hijos de Baldomero Losada. El guardamano del sable sobresale de la vaina de piel curtida y brilla ahora con los primeros rayos de sol que entran por la ventana.

—Los hermanos han confesado —sentencia Melgares.

—Déjeme hablar con ellos.

—No será necesario.

—Se lo pido por favor, Facundo.

Cierra los ojos el gobernador, cansado de la insistencia del sonorense.

—¡Ya está bien, Leandro! —dice luego, y gira sobre sí mismo.

Acto seguido, Facundo Melgares regresa a su mesa, repleta de documentos sellados, y toma uno de ellos con desdén. Se lo entrega luego a su viejo amigo, mientras le dice:

—Me temo que sus servicios ya no son necesarios, capitán. Mañana mismo, una vez hayan sido ahorcados los dos muchachos, recibirá usted el pago por los…

—Mi sueldo corre a cargo del diputado Pedro Pino —le corta Leandro Cuervo, enojado, mientras revisa estupefacto el documento que acredita la rescisión de su contrato.

—La familia Pino está conforme con el cese de su trabajo, créame. Bastante tienen con lo suyo. El hijo mayor continúa en paradero desconocido y el padre se enfrenta a un pleito por su contrabando ilegal con los Estados Unidos —dice Melgares—. Al final de la nota verá usted la firma de don Pedro.

Vuelve a tomar asiento el gobernador, paciente, y deja caer su enorme espalda en el respaldo de cuero de vaca. Luego apoya los pies sobre la mesa, toma aire y lo expulsa muy despacio. Está más que preparado para explicarle al capitán los motivos que han de hacerle abandonar Santa Fe y regresar a su viejo rancho de El Paso, previo cobro por sus servicios.

—Cometen un error —murmura Cuervo.

—Nada le ata a esta tierra una vez se ha resuelto este asunto, Leandro —dice Melgares—. Su hermana, tal vez. Me han dicho que sigue con vida. ¿Es eso cierto? ¿Por qué no la lleva con usted?

Pero el capitán se mantiene sereno. La mirada fija en el suelo mientras decenas de pensamientos recorren su cabeza. Sabe muy bien el modo en que funcionan las cosas al norte de El Paso. Apretones de manos en salones cerrados. Cartas extraviadas que no llegan nunca a su destino. Destierros injustos y ejecuciones pactadas con el único propósito de rellenar el expediente. Da igual si el país es México, Nueva España o El Desierto de la Llorona. Las injusticias campan a sus anchas haciendo del Lejano Norte un territorio miserable donde tan solo es rentable agachar la cabeza, rezar un padrenuestro y llenar el buche con la esperanza de ver un nuevo día.

—Mi hermana no, gobernador. Ella se queda —responde Cuervo por compromiso.

Luego dice algo el gobernador Melgares, pero Leandro es incapaz de escucharlo. Está demasiado absorto en sus pensamientos. En ese momento, el capitán revive la escena en la iglesia de Las Trampas. El padre Cadalso, unido al resto de acólitos, descargando su furia sobre

la espalda de los muchachos. Eso lo conduce a pensar en sus conversaciones con don Anselmo, así como en los encuentros que mantuvo hace semanas en los valles occidentales. Recuerda a los dos hermanos, en la celda, muertos de miedo, y a Manuela Estrada, por el contrario, sin miedo a destapar la red comercial que su propio marido mantenía con los gringos. Se acuerda de Joaquín Lisa, en el paso del Ratón, desvelando el extraño comportamiento de Alvarito Pino. El carro de su hermana Adela. El tiroteo en Laguna. Los cuentos de la Mujer Búho.

—He de avisar al gachupín —susurra de pronto.

—¿A quién? —se interesa Melgares.

—Juan Orviz. Mi compañero en este caso.

—Ah, sí, Orviz. —Retira los pies de la mesa el gobernador y comienza a rebuscar entre sus documentos—. Le convendría a usted cambiar de amigos, capitán.

—¿Por qué lo dice?

Antes de responder, y con tal de apoyar su respuesta en el papel, el dirigente se hace con una carpeta repleta de pequeños recortes.

—Ese asturiano es un rebelde. Un insurgente. Los hombres del nuevo teniente lo relacionan con los fanáticos de Mina —le cuenta Facundo Melgares—. ¿Sabe usted que allá, en España, intentó asesinar al rey?

Permanece callado Leandro Cuervo, cabizbajo, y se mesa el bigote sin permitir que su interlocutor adivine reacción alguna tras el semblante serio.

—¿Lo han estado espiando? —dice al fin.

No desvela sus fuentes Melgares, que se limita a pasar páginas al tiempo que prosigue con su perorata:

—Resulta que ha hecho buenas migas con mi biógrafo, el señor Martí, que también ha resultado ser un traidor a la patria.

Ahora sí, detiene su búsqueda el gobernador y echa mano de un par de pasquines que fueron hallados en el escritorio de Nicolás Martí hace apenas una semana. Una vez los ha leído Melgares, los lanza sobre la mesa. Uno de ellos pide directamente la cabeza del jefe político superior de la Nueva España, Juan José Ruiz de Apodaca. En el otro, una maltrecha ilustración muestra un águila posada en un nopal.

—Propaganda —musita Cuervo, incómodo.

—Me temo que tendré que buscar un nuevo biógrafo. Martí será arrestado. Y sentenciado si no se acoge a la amnistía, de eso no me cabe duda. —Alza los hombros Facundo Melgares, y concluye—: Lo mejor que puede hacer usted por su compañero, capitán, es dejarle volver a España.

—¿Se regresa?

—Eso parece.

Traga saliva el capitán Cuervo, y pregunta:

—¿Cómo lo sabe?

El gobernador sonríe ahora, muy consciente de la ventaja que le da poseer información ignota para su viejo amigo.

—Hace unos días llegó una carta de San Elizario. Todo indica que el asturiano tiene buenos amigos en Madrid. ¡Y en Londres! Ha recibido un permiso para volver a cruzar el charco. —El dirigente extrae, de la única gaveta que tiene su escritorio, un sobre arrugado y envejecido con fecha del 31 de octubre de 1820. *Víspera del día de Muertos,* piensa Cuervo, y se recuerda a sí mismo esa precisa jornada, comiendo con el gachupín en el patio trasero de la taberna del Santero. Unas horas después, fueron a visitar por primera vez a los dos hermanos que mañana habrán de morir en lo alto del patíbulo—. Le avisaremos tan pronto tengamos noticias suyas, descuide.

Pese a la rabia que siente el capitán, de pronto, se sabe liberado. Por supuesto, hace un esfuerzo por no desvelar sus verdaderas emociones, menos aún sus intenciones. Finge estar cansado, como de costumbre, y se levanta para estrechar con calculada desgana la mano de su viejo amigo.

—Me temo que eso es todo, entonces.

—Así es —asienta Melgares—. Cuídese mucho, Cuervo.

31

Las campanas de la parroquia de la Luz dan las nueve de la noche en el preciso instante en que Antonio Cadalso, cura devoto donde los haya, se dispone a abandonar su celda en la cárcel provincial. Con mucho cuidado se sacude la sotana. Luego se ajusta bien el alzacuellos y acepta la ayuda de uno de los guardias, que le tiende la mano, reverente. Un instante antes de salir, Cadalso pide dar la extremaunción a los dos hermanos que, según dice todo el mundo, serán ahorcados al alba.

—Ya recibieron el sacramento, padre —miente el alférez Cardoso, encargado del traslado del sacerdote.

Una vez ha salido fuera, Antonio Cadalso atiende a sus feligreses, que se muestran henchidos de gozo al ver que Dios ha hecho justicia. Una mujer india le hace entrega incluso de un ramito de crisantemos. El cura toma las flores de buena gana, abraza a un par de muchachos y se alegra sobremanera al ver allí a Pastora, su vieja burra, que ha de llevarlo a casa.

Los recados enviados han causado el efecto deseado. Dos viejos amigos del cura se ofrecen para escoltar al clérigo hasta su ranchito a las afueras de Galisteo. La oportunidad sabe aprovecharla el alférez, que se desentiende así del trasiego y regresa enseguida a la taberna, donde lo esperan sus tres hermanos con ganas de echar la partida.

Es así como el religioso esquiva el sino que le impuso su apellido desde la cuna. Escapa de la barbarie entre vítores, protegido por los dos amigos de su infancia, oriundos de su Abiquiú natal. A medida que abandonan Santa Fe, Cadalso comparte con ellos un avemaría, alguna que otra confidencia y hasta una anécdota relativa a su breve paso por el calabozo. Ríen. Lo celebran. Agradecen al Altísimo la oportunidad de volver al respirar aire puro.

Otro más confiado, al ver a los tres jinetes por el camino que va a Galisteo, hubiese dado por buenas las intenciones del sacerdote. No es el caso del capitán Cuervo, de Arizpe. El sonorense lleva varias semanas obsesionado con una misión que aceptó de puro milagro. El crimen de Galisteo. O, mejor dicho, el misterioso caso de los muertos de Río Grande, que a juicio del militar trasciende por mucho el asesinato de las dos chamaquitas. Una tragedia. Una catástrofe tan espantosa que ni las autoridades provinciales parecen dispuestas a

investigar. Un asunto que, sin embargo, ha logrado remover la conciencia de Leandro Cuervo, un hombre cuyo nihilismo creían todos imposible de cambiar. Tanto es así que esta misma tarde el capitán ha fingido recoger sus cosas de la posada de Pedro el Santero y ahora se encuentra agazapado entre las artemisas que salpican el sendero, a la espera de que pase el cura. Se mueve ligero. Sombrero de ala ancha ceñido a la testa, camisa holgada, calzón de tripe azul y un par de pistolas recién cargadas. El resto del equipaje va bien guardado en las alforjas de Lupita, su yegua alazana, que ha terminado por ser un regalo de despedida de su amigo Alfonso Sepúlveda.

—Ahí estás —susurra Cuervo nada más identifica al cura a la salida misma de la capital.

Antonio Cadalso va escoltado por dos hombres armados, uno de los cuales, además, sostiene con la misma mano que agarra las riendas de su montura un quinqué encargado de iluminar el sendero. Asiente el capitán Cuervo, que acepta el desafío. Luego eleva su cuerpo cansado y dolorido sobre el lomo de Lupita, y se limita a seguir el rastro del cura y de los dos que lo acompañan a través del rancho de Los Jimeno. Está tan convencido el sonorense de las intenciones esquivas del sacerdote que ni tan siquiera se sorprende al ver que, una vez han sobrepasado la finca, desvía su rumbo hacia el oeste.

La marcha se hace soporífera. Eterna. Cada dos por tres, el padre Cadalso necesita apearse de la burra para vaciar la vejiga. Ese esfuerzo, sumado al trajín que supone hacer de vientre con la sotana a cuestas, hace que sea casi medianoche cuando Leandro Cuervo identifica el destino de la comitiva.

—Las Golondrinas —susurra.

El famoso rancho de las Golondrinas, inaugurado en 1710 por don Miguel Vega, es desde hace años un punto de encuentro para comerciantes, arrieros y demás almas obligadas a recorrer el Camino Real de Tierra Adentro. Un total de cuatro establos, unidos entre sí por una enorme acequia de riego, circundan la vieja posada de adobe en que tiene a bien detener su rumbo el religioso.

A una distancia prudencial, Leandro Cuervo se apea de su montura. Un calambrazo en el muslo le hace emitir un ruidito quejumbroso, pero es más que capaz de soportar el dolor con tal de no perder de vista a Cadalso. El religioso camina a paso ligero, guiado ahora por uno de los dos que lo acompañan. Pasa junto a la tiendita de víveres que se alza junto al rancho, repleta de ristras de chile rojo, y deja atrás, incluso, la entrada misma de la posada. La dirección que toma es poco habitual, piensa Cuervo, que permanece oculto tras la vieja acequia. Por un momento, y al ver que Antonio Cadalso se aleja de los edificios principales, el capitán cree estar a punto de presenciar otro ritual macabro de los llamados Penitentes, a los que dice pertenecer el

sacerdote de Galisteo con el beneplácito del gobernador Melgares.

Al fin, y tras descender por un caminito de tierra en dirección al arroyo de la Ciénaga, los tres hombres se detienen frente a un molino de agua. Se trata de una rueda de madera de tamaño considerable, con canal de alimentación superior. Es la propia acequia tras la que se esconde Cuervo, de hecho, la que desemboca en las aspas del molino. Antonio Cadalso llama a la puerta de la caseta que se halla junto a la aceña. Luego espera un instante, charlando con sus dos escoltas. Aprovecha la oportunidad el capitán. Da un brinco, se encarama a la estructura y trepa como buenamente puede hasta el molino. Desde allí logra ver la tolva, que conserva aún restos de maíz molido. No tarda en infiltrarse por la única ventanita de adobe que tiene la barraca. En el piso de abajo un ruido de cerrojos anticipa el encuentro del sacerdote con quienquiera que se oculte en el sitio.

—Don Antonio —escucha Cuervo, muy a pesar del barullo que forma el eje del invento a cada vuelta que da la rueda—. Ya pensábamos que esos herejes le iban a tener preso hasta mañana.

La rendija que hay entre el suelo y la piedra de moler sirve a Leandro Cuervo para observar mejor la escena. Se agacha, por tanto, el sonorense, y echa su cuerpo hacia delante cuidándose mucho de no hacer ruido. El que abraza ahora al cura es un hombre de mediana edad. Bastante alto. Barba blanca que contrasta en la lobreguez de la sala con las arrugas de su piel morena.

—Hermano Basilio. No sabe cuánto agradezco sus esfuerzos —empieza el sacerdote—. Y que se haya tomado la molestia…

—No son molestias, celador, se lo aseguro —le interrumpe Basilio Abeyta.

Un escalofrío recorre la piel de Leandro. Basilio Abeyta. Su viejo amigo. Capitán durante varios años de la milicia provincial. Un tipo reservado, muy serio, que fue obligado a dejar el cargo el mismo día en que lo hizo Cuervo. Lo acompaña un chamaquito muy joven, medio indio, que sostiene un farol a pesar del tembleque que le provoca la situación.

—Todo será recompensado, créame —le dice ahora el cura.

—Lo sé, padre, que a mí no me tiene que convencer.

Leandro Cuervo contiene el aliento como buenamente puede. Debió hacer caso a la Mujer Búho. Y al gachupín. Dejó que las ganas de atrapar a Cadalso nublaran su juicio. Subestimó a la bruja. Se equivocó. *Hijo de la chingada,* piensa ahora, refiriéndose a sí mismo. Se equivocó, se equivocó, se equivocó.

—¿Su familia?

—Como siempre, padre.

—¿Sigue ese sobrino suyo decidido a vestir el hábito? —pregunta Antonio Cadalso.

—Eso tengo entendido.

—¿Por qué no lo trae un día?

—Eso no, Antonio —murmura Abeyta—. Ya sabe usted que mi hermana no lo comprende.

—Una lástima.

—Y tanto.

—En fin, Basilio… ¿A qué viene tanta prisa? ¿Y estas horas? —se interesa Antonio Cadalso, tan sorprendido como el sonorense con el lugar en que se produce el encuentro.

—El soldado, padre

—¿Su amigo, el capitán Cuervo?

—No, ese no —responde Abeyta—. El otro. El chapetón.

Tuerce la cabeza Leandro al oír que los tipos mencionan a Juan Orviz.

—No me diga. Lo hacía de vuelta en España —dice Cadalso.

Da un paso hacia delante Basilio Abeyta, y susurra:

—Hace dos días profanó una de nuestras moradas.

—Virgen Santa.

—La de Isleta, sin ir más lejos.

—Es imposible. —Se lleva una mano a la barbilla el sacerdote, pensativo—. ¿Cómo llegó hasta allá?

—No sabemos —se lamenta Abeyta—. Ahora lo acompaña otro hereje. Un periodista. Son malos tiempos para la fe verdadera.

La noticia sorprende al capitán Cuervo. Por un lado, considera que el gachupín lo ha traicionado al continuar por su propia cuenta con la investigación. Al mismo tiempo, no obstante, se siente orgulloso de la hazaña. La media sonrisa le dura en la cara el mismo tiempo que tardan los dos de abajo en seguir con la conversación.

—¿Y el chamaco de Pino? —inquiere Cadalso.

—Estaba allá —responde Abeyta—. Algo indispuesto, ya sabe…

Da un golpe en una de las vigas de madera el sacerdote, muy enojado.

—No me haga blasfemar, Basilio —le espeta luego, amenazante—. ¿A quién se le ocurre? ¿Cómo no agarraron al chapetón?

—Se esfumó. No sabemos a dónde ha ido.

Se aleja ahora el sacerdote, lo suficiente como para que Cuervo sea incapaz de rastrear su rumbo en la oscuridad del viejo almacén, repleto de carretas, piezas de recambio y sacos de maíz molido. Su voz, sin embargo, se cuela entre los maderos que separan ambos pisos:

—Le pido a Dios que nos ayude y no hace más que traernos desgracias.

—Mandé cerrar la morada y pedí a los muchachos que sellaran la *kiva* —le informa Basilio Abeyta.

—Nuestro Señor está furioso con nosotros, Basilio —murmura

Cadalso, disgustado—. Andamos demasiado preocupados por lo nuestro. Hemos perdido la fe. Desde que pasó lo de esas dos chamaquitas andamos perdidos.

—Ya le dije, padre —trata de animarlo Abeyta—. Es por eso que el chico de Pino también debe encontrarse con el Señor. ¡Hágame caso! Deje que yo lo prepare. Antes de que sea demasiado tarde.

«Es por eso que el chico de Pino también debe encontrarse con el Señor», murmura Leandro Cuervo, alarmado, y nota en ese instante cómo el sudor se le escurre por el rostro, primero, para después impactar gota a gota contra el suelo desgastado del granero. Le duele la pierna, y la espalda también.

—Sí. No queda más remedio —sentencia Cadalso al cabo de unos segundos—. Pero ya no puede hacerse en Isleta.

—No. En Isleta no —coincide Basilio Abeyta—. Ha de ser en Chimayó.

—¿Chimayó? —pregunta Cadalso.

—El santuario de mi hermano.

En ese momento recuerda el capitán Cuervo la parada que hizo Antonio Cadalso en su camino a Las Trampas. El santuario de Chimayó. Un templo de adobe y madera recién levantado a media legua de la aldea más cercana.

—No es una morada —se queja el cura.

—Lo sé —responde el acólito—. Pero ha de servir.

No dura mucho más el encuentro. Un abrazo corto y efusivo sirve a ambos hombres de despedida. Uno de ellos dice:

—Y el sol se oscureció.

Mientras que el otro responde:

—Y el velo del templo se rasgó por la mitad. Que Dios nos ayude.

Antonio Cadalso está a punto de salir por la puerta de la envejecida caseta de madera cuando el suelo sobre el que se apoya Leandro cruje bajo sus pies. *No mames,* piensa el capitán. Los dos hombres que escoltan al cura son los primeros en dar la voz de alarma. Es el chico que acompaña a Abeyta, no obstante, y ante la mirada preocupada del don Basilio, el encargado de ascender de uno en uno por los escalones del granero e inspeccionar la habitación. Farolillo en una mano. Navaja en la contraria. Alza la luz a medida que camina, muy asustado, y se cerciora de que no haya nadie oculto tras los sacos, ni al otro lado de la vieja tolva, ni tampoco entre los travesaños que a duras penas soportan las paredes agrietadas del sitio. Da un brinco en el instante en que ve algo moverse a ras de suelo, junto a la enorme piedra que muele el grano.

—No es nada —dice al fin, aliviado—. Un ratón.

32

El carro va repleto de saquitos menudos, envueltos, a su vez, en fardos de tela apolillada. Al parecer, y ha de ser verdad por el olor que desprenden, los saquitos contienen manteca de cerdo lista para ser entregada en San Juan, Taos y los ranchos de Rinconada. Junto a los fardos viajan medio escondidos Salvador y Samuel; dos hombres que se perdieron, hace un par de días, en los cerritos de Sol se Mete, muy cerca de Tijeras.

Lo cierto es que desde que ambos tipos pactaran su traslado con el arriero que lleva la carga, a las dos mulas que tiran del plaustro les es más difícil afrontar las subidas que colecciona el sendero. Es por eso que, una vez han pasado el río, el mulatero celebra sonriente su llegada a Santa Fe, donde han de apearse rápido a petición expresa de Samuel, el más joven: un chapetón alto y delgado, de ropa ajironada y cara demacrada.

Seis monedas hacen el pago. El arriero, que para colmo es medio ciego, las cuenta una a una. Cuatro, cinco y seis. Satisfecho, hace un gesto con la cabeza. Según le ha dicho al chapetón, no detendrá su marcha. Continuará hasta Nambé y probará suerte en una de las fondas de Francisco Pucheros, mucho más baratas que las de la capital neomexicana.

—Tenga usted un buen día —se despide el pasajero.

—¡Ea! —exclama el tipo—. Lo mismo le digo, Samuel. Y cuide del pie de su amigo.

—Lo haré, descuide.

—Si ve que se le infecta la herida, pruebe a echarle un poco de mezcal. Verá que el mezcal todo lo cura.

Los dos tipos no han querido dar sus verdaderos nombres por miedo a represalias, pero son, en realidad, el bachiller Juan Orviz, asturiano, y el periodista Nicolás Martí, de la villa de Cuernavaca.

Una vez en la capital, un sol abrasador y un aire molesto que levanta espesas nubes de polvo desde Cerro Gordo y hasta la ribera del río son los encargados de recibir a los dos hombres. En completo silencio, Orviz y Martí atraviesan la alameda y bordean el ábside de la capilla de la Luz con la intención de alcanzar el corazón del presidio. La cojera del segundo, herido en su huida de la vieja *kiva* de Isleta, impone un ritmo lento a la calurosa marcha. Lo que ven a

continuación, no obstante, les deja la sangre helada.

Dos cuerpos colgados se mecen a voluntad del viento que azota la plaza. Los cuellos, partidos, penden de dos sogas tensísimas que cuelgan a su vez de un par de horcas de madera, la una puesta junto a la otra.

—Santo Dios.

—¿Quiénes son?

Se aproxima al patíbulo Juan Orviz, seguido de cerca por su compañero abajeño. El corazón le da un vuelco en el momento en que reconoce a los dos que han sido ejecutados. A su izquierda, Enrique Losada, con el calzón mojado en orines, la lengua fuera y las manos atadas. Al otro lado, su hermano Ignacio. Este segundo, observa Orviz, tiene el rostro hinchado, morado aún tras la asfixia que sufrió después de la caída. No lleva más de dos horas colgado.

Apenas si intercambian murmullos confusos los dos que acaban de llegar. Luego, da un paso al frente el liberal asturiano y permanece allí un buen rato, desconcertado, contemplando los cuerpos sin vida de los muchachos. La escena le recuerda a otra que preferiría no recordar. Una que, por culpa de Napoleón Bonaparte, sembró de miedo y dudas los corazones de media España.

No hay más que otro hombre en toda la plaza. Pelo canoso, temple sereno, camisa ajada y manos ásperas que prenden ahora una pequeña pipa de madera. Aunque no dice nada, Nicolás Martí cree reconocer enseguida el gesto sombrío de don Baldomero, maestro armero, y padre de los dos ajusticiados.

Un arrebato rabioso guía entonces los pasos de Juan Orviz. El asturiano da media vuelta sobre sí mismo dispuesto a hallar una explicación a la crueldad que presencian sus ojos. El periodista, abatido, va tras él por las calles de la ciudad como buenamente puede, una pierna a rastras siguiendo el ritmo de la contraria.

—¿Dónde va, chapetón? —dice de pronto una voz cercana.

El bachiller detiene su rumbo. A punto estaba de doblar la esquina con la intención de entrar en la taberna de Pedro el Santero. Luego reconoce una silueta oculta en los soportales. Usa la mano para guarecer los ojos de la solanera que inunda el presidio y duda un instante, inquieto, ante la posible presencia del fantasma que lleva meses atormentándolo.

—¿Adela? —pregunta al rato, aliviado.

—La misma.

La hermana de Leandro Cuervo se esconde a las puertas de una tiendita de abarrotes que echó el cierre hace más de un año. Asiente al fin al cruzar la vista con el asturiano. Gracias a una mantilla negra estampada de flores turquesas, observa Orviz, la mujer va bien cubierta del viento, del sol y de los chismes indiscretos de curiosos y

vecinos.

—¿Qué ha pasado? —inquiere el bachiller, y mira de soslayo a la plaza.

—Esta tierra maldita. Eso ha pasado.

—No habrá sido por…

—¿Por qué si no? —le interrumpe Adela—. Los pendejos que mandó el gobernador a interrogar a los hermanos aseguran que el mayor reconoció el asesinato.

—Es mentira —susurra Orviz, indignado.

—Lo es.

—Han muerto en vano. Es una injusticia.

—Lo es —repite la mujer, y mira a ambos lados de la calle para cerciorarse de que nadie más pone la oreja en sus asuntos.

Juan Orviz se abalanza entonces sobre Adela Cuervo. La coge por el brazo, inquieto, y tartamudea un par de veces de puros nervios antes de escupir la información que lleva días almacenando.

—Adela, se dónde está el hermano de las muchachas —logra decir —. El hijo de Anselmo Pino.

—Lo sé. Suba al carro, chapetón. —Gira sobre sí misma la mujer y le muestra al joven un vehículo grande, de cuatro ruedas, al que van amarrados un par de caballos—. Mi hermano quiere verle.

Sin pensárselo dos veces, y nada más enterarse de que el capitán Cuervo aún está en la provincia, Juan Orviz acepta la oferta.

—¿Y usted, escritor? —profiere Adela con cierta sorna—. ¿Que no sabe que le busca media provincia?

Asustado, y fiando una vez más su vida al ímpetu del asturiano, el periodista Nicolás Martí sigue el consejo de la extraña dama a la que acaba de conocer. Pone un pie en el estribo lateral del coche, se impulsa hacia el interior con su pierna buena y cierra tras de sí la portezuela de madera acolchada.

—Este carro… —dice Orviz una vez ha empezado a moverse.

—Lo conoce usted, sin duda —le confirma Adela desde el asiento exterior—. Que fue el mismo que le trajo a esta ciudad de mala muerte. O por lo menos lo intentó.

—La diligencia del señor Pino —adivina el soldado.

—La misma que les robó a ustedes la banda del Peludo.

—¿De dónde la ha sacado? —indaga Juan Orviz, incrédulo.

—Ya ve. Una tiene sus mañas.

El español recuerda entonces las ansias de la mujer Cuervo por enterarse del destino al que fue a parar el carruaje. *«Díganos a quién se la vendió, chachalaco cabrón, si no quiere que le rebane el pescuezo».* No en vano, fue a raíz de dicho interrogatorio que el capitán, su hermana y el propio Orviz acabaron por liquidar a la banda de Jacinto Cienfuegos.

La diligencia se aleja de Santa Fe por el camino viejo que lleva a San Juan. Deja atrás la hacienda de Tesuque, la villa de Cañada y el rancho de Chupadero. Justo antes de desviarse para Nambé, cambia su rumbo y prosigue campo a través hacia el pueblo de San Ildefonso. Allí, al pie de la Mesa Negra, Adela Cuervo tira de las riendas.

—Está hecho, carnal. Ya lo siento. Han *colgao* a los dos Losada —escupe la sonorense. Luego sonríe, y hace que sus dientes mellados alerten a su viejo hermano de la pesca que ha hecho en la misma plaza del presidio—. Pero mire a quién le traigo.

Alza la vista el capitán, que permanece protegido del sol en la sombra misma del emparrado. Juan Orviz se baja del carruaje dando un saltito certero. Al verlo, Leandro Cuervo se pone en pie, agitado. Por poco si se tropieza con el poyo agrietado en que estaba sentado.

—¡Gachupín! —exclama, y suelta el cigarro en un acto reflejo.

—Capitán —le responde Orviz. Los dos compañeros se funden en un abrazo corto, nervioso. El primero —y puede que último— que se dan en toda su vida.

—¿Qué es ese olor? —bromea Cuervo, inoportuno, como acostumbra—. ¿Dónde ha estado metido?

—En la carreta de un mulatero.

—Llevaba usted razón, Juan —se disculpa entonces Leandro, que no presta demasiada atención a la respuesta que le da el otro—. Hizo bien en confiar en la bruja.

Por un instante, los dos se miran con la confianza absolutoria que distingue a los buenos amigos. Después, un arrobo vehemente obliga a Juan Orviz a contarle a Cuervo todo cuanto sabe. Empieza por lo que cree más urgente:

—Dimos con Álvaro Pino —se apresura a decir—. Estaba como ido, apenas si podía decir cuatro palabras seguidas. Había tomado…

—Peyote —se permite concluir el señor Martí nada más se apea del coche de caballos.

—¿Estaba herido? —inquiere el capitán.

—Creo que no —responde Juan—. Escuche, Cuervo…

—Lo sé. Los Penitentes.

—Los Penitentes, sí —asienta el bachiller—. Ese es su nombre. Se reúnen en pequeños templos. Espacios sagrados a los que llaman…

—Moradas —interviene Martí, una vez más.

—Estuve en una de ellas —comparte Cuervo, sin tan siquiera mirar al periodista—. En Las Trampas. Les vi azotar a unos chamacos. Tallos de cholla y cortes sobre el torso.

—Tal y como lo describieron en Atrisco —sopesa Orviz.

—Eso es. Del mismo modo. Antonio Cadalso estaba con ellos.

El dato, más que sorprender, satisface al asturiano.

—Hizo bien en ir tras el rastro del cura, capitán.

—Debí haberle avisado —se lamenta el veterano.

Un remolino de información discurre ahora en ambas direcciones. Tanto que ni tan siquiera el viento huracanado que sacude el paisaje yermo de San Ildefonso es capaz de obnubilar a los dos tipos encargados de resolver el famoso crimen.

—El muchacho de Pino conocía a Basilio Abeyta —confirma Juan Orviz.

—Abeyta está con Cadalso —explica Cuervo—. Sabe que estuvo usted en esa…

—Morada —dice Adela Cuervo, adelantándose así al periodista, y dedicándole media sonrisa.

—Hemos de avisar al gobernador —suelta Orviz.

—No —le corta Cuervo, muy serio—. Al gobernador no. Melgares sabe de la existencia de los Penitentes.

—¿Y no ha hecho nada por detenerlos?

—Peor. Ha dejado morir a los hermanos Losada.

Se estremece el bachiller. Tiene muy presente la imagen de Enrique e Ignacio Losada colgando de una soga en lo alto del patíbulo.

—¿Por qué?

—No lo sé —vacila el de Arizpe. Al rato, masculla—: Esos pobres diablos… Estamos solos en esto.

Alza la cabeza Leandro Cuervo, y cruza una mirada inquisitiva con la papada del señor Martí. El periodista percibe entonces, por primera vez, la violencia animal en los ojos del capitán.

—Tranquilo. Me fío de él —dice Juan Orviz, sereno.

—¿Está seguro? —pregunta Cuervo—. Trabaja con Melgares.

—Ya no —se defiende Nicolás—. Lo juro.

—Gracias a Martí hallamos el rancho de Abeyta —explica el asturiano, que mira ahora en dirección a Adela—. ¿Se fía usted de su hermana?

—No —responde Cuervo—. Pero nos ha conseguido el carro.

La mujer se relame los labios, inquieta, y lanza una sonrisa traviesa al resto de la comitiva. Juan se toma eso como un sí, y confía en no equivocarse. Luego lanza una ojeada tranquila al extraño lugar en que se hallan. Una casita tranquila, de adobe y madera, alejada del pequeño pueblo. Junto a ella, un chiquero menudo, embarrado, en cuyo interior hoza una cerda muy ajena al esperado encuentro. No tarda el asturiano en identificar al dueño del sitio. Alfonso Sepúlveda, soldado veterano de la tropa presidial, permanece vigilante en el mismo tejado de la casa. Desde lo alto, y con gesto amable, saluda a los recién llegados.

—Alfonso también es de fiar, descuide —musita Cuervo.

—Está bien.

En el interior de su humilde residencia, Alfonso Sepúlveda tiene a bien preparar para sus huéspedes puré de chile y jitomate. Se trata de una receta que aprendió de su suegra poco antes de quedar viudo, hace ahora siete primaveras. El truco está, según dice, en añadir un poco de vinagre a la mezcla una vez se han terminado de cocer las verduras. Es por eso que el 18 de abril de 1821 se sientan a cenar los cinco. El bachiller Orviz, el capitán Cuervo, su hermana Adela, el señor Martí y el anfitrión, don Alfonso Sepúlveda. Este último, que insiste en bendecir la mesa, dedica unas sentidas palabras a los hermanos Losada.

La abigarrada estampa, piensa Nicolás Martí, es tan extraña que se plantea ahora si incluirla en su novela. *Tal vez sea mejor omitirla,* piensa cuando, a su lado, la hermana del capitán Cuervo alza el plato y relame el fondo con tal de aprovechar las últimas cucharadas. Del otro lado de la mesa, no obstante, continúa la plática de los soldados. Como no puede ser de otro modo, esta gira en torno a Álvaro Pino, el primogénito de don Anselmo. Salvar la vida del muchacho, sea o no culpable de la muerte de sus hermanas, se ha convertido en la obsesión de Leandro Cuervo. En la tarea irrenunciable del bachiller Juan Orviz. Por no mencionar la necesaria captura de los llamados Penitentes, culpables, a juicio de los dos, de las muertes que asolan el valle.

—¿Sabrán sus padres que el chico continúa con vida? —pregunta Juan.

Un silencio largo, interrumpido solo por el ruido que hace el viento entrando por las ventanas, se apodera de la vieja casa.

—No creo —responde Cuervo, al fin—. Aunque no les diría nada. Al menos por el momento.

—La madre —adivina el asturiano.

—Eso es.

—¿Cree que forma parte de la cofradía?

—Si no forma parte, está bien al tanto de su existencia —responde el capitán.

La reacción esquiva de la familia cada vez que han intentado hablar con Manuela Estrada hace coincidir a los dos hombres en una sospecha más que justificada.

—¿Dónde propone buscar a los Penitentes? —inquiere Orviz.

—El sitio lo sé —responde Cuervo—. Chimayó.

La respuesta sorprende al resto de oyentes casi tanto como al bachiller.

—¿Chimayó?

—Un santuario al norte de Nambé, al pie mismo de las montañas —explica Cuervo—. Allá construyó una capilla el hermano de Basilio Abeyta.

—No está lejos de acá, entonces —aclara Sepúlveda.

—Hará cinco o seis años de aquello —prosigue el capitán—. Debí imaginarlo.

—¿Por qué?

—Cadalso hizo noche allá mismito el día en que salió para Las Trampas —musita el de Sonora, cabizbajo—. Lo que no sabemos es el día.

Una mirada rápida de Nicolás Martí y Juan Orviz es más que suficiente para que este segundo crea tener la respuesta.

—El Viernes Santo.

—¿Cómo lo sabe? —pregunta Leandro, sorprendido.

—Nos lo dijo el propio Pino —responde el periodista—. El vía crucis…

—El día en que murió Cristo —le interrumpe Sepúlveda—. Dicen ser una cofradía, al fin y al cabo.

Permanece callado Orviz. Se guarda para sí la teoría que lleva días hilvanando en su cabeza.

—¿Qué día es hoy? —inquiere de pronto Adela Cuervo.

El silencio dura varios segundos. Al fin, responde su hermano:

—Miércoles. Tenemos un día de ventaja.

—Bien —celebra ella, risueña—. Una última cena.

No queda puré en los platos de los comensales cuando Juan Orviz, conforme con el plan establecido —que pasa por salir en dirección a Chimayó y esperar allí a los Penitentes—, siente el vértigo que provocan los destinos inevitables:

—Saben que vamos tras ellos.

—A toda madre —le contesta el capitán.

—Y tienen mi cuaderno.

—Dudo que sepan leer, gachupín.

Esa noche, Juan Orviz tiene la sensación de que las estrellas están más quietas que nunca. Apenas parpadean. Se limitan a ofrecer su diminuto brillo por cortesía, como un mero trámite que han de sortear antes de que se haga de día. A pesar de ello, y aprovechando que el viento amaina, el bachiller ha querido salir fuera de la casita. En silencio. Mientras todos descansan. Ahora que el continente remoto en el que se halla duerme despreocupado. Justo ahora que ha de estar amaneciendo en España. Se levantará María en su alcoba de Madrid, piensa. Tal vez su hermana, en Cangas, o incluso su madre, dispuesta a hacer rosquillas de anís para celebrar la Semana Santa.

Pasan así varios minutos en los que cree estar solo en aquel desierto baldío —o en compañía de la cerda de don Alfonso Sepúlveda, que para el caso es lo mismo—. Lo cierto, sin embargo, es que lo observa

desde el interior de la casa otro que apenas duerme. Cigarro en boca, sombrero puesto y, entre las manos, la hoja de un cuchillo comanche.

—Juan —suelta Cuervo, que guarda el cuchillo, prende un quinqué y sale al encuentro de su ayudante.

No se sorprende demasiado Orviz al oír la voz del capitán. Se limita, por tanto, a buscar a su amigo en la penumbra.

—Buenas noches, Leandro.

—Hay algo que debe saber.

—El qué.

—No ha de venir a Chimayó si no quiere —dice al poco, y le tiende al asturiano el sobre sellado que sustrajo del escritorio de Melgares—. Ha recibido un permiso para regresar a su tierra.

La noticia paraliza por completo a Juan Orviz, que se demora un buen rato antes de alzar el brazo y coger la carta.

—¿Quién…? —pregunta, incrédulo.

—El gobernador. No sé desde hace cuánto la tiene.

—Yo…

—Lea la nota. Las cosas, una a una, gachupín

El asturiano rasga el envoltorio y toma el quinqué que le ofrece Leandro. El silencio se alarga un buen rato. Por la cara que pone Orviz, Cuervo sabe que la cuartilla confirma la buena nueva. Sin volver a abrir la boca, el sonorense da media vuelta. Luego apura el cigarro, se quita el sombrero y entra de nuevo en la casa.

33

El arroyo de Río Quemado, que nace en el mismo pico de Las Truchas, es ahora el único elemento que se interpone entre el santuario de Chimayó y el monte salpicado de enebros en que espera paciente el grupo de Leandro Cuervo. Tras uno de estos árboles hace guardia Adela, la hermana del capitán. Cuerpo al suelo, pelo recogido y mantilla negra sobre los hombros entumecidos. No ha dormido bien la mujer, que lleva toda la mañana con un terrible dolor de cabeza. Se lo hace saber al señor Martí nada más aparece este con una taza repleta de café.

—¿Para mí? —musita Adela.

—Pues claro.

—Es usted un caballero, de eso no cabe duda —dice ella, y coge el cuenco con las manos frías—. Lástima que sea tan feo.

De buena gana se pone en pie la de Sonora, dispuesta a intercambiar con el periodista el incómodo puesto de vigilancia. El abajeño, por su parte, se muestra más animado a la hora de arrastrar camisa y pantalón por el terreno polvoriento del norte de Nuevo México. El simple hecho de saberse importante para la misión le hace mantener la euforia intacta, muy a pesar de haber pasado horas frente al santuario, sin noticia alguna de los Penitentes.

—¿Algo? —pregunta Martí en un susurro.

—Un bisonte extraviado y un par de berrenditos —responde Adela Cuervo—. Allá, al sur, encima de la colina.

—¿Nada más? —inquiere Martí.

—¿Le parece poco? —inquiere ella, irónica—. ¿Hace cuánto que no ve usted un berrendo, periodista?

—¿Y gente? ¿Nadie?

—Quién va a venir a este pinche santuario —se queja Adelita. Luego sacude su falda larga, da un sorbito al café y se retira a paso calmado—. Acá no llegan los caminos.

A unas quince varas del mirador, Alfonso Sepúlveda permanece escondido en una de las cárcavas de la colina. Desde hace un rato, y aun después de haberle pedido a Dios no tener que utilizarlo, el soldado inspecciona el armamento del grupo. Para ello, introduce una baqueta en su escopeta reglamentaria y se esmera luego en limpiar de pólvora el cañón. Si está allí es porque el capitán Cuervo así se lo ha

pedido. La lealtad del californiano no deja de sorprender a Leandro, que se debate entre seguir esperando la llegada de los Penitentes en las faldas del cerrito o ir en su búsqueda con tal de adelantarse a los acontecimientos.

De vez en cuando, el sonorense eleva la cabeza para contemplar el santuario. No es tarea fácil distinguirlo a simple vista. El muro de barro mezclado que rodea el templo por el lado sur es del mismo tono caoba que la tierra sobre la que se eleva. Es por eso que Cuervo pone ahora su empeño en ubicar los dos campanarios de adobe recubiertos con tablas de madera. Ahí están. Inmóviles. Al igual que el resto del sitio.

—No se fíe, capitán. Los Penitentes son peligrosos —les dijo Juan Orviz a los otros la noche anterior—. Son fanáticos dispuestos a defender su orden a toda costa. ¿Conoce la hermandad de los Flagelantes?

—Ilumínenos, bachiller —respondió Cuervo.

Una sonrisa comedida manó entonces de los labios del asturiano. Estuvo dispuesto, al fin, a compartir con el resto la idea que le sobrevino días atrás, en el rancho de Abeyta, nada más descubrir que una cofradía podía estar detrás de las muertes de la provincia:

—Durante la Edad Media surgieron en Italia organizaciones cristianas que creían en el autocastigo como forma de expiar sus pecados.

—Le escucho, gachupín, no crea. He aprendido a valorar sus historias.

—Cada vez que se daba una hambruna o una guerra se formaban en grupos delante de las iglesias y se azotaban cruelmente durante horas.

—¿Para qué? —quiso saber el de Arizpe.

—Suponían que con ello iban a obtener el perdón divino. A conquistar la salvación eterna fuera del rito oficial de la Iglesia.

—Entiendo.

—De Italia pasaron a España a mediados del siglo catorce.

—Eso es hace tantito.

—Allí, el rito alcanzó su punto álgido durante la peste negra. Se puede imaginar el motivo. Cientos de acólitos. Qué digo cientos. Miles. La euforia fue tal que el papa no tardó en prohibir las prácticas flagelantes.

—¿Y eso por qué? —se interesó Nicolás Martí.

—Los Penitentes consideraban que los sacramentos ya no eran necesarios. Es más, pensaban que la Iglesia ya no era necesaria. Que todo lo que hacía falta para obtener el perdón de Dios era humillarse ante él. Imitar el calvario de Cristo. Llegado el caso, obligaban al pecador a flagelarse como forma de curar su alma. Ya fuese este un

vecino, un hijo, un hermano…

—Negaban la autoridad eclesiástica —murmuró Alfonso Sepúlveda —. Herejes.

—Es por eso que los inquisidores tuvieron por misión erradicarlos, pero nunca lo consiguieron. Hasta donde yo sé, los flagelantes continuaron esparciéndose por el mundo. Formando grupos. Actuando de forma clandestina.

Ante la teoría de Juan Orviz, que relacionaba el rito de los Penitentes con la mortificación de la carne llevada a cabo por los Flagelantes, Leandro Cuervo tuvo clara la respuesta:

—La persona que torturó y asesinó a las hermanas de Álvaro Pino tiene nombre y apellido, gachupín. No fue un fanático de los antiguos, ni una víctima de la peste negra. Fue un pendejo miserable al que daremos caza mañana. Un hijo de puta al que haremos pagar bien caros los pecados que ha cometido.

Pese a la dureza de la réplica, hoy, 20 de abril de 1821 —Viernes Santo—, el capitán Cuervo agradece ante todo la presencia de su compañero. El liberal Juan Orviz se ha convertido en un aliado indispensable. Un confidente, un amigo. Con el tiempo, el de Sonora ha aprendido a ver en el chapetón algo más que a uno de esos rostros impolutos y acomodados que crían las buenas familias al otro lado del océano. El gachupín es más que eso, sin duda. Disciplina, lealtad, perseverancia. Su compromiso con la causa que han pasado meses investigando le ha hecho ganarse la confianza del novohispano. Más aún tras haber pospuesto —de forma voluntaria, que el permiso lo tiene en el bolsillo— su regreso a tierras europeas.

Mientras permanece encaramado a una roca, Leandro alza el sombrero y saluda al asturiano. Este le corresponde con un cabeceo sereno, tranquilo. Lleva un buen rato acuclillado entre las artemisas que dibujan su silueta al pie mismo de la montaña. La camisa remangada por encima del codo. El pelo castaño repleto de polvo por haber dormido al raso, sin más abrigo que un pequeño sayo.

—Los caballos —dice Orviz.

—¿Cómo dice? —susurra Cuervo.

—Voy a comprobar el estado de los caballos —responde el bachiller, y hace un gesto con las manos con tal de hacerse entender.

Cuervo asiente desde la distancia. Luego observa cómo el español abandona su posición para ir en dirección norte, hasta el bosquecito en que han dejado amarradas las cinco monturas.

Unos minutos bastan a Juan Orviz para dar con los animales. Lupita, la yegua del capitán Cuervo, pasta a poca distancia del árbol en que fue amarrada. Los dos caballos de Alfonso Sepúlveda, más altos y fornidos que el resto, permanecen tranquilos a poca distancia de la primera. A decir verdad, son los dos del fondo —que hasta ayer

mismo tiraban del nuevo carro de Adela— los que se muestran más inquietos. Uno de ellos relincha al ver cómo se acerca el asturiano. El otro piafa y da vueltas nerviosas en torno al tronco en que permanece atado.

—Tranquilo… —susurra Orviz, y pasa la mano por su testuz con la intención de calmar a la fiera—. ¿Qué te pasa?

La respuesta no tarda en hacerse notar bajo la claridad matutina que baña la alameda. Al otro lado del arroyo, un capirote negro anuncia la presencia del hombre que lo lleva en la mano. El antifaz oscuro, sin embargo, del mismo color que el capote, tapa el rostro del enmascarado.

Juan Orviz da un respingo nada más intuye la silueta del recién llegado. Este, por su parte, no parece menos asustado: emite un ruidito temeroso al cruzar la mirada con el soldado y permanece un segundo inmóvil, muy callado.

—¿Quién es usted? —pregunta Juan Orviz—. ¿Qué hace aquí?

El tipo del capirote, que porta en la otra mano varias ramas secas de enebro, se deshace de todas ellas y da un par de pasos hacia atrás, con cuidado, tratando de no perder de vista los movimientos del asturiano.

Es entonces cuando Orviz decide tomar cartas en el asunto. A toda prisa, se lleva la mano al cinturón para extraer la pistola placentina, pólvora y munición. Por supuesto, el gesto alerta al acólito, que no hace sino trepar por la ladera escarpada e intentar perder de vista al militar. El bachiller desiste entonces de utilizar el arma de fuego. No hay tiempo que perder.

—¡Alto! —exclama—. Deténgase.

Dos zancadas le bastan a Juan Orviz para cruzar el pequeño arroyo. Luego, corre a toda velocidad por el terreno accidentado, cuidándose mucho de no meter el pie en un cortado, en un saliente o en cualquiera de las hoyas abruptas que se abren a cada lado. Le queman las piernas a cada paso que da; la subida es demasiado pronunciada.

El del capote negro jadea una vez ha alcanzado la cima. Tanto que, agobiado con el calor que desprende la tela, hace un amago de quitarse el antifaz y respirar aliviado en la cresta de la colina.

Sobreviene un momento de calma. Dura poco. Juan Orviz ha recobrado el aliento. De un brinco, embiste al tipo de la máscara y provoca la caída de este. Luego corre hasta su posición con la intención de inmovilizarlo, pero tropieza y cae ladera abajo, de forma torpe, agarrándose en última instancia a la sotana del cofrade, y provocando el descenso de los dos por la vertiente meridional del otero, la misma por la que acaban de trepar entre quejas y resuellos.

Una vez han aterrizado, Orviz no tarda en sentir las manos ásperas del hombre en torno a la piel del cuello. El que aprieta, comprueba

asustado el soldado, ha perdido ya su antifaz, y se revela como un hombre indio de mediana edad, rostro sudoroso y gesto azarado. No parece convencido de querer matar al bachiller. Más bien se muestra arrepentido, muerto de miedo, como pidiéndole perdón a Dios al mismo tiempo que oprime con sus manos el pescuezo del asturiano. Al fin, Juan Orviz logra quitárselo de encima propinándole un rodillazo en las costillas. Una vez más, ambos hombres se despeñan por el declive de la colina.

—¡Capitán! —le espeta Nicolás Martí, excitado.

—No grite, Martí —se enoja Cuervo.

—¡Mire allá abajo, capitán! —insiste el periodista.

Al otro lado del arroyo, en el monte opuesto al mismo en que se encuentra el pequeño grupo, dos cuerpos ruedan ladera abajo. Pese a la distancia, es fácil seguir su rumbo gracias al rastro de polvo que dejan tras de sí —y a los gritos que profieren los dos cada vez que impactan contra una roca, un saliente o un arbusto espinado—.

Apenas ha parado de dar volteretas sobre sí mismo, el mexicano del capote negro se pone en pie de un bote. A continuación, vuelve a echar a correr, y esta vez lo hace por el mismo cauce del arroyo de Río Quemado. Juan Orviz se levanta aturdido. Está desorientado, y dolorido. Se ha rajado el brazo, además, con una de las ramas secas que salpican el cortado. La sangre le cae ahora por la mano y, en sus dedos, se mezcla con la arena hasta formar una mezcla pastosa, de un rojo intenso.

Pese a la confusión, a Orviz no le falla su instinto, y en apenas unos segundos adivina la dirección que ha tomado el enmascarado. Hacia el este, por la misma garganta que forma el regato. Un desfiladero estrecho conocido desde hace décadas como cañón de las Riadas o, en su defecto, cañón del Muerto.

Ahora sí, el bachiller extrae la pistola del cinturón, la pone a punto y continúa a paso decidido por el lecho húmedo del río.

Durante varios minutos, Juan Orviz camina siguiendo el arroyo, exhausto, el arma en la mano derecha y la vista al frente, no vaya a sorprenderle el otro. El sol castiga en lo alto del cielo. Su luz, así como los goterones de sudor que le caen por la frente, obligan al joven a entrecerrar los ojos con tal de adivinar los requiebros que dan forma al barranco.

—He de volver e informar al resto —murmura entonces—. Qué diablos hago aquí solo.

Para su desgracia —o por suerte, según se mire—, vacila demasiado a la hora de tomar una decisión. Es así como, en una pequeña abertura que ofrece el cañón, Juan Orviz se ve ante una imagen grotesca, pavorosa. Una escena inconcebible aun para alguien cuyo objetivo único en ese día era dar con la misteriosa cofradía de los Hermanos

Penitentes.

Un hombre de torso desnudo y espalda ensangrentada tira de un carro de madera. Subido al carro, hay una especie de esqueleto inerte, poseedor de una calavera de enormes proporciones. Tras el tipo de la carreta doce hombres cubiertos con antifaces negros se golpean la espalda con cactus espinosos que Orviz cree reconocer como tallos de cholla. Mientras lo hacen, entonan un murmullo grave, tenebroso. Un canto solemne que es interrumpido solo cuando un nuevo vergajazo lacera la piel de los acólitos. A poca distancia de estos, media docena de Penitentes vestidos con capotes negros y capirotes en tonos oscuros rezan al mismo tiempo que supervisan el castigo que se autoinfligen los de las chollas.

—¡Ayúdenme, hermanos! —exclama de pronto el adlátere que acaba de volver junto al grupo—. ¡Ese hombre intenta matarme!

Los alabados se detienen en ese preciso instante. El de la carreta, sorprendido, frena en seco su marcha. La sacudida, por supuesto, provoca que el esqueleto salga despedido y vaya a parar al mismo arroyo en que permanece de pie el asturiano.

Es entonces cuando, en lo alto del cerrito que se alza junto a los hombres, Juan Orviz identifica una figura sobrecogedora. La cruz de madera tendrá por lo menos seis varas de alto, si no más. Encaramado a ella hay un joven ensangrentado, medio desnudo. Sobre la cabeza, una corona de espinas hecha a base de cactus y crines de caballo. Las muñecas, como los tobillos, fijados al aspa con cuerdas tensísimas. Los amarres cortan la circulación sanguínea del muchacho y le provocan moratones en las piernas y en los propios brazos. En el abdomen, tres cruces en carne viva. La del medio, más grande. Las otras, más chiquititas. Se trata de Álvaro Pino, piensa Orviz, no cabe la menor duda.

El estupor que siente el bachiller es tal que le cuesta despegar los labios. Está paralizado. Atónito ante el ritual que protagonizan aquellos hombres en medio del Río Quemado. No obstante, el escalofriante suceso le indigna tanto que, por un instante, siente cómo le arde la sangre bajo la piel.

—Bajen al chico de ahí arriba —logra decir al fin, desconcertado—. ¿Está vivo, acaso?

Un cabeceo del muchacho crucificado tranquiliza al bachiller, que respira aliviado.

—No tiene derecho a estar acá —le responde uno de los encapuchados—. Este es un acto sagrado.

—Me trae sin cuidado. Bajen al chico, se viene conmigo.

—No sabe lo que dice, chapetón.

—¡El muchacho de Pino se viene conmigo! —insiste Juan Orviz, y eleva la pistola para apuntar con ella al acólito que no deja de

contestarle.

Ante la amenaza del asturiano, algunos de los presentes corren despavoridos. Otros echan el cuerpo al suelo y comienzan a suplicar clemencia mientras buscan cobijo entre las rocas que manan del barranco. Casi todos los que huyen, se da cuenta el bachiller, pertenecen al grupo de flagelantes que, con cactus en ambas manos, expiaban sus pecados ante la atenta mirada de los otros.

La tensión se alarga en tanto que los de los capirotes, que permanecen en lo alto del cortado, no dan su brazo a torcer.

—¡Es una prueba! —espeta uno de ellos—. ¡El demonio nos pone a prueba!

—¿De qué está hablando? —exclama Orviz.

El barullo es total al cabo unos segundos. Unos rezan, otros gritan y otros tantos retan al asturiano. Al ver que el hombre de la carreta se pone en pie, desafiante, Juan Orviz da un paso atrás y le apunta con el arma de fuego.

—No se mueva —le advierte el soldado.

Un disparo reparte su eco a lo largo del cañón del Muerto. Acto seguido, el hombre que osaba amenazar a Orviz se lleva una mano a una pierna, dolorido. La bala le ha entrado por el muslo y ha destrozado de paso el mango de la carreta. El bachiller contempla estupefacto el modo en que se desploma el tipo, a sabiendas de que él no ha apretado el gatillo. Dirige entonces una mirada a los encapuchados y descubre cómo, por debajo del sayo, uno de ellos asoma el tubo de una escopeta corta. El que está a su lado, piensa el asturiano, también ha de estar armado, pues mueve ahora los brazos como si estuviese cargando la bala en el cañón de una pistola.

No se lo piensa dos veces Juan Orviz y abre fuego contra los Penitentes. El caos se apodera así de la abertura de la pequeña garganta. Álvaro Pino, desde lo alto, contempla la escena, estupefacto. La gran mayoría de los acólitos abandona el lugar entre quejas y aspavientos. Algunos, no obstante, plantan cara al asturiano.

Un nuevo tiro resuena en el valle. Nadie sabe quién ha disparado. Sin embargo, el latigazo que siente Juan en el hombro da buena cuenta del tino que ha tenido. Un temblor espantoso recorre ahora el brazo de Orviz. La sangre le cae a borbotones por la espalda y moja su camisa de lino a medida que se retuerce y contiene un grito de puro dolor.

En medio de la vorágine, y desangrándose como un gorrino, el bachiller se ve obligado a ascender por la ladera.

—¿Está loco, español? —grita alguien—. ¡Venga acá!

La pendiente es tal que, más que andar, Juan Orviz trepa por el cortado. A cada paso que da, nota un correazo en la parte más alta del brazo. Sube un escalón. Y luego otro. Busca cobijo de esa manera en la

maraña de artemisas y espinos afilados mientras intenta recargar el arma e identificar la voz del que lo increpa. De pronto, y una vez ha logrado encajar su espalda en un hueco recóndito de la garganta, el soldado ve cómo, al otro lado del cañón, uno de los cofrades le apunta con un mosquetón de avancarga. *Ahora sí,* se dice. *No hay vuelta atrás.* El destino ha querido que el ánima rayada de un viejo mosquete ponga fin a su intromisión en tierras americanas. Cierra los ojos el de Cangas de Onís nada más ver que el que le apunta tira del martillo percutor, dispuesto a apretar el gatillo y dejar que el pedernal prenda la cazoleta que contiene la pólvora. Con el torso ensangrentado, Juan Orviz piensa en María. En su hermana Elena. En su madre. Al rato, vuelve a pensar en María.

El estallido suena raro, como hueco. De nuevo, abre los ojos el asturiano. El Penitente sigue allí, frente a él, pero suelta el arma en ese preciso instante y se agarra con la mano el vientre. Una mancha oscura —más oscura, si cabe, que el sayo que lleva puesto— empieza a formársele en torno al abdomen. Luego cae de rodillas, desfallecido, y contempla cómo, por el cauce del cañón del Muerto, entran a todo meter cuatro jinetes desconocidos. Son tres hombres y una mujer. Sonríe Juan Orviz. A la cabeza del grupo, y blasfemando como un poseso, va el capitán Leandro Cuervo.

34

Hay tres cadáveres sobre el terreno arenoso. Tres cuerpos inertes, indiferentes ya a la violencia que soportan el resto de moradores del arroyo. Uno de ellos ha caído de tal forma que, si alguien lo encontrase así —la cabeza reclinada sobre los brazos y las piernas apoyadas en una roca—, más bien pensaría que se está echando una cabezada. A su lado hay un viejo mosquete amartillado, listo para ser disparado. Hasta hace quince minutos, el difunto respondía al nombre de Ramón Oviedo, y era uno de los más devotos miembros de los Hermanos Penitentes. Nacido en Las Trampas en 1780, deja mujer y seis hijos en los remotos Ranchos de Taos. Otro de los muertos permanece tendido boca abajo en el propio cauce del río. Gustavo Andrés González, de treinta y cinco años de edad. Un tipo corpulento, barba poblada y facciones muy marcadas. Tiene la espalda repleta de cortes que se infligió él mismo al azotarse con un tallo de cholla. Su muerte la ha causado, sin embargo, un disparo del capitán Cuervo cuando intentaba defender a su amigo Alfonso Sepúlveda. De poco ha servido, por cierto: el tercer cuerpo sin vida pertenece, precisamente, al soldado californiano. Sepúlveda yace a media vara del acólito corpulento, con un cuchillo clavado en la nuca y el cuerpo retorcido, doblado sobre sí mismo.

—¿Alcanzas a ver a Alfonso? —susurra Leandro Cuervo desde la torrentera en que se hallan él mismo, su hermana Adela y el periodista Nicolás Martí.

—Está muerto, carnal —le responde Adela.

La noticia cae como un jarro de agua fría sobre el sonorense, que se culpa ahora por haber metido en semejante lío a su viejo amigo.

—¿Y al gachupín? —inquiere luego.

—Al gachupín no lo veo.

—Yo tampoco —sentencia Nicolás Martí, que permanece agazapado entre las rocas, muerto de miedo.

Desde hace más de una hora, las cárcavas que hay entre Chimayó y el arroyo de Río Quemado se han convertido en un auténtico campo de batalla. Emboscadas. Balazos. Huidas campo a través. La mayor parte de los Penitentes, por supuesto, ha logrado poner pies en polvorosa y esconderse en las faldas de la cercana sierra de las Moscas. Algunos, sin embargo, han decidido quedarse a pelear, y

llevan un buen rato defendiéndose de los herejes que han osado interrumpir el vía crucis. A plomazo limpio. Cueste lo que cueste. Haciendo de cada grieta del terreno una trinchera inexpugnable. El capitán Leandro Cuervo y sus secuaces han tenido a bien frenar la práctica piadosa en el momento en que esta estaba a punto de llegar a la decimosegunda estación. Un sacrilegio imperdonable.

Desde lo alto de su enorme cruz de madera, Álvaro Pino contempla estupefacto la carnicería en que ha tornado la jornada. Paradójicamente, tan solo el crucificado sabe ahora el lugar exacto en que se oculta cada uno de los allí presentes. Los ve reptar, santiguarse, escapar por la colina, otear el horizonte, cebar sus armas, darse la novedad, avanzar y retroceder entre susurros y lamentos. A poniente, el capitán Cuervo levanta la espalda del suelo y hace un embudo con las manos que le permite proyectar la voz.

—¡Juan! —exclama el de Arizpe, a riesgo de que los otros descubran su posición—. ¿Me oye?

—¡El chapetón está muerto! —responde alguien desde el otro lado del cañón—. ¡Se ha desangrado!

El silencio que sigue es tan plomizo que Nicolás Martí agacha la cabeza, abatido. La muerte de su amigo asturiano le pesa más, si cabe, que su propia agonía. Adela reconoce el gesto. El periodista está más triste que asustado. Y eso que, desde hace un buen rato, siente un pánico terrible a perder la vida a causa de un balazo. Leandro Cuervo reacciona del modo opuesto. Prefiere no creer al tipo que ha contestado. Es más, por un instante centra sus esfuerzos en adivinar quién se esconde tras la voz aguda que parece responder a sus preguntas desde el otro lado del cortado.

—¿Cadalso? —acierta el sonorense.

—¡Mire lo que ha hecho, Cuervo! —profiere el sacerdote—. ¡Ha matado a unos pobres inocentes! ¡Y ha dejado morir a sus amigos!

—¡Baje usted al muchacho de Pino de esa cruz, Cadalso! —responde el capitán Cuervo, haciendo caso omiso de las acusaciones del cura.

Tarda un buen rato en responder el religioso. Al fin, grita:

—¿Cree que me chupo el dedo, capitán? ¡Si salgo ahí fuera, abrirá usted fuego!

—¡No lo haremos!

Apenas dos ramblas separan al grupo de Cuervo del lugar en que continúan ocultos los Penitentes que no han huido.

—¡Desátenlo ustedes, entonces! —exclama Cadalso.

Suspira el capitán Cuervo, y dirige una mirada compasiva al joven que permanece en la cruz. Álvaro Pino apenas es capaz de abrir los ojos. Está exhausto. Un sol abrasador lleva cerca de cinco horas lacerando su piel mestiza. Tan solo lo protege del brillo del astro una

corona cruel confeccionada a base de cactus, de la que manan varios regueritos de sangre que recorren todo su cuerpo antes de precipitarse al vacío.

—No salgas, Leandro —le advierte su hermana Adela—. Es una trampa.

Una vez más, el silencio se apodera del cañón del Muerto. Cada gesto cuenta. Cada mirada. Nicolás Martí permanece mudo. El cuerpo a ras de suelo y la camisa hasta arriba de polvo. Desde su posición, no obstante, es capaz de advertir en la mueca que pone el capitán la valentía que justifica su fama.

—¡Está bien, sacerdote! —advierte Leandro Cuervo—. ¡Voy a liberar al chico de Pino!

—¡Perderá la indulgencia plenaria! —responde Cadalso al instante.

—¿Cómo dice?

—Si lo desata, Dios no perdonará sus pecados…

—¡Me valen madre sus devociones, Antonio! —se encabrita el capitán—. ¡Voy a salir ahí fuera, y confío en que nadie apriete el gatillo! ¡Ya se ha derramado suficiente sangre por un día! ¿Estamos?

Se toma su tiempo en responder el religioso. No obstante, al cabo de un rato, contesta:

—¡Estamos!

Alza el cuerpo el capitán Cuervo pese a la negativa de su hermana Adela, que lo mira con desaprobación. Lo hace muy poco a poco. Primero eleva la cabeza sobre el mismo borde de la torrentera. Luego clava las rodillas en la tierra agrietada. Por último, gatea por el montículo que forma el surco sobre el terreno, dispuesto a ponerse en pie. Es incapaz de ver aún el lugar en que se esconden los Penitentes. Tampoco hay rastro alguno del asturiano Juan Orviz. Sí que alcanza a vislumbrar, por otro lado, el camino que ha de tomar hasta la cruz en que se desangra el muchacho de Pino.

—Allá vamos —murmura.

—¡Cuidado! —grita el propio Álvaro desde lo alto.

El eco de su repentino aviso, que rebota en las paredes del cañón, sirve a Leandro Cuervo para echar cuerpo a tierra y esquivar un balazo traicionero. Un disparo tan bien dirigido como mal intencionado, proveniente de la rambla colindante.

—¡Son cuatro! —advierte ahora el chico desde la cruz, con la voz quebrada y los ojos llorosos—. ¡Solo dos van armados!

El chivatazo de Álvaro Pino anima a Leandro Cuervo a intervenir en el acto.

—¡Quietos! —exclama el capitán, y rueda sobre el terreno con la intención de irrumpir en el escondite en que se supone que están los acólitos.

No hay nadie. Apenas un capirote negro y una sotana repleta de

barro. Desconcertado, el sonorense se pone en pie. Ahora sí, intercepta a cuatro enmascarados que zigzaguean abriéndose paso entre la maraña de arbustos espinosos y rocas rojizas que salpican el terreno. Huyen. Escapan a toda prisa sin tan siquiera volver la mirada hacia atrás. Dos de ellos desertan en dirección este, y dejan atrás, para ello, la cruz en que se halla colgado el primogénito de don Anselmo. Otros dos salen escopetados hacia poniente, por el mismo cauce del arroyo.

—¡Adela, baja al muchacho de ahí arriba! —se desgañita ahora el capitán Cuervo—. ¡Martí, encuéntreme a Juan Orviz!

Nada más ha dado las órdenes, y pistola en mano, el capitán Cuervo sale corriendo tras los cofrades que han decidido seguir el curso del arroyo. El corazón, descubre enseguida, le late a toda velocidad. Sus pulmones, cada día más malogrados, apenas pueden contener la tos que precipita la carrera. La ciática, por supuesto, lo obliga a cojear de vez en cuando, muy a su pesar.

Cuando se quiere dar cuenta, ya no son dos los Penitentes que corren delante de él. Tan solo queda uno. El otro ha debido de coger un desvío, o tal vez se haya escondido en uno de los requiebros que forma el propio río.

Entre jadeos y carraspeos transcurren varios minutos. Al cabo de un rato, no obstante, perseguidor y perseguido se topan con la tapia de adobe que circunda el santuario de Chimayó. Recortada la silueta del recinto contra la luz anaranjada del crepúsculo, tan solo un arbolito impone su sombra a la fachada del extraño templo.

Con una distancia de treinta o cuarenta varas sobre Leandro Cuervo, al enmascarado le da tiempo a rodear la pared del sitio e irrumpir en su interior.

—Hijo de la chingada —susurra el capitán, y extrae de su cinturón una segunda pistola. Luego contempla la entrada del edificio, bien custodiada por un par de campanarios de madera y por una estatua con forma de calavera—. Que Dios me perdone.

35

El interior del santuario es oscuro, observa Cuervo. Techos bajos y paredes de barro que mantienen el frescor de la sala pese al calor que hace fuera. Al fondo, diez velas de sebo iluminan un altarcito que algún cofrade ha tenido a bien decorar con imágenes de santos, vírgenes y otras tallas de madera. En ese sentido, Chimayó no es distinto del resto de moradas que usan los Penitentes. Si acaso más nuevo, más elegante en sus formas. Huele a incienso, piensa el de Arizpe, pero también a estiércol. La quietud del sitio preocupa al capitán, que no ceja, sin embargo, en su empeño de dar con el acólito. Da un pasito corto hacia el crucero del sitio. Y luego otro. Por el rabillo del ojo cree ver entonces cómo una forma se desliza en la penumbra.

—Cadalso —dice enseguida, y tira de la llave de chispa de una de las dos pistolas—. Sé que es usted.

No hay tiempo de titubeos. Ni de más preámbulos. En un abrir y cerrar de ojos, el padre Antonio Cadalso emerge de la oscuridad más absoluta con un pequeño cuchillo que sostiene sobre su cabeza. La aparición es tan repentina que Leandro Cuervo apenas tiene tiempo de retroceder un par de pasos antes de apretar el gatillo de su pistola Harper's Ferry y disparar a bocajarro para zafarse del sacerdote. Un estruendo terrible resuena en las paredes del santuario. Después, ambos hombres caen al suelo.

Abre un ojo Leandro Cuervo, dolorido. Al hacerlo, descubre el cuerpo sin vida del que fuera el cura de Galisteo. Está tendido en el suelo del santuario, despatarrado.

No tarda en darse cuenta el capitán de que a Cadalso le falta media cara. Aun así, conserva sobre la otra media el antifaz de tela negra que lo distingue como miembro de los Hermanos Penitentes. La bala ha debido de atravesarle la mandíbula y salir después por la parte trasera del cráneo.

Trata de incorporarse el sonorense cuando un dolor tremebundo lo empuja de nuevo contra el suelo. Es entonces cuando Leandro Cuervo descubre que, como última ofrenda, el religioso ha logrado hundirle el puñal en las costillas. La empuñadura sobresale medio palmo de la camisa azul, que ha adquirido ya un tono granate.

—No —susurra—. Eso no, cabrón.

Se aguanta las ganas el capitán de mentar a la madre al difunto. En su lugar, contiene un grito, suspira y repta como buenamente puede por el suelo frío del templo. Luego intenta valerse de un pequeño taburete para alcanzar un mantelito de tela capaz de contener la hemorragia.

—No te muevas, Leandro —dice alguien desde el umbral del santuario.

Es un tipo alto. Barba plateada y sayo negro que le cubre hasta los tobillos.

—Abeyta.

El gesto preocupado de Basilio Abeyta confirma las sospechas de Cuervo.

—Cuervo…

—Hijo de la chingada —se desahoga el capitán—. Bastardo cabrón.

Pero el antiguo teniente de la Milicia Provincial no hace ni caso a los insultos que le brinda Leandro. En su lugar, camina muy despacio hacia el cadáver de Antonio Cadalso. Luego se arrodilla ante él, y cubre con un pañuelo el rostro desfigurado del sacerdote.

—Descanse en paz, celador —murmura Abeyta, y cierra los ojos para entonar una oración.

—Pinche pendejo, traidor —sigue Cuervo.

—Has matado a un cura, Leandro.

—A un asesino —se defiende el militar—. Un fanático.

Se pone en pie Basilio Abeyta. Lleva un buen rato buscando entre los cañones al sacerdote. Debió haber imaginado mucho antes que el religioso buscaría cobijo entre las paredes del santuario.

—¿A un asesino? —inquiere, enojado—. Cadalso no era más que nuestro celador. Un hombre de Dios.

—Fuiste tú —dice Leandro, quejumbroso, y se arrastra luego por el suelo del sitio tratando de hallar en los ojos de su viejo amigo un atisbo de culpa—. Tú mataste a las hijas de Pino.

El rostro magullado de Basilio Abeyta permanece impasible. Tan inexpresivo que, por un momento, parece haberse unido a la quietud imperturbable del templo.

—El señor disciplina a los que ama como corrige un padre a su hijo querido —dice al fin.

—Fufurufo cabrón —le responde el capitán—. ¿Qué pendejadas son esas? ¿Quién te has pensado que eres?

Ahora sí, sonríe ligeramente el señor Abeyta, que niega con la cabeza.

—Me dijeron que con la edad te habías vuelto más compasivo, Leandro. Pero mira lo que has hecho.

A poca distancia del cuerpo sin vida del cura, Basilio Abeyta encuentra las dos pistolas del capitán. Toma una con delicadeza. La

examina con cautela. Luego, agarra la segunda. No duda en guardarse ambas armas en el cinturón, levantándose para ello la túnica negra que, como buen sobretodo igualatorio, esconde las prendas corrientes de los miembros de la Hermandad. Mientras tanto, Leandro Cuervo saca fuerzas de flaqueza para gatear por los escaloncitos que separan el altar del resto de la sala. Una vez los ha subido, traga saliva y pregunta:

—¿Mataste a esos niños?

—¿A qué niños? —se interesa Abeyta.

—A los hijos de la Mujer Búho.

La pregunta sorprende al de la barba canosa, que alza las cejas por un instante, fascinado.

—Así que Hayesa sigue con vida… —murmura—. Esa mujer…

—¿Los mataste?

—Yo no maté a nadie, capitán. Ya no tengo ese poder —alega el tipo—. Esa india loca ahogó a sus hijitos en el río.

—Intentaba ponerlos a salvo —insiste Cuervo—. Basilio, los ataste a una cruz.

Ante la acusación de Leandro, el Penitente da unos pasos decididos hacia el altar. Mientras lo hace, exclama con voz grave y profunda:

—¡Cuán dichoso es el hombre a quien Dios corrige! No menosprecies la disciplina del Todopoderoso.

Retrocede de nuevo Leandro, y serpentea entre los santos de madera que hay desperdigados a ambos lados del sagrario. Va dejando tras de sí un reguero de sangre.

—Y qué hay de los muertos de Atrisco.

—¿A qué se refiere? —repite Abeyta, más sorprendido que esquivo —. Dios quiso que nuestro secretario, el señor Tiburcio Vigil, pagara con la muerte sus pecados. No soportó el peso de la cruz.

—¿Eso pretendías hacer con Álvaro Pino? ¿Dejarle morir ahí arriba?

—El chico necesitaba expiar la culpa, Leandro —responde Basilio Abeyta, harto del interrogatorio—. Reconoce en tu corazón que, así como un padre disciplina a su hijo, también el Señor tu Dios te disciplina a ti.

—¿Cuáles eran sus pecados? —pregunta Cuervo, dolorido. Al ver que el otro no se inmuta, insiste—: ¡Basilio! ¿Cuáles eran sus pecados?

Con un par de zancadas, Basilio Abeyta se planta en el lugar en que se encuentra Leandro Cuervo, y coge a este de la pechera.

—Fue Álvaro Pino el que acudió a Cadalso dispuesto a entregar a sus hermanas —escupe al fin—. ¡Si las chicas obtuvieron el perdón en la cruz fue porque su hermano decidió salvarlas!

—Aquella noche —dice Cuervo—. En las fiestas de la patrona.

—Las muchachas estaban por mancillar su alma, capitán. Y no era

la primera vez.

—Conocían bien a Cadalso. Las dos. Ni siquiera hizo falta convencerlas —sentencia el capitán—. Confiaron en él.

—Pues claro que confiaron.

La calma con la que Basilio reconoce el crimen sobrecoge al capitán Cuervo, que asiente mientras hilvana en su mente los hechos y reconstruye el proceder perverso del pequeño grupo.

—Ese cura cabrón te las llevó después como el pastor que conduce a una fiera al matadero —adivina Leandro. Después escupe su propia sangre, y clava las pupilas en las del Penitente—. Eran dos chamaquitas inocentes.

—¿Eso cree? ¿De verdad? —se burla Abeyta, y suelta con desprecio la camisa del capitán, toda mojada con la sangre que mana de su costado. Luego deambula por el altar del santuario mientras niega con la cabeza—. Ya sé que a usted le valen madre los pecados de la carne. Molicie. Sodomía. Conozco bien su pasado. Pero la lujuria es un vicio capital muy grave, Leandro. Elimina la razón. Es egoísta. La pura satisfacción de un deseo personal y no colectivo. Una muestra de odio al Señor, porque malgasta la energía que debe encaminarse a su adoración.

—Venático cabrón —susurra Cuervo, y hace un esfuerzo por sacarse del costado el cuchillo que le ha clavado el sacerdote. Imposible. Demasiado profundo.

—Por desgracia, el chico sentenció su alma al delatar a sus dos hermanas a espaldas de su propio padre —concluye Abeyta, cabizbajo, y se santigua a toda velocidad—. Un pecado justo y piadoso, pero un pecado, al fin y al cabo.

Con tan solo observar a Basilio Abeyta, el capitán Leandro Cuervo comprende el poder que ejerce su viejo amigo sobre aquellos que lo rodean. La voz grave. Los gestos vehementes. La teatralización de todos y cada uno de sus movimientos. Envuelto en su sayo, y a la luz de las velas, Basilio parece un mesías. ¿Cómo no caer bajo la influencia de alguien así en un terreno tan remoto, supersticioso y carente de esperanza como el norte de Nuevo México?

—Envenenasteis su mente —dice al fin el de Arizpe—. Llenasteis de patrañas los oídos del muchacho. Lo condenasteis.

Entra en cólera el Penitente, que señala al militar mientras tiembla de pura rabia.

—¡Te equivocas, Cuervo! —responde, furibundo—. Eres tú el que lo ha condenado al detener la indulgencia plenaria.

Suelta una risotada amarga el capitán Cuervo. La sangre le mana de entre los dientes. Luego, carraspea un segundo, y añade:

—Me valen madre tus historias. El chico cantará tan pronto puedan interrogarlo en Santa Fe. Irás preso, Basilio. Y te darán garrote por

matar a esas dos chamaquitas.

Baja el dedo acusador Abeyta al tiempo que niega con la cabeza.

—Tú irás al infierno.

—¡A la chingada con el infierno, pues claro que iré al infierno! —exclama Leandro, y tose durante un buen rato—. Y tú también. ¿Que acaso no recuerdas la masacre de Chelly?

Tan solo las botas del capitán, resbaladizas al contacto con la sangre, interrumpen el silencio insoportable que se apodera del pequeño templo. En su agonía, Leandro es capaz de verse en lo alto del terreno escarpado, frente a la roca de la Abuela Araña. Han pasado dieciséis años y aún recuerda los gritos. El llanto de las madres, de los padres, de los hijos e hijas del pueblo navajo.

—Yo recibí la indulgencia de Dios, Cuervo —dice al fin el Penitente—. La muerte de esos herejes solo pesa sobre tu alma.

—Estás loco, Basilio —murmura el capitán—. La religión que has creado muere hoy mismo.

Por un instante, el sonorense siente cómo se le vencen las piernas. No es capaz de moverlas. Se le adormecen también los brazos. Hasta los párpados le pesan. *Ha llegado mi hora,* se dice, y deja caer su peso sobre la pata de la mesa que hay en medio del altar.

—¿La religión que he creado? —sonríe Basilio Abeyta, muy seguro de sí mismo—. Yo no he creado nada, capitán. Si yo caigo, los Penitentes prevalecerán. Nuestro Hermano Mayor cuida de nosotros.

Apenas un hilito de voz ininteligible sale ahora de los labios de Leandro Cuervo. Durante un largo rato, y a medida que su cuerpo se consume en la penumbra del sitio, el sonorense contempla cómo Abeyta se lleva de allí el cuerpo de Antonio Cadalso. Enciende después un quinqué, que coloca en el alféizar exterior de la ventana, a cuya luz prepara las alforjas de un caballo pinto, guarda en ellas las dos pistolas del capitán y regresa al interior del santuario por ver si el de Sonora sigue con vida.

Apenas respira.

—Desde el mediodía y hasta las tres de la tarde hubo tinieblas sobre toda la tierra —susurra el Penitente, a modo de despedida—. Si no le importa, le tomo prestado el sombrero, Cuervo. Siempre me gustó.

Luego gira sobre sí mismo, solemne, y se dispone a abandonar el lugar.

Desde su posición, y encuadrada en el marco de la puerta, Leandro es capaz de ver la silueta saliente del que fuera su compañero hace más de quince años atrás. El asesino de Galisteo. Destacado miembro de la cofradía que está detrás de los crímenes de Río Grande. Una vez más, en Nuevo México, el desierto más remoto de cuantos habitan los colonos de las Américas, la infamia es capaz de salirse con la suya.

Nada cambia en el lugar del mundo del que prometió irse para siempre. Tierra de muertos, misal y rosario. Polvo y arena.

El disparo suena tajante, categórico como un punto y final. Tan solemne y preciso que Cuervo no puede más que abrir los ojos y preguntarse si es esa la salva que anuncia su llegada al más allá. Nada más lejos de la realidad. Frente a él se desploma el señor Basilio Abeyta. Cae al suelo como un saco de patatas, despatarrado, provocando un estruendo animal. *Está muerto,* piensa el capitán. *¿Qué carajo?*

—¿Leandro? — inquiere alguien desde el exterior del pequeño templo.

Una figura renqueante aparece de pronto en el santuario de Chimayó. Camisa ajada, hombro ensangrentado y pistola en la mano buena. Va medio cojo, observa Cuervo, y no es para menos. El que entra lleva una hora dando vueltas, arrastrándose por los cañones, buscando bajo el naranja del ocaso pistas capaces de conducirlo hasta su compañero. Es un tipo larguirucho, imberbe, chapetón, liberal, un poco fifí, de los que dan pura rabia.

—¿Juan?

—No se mueva, capitán —murmura Orviz, y se apresura a cubrir con su camisa la hemorragia del de Arizpe—. Nos vamos de aquí.

36

El 30 de septiembre de 1821 —cinco meses después del tiroteo en Chimayó— el buque Constitución está fondeado frente al puerto de Soto la Marina, antigua provincia de Nuevo Santander. La fragata, de cuarenta cañones, fue conocida durante años como Santa Sabrina, pero los liberales de Cádiz, Valencia y Oviedo tuvieron a bien cambiarle el nombre a tenor de los nuevos tiempos. La manda el mismísimo Luis de Siscart, barcelonés que llegó a América con la Compañía de Voluntarios de Cataluña, treinta años atrás. Como segundo de a bordo, Siscart lleva a un tipo de la Florida, Alejandro Fandiño, marino experimentado y descendiente de una familia de larga tradición militar. El resto de la tripulación la componen una docena de soldados lisiados, otros doce con mejor aspecto, nueve artilleros, un ingeniero, un cirujano, la mujer del cirujano, un carpintero, un matrimonio formado por cocinero y cocinera, la viuda de un teniente ajusticiado y dos hermanos criollos que van para Sevilla a cobrar una herencia del padre.

Frente a la única taberna que tiene el pequeño puerto, Francisca Rivera, esposa del propietario, se esmera en servir vasitos de vino a los hombres que acaban de subir seis baúles y un par de cabras a bordo del viejo buque.

—¡A este invita la casa! —exclama—. ¡Pero el próximo lo paga usted, español! A su lado, el tal Fandiño repasa los albaranes de armamento, munición, provisiones y bienes materiales con los que cuenta la fragata antes de iniciar su viaje a través del océano. Más allá de las vituallas básicas, llaman la atención un telescopio reflector, una estufa doméstica, varios anafes de barro y un par de guitarrones enormes, de los que usan en Jalisco para acompañar el fandango.

—¿El señor Antonio Fandiño? —le interrumpe una voz al cabo de un rato.

—El que suscribe —responde el de la Florida, algo extrañado al ver ante él a un tipo malamente uniformado: camisa remangada, sombrero harapiento y pantalón a medio remendar.

—Me envía el teniente Salmerón, del presidio de La Bahía…

—¿Es usted el asturiano? —le corta Fandiño—. ¿El soldado que estuvo sirviendo en El Paso?

—Sí, señor —responde Juan Orviz, escueto. No hay por qué

contarle al oficial su incursión en territorio neomexicano. Tampoco es momento de mencionar sus meses de servicio en Santa Fe, Galisteo, Las Trampas y el remoto curso de Río Grande—. ¿Son la tropa de San Carlos de Perote?

—Lo que queda de ella —se lamenta el tipo, y señala con resignación al grupo de hombres que trabaja en el muelle de carga.

Según tiene entendido el bachiller Orviz, la fortaleza de San Carlos de Perote, cerca de Veracruz, fue sitiada y hostigada por los insurgentes mexicanos hasta hace unas pocas semanas. Hoy pertenece ya a los hombres de Antonio López de Santa Anna, un traidor al ejército realista que se autoproclamó líder de la independencia en el territorio de Tamaulipas.

Apenas lee el oficial la carta que le entrega el asturiano. Los documentos parecen estar en regla, y tiene órdenes expresas de aceptar a bordo a cualquier soldado español que lleve más de dos meses buscando el modo de regresar a su tierra.

—¿Viajamos solos?

—Nos escolta un bergantín. El Neptuno —responde el oficial—. Nos encontraremos con él la semana que viene, en el delta del Río Bravo.

—¿Río Bravo?

—Río Grande, si quiere, que es como le dicen los norteños de más allá de Chihuahua.

Permanece muy quieto el de Cangas de Onís, sopesando su siguiente pregunta. Finalmente sonríe, asiente y se limita a decir:

—Muchas gracias.

—¿Sus pertenencias? —inquiere ahora Fandiño.

—Este baúl. Nada más.

—Bien. Pues déjelas aquí mismo, Orviz —espeta el hombre, y estrecha la mano del bachiller—. Bienvenido a bordo.

Luego firman un par de contratos, celebran juntos el buen tiempo y se dan citan en el mismo sitio, al alba, dispuestos a afrontar la primera jornada en su viaje de regreso a casa.

Tras su diálogo con el señor Fandiño, Juan Orviz pasea por una playa cuya arena descubre la marea baja. Allí esquiva las ocho libras de mecha y los veinte sacos de pólvora que cargan en ese instante los marineros, uno tras otro y a paso ligero, no vayan a cambiar de opinión los mexicanos que han tenido a bien brindarles una vía de escape. También hay piezas de recambio. Cureñas, carros de madera, bayonetas. Treinta piedras de chista para fusil. Otras veinte para pistola. El olor del mar se mezcla en la costa con el de la brea, recién utilizada en las maderas del barco.

Al fondo de la playita, y siguiendo la línea de rocas que marca el litoral, se alza una humilde posada. Siete habitaciones, no más. Todas ellas repletas en estos días de trasiego. En la puerta de la posada, y a

medida que sube las escaleras del sitio, Juan Orviz apura el cigarro brasileño, importado gracias al comercio británico. El bachiller ha empezado a fumar hace poco —hará cosa de cinco semanas, por sugerencia de Leandro Cuervo—, y le está cogiendo el gusto al sabor pesado que deja el tabaco.

Hablando del capitán, nada más abre Orviz la puerta de su pequeña alcoba, se topa con el sonorense, que observa la inmensidad oceánica desde el único balconcito de que dispone la habitación.

—Leandro.

—Juan —le saluda el capitán—. ¿Habló ya con ese Fandiño?

—Así es —responde Orviz—. Está todo arreglado.

—¿Y bien?

—Mañana. Al alba.

Asiente Cuervo, que va vestido de paisano: camisa de lino, pantalón y sombrero de ala ancha. Si bien está fascinado con el paisaje que ofrece el océano, no soporta la humedad que trae a esa hora la brisa fresca del mar.

—¿Quiere cenar algo? —pregunta Juan Orviz.

Se encoge de hombros el de Sonora.

—Una noche más comiendo cangrejos, gachupín, y empezarán a salirme patas —se queja el capitán—. Pero sí, qué remedio.

Como cada tarde desde hace casi una semana, el asturiano Juan Orviz y el capitán Leandro Cuervo le piden a Francisca Rivera media docena de cangrejos azules que, tras ser cocinados, se convierten en jaibas rojas. Son crustáceos de regusto salado, a los que acaba por dar sabor una salsa compuesta de chile, jalapeño y jitomate que los pescadores de la zona conocen como salsa veracruzana. Una botella de vino blanco ameniza esta noche la velada.

—Joder —suelta Juan Orviz, y le mete un buen trago al vino con la intención de reducir el picor.

—Sí —responde Cuervo—. Hoy están bien cabrones.

Durante un largo rato ninguno dice nada. A medida que el sol se pone, los dos amigos se limitan a chupar las jaibas y a dar buena cuenta del vino mientras observan cómo los marineros ponen a punto la fragata. Frente a ellos, y a levante del muelle, se alza el viejo navío. La jarcia incompleta aún, aunque poco le queda para estar preparada.

—Tan picantes me recuerdan a los que probamos en San Elizario —dice de nuevo el capitán.

A lo largo de todo el verano, Leandro Cuervo no ha cejado en su empeño de acompañar a Juan Orviz por su periplo a través de las provincias internas de oriente. Pese a ser la primera vez que pone un pie tan al sur. A pesar también de la ciática, de los achaques y de la herida puñetera que aún conserva en las costillas y que, tal vez por falta de reposo, nunca termina de cerrar.

—Gracias —suelta de pronto el asturiano con la mirada perdida en el horizonte.

El sonorense mira de reojo al chapetón, con media sonrisa dibujada en el rostro.

—No hay de qué —responde, entendiendo bien a lo que se refiere Juan Orviz, pero queriendo obviar el comentario—. Ayer pagó usted.

Al cabo de un rato, un mozo desciende de una barcaza junto al pequeño río que desemboca en la misma playa. Trae dos cajas repletas de aguardiente, a sabiendas de que la soldadesca querrá mojar el gaznate en su última noche en tierras americanas. Demasiadas batallas que olvidar. Muchos amigos quedaron atrás. Aprovecha la oportunidad el capitán Cuervo, y le compra una botella al muchacho. Paga con moneda de plata; el rostro del rey Fernando apenas es visible sobre la superficie desgastada de la pieza. Buena parte de los trescientos pesos que cobró el de Sonora de las arcas del diputado Pedro Pino se han ido ya en alojamiento, vino, tabaco y alquiler de monturas a lo largo del Camino Real de Tierra Adentro. Descorcha el frasco el capitán. Le mete un lingotazo y le pasa el bote al asturiano.

—¿Ha pensado ya si volverá a Santa Fe? —pregunta Juan Orviz una vez le ha dado un trago.

—De momento me regreso a El Paso —responde Leandro con la mirada fija en la arena—. Mi hermana Adela se quedó con mi rancho de allá, y no quiero sorpresas.

—Prometió que lo iba a cuidar —le interrumpe Orviz.

—Ya… Pues no me fío un pelo de esa mitotera —ríe con sorna el capitán, muy seguro de lo que dice—. Capaz es de venderle el sitio a un gringo y darse a la fuga con las ganancias. Más vale que me vuelva pronto.

—¿Y luego?

—Luego Dios dirá, gachupín.

El crucifijo de plata que Leandro Cuervo lleva colgado del cuello remueve al bachiller por dentro. Las dudas en torno al crimen de Galisteo no han dejado de asediarlo desde el día en que abandonaran la capital de Nuevo México. Si bien es cierto que los difuntos Antonio Cadalso y Basilio Abeyta resultaron culpables del asesinato de Dolores y Carlota Pino, son varios los cabos sueltos que el bachiller cree estar dejando atrás, olvidados en lo alto de las montañas de la Sangre de Cristo. Tal vez queden aún pistas a la sombra de un cañón, piensa cada mañana. Secretos bien escondidos en las profundidades de una vieja *kiva,* aguardando a ser descubiertos.

Lo cierto es que durante más de un mes, y muy a pesar de sus heridas, Cuervo y Orviz se afanaron en dar con el Hermano Mayor. El supuesto líder de los Penitentes; no obstante, resultó ser poco más que una quimera. Uno tras otro, los miembros de la cofradía que fueron

interrogados en las remotas aldeas del norte del territorio negaron la existencia de un maestro, un caudillo o un prelado capaz de responder por los actos de sus adláteres.

El testimonio de Álvaro Pino no arrojó más luz acerca de dicho enigma. *«Siempre pensé que el padre Cadalso era nuestro Hermano Mayor»,* llegó a decir la mañana del 14 de mayo, tras el hallazgo en Abiquiú de la última de sus moradas.

A partir de entonces, los miedos y supersticiones volvieron a colmar de habladurías los caminos de la provincia. Los rancheros que habitan entre la capital y los pueblitos de Río Grande sostienen aún que el Hermano Mayor está estrechamente relacionado con la Llorona. En los mentideros, las mujeres cuchichean y se santiguan entre rezos asustados. Algunas culpan a don Anselmo, un contrabandista al servicio de los gringos, de estar detrás de los Penitentes. De cuando en cuando algún mozo bravucón alza la voz para señalar al mismísimo gobernador Melgares. Esta teoría, dicho sea de paso, llegó a convencer al bachiller Juan Orviz, que quiso ver en el mandatario a la única persona de la provincia con capacidad de hacer y deshacer a su antojo. Cuervo, por su parte, nunca lo tuvo claro. Tan solo la actitud esquiva de doña Manuela Estrada, la madre de las dos chamaquitas, le hizo sospechar durante algunos días. Su estrecha relación con Cadalso. El extraño vínculo con su hijo. La insistencia en los negocios ilícitos de su marido, que mantuvo distraídos a Orviz y a Cuervo hasta bien entrado el invierno.

Al llegar el mes de junio, no obstante, y tras reconocer varios cofrades que el resto de víctimas había muerto por heridas autoinfligidas, el diputado Pedro Pino solicitó que el caso quedase sellado. *«Necesitamos sanar en paz nuestras heridas. Es por eso que solicito a la tropa presidial que deje de hostigar a mi familia».*

—Prometo estar alerta —dice el capitán al adivinar de nuevo la inconformidad en el rostro lampiño del bachiller.

—Al llegar a Madrid investigaré a ese malagueño —sentencia Juan Orviz, y le da otro tiento a la botella—. Al seminarista.

—Si usted lo dice, gachupín…

El único hilo del que Orviz ha sido capaz de tirar es tan remoto que Cuervo no puede más que echarse a reír cuando su amigo lo menciona. Al parecer, cuarenta años atrás, tras la prohibición de las prácticas flagelantes por parte del rey Carlos III, un estudiante de la Tercera Orden de San Francisco habría llegado a Nuevo México con la intención de reestablecer su culto lejos del veto regio.

—¿Le gusta este aguardiente? —pregunta Leandro al rato, cambiando el tono de la conversación.

—No está mal —responde Juan Orviz.

—Intenté comprarle una botella de pulque en Monclova. Para que

tuviese algo que tomar durante el viaje, ya sabe.

—¿Y qué pasó?

Se encoge de hombros el capitán, circunspecto.

—Me la bebí.

La noche que sigue es cálida y sofocante, pero los dos amigos la pasan tomando licor y riendo de esto y de lo otro. De vez en cuando, Cuervo no puede evitar pensar en el gachupín como el traidor que, tal y como le confesó el gobernador Melgares, intentó matar al rey de España durante la famosa conspiración del Triángulo. Orviz, por su parte, sabe que el capitán oculta un pasado siniestro, renegrido. Una vida repleta de muerte y violencia. Por supuesto, a ninguno de los dos hombres se le ocurre mencionar los fantasmas del otro durante su última velada en las playas de Tamaulipas. Todo lo contrario. Bromean. Intercambian anécdotas. Se hacen falsas promesas acerca de la frecuencia con la que planean cartearse en los años venideros. Llegado el momento, incluso, el alcohol y la luna llena les hacen imaginar la posibilidad de volver a coincidir en algún lugar de este mundo.

—Venga a verme a mi rancho —murmura Leandro Cuervo, y se tumba en el suelo con una curda de escándalo. Luego, coloca el sombrero de tal manera que el ala ancha le tapa media cara—. Venga con su mujer y sus hijos, si es que algún día los tiene, gachupín. No se olvide del capitán.

Al despuntar el día, Juan Orviz despierta solo, muerto de frío y con un tremendo dolor de cabeza. A pesar de todo, se pone en pie de un brinco y comprueba el ajetreo que hay en torno al modesto puerto de Soto la Marina. No tarda en recorrer el litoral y preguntar por el capitán a las puertas de la taberna. La esposa del tabernero, Francisca Rivera, le dice que Cuervo salió hace un buen rato con el convoy de mercaderes que puso rumbo al presidio de Monterrey.

Una campana da el aviso a los marineros. Apenas tiene tiempo de mirar atrás el español. Algo adormecido aún, sigue a la turba hasta llegar al muelle, saluda a un par de soldados y se sube a uno de los esquifes que tiene como misión llevar a la tropa hasta la fragata Constitución.

—¿No es usted el asturiano? —dice el cirujano nada más verlo—. ¿El liberal que anduvo por las tierras del norte persiguiendo a la Llorona?

—El mismo —responde el bachiller.

Ya a bordo del buque, y a través del ojo de buey que tiene su camarote, compartido con cuatro artilleros, Juan Orviz es testigo del solemne acto que tiene lugar en el puerto. Al ritmo marcial que marca

un tambor, seis soldados insurgentes se dirigen al mástil en que, hasta hace un momento, permanecía izada la bandera española. Acto seguido, y haciendo uso de driza y polea, enarbolan la bandera del Imperio mexicano. Una enseña de tres colores. Desde el asta: verde, blanca y roja. Sobre la franja blanca, alcanza a ver Orviz, alguien ha cosido un escudo en el que destacan un águila coronada y una ramita de nopal.

El intercambio lleva al asturiano a pensar en el periodista Nicolás Martí, de Cuernavaca, que se vio obligado a huir hacia Chihuahua con la intención de evitar represalias de la tropa presidial. Su implicación en el frente independentista a punto estuvo de causarle una muerte cruel, por garrote; un destino fatal. Por suerte, tres meses más tarde, y a su paso por la localidad, Orviz tuvo la oportunidad de comprobar que seguía con vida. Ante el recuerdo del tipo, abre su baúl el bachiller. Después rebusca entre sus cosas con la intención de hallar el regalo que le hizo Martí a las puertas de la única imprenta que había en toda la ciudad.

Lo encuentra al fin. Se trata de un librito fino, intonso, con encuadernación en rústica y cubierta muy modesta sobre la que va serigrafiado el título de la novela.

«Los muertos de Río Grande».

Asiente el asturiano, caviloso. Mientras pasa las páginas del ejemplar, recuerda el asalto de la banda del Peludo, su llegada a Santa Fe y la entrevista con don Anselmo Pino. No puede evitar pensar en los hermanos Losada, injustamente ajusticiados en la plaza Mayor de la capital provincial. Evoca también su reunión con los tramperos de la Compañía de Piel de Misuri, en lo alto del paso del Ratón, y su peregrinaje por los valles de Atrisco. La refriega en Laguna. Su encuentro con la Mujer Búho. El rancho de Basilio Abeyta y la morada oculta en la *kiva* de Isleta. Se lleva una mano al hombro cuando rememora el tiroteo de Chimayó. Llevará por siempre la cicatriz. Luego vuelve a guardar el tomo en su arcón de madera pringada con brea de Longás. Sube a cubierta, llena los pulmones con el aire fresco de la mañana y deja caer el peso de su cuerpo sobre la balaustrada que forma la amura de estribor. Mientras lía un cigarro con su tabaco de importación, observa la inmensidad del océano. A medida que la fragata pone rumbo norte, las aguas del golfo de México reflejan una luz cegadora. Destellos cristalinos que fijan la ruta y señalan al alba el destino último de la nao. Juan Orviz piensa entonces en María. En su madre. En su hermana Elena. Una vez más, vuelve a pensar en María, y hace un esfuerzo por imaginar el modo en que le contará a su prometida todo lo que deja atrás. Sonríe al cabo de un rato, y le da



una calada al cigarro. *«Las cosas, una a una, gachupín».*

Notas del autor

Los muertos de Río Grande es una novela que nace del choque irremediable entre una pulsión propia y una fascinación que arrastro desde hace años.

La pulsión no es otra que escribir un *thriller*. Un *whodunit* al estilo de Agatha Christie o Dashiell Hammett —con toda la humildad del mundo, por supuesto— protagonizado por héroes crepusculares, oscuros, complejos. Los héroes más divertidos, si me preguntan. La fascinación —por no llamarla obsesión— es hacia una de las regiones más remotas y olvidadas del continente americano. Nuevo México. Un territorio árido, montañoso y repleto de leyendas que cuenta, sin embargo, con un legado histórico único en el mundo.

Tras un primer proceso de documentación, que duró cerca de cuatro meses, vi que ambas piezas tenían mimbres más que suficientes para sostener un relato digno. Así pues, en agosto de 2022 —nada más regresar de un apasionante rodaje como documentalista en Livingstone (Zambia)— saqué mi libreta, dibujé un pequeño esquema y me puse manos a la obra. Casi dos años después, como acostumbro a hacer, y una vez enviado el texto final al editor, procedo a desbaratar el puzle con la intención de explicar —y comprender yo mismo— algunos entresijos del relato. ¿Cómo era la vida al norte de El Paso? ¿Existió la familia Pino? ¿Quiénes eran los Penitentes?

Empecemos por el principio. Tal y como dice el *New Mexico Road & Recreation Atlas,* de National Geographic, *«en Nuevo, México, antes que todo lo demás, estaba el río».* Es una buena forma de explicarlo. Río Grande —conocido como Río Bravo en México— es en realidad el responsable de que, desde hace miles de años, esta región de Norteamérica haya estado habitada por un sinfín de tribus nativas: desde los anasazi a los navajo, pasando por los hopi, los chiricahua o los pueblo. Estos últimos, que son en realidad una amalgama de distintas culturas, recibieron su nombre de los primeros colonos españoles por vivir en asentamientos permanentes de adobe, «pueblos». A diferencia de otras culturas nómadas —como los apaches o los comanches, mucho más belicosos—, estas comunidades nativas no tardaron en abandonar sus viejas *kivas* para adoptar religión y costumbres de los nuevos pobladores. Así pues, y una vez superado el levantamiento indígena de 1680, los pueblo formaron con los españoles una alianza próspera y duradera, en la que el mestizaje

acabó conformando la cultura híbrida de la que aún hoy presume el territorio. En *History of Arizona and New Mexico,* de Hubert Howe Bancroft, que tuve la suerte de comprar en la tienda de un motel de Page (Arizona), se explica extraordinariamente bien cómo está en la unión de lo nativo y lo hispano, *«y más concretamente en el cauce del Río Grande»,* el germen de lo que hoy llamamos Oeste americano.

¿Pero por qué elegir un marco así para un relato de este tipo? ¿Qué diferencia esta zona de América de otras tantas que quedaron bajo influjo español a lo largo del siglo XVI? Sin duda alguna, el aislamiento. Lo que hacía realmente atractiva a esta región desde el punto de vista literario era su ubicación remota, casi perdida. El recogimiento de Nuevo México, al que se enfrentan página tras página los personajes de la novela, marcó durante siglos a los hombres y mujeres que vivieron en el Septentrión novohispano. Tal vez por eso, una vez asimiladas la geografía y la singularidad de la provincia, tocaba entender cómo era, a principios del siglo XIX, el día a día de las personas que la habitaban. Para ello fue vital leer las *Noticias históricas y estadísticas de la antigua provincia de Nuevo México,* del diputado Pedro Pino. El propio señor Pino, de Galisteo, que representó a la provincia en las Cortes de Cádiz de 1812, publicó ese mismo año una serie de escritos sobre su tierra. En ellos, el político describe el «Lejano Norte» como una tierra tan olvidada y empobrecida *«que a más de uno le costaría llegarla a imaginar».* Una región desconocida, bañada por la violencia, la inseguridad y las supersticiones. Quise complementar dicha información con la lectura de otra fuente directa. Me acabé decantando por *The Southwestern Journals,* del explorador y militar estadounidense Zebulon Pike, rehén del capitán Facundo Melgares allá por 1807. Más de lo mismo. Corrupción, pobreza, apatía. El horror. Cuando uno lee esos textos —y entiende mejor el nivel de abandono de la región— comprende que calaran allí cultos a medio camino entre las leyendas paganas, la liturgia cristiana y la invención popular. Por poner un ejemplo, en la localidad de Las Cruces, al sur del estado, hay aún un parque dedicado a la Llorona. En él se representa de forma habitual un teatrillo protagonizado por una mujer mexicana que amenaza con raptar a los más pequeños y arrastrarlos al fondo del río. La cofradía de los Hermanos Penitentes, de la que hablaré más adelante, debe su creación a este mismo contexto de alejamiento y desidia. Su idiosincrasia está ligada, claro, a la tradición católica que trajeron consigo los españoles, pero adapta mitos y costumbres propios de los nativos. He ahí el porqué de esta región fascinante, entre lo asfixiante y lo épico, para escribir un *thriller* histórico cargado de misterio.

Una vez predispuse el marco y aprendí a llenarlo de vida, tocaba escoger a los personajes principales. Desde el principio tuve muy claro

que la novela la protagonizarían un par de tipos contrapuestos. Dos detectives ficticios, muy míos, pero cincelados a conciencia para que pudiesen pasar inadvertidos en un manuscrito repleto de espacios y sujetos reales.

Leandro Cuervo acabó siendo un antiguo miembro de las tropas presidiales; un cuerpo militar de frontera que perdura en el imaginario colectivo con la denominación de dragones de cuera. Estos soldados —en su mayoría mestizos, cuando no nativos— fueron gente forzosamente ruda, acostumbrada a recorrer enormes distancias en condiciones extremas. En el siglo XVIII y principios del XIX fueron los encargados de vigilar y asegurar los caminos del norte de Nueva España. Custodiaban pueblos, ranchos, haciendas y misiones. Por supuesto, dicha tarea iba acompañada de la puesta en marcha de acciones punitivas contra las naciones indias hostiles. En su haber hay un sinfín de heroicidades y tropelías, como cabe esperar de semejante tarea. En concreto, decidí que Leandro Cuervo fuese un soldado sonorense, habituado al desierto, a las inclemencias meteorológicas y a la vida hostil de la frontera norte. Quise también que los fantasmas de su pasado cobrasen especial importancia a partir del evento real sucedido quince años antes del arranque de la novela. En enero de 1805, una patrulla de tropas presidiales liderada por el capitán Antonio Narbona infligió un castigo inmisericorde a los navajo que se refugiaban en el famoso cañón de Chelly. Allí, más de cien de estos nativos fueron asesinados en respuesta a sus ataques contra la localidad de Cebolleta. Que Leandro Cuervo hubiese tenido parte de culpa en semejante acto de guerra deshumanizaba al personaje lo suficiente como para servir de contraparte al honrado e idealista Juan Orviz. El bachiller es un liberal estudioso y distinguido. Un constitucionalista convencido, de los que en rara ocasión pone en tela de juicio sus creencias más profundas. Ni tan siquiera ese pasado intrigante, como miembro del servicio secreto, le es de utilidad en el desierto neomexicano. Capítulo tras capítulo, el chapetón es un pez fuera del agua, por más que intenta pasar inadvertido. Tal y como me dijo a mí un tipo de Monterrey mientras rodábamos en Ciudad de México una campaña publicitaria y yo me las quise dar de «chilango»: *«No te equivoques, que no pasas por mexicano; te ves bien fresa…, bien europeo».* Pues eso.

Sobre la independencia de México y cómo esta afectó a la frontera norte, consulté varias publicaciones. La más esclarecedora resultó ser *La insurgencia en las Provincias Internas de Occidente,* de Jaime Olveda (Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM). Además de hablar de los bandazos del gobernador Melgares con respecto a la propia guerra, el autor se centra en un elemento clave:

> «Al retirar el comandante general a la mayoría de soldados del norte para perseguir a los insurgentes armados del sur, se descuidó la vigilancia de la frontera. Es por eso que a partir de la independencia el sistema de presidios comenzó a resquebrajarse».

En más de una ocasión habréis notado que me refiero a las ciudades y localidades neomexicanas como «presidios». Por supuesto, dicho término no es equivalente de «cárcel». O no lo era, al menos, en 1820. Los presidios fueron —junto con las misiones— la base de la presencia española en América entre los siglos XVI y XIX. En esencia, eran fortificaciones militares que contenían una población de soldados-colonos que vivían allí con sus familias. Estos puestos fronterizos formaban una línea defensiva que iba desde el océano Pacífico hasta el Atlántico. De su buen funcionamiento dependían la seguridad, la prosperidad y la estabilidad de regiones como Sonora, California, Texas o Nuevo México.

Una vez que los presidios empezaron a caer y a ser abandonados (en torno a 1820, año en que arranca la novela), la inseguridad se apoderó —aún más, si cabe— de los hostiles caminos del norte. Los pueblos nómadas que habían firmado tratados de paz comenzaron a sublevarse. Las incursiones de filibusteros y comerciantes estadounidenses se multiplicaron. En 1821, de hecho, se inauguró oficialmente la ruta de Santa Fe, como ya sabrán los lectores de *Senderos salvajes,* mi primera novela —confío en que hayáis disfrutado de los «cameos» de Joaquín Lisa y compañía—. Aumentaron los robos, creció la cifra de homicidios y se perdió toda esperanza de establecer en la provincia un tribunal capaz de impartir justicia.

En ese contexto de amenazas constantes quise situar los crímenes de Galisteo. El doble asesinato que da pie a la trama principal de la novela está basado, de hecho, en la muerte de varias personas para quienes ya no hay reparación posible. Si los Penitentes estuvieron detrás de ellas o no, nunca lo sabremos. Según la prestigiosa revista *The New Mexico Historical Review,* publicada por la Historical Society of New Mexico, son varias las personas que murieron a causa de las prácticas *«barbáricas»* llevadas a cabo por los Hermanos Penitentes en sus primeros años de historia. En 1885 el obispo Jacob Miles Ashley, protestante, llegó a testificar acerca de la muerte de dos de sus miembros: *«Uno de ellos murió abandonado en lo alto de la cruz, y el otro fue aplastado y pisoteado por sus compañeros cofrades».* Unos años antes el reverendo Alex M. Darley los describió como *«una sociedad secreta, siniestra y perversa».* Es este Darley el mismo que informa sobre dos mujeres desnudas —presumiblemente pecadoras— que fueron sometidas a la flagelación con cactus y maderos ante los sacerdotes de la hermandad. En 1850 hubo quien afirmó que dichas declaraciones no eran más que propaganda anglosajona; no olvidemos que la

pujanza por el territorio de Río Grande entre México y Estados Unidos estaba en su punto álgido a mediados del siglo XIX. Sin embargo, la realidad es que los Penitentes ejercieron durante años una violencia atroz contra sus miembros —el obispo de Durango, católico, trató de prohibir sus ritos tras asistir a uno de ellos en 1833: *«Estos actos salvajes se vienen practicando ya desde bastantes años atrás, y han de ser parados cuanto antes».* Don Juan de Jesús Trujillo, pastor en Santa Cruz, y José Manuel Gallegos, sacerdote de Albuquerque —ambos católicos y mexicanos—, llevaron a cabo una campaña para acabar con la organización en 1845. *«Sus castigos corporales son contrarios a la Religión y a las normas de la Santa Iglesia»,* llegó a decir el primero. No tuvieron éxito, y aún se siguieron celebrando ritos de los Penitentes a lo largo de muchos años. En *My Penitente Land: Reflections on Spanish New Mexico,* de Fray Angélico Chávez, publicado en 1993, se hace un minucioso repaso a la cofradía desde sus orígenes —probablemente en torno a 1800— hasta el fin de sus ritos clandestinos, a principios del siglo XX.

Al margen de estos ensayos, si el eco de los Penitentes ha llegado hasta nuestros días ha sido gracias al arte. En octubre de 2018, mientras rodaba una entrevista para un reportaje sobre tablas de surf, tuve la oportunidad de ver expuesta una escultura conocida como *La Carreta de la Muerte* en el Fine Arts Museum de San Francisco. Por supuesto, no tenía la menor idea de que, seis años después, estaría escribiendo sobre la cofradía que puso de moda llevar en procesión a un esqueleto como complemento al autocastigo. Y es que, por macabro que hoy nos pueda parecer, los Penitentes alcanzaron su pico de popularidad a finales del siglo XIX. Pintores como Walter Ufer, Joseph Henry Sharp o William Penhallow Henderson, movidos por lo exótico de los ritos flagelantes, decidieron plasmar en sus lienzos los últimos coletazos de una cofradía que logró persistir —oculta durante décadas—en las montañas de la Sangre de Cristo. Sus moradas, por cierto, se pueden visitar aún en nuestros días, y es especialmente interesante la que se encuentra tras la iglesia de Santo Tomás de Gracia, en la localidad de Las Trampas.

No es el único sitio visitable de la novela. El palacio de los Gobernadores permanece en pie en la plaza Mayor de Santa Fe, así como el famoso rancho de las Golondrinas, cuyo molino, por cierto, sigue en perfecto funcionamiento. Junto a la iglesia de Guadalupe se encuentran hoy los cines Jean Cocteau, propiedad del escritor George R. R. Martin, insigne residente de la capital de Nuevo México. La taberna de Pedro el Santero es, desde 2011, el precioso Hotel Chimayó. Su nombre hace referencia, por supuesto, al punto de peregrinación católica más famoso del sudoeste de los Estados Unidos, el santuario de Chimayó, inaugurado en 1814 por Bernardo Abeyta,

uno de los primeros miembros de los Hermanos Penitentes.

En definitiva, esta novela no existiría sin el trabajo incansable de historiadores, arqueólogos y divulgadores que se han afanado en el último siglo en recuperar y transcribir buena parte de la cultura material y documental del estado de Río Grande. Mi reconocimiento más sincero a todos ellos. Una vez más, claro, espero haber estado a la altura que esta historia merece. Gracias, lector, por hacerla tuya hasta el final. Nos vemos en la próxima aventura.

Sinopsis



Año 1820. Nuevo México.
En la frontera más remota de la América Septentrional, a orillas del Río Grande, un misterioso asesinato aterroriza a la población de la comarca y pone en jaque a las autoridades españolas de Santa Fe de Nuevo México. Incapaz de resolver el entuerto, y ocupado en su lucha contra el movimiento independentista mexicano, el gobernador recurre a los servicios de Leandro Cuervo, un soldado veterano de las guerras comanches que oculta más de un secreto, y su ayudante, el bachiller Juan Orviz, recién llegado de España. Juntos colaborarán en la investigación de un misterioso enigma que los obligará a viajar de los ranchos de Atrisco a las montañas de la Sangre de Cristo, pasando por el peligroso cañón del Muerto.

Tras el éxito de sus dos anteriores novelas el escritor y cineasta Santiago Mazarro regresa a la Norteamérica hispana con un *thriller* histórico, visceral y repleto de misterios. Una historia vertiginosa que dibuja, con el rigor que caracteriza al autor, una frontera hipnótica en la que nada es lo que parece.

Biografía del autor

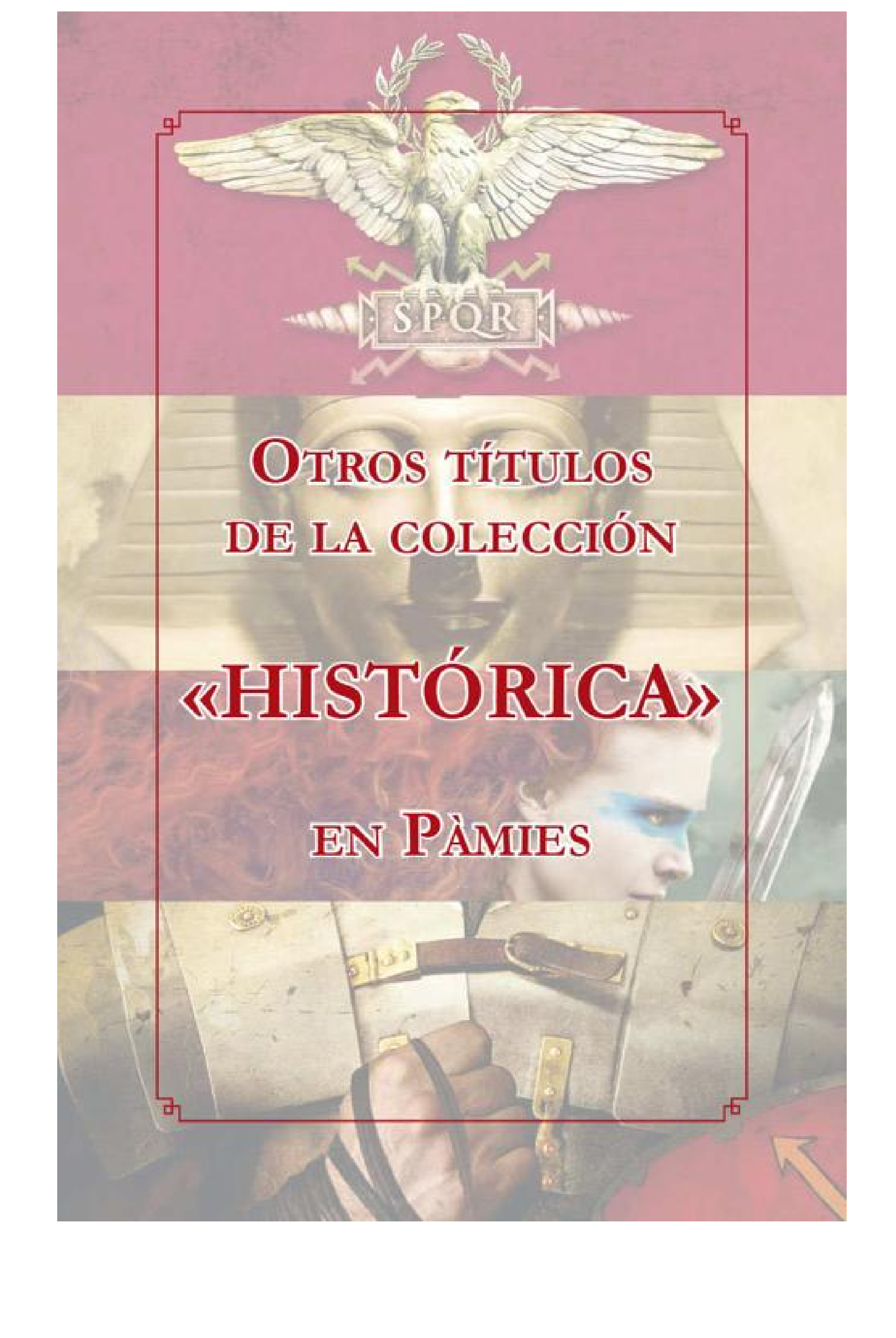
Santiago Mazarro



Nació en Madrid en 1992. Graduado en Periodismo y Comunicación Audiovisual, ha trabajado como director y guionista de cine documental, así como de campañas publicitarias en España, México o Estados Unidos. Con su primera novela, *Senderos salvajes*, fue ganador del Premio Hislibris a mejor autor novel y finalista del Certamen Internacional de Novela Histórica Ciudad de Úbeda. Con *El fuerte de la Florida* recibió el reconocimiento de la ciudad de Saint Augustine. En la actualidad, compagina la dirección de su productora audiovisual con la divulgación histórica y literaria.

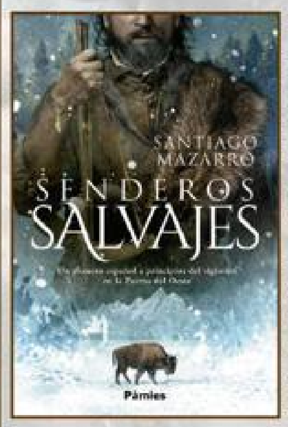
Los muertos de Río Grande es su tercera novela.

TW: @SantiMazarro
IG: santimazarro


SPQR
Otros títulos
de la colección
«HISTÓRICA»
en Pàmies

Senderos salvajes

Santiago Mazarro

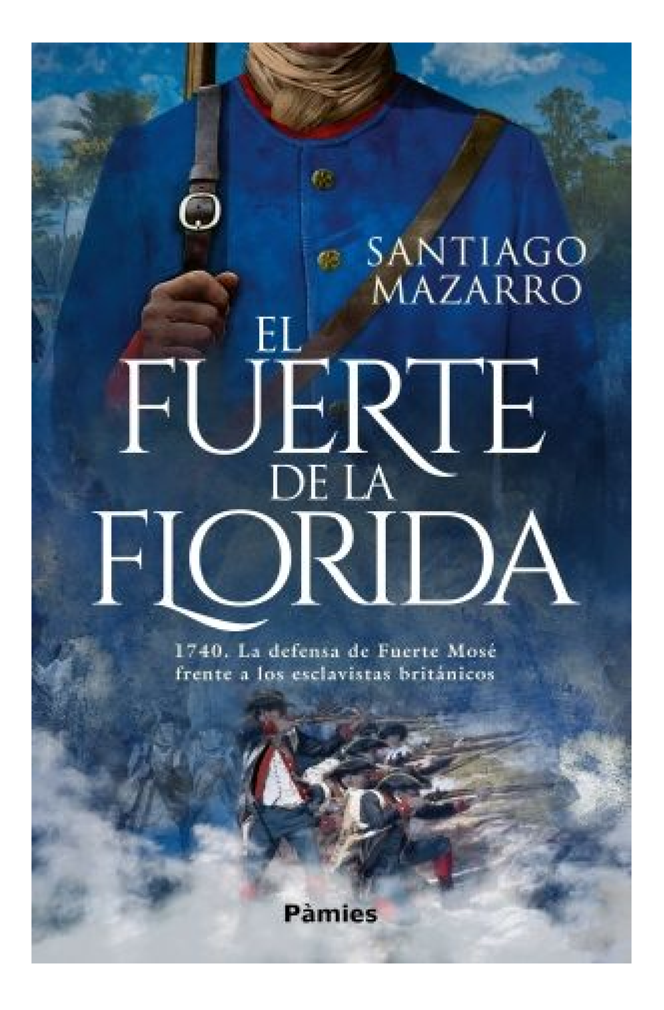


Principios del siglo XIX.

El Oeste de Norteamérica es un territorio salvaje e inexplorado. Un lugar repleto de bosques vírgenes, llanuras inmensas y tribus nativas dispuestas a defenderse de los ataques del hombre blanco.

Ajeno a los peligros que entraña, Joaquín, un joven huérfano, se une a la expedición de su tío, Manuel Lisa, un comerciante de pieles que está llamado a convertirse en el español más influyente del Lejano Oeste americano. Por desgracia, trescientas millas río arriba, las cordilleras heladas y los animales salvajes no serán la única amenaza para los expedicionarios de Lisa: más allá del Yellowstone, las traiciones y envidias acechan, y los indios podrían acabar siendo los únicos en quienes confiar en un vasto terreno que reclaman para sí los Estados Unidos, el Imperio británico, la Francia napoleónica y la Corona española.

Santiago Mazarro narra con un ritmo vertiginoso y grandes dosis de suspense uno de los episodios más convulsos de la historia americana en esta trepidante novela de aventuras que huye de los tópicos y presenta dos mundos —el ya colonizado y el aún por explorar— muchas veces enfrentados.


SANTIAGO
MAZARRO
EL
FUERTE
DE LA
FLORIDA
1740. La defensa de Fuerte Mosé
frente a los esclavistas británicos
Pàmies

El fuerte de la Florida

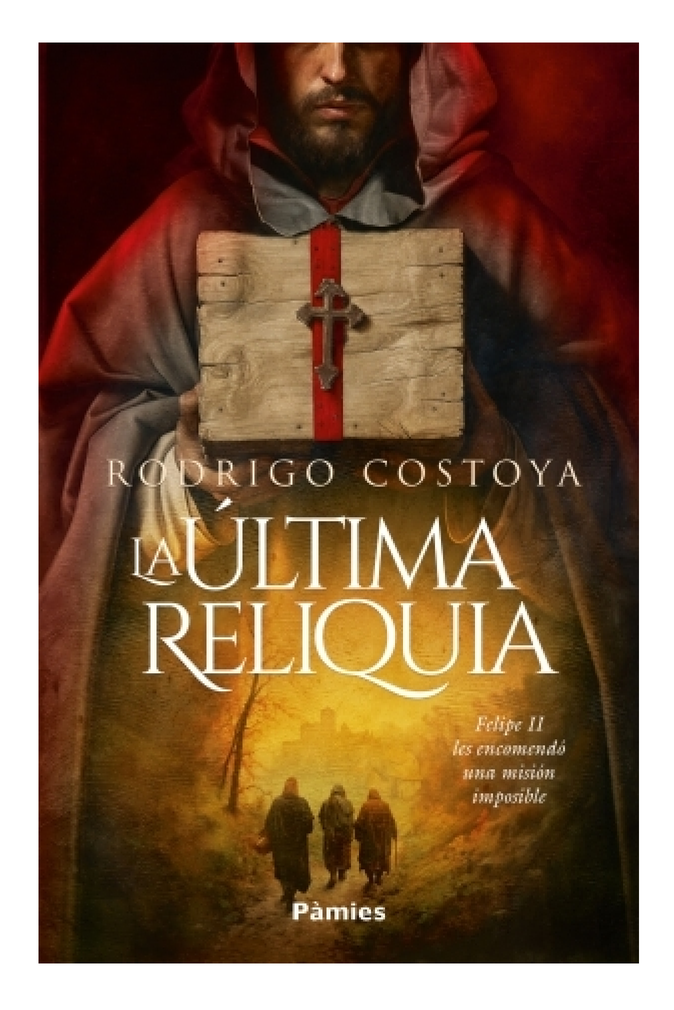
Mazarro, Santiago

9788419301208

400 Páginas

San Agustín de la Florida. 1740. Samuel Durango, español de origen africano y habitante de Fuerte Mosé el primer asentamiento de negros libres de Norteamérica , es capturado por los caciques esclavistas de las colonias británicas. Indignada por la decisión de su padre de no acudir en ayuda del joven, Teresa de Montiano, la hija del gobernador, contrata en secreto a un excéntrico capitán cuyas acciones están a punto de desencadenar una guerra. Juntos inician un arriesgado viaje que tiene como fin entrar en las inmensas plantaciones azucareras de Carolina, encontrar al joven Samuel y liberar al resto de hombres esclavizados por el contrabandista Caleb Davis. Mientras tanto, en la Florida española, los demás negros de Mosé y los españoles de San Agustín se preparan para defender la ciudad ante la llegada inminente de fuerzas invasoras. Santiago Mazarro, que ya sorprendió a la crítica con su primera novela, vuelve a destripar las entrañas de la América colonial con una historia de aventuras trepidante, bien documentada y a todas luces necesaria para entender el legado multicultural del continente.

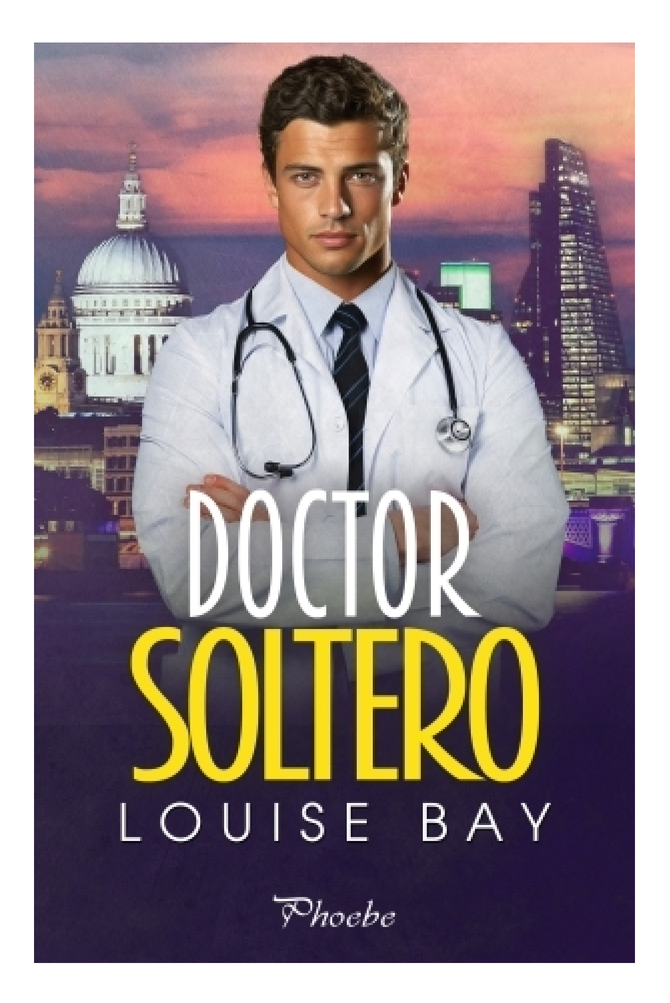
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

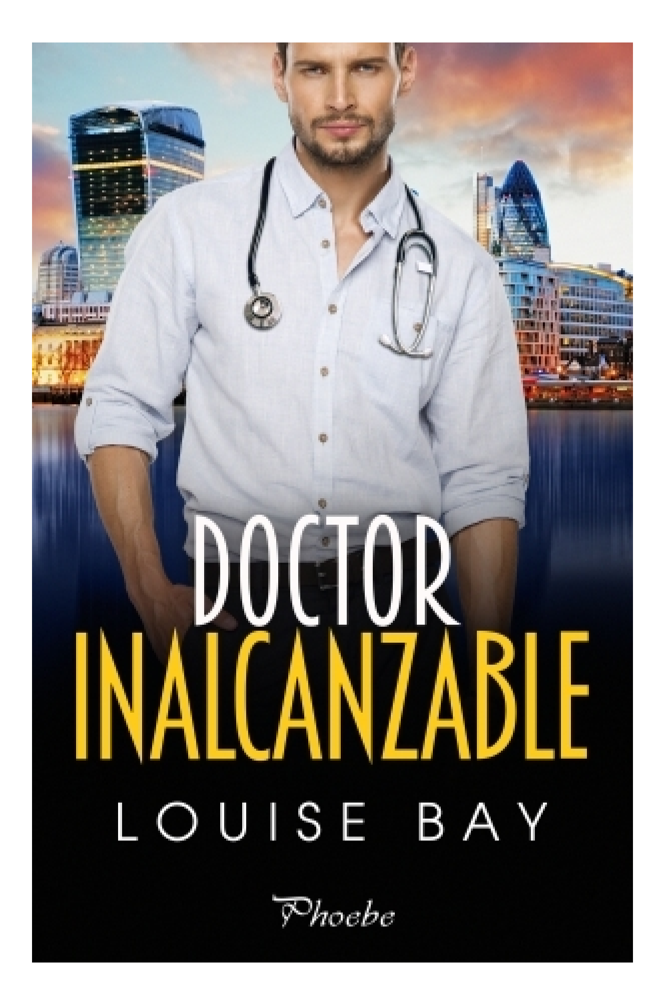

RODRIGO COSTOYA
LA ÚLTIMA RELIQUIA
Felipe II
les encomendó
una misión
imposible
Pàmies

La última reliquia

Costoya, Rodrigo
9788410070073
660 Páginas

Año 1588. Felipe II, el rey más poderoso que jamás ha existido, pone en marcha dos operaciones secretas. Con la primera pretende derrotar a su gran enemiga, la reina de Inglaterra. Para ello, envía una poderosa flota con la consigna de rendir Londres. La llamada Armada Invencible no tendrá éxito, y provocará un rápido contraataque inglés sobre las costas españolas antes de que los barcos del rey tengan tiempo de restañar sus heridas. Es ahí cuando una mujer se distinguirá en la defensa de su ciudad, Coruña. A través de la segunda operación, el rey trata de completar la colección de reliquias sagradas que ha ido almacenando en su imponente residencia, construida como símbolo de su reinado: El Escorial. Ya atesora más de siete mil, confiscadas por sus mejores hombres en antiguos santuarios, pero le falta la que él más anhela. La más valiosa de la cristiandad. La última reliquia. Ambrosio de Morales, el erudito más prestigioso de su época, parte en dirección a Compostela con intención de ejecutar la voluntad del soberano. Nada hace augurar la endiablada conjura que acabará propiciando la desaparición de los restos del apóstol Santiago durante los tres siglos posteriores. Felipe II, el pirata Francis Drake, Elizabeth I, Miguel de Cervantes y María Pita viven entre estas páginas. También la princesa de Éboli, el arzobispo Sanclemente o los protagonistas del mítico Pleito de los cinco obispados, entre otros muchos. Buen viaje, te deseo. Al final de esta aventura nada será igual ante tus ojos.


DOCTOR
SOLTERO
LOUISE BAY
Phoebe

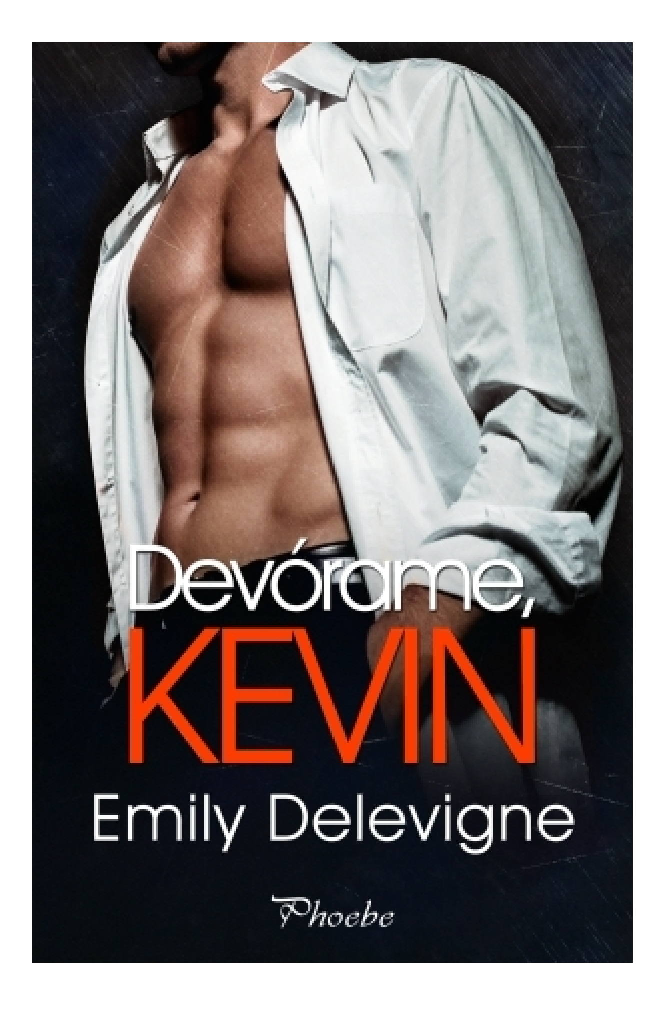

DOCTOR
INALCANZABLE
LOUISE BAY
Phoebe

Doctor inalcanzable

Bay, Louise
9788419301550
295 Páginas

He renunciado a los hombres para centrarme en el trabajo de mis sueños, que empiezo el lunes, pero mi mejor amiga me convence para que me divierta una última noche, así que me organiza una cita a ciegas. Acepto porque él se va a ir a África con Médicos sin Fronteras en unos días. Sin duda, es la mejor cita de mi vida. El doctor África me hace reír y me pone tanto, tanto, que quiero hacerle un examen físico completo. Es así como se convierte en el doctor Aventura-de-una-noche, y no siento el más mínimo remordimiento por ello. El lunes por la mañana me siento entusiasmada y emocionada a la vez, hasta que me topo con… ¿Lo habéis adivinado ya? Al parecer, a nuestra cita no asistió el doctor África, sino que le sustituyó su hermano, también médico, y ahora trabajo en el mismo hospital que el hombre con el que pasé la mejor noche de mi vida. ¿Os he mencionado ya que es mi nuevo jefe? Creo que voy a tener que ir directamente a Urgencias para encontrar cura a lo que siento por el doctor Inalcanzable.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Devórame,
KEVIN
Emily Delevigne
Phoebe

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)